# EL MATRIMONIO

## SU LEY NATURAL, SU HISTORIA

## SU IMPORTANCIA SOCIAL

POR

JOAQUIN SANCHEZ DE TOCA

NUEVA EDICION

TOMO SEGUNDO

MADRID,
A. DE CÁRLOS É HIJO, EDITORES,
CALLE DE CARRETAS, 12, PRINCIPAL.
MDCCCLXXV.

MADRID, 1875.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.
Duque de Osuna, 3.

PARTE SEGUNDA

---

# EL MATRIMONIO

## SU HISTORIA

# PARTE SEGUNDA.

## CAPÍTULO PRIMERO [1].

### Introduccion al estudio histórico sobre la condicion social de la mujer.

Poderosa influencia de la mujer en el seno de las sociedades.—En la historia de su condicion social va envuelta la historia de la institucion del matrimonio.—Utopias y monstruosos delirios ideados sobre este punto por legisladores y filósofos, y puestos en práctica por los pueblos.—Condicion social de la mujer en los primitivos tiempos de la historia.—La mujer en la época patriarcal.—Carácter distinto que toman el Oriente y el Occidente al salir de la época patriarcal.

Hasta aquí he tratado de la ley natural del matrimonio bajo un aspecto más bien teórico que práctico; alguna vez me apoyé en algun ejemplo histórico, pero no era entónces más que un mero incidente de cuyo auxilio

---

1 Decia en este lugar de la edicion anterior que habia suprimido todas las notas de la parte primera por creerlas innecesarias para la claridad de la exposicion teórica; pero que en cambio las consideraba indispensables en la parte segunda, porque siempre será incompleto todo trabajo histórico que á la justificacion lógica de las ideas no una tambien la comprobacion histórica de los hechos, y porque ademas, tambien, habiendo en el curso de este estudio sobre el matrimonio expuesto várias doctrinas del todo nuevas, y no pocas enteramente contrarias á lo que se

me valia para confirmar la teoría expuesta. Ahora, exponiendo la condicion privada de la mujer en el mundo antiguo y en el mundo moderno, buscaré en las páginas de la historia las pruebas que hacen palpable y evidente la verdad de los principios enunciados en la parte primera.

Natural parecia que al intentar confirmar por medio de la historia las anteriores doctrinas sobre la ley natural del matrimonio, examinára los diversos aspectos que ofreció la institucion matrimonial en el trascurso de la vida de los pueblos, en vez de tomar por tema de mis consideraciones la historia de la condicion social de la mujer en las diferentes épocas de la existencia de la humanidad. Pero estudiar en la historia la condicion social de la mujer, es estudiar realmente desde su punto de vista verdadero la historia de la institucion del matrimonio: porque el matrimonio es para la mujer la institucion más santa y sagrada, el amparo de su honor, la salvaguardia de su dignidad; es sobre todo para la ma-

ha dicho hasta ahora, debia necesariamente citar los testimonios en que apoyo mis afirmaciones. Reconociendo siempre la verdad de las anteriores consideraciones he creido, sin embargo, necesario introducir en esta segunda edicion algunas notas en la parte primera para dejar unas veces más completa una teoría expuesta, como sucede, por ejemplo, con la de los impedimentos, ó bien para aclarar conceptos dudosos ó indicar el autor y la obra cuyo texto citaba. De todos modos, sobrio en la interposicion de notas y evocacion de citas, he procurado siempre que no se entorpeciera con ellas ni la claridad ni el órden de la exposicion teórica.

dre la santificacion de sus afectos más puros, la condicion precisa de su felicidad.[1]

La condicion de la mujer en la familia y en la sociedad es la viva imágen del estado de sentimientos y de creencias, de cultura y de atraso, de virtud y de moralidad de los pueblos. En el corazon de una esposa y de una madre se reflejan á un mismo tiempo las perfecciones y los vicios de la constitucion doméstica, así como las perfecciones y los vicios de la constitucion política. Que sea la mujer la compañera del hombre, que no conozca rival en el cariño eterno de su esposo, que con él comparta la autoridad paterna, que ambos tengan igual participacion en los trabajos del hogar; y desde luégo podeis afirmar que existen allí los verdaderos afectos de familia; podeis asegurar que los legisladores pusieron en práctica los principios naturales que sirven de base á la institucion del matrimonio, y que se respetan y veneran los títulos sagrados de esposa y de madre. Que sea, por el contrario, la mujer esclava de su marido; que sienta contristado su corazon por la presencia de una rival impura que, apoyándose en la autoridad de las leyes, pretenda robarle el cariño de su esposo; que el divorcio se ria de su virtud, se burle de su inocencia, y con horror os será preciso confesar que allí, burlándose de los derechos de la mujer, despreciaron tambien los hombres las

1 *Matrimonium, quasi matris-munium*, como dice Santo Tomás; así como el órden de bienes en la familia, se ha llamado *patrimonium, quasi patris-munium.*

leyes eternas que rigen á la sociedad conyugal; os será preciso confesar que el matrimonio se ha convertido en instrumento infame de las pasiones, y que ahogando en el deleite y en la sensualidad la voz de su conciencia, el hombre encontró su propia desdicha creyendo hallar su verdadera felicidad.

Grande es la influencia que ejerce la mujer en los destinos de la humanidad. Rara vez se presenta entre el estruendo en los campos de batalla; rara vez la vemos al frente de los imperios; los Senados, las asambleas soberanas donde se discuten los intereses supremos de los pueblos le cerraron siempre sus puertas; pero oculta en los serrallos, en los gineceos, sentada en el atrio junto á los lares, arrodillada en el hogar al pié de la cuna de su hijo,—la mujer ha ejercido siempre y sigue ejerciendo su mágico influjo en los destinos de las naciones. Sér, en cierto modo sobrenatural y misterioso, en ningun lado se nota su presencia, y por do quiera aparece su mano; presente en todas partes, aunque invisible siempre, su belleza, su inocencia, su debilidad, impresionan y conmueven las leyes y las instituciones de los pueblos del mismo modo que impresionan y conmueven el corazon del hombre.

Su poderosa é inexplicable influencia la expresan en voz armoniosa las leyendas de todas las naciones. Al lado del dogma universal de la caida del hombre y junto á la consoladora esperanza de su divina redencion, aparece en todas partes el nombre de la mujer. Los amores ó el rapto de una doncella, la pasion violenta de una rei-

na son siempre en Oriente la causa aparente de las grandes revoluciones sociales y políticas. El primer choque entre el Oriente y el Occidente, la primera lucha grandiosa entre la civilizacion oriental y la civilizacion europea, es la cruzada heróica de la Grecia para devolver al rey de Esparta las caricias de una esposa infiel; y Troya, incendiada por haber protegido con sus murallas la impunidad de un adulterio, es la antorcha providencial que alumbra con sus vivos resplandores los oscuros orígenes de las nacientes sociedades europeas. En cada página de la leyenda romana aparece el nombre de una mujer heroica. El amor conyugal y la piedad filial de las sabinas unen á dos pueblos hermanos que mútuamente intentan destruirse, y con las caricias de una hija y los abrazos de una esposa firma el pueblo romano su primer tratado de paz. La castidad de Lucrecia derrumba el trono de los Tarquinos. La inocencia de Virginia destruye el despotismo de los decemviros. El llanto de una madre y los ruegos de una esposa salvan á Roma de los odios implacables del soberbio Coriolano, y en las republicanas virtudes de su madre Cornelia se inspira el heroismo de los Gracos, los dos últimos héroes de la democracia romana. Perdidos entre los hielos del Norte y entre la sombría oscuridad de sus selvas, el escandinavo y el germano ven tambien en sus mujeres algo de sobrenatural y de misterioso, y llenos de asombro les atribuyen el dón divino de entrever en el cáos insondable de lo venidero. El árabe vagabundo, al traves de las ardientes soledades del desierto, olvida á su vez tambien las tris-

tezas de sus arenales monótonos, cantando los hechizos de su prometida y repitiendo las nacionales inspiraciones de los Mohalakas, donde aparecen el amor y la hermosura de la mujer, la mirada y el rapto de una jóven como causa primera de la sangrienta rivalidad entre sus tribus errantes.

La historia de la mujer es, en una palabra, la historia del mundo, y en el aprecio de su dignidad ó en el desprecio de sus virtudes se simboliza el carácter especial con que cada pueblo aparece en la historia. Allí donde se sienta rodeada de las cadenas de la esclavitud, allí tambien habrán perdido sus opresores el sentimiento de su propia libertad; allí donde se contemple despojada de la belleza ideal del pudor y del encanto de sus virtudes, allí tambien la corrupcion y la inmoralidad habrán despojado al hombre del sentimiento de su dignidad personal; y, por el contrario, allí donde las instituciones den á nuestra compañera el carácter y la dignidad que le corresponden en el seno de la sociedad y en el seno de la familia, allí crecerán tambien á un mismo tiempo las virtudes del hogar y las virtudes del ciudadano, las libertades civiles y las libertades políticas. Enaltecida ó degradada, libre ó esclava, la mujer dominará siempre por el misterioso poder que le dan nuestras pasiones; y su influencia será siempre más ó ménos benéfica, segun el grado de aprecio y de estima que tenga en las sociedades. De su condicion dependerá constantemente nuestra propia condicion; de su dignidad nuestra propia dignidad, pues nos dice la historia que en la vida social es-

tán nuestros destinos unidos á su dignidad, así como en la vida doméstica depende de su virtud nuestra felicidad verdadera. Si en el seno de la mujer buscan los pueblos tan sólo sensualidad y desenfreno, pronto hallarán en sus brazos decadencia y embrutecimiento; si, por el contrario, prosternados á sus piés imploran de su virtud puros é inmaculados afectos, la mujer será el alma de su prosperidad y de su grandeza. A esta ley de eterna justicia está sujeta la humanidad. El Oriente, esclavo, estacionario, aletargado, embrutecido, vive en la decadencia moral más repugnante; el Occidente, por el contrario, progresa sin cesar, vive la vida de la inteligencia, del derecho; se siente libre, proclama la dignidad y los derechos de la humanidad. ¿Cuál es la causa de tan distinta condicion? Allí la mujer es esclava, aquí es la compañera del hombre; allí el serrallo es el cimiento primero de la sociedad, aquí descansa todo el edificio social en el hogar doméstico venerado y respetado, en el aprecio de la dignidad de la mujer.

Pero si tan grande aparece la influencia de la mujer en los destinos de la humanidad; si constituye su historia la historia del mundo, inútil nos parece el querer demostrar que en la historia de su condicion social se encierra tambien la historia de la institucion del matrimonio, dón inapreciable y divino que hizo Dios al hombre para que contemplára en todo su esplendor la belleza incomparable del corazon de su compañera, convertido en el corazon amante de esposa y de madre, y para que respirára mejor el suave aroma de sus virtudes.

Las leyes naturales que constituyen la institucion sagrada del matrimonio son, en efecto, la base primera de la dignidad y de la verdadera condicion social de la mujer; en su cumplimiento se funda la veneracion y el respeto de sus sacrosantos derechos; y esclava y oprimida miéntras se negó cualquiera de los principios eternos que sirven de base á esta institucion, fué, por el contrario, siempre libre y respetada desde el momento en que con veneracion practicaron los hombres la ley invariable que prescribe la indisolubilidad del vínculo conyugal y la completa igualdad entre esposos, únicamente realizable en el seno de la monogamia. Y al extender nuestras miradas sobre la vida de las naciones, cuando veamos á la mujer encerrada en un serrallo, dirémos: en ese pueblo se ha despreciado un principio de la ley natural del matrimonio; cuando la veamos recibir sin pudor los abrazos de varios maridos, dirémos: perdió allí la mujer su honra porque despreció ese pueblo un principio de la ley natural del matrimonio; cuando la veamos convertida en impuro instrumento del placer, buscada tan sólo para el deleite en los años de su belleza y mirada con aversion en los dias de la vejez, exclamarémos con tristeza: en ese pueblo se ha despreciado tambien un principio de la ley natural del matrimonio; y por fin, cuando una voz divina resuene entre los hombres proclamando los derechos naturales de la personalidad humana hasta entónces desconocidos; cuando consideremos la emancipacion completa de la mujer llevada á cabo por el Evangelio; cuando la veamos surgir con virtud, con pudor, con dig-

nidad y con honra entre las ruinas del mundo antiguo como genio protector y ángel tutelar del mundo moderno en su cuna, buscarémos con afan cuáles fueron los medios de que se valieron los heroicos apóstoles de Cristo para conseguir su glorioso triunfo; y verémos que fué libre la mujer, que fué virtuosa y amante, porque se proclamaron los principios verdaderos de la ley natural del matrimonio y porque con santa veneracion los cumplieron las sociedades.

Es, por lo tanto, nuestro propósito el enseñar en todo tiempo al lado de la mujer envilecida un principio de la ley natural del matrimonio infringido, y el aclamar con entusiasmo su completo triunfo cuando se proclamen entre los hombres los verdaderos afectos de familia y el verdadero cariño de esposos.

Al empezar el estudio histórico de la condicion social de la mujer, queda el ánimo sorprendido por la variedad infinita de sistemas diversos ideados por legisladores y filósofos para resolver tan arduo y trascendental problema; pero puede decirse que cada sistema es un delirio y una locura del entendimiento humano. Aquí un pensador profundo, llamado *el divino* por la sublimidad de sus ideas, presenta á las naciones el modelo ideal de una *República* bien ordenada, tal como lo ha concebido en el silencio de sus profundas lucubraciones filosóficas; y como ideal filosófico de su genio, prohibe el matrimonio á los ciudadanos de su soñada república, y establece en-

tre ellos la más horrenda comunidad de mujeres[1]. Allí el maestro de la ciencia antigua, Aristóteles, no ve en la mujer más que un sér incompleto, y divaga tambien su mente clasificadora colocándola en la escala de los seres como término de transicion entre el esclavo y el hombre[2]. En las lecciones del virtuoso Sócrates recoge Platon la primera idea del monstruoso comunismo de su *República*. En una palabra, en cada escuela filosófica se repiten los mismos delirios aunque en forma diversa; y las modernas sociedades se ven en este punto rodeadas de las mismas utopias que oyeron brotar los pueblos antiguos de los labios de sus más grandes pensadores. Pero los sueños, las locuras, los desvaríos y las aberraciones del entendimiento que encontramos en el terreno de las ideas, los vemos tambien puestos en práctica por sociedades humanas; pues si deliran los genios, tambien deliran las sociedades, y las locuras que aquéllos conciben, éstas con demasiada frecuencia las ponen en práctica. Así es que la poligamia, la poliviria, el incesto legal y el más abyecto comunismo, son instituciones jurídicas que han conocido y conocen los pueblos. En tal tribu de África y de Oceanía la mujer es soberana, y el hombre esclavo se consuela de las debilidades de su sexo descansando aletargado en los serrallos de su señora. Allá, en los países de Tamerlan y de Gengis Kan, la mujer es expulsada ignominiosamente del hogar, desde

[1] PLATON, *República*.
[2] ARISTÓTELES, *Política*, lib. I, cap. I y V.

el momento en que descubre la naturaleza que concibieron sus entrañas. Entre los bretones, eran las mujeres comunes para todos los miembros de una familia. Los reyes de Egipto no creian ofender á la naturaleza compartiendo el tálamo nupcial con sus hermanas, y dos de ellos, Ramsinito y Cheope comerciaban con el pudor de sus propias hijas. Los pueblos adoradores de la Diosa Madre, consentian y aprobaban la más desenfrenada corrupcion en la jóven que áun se hallaba sin marido, al paso que exigian de ella la más absoluta fidelidad desde el dia en que se intitulaba esposa. Las mujeres de la antigua Sirte se ofrecian sin rubor á los extranjeros, y lo mismo hacian las del país de los lapones; sin otro freno que sus lúbricos deseos; las abisinias de alta jerarquía se prostituian públicamente en los banquetes; los primitivos pobladores de la Etruria reemplazaban el matrimonio con las más repugnantes orgías; las tribus vagabundas del desierto consideraban á sus compañeras como rico botin de sus sangrientas excursiones, y arrancando con bárbara violencia á las doncellas del hogar paterno, las arrastraban al través de las ardientes soledades para buscar luégo en sus abrazos de esclava y en los lastimeros gemidos que de su pecho arrancaban los tormentos de la opresion, el deleite mayor de las horas pasadas en la tienda. Cuando las expediciones guerreras prolongaban la ausencia de los campeones de la ciudad de Licurgo, Esparta llamaba á los más robustos guerreros del campamento, y les ordenaba el adulterio, para que el Estado no quedára sin hijos. Por todas partes surgen los

delirios del hombre que labra él mismo su propia desgracia y su propia deshonra, negándose á escuchar la voz de la naturaleza y trasformando á su antojo la nocion moral del pudor.

Del mismo modo que pronto perdieron los hombres la idea verdadera de un Dios único creador del cielo y de la tierra; del mismo modo que pronto se perdió entre ellos la luz vivificadora de los más importantes dogmas sociales, así tambien pronto olvidaron las leyes naturales del matrimonio y de la familia, y el desenfreno de la corrupcion borró en su corazon la ley escrita por la naturaleza. La tradicion, en efecto, única historia de la humanidad en los dias primeros de su existencia, nos revela que debió existir como costumbre general entre todos los pueblos que entónces ocuparon la tierra, un horrible comunismo y una negacion absoluta, repugnante, abyecta, de todos los derechos y los deberes conyugales. Los historiadores posteriores recogen estas tradiciones de los tiempos pasados y las trasmiten á la posteridad, para que contemple con asombro la singular analogía que existe entre el comunismo que refiere Heródoto de los agatirsos y de los masagetas, así como de várias primitivas tribus errantes del África[1] y el que de los bretones refiere César[2] en la época en que él trataba de someterlos por las armas; entre la vaga Vénus prac-

---

1 Heródoto, lib. I y IV, cap. CLXXII, CLXXIV, CLXXX. — Diodoro, III sobre los trogloditas.

2 Cesar, *De bello gallico*, V, 14.

ticada por los antiguos escitas, segun testimonio de Estrabon [1]; y la de los primeros habitantes del Atica ántes de la llegada de Cécrope, como le pinta Clearco, en su *Ateneo* [2]. Los habitantes del Cáucaso, del Euxino y de la Dalmacia, de las Baleares y de la Irlanda, así como los tirrenos, los etíopes y las tribus de la Alta Libia, encontraban tambien satisfechos los deseos de su corazon con el comunismo de mujeres; y entre ellos la tribu alimentaba á los hijos, porque era de todo punto imposible distinguir cuál era su padre [3]. Y si examinamos las costumbres de los pueblos que áun en el dia viven como los primitivos pobladores de nuestro civilizado continente; si recorremos las islas de la Oceanía y las salvajes tribus del África, verémos que allí existe todavía esa completa negacion de los afectos verdaderos de familia [4]: negacion

1 Estrabon, lib. VIII, cap. III, núm. 7.

2 Clearco, *ap. Athenae*, XIII, 2. «Εν δὲ Αθήναις πρωτος Κέκροψ μίαν ἐνί ἔζεωξεν, ἀνέδην το πρότερον ουσῶν τῶν συνόδων, καὶ κοὶνογαμίων ὄντων...»

3 Heródoto, I, 173.—Solino, 30.—Plutarco, *De mulierum virtut.*, 9.—Aristóteles, *Política*, lib. II, cap. I.—Klaproth, *Magasin asiatique*, París, 1825, t. I, pág. 250.

4 El comunismo, monstruoso propio de la infancia de todas las sociedades, dió orígen á las diversas y extrañas formas de parentesco, al diferente modo de ser que ha tenido y tiene la familia entre las tribus salvajes. Así entre ciertas tribus de los habitantes de las islas de Sandwich, los grados de parentesco son cinco, á saber: Los abuelos, los padres, los hermanos, los hijos y los nietos. Todo individuo se halla comprendido en una de estas cinco generaciones, y no puede tener otro grado de parentesco con algun miembro de la tribu. Allí los nombres de padre y de madre no tienen el sentido personal é individual que reciben entre nos-

horrenda, que en un tiempo debió ser general entre los hombres, como si fuera providencial castigo de completa y general barbarie impuesto al hombre caido de su esplendor primero, para que con el sudor de su frente y

---

otros; tampoco existen los nombres de tio, de primo y sobrino, no hay más parentesco colateral que el de hermanos. Cuando nace un hijo entre esas tribus, tiene por hermanos á todos los hijos de su generacion, y por padres á todos los hermanos de sus padres naturales: si quisiera designar con un nombre especial á sus verdaderos progenitores, no hallaria en su idioma términos á propósito para ello. Sus hijos serán no sólo aquellos á quien dé la existencia, sino tambien todos los llamados hermanos de sus hijos verdaderos. Con este sistema de parentesco por generaciones sucesivas, el hijo no puede tener parentesco alguno exclusivo con una persona determinada, sino con toda la tribu. El parentesco indica allí una relacion de generacion á generacion, y no de persona á persona. Tal es la monstruosa computacion del parentesco á que ha dado allí lugar el comunismo en los afectos conyugales. (MORGAN, *Systems of consanguinity and affinity of the human family*, publicado en los *Smithtosonian Contribution to Knowledge*, t. XVII, Washington, 1871.)

En otras tribus salvajes, el parentesco se computa únicamente con relacion á la madre. Los indígenas de la Australia, los habitantes de las islas Fidgi, Fonga, Haiti, no tienen más parientes que los parientes de su madre, y llevan por único apellido el materno. En la mayor parte de las tribus indias de América sucede lo propio: los hijos pertenecen á la tribu de su madre; únicamente en la línea femenina se trasmiten los títulos y los bienes, no hay herencia posible en la línea masculina. Así se computaba el parentesco entre los lidios y los carios del Asia menor; entre los iberos, los etruscos y los egipcios primitivos; así tambien se computa en el Senegal, en Guinea, en el Loango y el Congo; entre los hereros, los cafres, los bayos y kunamas de Abisinia, los nairs del Malabar, los kasias y los koech de la India. (J. J. BACHOFEN, *Das Mutterecht*, Stuttgart, 1861. — MAC-LENNAN, *Primitive Marriage*, Edimburg, 1863. — W. MUNZINGER, *Ostafrik-*

el trabajo de sus manos, cumpliendo su ley de indefinida perfeccion, fuera él mismo formándose su verdadera felicidad; y para que entreviera y deseára la verdad en el seno del infortunio, así como ántes entrevió y deseó el error, sentado en el paraíso de su felicidad.

---

*anische Studien*, Schaffhausen, 1864.—H. DUVERGIER, *les Touareg du Nord*, París, 1868. — A. GIRAUD-TEULON, *la Mère chez certains peuples de l'antiquité*, París et Leipsig, 1868. — J. J. BACHOFEN, *Die Sage von Tanaquil* (apéndice), Heildelberg, 1870.) En casi todas estas familias, regidas únicamente por la genealogía femenina, los derechos del padre y del marido se desconocen; todos los poderes domésticos residen en general en la persona del hermano de la madre; el tio materno es el jefe de la familia; con relacion á él se consignan los vínculos de afecto; con relacion á él se establecen las leyes de sucesion: hereda el sobrino y no el hijo. ¿No explica esto esa costumbre de los germanos que refiere Tácito con tanto asombro? «*Sororum filiis idem apud avunculum, qui apud patrem, honor. Quidam sanctiorem arctioremque hunc nexum sanguinis arbitrantur, et in accipiendis obsidibus magis exigunt, tamquam ii et animun firmius et domum latius teneant.*» (TÁCITO, *De morib. germ.*, c. XX.) Entregados á horrendo comunismo no pueden conocer estos pueblos el carácter sagrado del padre en el hogar, y la dignidad augusta de la madre; y por desoir la voz de la naturaleza, por faltar á las leyes inviolables del matrimonio, se ven precisados á constituir la familia sobre base tan monstruosa.

Con profunda sagacidad y no pocos datos históricos, combate esta doctrina el Baron F. de Portal en todo el curso de su obra intitulada *Politique des lois civiles.* Descansa toda su teoría en sostener que no proviene el predominio del parentesco uterino sobre el de consanguineidad, en que fuera la paternidad incierta, miéntras es siempre cierta la madre, sino del carácter mismo que tuvo la sociedad conyugal en los tiempos primitivos de la sociedad humana. Marido y mujer no formaban entónces, segun F. de Portal, más que una misma entidad, una misma carne, un solo y

Durante aquellos primitivos tiempos de feroz barbarie, el amor se manifestaba en el hombre como un apetito frenético, violento, de los sentidos; buscaba y perseguia á su compañera en la soledad sombría de la selva, luchaba contra los demas para conseguir sus abrazos, así como luchaba contra las fieras del bosque para conseguir el sustento; y victorioso de sus otros rivales, sujetaba

mismo sér. En esa union, el marido tenía el poder espiritual; era el pontífice, el rey de la familia; á la esposa correspondia, por el contrario, el poder temporal; el hijo, segun la creencia vulgar, recibia el alma de su padre y el cuerpo de la madre; los vínculos de parentesco, los lazos de la sangre debian, por lo tanto, ser más fuertes con relacion á la madre que con relacion al padre. (Tomo I, lib. I, cap. II.)

A pesar de las razones que aduce luégo en favor de su tésis, creo, sin embargo, que no pierden estas afirmaciones su carácter de atrevidas y temerarias; creo que en presencia de los hechos y de los textos que he citado más arriba, pueden muy fundadamente calificarse de erróneas. El solo predominio del parentesco uterino sobre el de consanguinidad, denota desde luégo en todo tiempo alguna violacion de la ley natural del matrimonio; así como la regulacion del parentesco sobre la base exclusiva de la madre, con entera omision del padre, descubre claramente la negacion misma de la institucion matrimonial. Porque no pueden subsistir ni el matrimonio ni la familia, sin el reconocimiento cierto y seguro de la paternidad legítima; en cuanto en una sociedad no se ha podido plantear con certeza el axioma jurídico de *is pater est, quem justae nuptiae demostrant*, la maternidad ha de servir al instante de base para la regulacion de todo parentesco; el padre incierto no ha de poder trasmitir con tanta justicia como la madre su nombre y su personalidad á los hijos, y el parentesco se hace uterino, la ley ó la costumbre declaran que los vínculos de parentesco que únicamente pueden reconocerse en la sociedad, son los vínculos de parentesco materno.

la mujer á la ley de la fuerza, se unia á ella un instante en medio de los campos sin cultura; y cuando saciaba en su seno aquella furia, aquella sed ardiente que le movia, volvia á abandonarla luégo al furor de otras pasiones. La madre, sin hogar, sin otro tálamo nupcial que el seno mismo de la naturaleza, depositaba al pié de un árbol, en el hueco de un peñasco el fruto de sus entrañas, lo protegia en los dias críticos de su infancia, le daba el primer sustento como el pajarillo á sus hijuelos en el nido. El duro suelo era entónces la cuna del hombre, junto á ella no se oia otra cantinela que el bramido de los elementos; la madre, esclava de la fuerza, cumplia sus deberes por instinto.

Sin embargo, al sentirse tan desgraciada, al verse víctima de tan brutales instintos, al verse sin amparo cuando ejercia junto á su hijo el ministerio sagrado de la maternidad, la mujer sintió en su pecho no sé que voz misteriosa, qué sentimiento secreto, que era en ella como el presentimiento divino de su condicion futura; ambicionó para sí la bendicion que en otras tribus más afortunadas daba el anciano patriarca á la doncella que entraba en su tienda con el título de esposa del hijo; y un dia, al ejercer en ella sus violencias, oyó el hombre entre suspiros y sollozos la primera palabra de cariño; vió un reflejo celeste en la mirada de su compañera; sintió más frecuentes los latidos de su corazon, y con un abrazo más tierno se inició en su mente la primera idea de amor, el primer vago ideal de la felicidad del santuario doméstico; la primera impresion de aquel afecto di-

vino que une para la vida el alma con el alma y crea la familia. Aquel dia la humanidad salió de su primitivo embrutecimiento, y empezó la época patriarcal. Hasta entónces la mujer, botin del más fuerte, bien comun de todos, por todos buscada á un tiempo, y á un tiempo tambien por todos luégo maltratada y despreciada, no conoció más que lágrimas y sufrimientos; pero en ese instante supremo descubrió al hombre parte de su afecto, y el hombre realizó en ella y en sus hijos su primer instinto de sociabilidad. De esta union nació imperfecta la familia; se unieron las familias y nació la tribu; la tribu nómada desplegó sus tiendas en el desierto, y en la tienda del patriarca halló la mujer su primer refugio, su primer amparo, su primera esperanza.

Así, pues, durante los primeros dias de la humanidad se gobiernan las sociedades por los únicos impulsos del instinto: salvajes, embrutecidas, degradadas, pesa sobre ellas como anatema terrible que las mantiene en tan oprobioso envilecimiento. Solamente entre algunas tribus, entre algunas familias, consérvase pura é intacta la tradicion primitiva, tradicion que aunque olvidada por la generalidad de los hombres aparece á un mismo tiempo entre los patriarcas de la Biblia, entre los arias, en la Etruria, y reconoce en el matrimonio indisoluble una institucion divina, y evoca sobre él en el momento de la celebracion las bendiciones del cielo, y le llama union de las almas, confarreacion, bendicion de Jehová, alianza sagrada de Indra ó de Manú con la criatura.

Despues de aquel primitivo período de general barbarie, el régimen patriarcal conservado por algunos pueblos, se extendió por consiguiente entre los habitantes de la tierra y formó la época primera de la sociedad doméstica y de la sociedad política. En esta época perdió la mujer su anterior libertad y su independencia primera: el jefe de la familia fué para ella un señor omnipotente; mas en cambio, lo que perdió en libertad y en independencia lo ganó en virtud, en dignidad y en amparo; de esclava de la raza de la horda salvaje, se convirtió en esclava de un hombre. Continuó sin derechos, sin personalidad, continuó en su condicion de cosa, pero lo que ántes habia sido un bien propio de todos y de nadie, entró en la propiedad individual.

Los tiempos de absoluta barbarie que digo, dejaron profundos recuerdos en la familia patriarcal. El marido compra á la que ha de llamar su esposa; pero la compra-venta es una formalidad incompleta del matrimonio si no tiene lugar la solemnidad simbólica del rapto, como recuerdo de las violencias de los tiempos primitivos, solemnidad que hallamos constantemente en el ceremonial del matrimonio de todos los pueblos de la antiguedad y de todas las tribus bárbaras. En la India, llámala Manú la tradicion del matrimonio de los gigantes; en Grecia y en Roma, ántes de empezar la consagracion religiosa del vínculo que va á contraer, el marido, á la entrada del hogar, coge en sus brazos con fingida violencia á su prometida, y sin atender á los gritos, á las súplicas, á la resistencia aparente de la comi-

tiva, la deposita él mismo al pié del ara de sus patrios lares. Entre los germanos tambien la lucha del futuro esposo con los demas guerreros de su tribu, constituye una de las formalidades esenciales del matrimonio; otro tanto sucede hoy mismo entre las tribus indígenas de África, América y Oceanía.

Sujeta aún por la tradicion á la simbólica violencia del rapto, la mujer durante la época patriarcal no fué más que una esclava; el marido la compraba á sus padres y tenía sobre ella dominio absoluto. Con el matrimonio, en efecto, no hacía más que cambiar de dueño; salia de un dominio para entrar en otro: era un patrimonio, y el marido que lo adquiria debia indemnizar necesariamente al padre que le cedia el derecho de propiedad que sobre ella le tocaba, como progenitor. Con seguir este principio, el pastor daba por ella unas cabezas de su rebaño, ó pagaba con otros bienes el valor de la belleza y encantos de la mujer. La *coemptio* de los romanos, el *mund* ó *mundium* y el *pretium conyugale* de los germanos, son recuerdos de esta costumbre que vemos descrita en la *Biblia*, en los *Vedas*, en los cantos de Homero, y que áun subsiste en China y en las tribus de Africa y América que viven aún bajo el régimen patriarcal.

Dura y terrible, por consiguiente, era todavía la condicion de la mujer: injusto y odioso habia de ser este poder omnímodo del marido en cuanto empezára la corrupcion de las costumbres; y dirigiendo sus miradas hácia lo porvenir, entreviendo en siglos venideros dias de mayor

ventura, la mujer, guiada por el sublime instinto que palpita siempre en su seno, prosiguió en el camino de su emancipacion. Con el misterioso atractivo que poseen sus encantos, con la poesía de su mision en el hogar, con esos destellos ideales que siempre brotan del corazon de la esposa y de la madre, engrandeció en el hombre los sentimientos de afecto; vertió en su alma más nobles deseos, más altas aspiraciones; le hastió de la voluptuosidad de la esclava, descubriéndole las alegrías inefables de otra pasion más pura, y alcanzó así otro nuevo triunfo. Su señor, vencido, subyugado, no se contentó ya con pagar á sus padres el precio de sus hechizos, quiso tambien darle á ella misma una nueva prueba de verdadro aprecio; y en la aurora de su primer dia de ventura, la esposa halló al pié del tálamo nupcial el *morgengabe*, la dote de la mañana, la rica ofrenda que como pago de una deuda sagrada de felicidad le presentaba su esposo agradecido.

El *morgengabe* representaba la mayor dignidad de la mujer en la familia; descubria que empezaba á reconocerse su personalidad, que iba siendo cada vez más grande su benéfica influencia en el cuerpo social, que por ella se operaba en la humanidad incesante progreso. Mas á pesar de estos dones con los cuales el marido premiaba la hermosura y las virtudes, la mujer permanecia esclava, se perdian las patriarcales costumbres, crecia el desenfreno, y contra la arbitrariedad del despotismo marital no podia implorar el amparo de una ley. Era indispensable una reforma, indispensable la promulgacion de

una ley escrita; y Manú en la India, Moises en el desierto, Cécrope en Aténas, Licurgo en Esparta, Rómulo en Italia, el primer Odin en la Escandinavia, llevan á cabo esta grandiosa revolucion social, cuyos primeros pasos se pierden en la noche de los tiempos.

El régimen patriarcal sacó á la mujer de la deshonra en que vivia por la falta de toda institucion matrimonial; pero faltando al principio de la ley natural que prescribe la igualdad entre esposos y la reciprocidad de los derechos y los deberes conyugales, negó á la mujer todo derecho negando en ella toda libertad, y con el despotismo opresor del marido, introdujo en las sociedades el vicio horrendo de la poligamia. Es, en efecto, la poligamia una institucion que brotó espontáneamente del despotismo marital, durante los tiempos del sistema de los patriarcas; pues si compraba el marido á su esposa, ¿quién se oponia á que en vez de una sola compañera ambicionára las caricias de várias esclavas? Si era señor absoluto, si disponia de la vida de su mujer, ¿con qué derecho podia ésta exigirle el deber de perpétua fidelidad en su cariño? Por ello la poligamia ha sido siempre la compañera indispensable del régimen de los patriarcas, y ha surgido en todo tiempo como consecuencia natural de la desmedida autoridad del marido. Cuando los legisladores que ántes citábamos reformaron el sistema patriarcal en los diversos pueblos, unos suprimieron la antigua poligamia, bien que dejándola subsistir en cierto modo bajo el repudio y el divorcio: otros se contentaron con dictar algunas disposiciones en favor de la mujer, y

se estableció entónces la poligamia oriental, diferente tan sólo de la poligamia de los patriarcas en que la mujer, en medio de su esclavitud y de su ignominia, ha recibido de los legisladores algunos derechos de proteccion y amparo. Así se encuentra sencillamente explicado el orígen de la poligamia, que unos deshoyendo por completo el testimonio de la historia, atribuyeron á la única accion de los climas, en tanto que otros intentaron explicarla por medio de las razas considerándola como natural é ingénita en la semítica y en la cusita, al paso que completamente extraña á la jafética. Pero no tuvieron presente que, ántes quizas que cualquier otra raza, los descendientes de Jafet, que habitaron el Asia, conocieron y adoptaron esta institucion nefanda y prescindieron tambien del importante hecho histórico de que la monogamia cristiana se estableció primero en la raza semítica, y que los primitivos arias practicaron allá en siglos remotos en el centro mismo del Asia, la santa ley de la monogamia.

Al exponer estas ideas no pretendo de ningun modo sostener que la mujer haya sido siempre desdichada bajo el régimen de los patriarcas, no ; esclava sometida á la voluntad de su esposo, que sobre ella tenía derecho de vida y muerte, la mujer no dejó sin embargo de compartir durante la época patriarcal los bienes, la dignidad y los honores de su marido, porque la bondad de las costumbres corregia entónces la crueldad de la ley y de la tradicion : el sistema patriarcal se conforma mejor que otro cualquiera con la bondad y la santidad de las costumbres,

vive de amor, de veneracion y de cariño, y no de instituciones jurídicas. Nada importa que con él sea el padre un señor absoluto si bullen en su corazon sentimientos de padre; nada importa el que pueda disponer de la vida de su compañera si es esposo amante; nada importa que todos sean esclavos del padre de familia si desde la esposa y los hijos hasta el último de los siervos todos se sientan juntos en una misma mesa y todos comparten y disfrutan á un mismo tiempo los infortunios y las felicidades de familia. Los mismos patriarcas de la Biblia no toman por lo general más que una sola esposa, sobre todo en los tiempos de mayor moralidad en las costumbres; y cuando recurren al extremo de la poligamia, lo hacen principalmente porque no tienen hijos de su primera esposa, y porque han perdido ya toda esperanza de perpetuar su nombre con la descendencia que les dé la mujer que primero estrecharon en sus brazos. Abraham tiene sólo por mujer á Sara, aunque estéril, hasta una edad muy avanzada, y no toma á Agar sino por mano de aquélla; cuando se desposó con Cetura, era ya viudo de Sara. Nacor, hermano de Abraham, tiene sólo una mujer y una concubina. Isaac practicó toda su vida la monogamia. Jacob sólo queria á Raquel; despues á Lia por engaño, y despues tomó á Raquel por constancia en su amor primero. Luégo, por mano de Raquel, ya estéril, tomó á Bala, sierva de ésta; y cuando Lia se hizo tambien estéril, compartió su tálamo nupcial con Zelfa. Ninguno de los patriarcas de que habla la Sagrada Escritura ha llevado el abuso de la poligamia hasta con-

sumar los escándalos del harem ; todos ellos veneraron y respetaron á sus esposas y á sus concubinas. Pero desde que dejaron las costumbres de ser patriarcales, los poderes absolutos del padre y de la madre se convirtieron en arma terrible de opresion y de despotismo, y ahogados los sentimientos del corazon en el furor de las pasiones, la autoridad del jefe de familia fué elemento de odiosa esclavitud en vez de ser causa de unidad, armonía y bienestar entre los miembros de una sociedad unidos por los amantes lazos del parentesco.

Al salir de la época patriarcal vemos ya una division marcada entre el Oriente y el Occidente. El Oriente no sabe romper los lazos voluptuosos de la poligamia que le encadenan ; y el Occidente da un paso más en favor de la mujer, proclamando el principio de la monogamia, aunque permitiendo falsearlo por medio del repudio y del divorcio. Allá se establecen los serrallos ; aquí el atrio y el gineceo. La sociedad política de Oriente se forma copiando exactamente la constitucion doméstica de la sociedad patriarcal, y el rey patriarca de la sociedad política es señor absoluto, monarca omnipotente, así como tambien lo era el padre en el seno de la sociedad doméstica. La sociedad política de Occidente, por el contrario, reforma la sociedad patriarcal ántes de copiar sus formas, el padre no es ya un señor absoluto ; sobre él existe una unidad colectiva superior, y esta unidad es la familia ; y la sociedad política no reconoce tampoco á su vez en un

monarca poder alguno absoluto y omnímodo, sino que sobre su autoridad coloca tambien otra autoridad colectiva superior, que tiene por nombre el Estado. En Oriente el hombre sacrifica todos sus derechos naturales á un rey absoluto que se intitula su padre; y sobre las gradas de un trono se arrodilla esclavo. En Occidente sacrifica su libertad y su independencia al absolutismo de un sér moral que se llama el Estado. El Estado es dueño de la vida y de las haciendas del ciudadano, le impone su culto, sus creencias, le da por ley suprema los caprichos de su tiranía; ordena al padre que mate á su hijo, porque nació deforme; á la madre, que llore porque no murió su hijo en la pelea: ahoga los sentimientos de familia para que no sean en el corazon más poderosos que los sentimientos del ciudadano. El Estado, en fin, es el único sér que tiene derechos, libertad, vida y voluntad propia. El Oriente, encadenado por los dogmas de la fatalidad, queda inmóvil é invariable en el mar de las edades; por aquellas regiones Ariuna, Baco, Sesóstris, Chemsid, Wu-Wang, Ciro, Alejandro, Sila, Craso, Pompeyo, Sapor, Hormídas, Cosroes, Mahoma, Mahamud, Gengiskan y Tamerlan arrastran su ensangrentado carro de guerra, destruyen y renuevan los imperios; Brhama entona á orillas del Ganges y en las alturas inaccesibles del Meru sagrado los himnos de los Vedas; en medio de los claros y serenos horizontes de la Persia Zoroasto descubre la lucha grandiosa de la luz y de las tinieblas, de Ormuz y Arhimanes; en la Caldea, en la Mesopotamia, en Babilonia, en Nínive, en Fenicia, re-

suenan los cantos desenfrenados de los adoradores de la Tierra fecundada y del Sol fecundador; Budha abre los abismos insondables del vacío del *Nirvana;* Mahoma con las revelaciones de Alá exalta el fanatismo guerrero de las hordas del desierto. Pero todas estas sangrientas revoluciones sociales y religiosas, todas estas opuestas teogonías no cambian la esencia, ni modifican el carácter del continente asiático: no son más que las olas que se agitan procelosas sobre la superficie del Océano en calma. Penetrad en los misterios profundos de aquella cuna de la humanidad, y veréis al Oriente petrificado viviendo sin conciencia en el fondo de un sepulcro; sus déspotas caen del trono, pero es para hacer lugar á otro nuevo déspota, á otro nuevo tirano; sus conquistadores, sus sacerdotes, sus filósofos, sus legisladores nunca supieron sacarle de eterno letargo; le dejaron sumido en el cáos de la fatalidad, y el hombre fué siempre allí esclavo de la fuerza; la familia descansó en la opresion; la sociedad en el quietismo.

Los asirios, los persas, los medos habrán desaparecido como nacionalidad, habrán sido destruidos como imperio; vagarán con nombres distintos por las márgenes del Tígris y del Eufrates, por las llanuras de Babilonia; pero subsisten allí casi intactas todavía las mismas instituciones, y despues de tantos y tantos siglos entre Nabucodonosor y los schas que hoy despotizan la Persia no hay más que una diferencia de nombre. Aquellos pueblos dirigen constantemente sus miradas hácia lo pasado, jamas hácia lo porvenir; desconocen el progreso, y

la historia de su vida nunca tendrá más que un período: el período de los siglos que fueron.

En Occidente, por el contrario, las sociedades, guiadas por no sé qué impulso misterioso, se dirigen eternamente por el camino de la perfeccion; sumidas tambien primero en los círculos del fatalismo, en los tormentos de la opresion y de la tiranía, van elevándose poco á poco á las regiones de la libertad y del derecho; Pitágoras, Sócrates, Platon, Aristóteles y los estoicos, ensanchan gradualmente el vuelo de sus aspiraciones; hasta que por fin el Cristianismo, realizando la aspiracion de los siglos, estrecha á la humanidad contra su seno, coloca junto á los deberes del ciudadano los derechos sagrados del hombre, y librándole así de la tiranía del Estado, recibe el último suspiro de la edad antigua del Occidente, é inaugura la edad moderna.

En los siguientes capitulos procuraré describir en breves palabras cuál fué la condicion social de la mujer dentro de estas dos opuestas civilizaciones, y cómo se elevó gradualmente á la dignidad de la madre y de la esposa cristiana.

# CAPÍTULO II.

## La mujer en Oriente.

I. LA MUJER ENTRE LOS ARIAS Y EN LA INDIA.—Los arias, sus costumbres, sus emigraciones.—La mujer en la India.—Primitivo culto de veneracion y respeto que debieron rendirle aquellas sociedades.—Consecuencias del panteismo en la condicion social de la mujer: la convierte en esclava del hombre; consagra la poligamia y establece como institucion social un nefando adulterio.—Consideraciones generales sobre la India.—En el seno de aquel mortífero y eterno quietismo, la mujer no puede encontrar un alivio á sus males presentes ni áun la esperanza de verse un dia más afortunada.

II. LA MUJER EN LA RELIGION DE BUDHA.—Paralelo entre el budhismo y el panteismo de Brhama.—Uno y otro producen en las sociedades frutos igualmente funestos.—La condicion social de la mujer resulta igual en la religion de Budha y en la de Brhama.

III. LA MUJER EN LOS PRIMITIVOS IMPERIOS ASIRIOS.—Culto de Mílita.—Orgías de Babilonia.—Consecuencia final de aquellos desórdenes en la condicion social de la mujer.

### I.

### LA MUJER ENTRE LOS ARIAS Y EN LA INDIA.

Entre el Indo y el Oxo, en las fronteras del Tibet, de la India y del Asia Menor, en el país que el Zendavesta llama de los valientes[1], entonó la humanidad naciente su primer himno de entusiasmo á la primera aurora;

---

[1] *Air-an*, nombre que todavía subsiste en el de *Iran* que se da á la Persia. Tambien, en los libros sanscritos, *Aryas* significa los ilustres, los héroes, *Arya-Verta*, la tierra de los héroes. De esta raíz viene el nombre de Αρες, Marte, y de ἥρος, héroe.

himno sagrado de alegría y amor, conservado como tradicion augusta en las páginas del *Rig-Veda*. Allí el hombre, despertándose del sueño profundo de su primitiva barbarie, áun sin morada fija, sin propiedad inmueble, sin leyes, sin instituciones, sin otro templo que la misma naturaleza; prosternado en la cumbre de un monte, sintió en su pecho sorprendido y confuso como una revelacion misteriosa y sublime del Eterno, y adoró al Sér omnipotente que se revela en la creacion, en los elementos, en los rios, en el curso majestuoso de los astros, en los reflejos sublimes del dia naciente; saludó al mismo tiempo á la aurora del dia y á la aurora de las sociedades[1]. Entónces el sacerdote, padre del brhaman de la India, del mago de la Persia[2] y del ministro de Ísis y Osíris, á orillas del Nilo, arrancando la chispa brillante del sílice y de la rama seca del árbol[3], encendió el fuego sagrado del holocausto y consagró con un himno, con una plegaria de agradecimiento, los actos todos de la vida, las faenas del pastor, el retorno periódico de las estaciones del año. Culto ingenuo, sencillo, poético, testimonio sorprendente de la primitiva creencia en la unidad divina, profesada por la primera raza del mundo; culto de la infancia, en que el pastor de la tribu patriarcal simboliza á la Divinidad en los fenómenos que más

[1] *Rig Veda, himno á Ushas*, VII, 77.

[2] Μαγοι δε καὶ το τον Αρειον γενοσ. DAMASC., *ap.*, WOLF., *Anecd, grœc*, III, pág. 259.

[3] *Rig Veda*, pág. 18, 45, 136 y sig. 199.

le admiran en la naturaleza, invoca su proteccion y su amparo para su familia y para sus rebaños[1], y se arrodilla humilde ante el dogma de Indra uno y trino, el dios de las tres cabezas, hacedor supremo del aire, del éter, del cielo, del dia y de la noche, de la tierra, de todo lo existente, y cuya voluntad todopoderosa hace germinar los pastos en el campo, la cria en los rebaños, el afecto y la esperanza en el corazon, la nocion del deber en la conciencia[2].

El Dios venerado por los antiguos arias parece el mismo Dios de Abrahan y de Jacob; su religion, su culto, haciendo caso omiso de ligeras diferencias de nombre y de forma, se nos presenta casi idéntico al culto profesado por el venerable patriarca hebreo; las costumbres de aquellas tribus en nada se diferencian de las costumbres de los patriarcas de la Biblia. El matrimonio se celebra de un modo sencillo y solemne al mismo tiempo. El pastor encuentra en medio de los campos á la jóven ocupada en las mismas faenas que las suyas; con palabras de cariño y ternura empiezan á unirse sus corazones; ambos se prosternan á un tiempo para dirigir juntos sus plegarias á Indra; su oracion es fervorosa, ardiente, la más fervorosa quizás que han pronunciado en su vida; los dos hacen votos, prometen holocaustos si llegan á realizarse sus mutuas esperanzas; dicen al cielo que «su pen-

---

1 Salutem tribuat equo, ovi, arieti, viris, mulieribus, vaccae. *Rig-Veda*, pág. 82.

2 *Rig-Veda*, I, 53.

samiento se dirige hácia la felicidad tan deseada, como el pajarillo hácia su nido y el rebaño á la pradera[1]». Acuden luégo ante el ara donde arde el fuego sagrado, imploran sumisos la bendicion de sus progenitores; el sacerdote recuerda al marido que «la esposa es la mitad de la vida de su esposo»; les repite á ambos que acudan á ofrecer sacrificios si quieren tener hijos puros, é interpone su mediacion bienhechora para que el enlace contraido sea tan fecundo como la union de Agni, el sol, con su esposa la tierra; los asistentes entonan versículos escogidos del Veda, y quedan ya unidos en perpétuo enlace[2]. Tal fué la vida de los arias en aquellos tiempos remotos: tribu pastoral y nómada, sus costumbres, su religion, sus tradiciones fueron idilios verdaderos de inimitable poesía.

Constituida la familia, consagrado el matrimonio con tan augustas y sencillas ceremonias, el vínculo conyugal era ya entre ellos un lazo indisoluble de amor, res-

1 «Meae cogitationes evolant ad ditissimae vitae impetrationem, aves veluti ad nidos.» *Rig-Veda*, 40.

2 Para la demostracion evidente y clara de que los primitivos arias practicaron la monogamia, véase á PICTET, *Los Aryas*, t. II, páginas 334 y 337. Entre ellos era la mujer la compañera inseparable de su esposo, la señora del hogar, como lo demuestra el llevar por título *patni*, que en sanscrito quiere decir *señora* y *venerable*. Los arias en sus costumbres conocieron tambien la institucion de la dote y de las arras; pueblo pastor y nómada, los bienes dotales y las arras debian forzosamente consistir entre ellos en cabezas de ganado: así es que la palabra *godama* significa á la vez, en sanscrito, dote y vaca, ó cabeza de ganado.

peto y veneracion recíproca. El marido se convertia en protector y en amparo de su esposa; la mujer en compañera y señora de los afectos de su esposo; ambos veian en sus hijos el fruto querido de su mutuo cariño, las criaturas que habian de perpetuar en la tierra su vida y su memoria, la sangre de su raza. La hermana era para el hermano como una compañera á quien debia cuidar y proteger afanoso en todo tiempo. Los hermanos del padre y de la madre eran como otros segundos padres de los hijos. Todas las relaciones entre los diversos miembros de la familia estaban selladas con el más puro y acendrado cariño, con abnegacion, respeto y veneracion sin límites. Interpretando estos afectos del alma, estos dulces sentimientos del corazon, el lenguaje habia creado palabras de ternura y cariño; palabras gratas al hombre como el afecto que expresan y que, conservadas á traves de los siglos, habiendo servido de orígen etimológico á las voces que en las demas lenguas expresan el carácter del padre y de la madre, la condicion de la esposa y de los hijos en la familia, todos los vínculos de parentesco, en fin, que nos unen en el hogar, han sido hoy para la filología como misterioso legado, como inapreciable tesoro descubierto en los arcanos más profundos de la historia, para que el siglo presente, que desenterró del seno de la tierra los siglos y los seres de las edades geológicas, pudiera reconstituir tambien, por un procedimiento análogo, de una manera cierta y segura, la familia y las costumbres de aquella raza primitiva, que encerraba en su seno todos los destinos de la humanidad y de la

cual los hombres parecian haber olvidado hasta el recuerdo de su existencia.

Despues de un largo período de residencia en el país que fué su cuna, se apoderó de los arias el afan irresistible de las emigraciones, y sus tribus empezaron á esparcirse por toda la tierra; las unas, siguiendo el curso del sol, se dirigieron hácia el ocaso, y fueron á dar orígen á las familias de los celtas, de los iberos, de los griegos, de los romanos, de los escandinavos y demas pueblos de Occidente; las otras, dirigiéndose al Mediodía, guiaron su rumbo hácia la península indostánica. Desde los primeros tiempos de la tradicion vemos ya, en efecto, á las tribus arias cruzar atrevidas las nevadas y gigantescas cumbres del Himalaya y de las vertientes del Meru sagrado, dirigirse al Mediodía hácia la region regada por el Indo, el Saravasti y los cinco rios del Penjab. Desde aquel dia la India fué su verdadera patria, allí se arraigaron todas sus tradiciones.

La India conserva en el fondo de sus costumbres el carácter oriental propio de todo el continente asiático, pero su carácter oriental reviste allí una forma distinta. Profundo respeto hácia la mujer inspiran por lo general las leyes de Manú. «Ni áun con una flor maltrates á tu esposa, por pecadora que sea», dice el legislador indio. «Allí donde se respete á la compañera del hombre, las divinidades se sentirán veneradas y satisfechas. Las mujeres deben estar cubiertas de los regalos que les hicieren sus padres, sus hermanos y sus maridos, porque cuando brilla la mujer por sus adornos, resplandece en

ella toda la familia, y si no tiene con qué realzar su natural hermosura, el corazon del esposo se siente contristado. El marido y la esposa no forman más que una sola y misma persona; y cuando ambos cónyuges se deleitan y se complacen en su mutuo amor, su felicidad eterna está asegurada. Todas las obras piadosas que ejecuta aquel que no venera á su madre son inmeritorias. La veneracion y el respeto hácia nuestra madre constituye el primero de nuestros deberes; junto á él todos los demas se convierten en secundarios.» La recíproca fidelidad en el amor conyugal es un deber que dura hasta la tumba, y la ley más importante de las que dicta Manú para la paz y prosperidad de la familia[1]. Si á estas hermosas leyes unimos los tiernos amores que respiran los antiguos cantares nacionales, donde abundan conmovedores cuadros de la vida doméstica, y donde las costumbres y el carácter de la mujer se hallan pintados con la profunda delicadeza del sentimiento que sólo saben inspirar el verdadero amor y la santa veneracion; si recordamos, al mismo tiempo, que Sita[2] y Damianti[3], esos dos ideales de la epopeya india, personifican la dignidad, el amor y el cariño de esposa,—preciso nos será confesar que en un principio, cuando brillaban todavía en todo su esplendor los recuerdos de las patriarcales

---

[1] Código de Manú, II, 138, 139, 227, 234, 237;—III, 55, 56, 60;—IX, 26, 45, 101;—XI, 140.

[2] *Rama-yana.*

[3] *Maha-bárata.*

costumbres de los arias, debió conocerse allí la monogamia, y debió tener la mujer un culto verdadero de amor y de respeto durante el más hermoso período de la vida indiana. Entónces debieron cumplirse con todo rigor los deberes de mutua fidelidad; en el cariño verdadero de esposos debió descansar la felicidad doméstica; y temiendo el indio que, estando afligida su mujer no tardára en extinguirse su descendencia, debió rodear á su compañera de todas las muestras de amor y de veneracion que podia inspirarle su tierno cariño y su profundo respeto á la voluntad del legislador Supremo.

Pero cuando la fantasía popular fué oscureciendo los dogmas de la tradicion primitiva y se desenvolvieron los gérmenes panteistas que llevaban aquellos pueblos en el seno de sus creencias; cuando los mitos de Crisna fueron atribuyendo á cada dios un harem verdadero, el ejemplo de la divinidad movió á los poderosos á unirse con várias mujeres, y la poligamia se difundió tambien por la India. Nunca tomó allí este vicio el incremento que en Babilonia y en los países sometidos al Koran; pero en cambio hubo otras circunstancias que envilecieron la dignidad de la mujer y la convirtieron en esclava de su marido, de su padre, de sus hijos y hasta de sus más próximos parientes.

El panteismo indio, que convierte á todos los seres de la creacion en modificaciones pasajeras del Ente Supremo, confundió tambien la personalidad de la mujer en la personalidad del marido, así como la personalidad de este último se confundió á su vez en la unidad colectiva

de la casta átomo de la Divinidad. Y si las leyes dieron algun derecho de proteccion y amparo á la compañera del hombre, ese derecho descansaba en el mismo principio en que se fundaban los legisladores para castigar al que maltrata el insecto que se agita en los aires ó se esconde en la tierra, y declarar sacrílego al que corta el tallo de las flores y persigue á los animales de la selva.

Así como en la ley del Evangelio la union una, indivisible é indisoluble de Jesucristo con su Iglesia es la espiritual personificacion del matrimonio cristiano, así tambien en la India la múltiple union de Dios y de la naturaleza, los múltiples enlaces de Brhama con sus criaturas son la simbólica representacion del matrimonio panteista. El hombre, sér superior á todas las mujeres de su casta, puede contraer con ellas múltiples enlaces; del mismo modo que Brhama, dios del universo, se une á la vez con el mineral, con el pez, con el vegetal, con el ave, con el hombre y con los cuerpos todos del mundo creado. En este singular enlace, el sér primero lo es todo; el otro no es más que una modificacion, una mera forma de una de las partes del todo. Brhama es el único sér que existe en el universo; el mundo al lado suyo no tiene existencia propia, queda absorto en la infinita inmensidad de la Divinidad. Lo mismo entre los hombres, el padre lo es todo en la familia; y ante él pierden su personalidad la mujer y los hijos. «La mujer, dice Manú, reviste en el matrimonio todas las dotes personales de su marido; no es nada de por sí; semejante al riachuelo que va á perderse en el Océano, no hay para ella

ni sacrificio, ni ayuno, ni culto alguno religioso; su único deber es honrar á su marido y entretener el fuego sagrado del hogar»[1]. «La mujer, el hijo y el esclavo (añade luégo) nada poseen por sí; y cuanto pueden adquirir es propiedad de aquel de quien dependen»[2]. Brhama, en su íntima union con todos los seres del universo, busca la infinita variedad con la reproduccion de su sér bajo mil formas diversas, y el hombre en su union con la mujer busca tambien la variedad de su existencia en la reproduccion de su persona bajo otros cuerpos distintos.

Con este principio, la compañera del hombre se halla convertida en simple instrumento de procreacion, y la generacion de nuevos seres es el fin único del matrimonio, fin sagrado y supremo, al cual sacrificará el hombre la santidad del tálamo nupcial y la fidelidad de su esposa. Si el matrimonio es estéril, el marido podrá repudiar á su mujer; y si de la union matrimonial sólo nacieron seres femeninos, el padre tendrá patria potestad sobre el primogénito de su hija, será su padre verdadero y excluirá de los derechos de padre á sus naturales progenitores. Pero la esterilidad podrá tambien provenir del marido, y no de la mujer; y entónces el código de Manú indica una solemnidad repugnante, espantosa, horrible, que rebaja á un mismo tiempo la dignidad del hombre y envilece á su compañera; institucion abominable que á

1 Código de Manú, XI, 140; cap. 66. 142-145; —III, 68, 69;—V, 155, 165 166; —IX, 15, 16, 18, 22.
2 Código Manú, VIII, 416.

un mismo tiempo se burla del santo misterio de la union conyugal, y del pudor, virtud primera de la mujer. El marido impotente, confia á su hermano el deber de fecundar á su esposa; y éste, untado el cuerpo de manteca como si fuera á celebrarse un sacrificio fúnebre, penetra á media noche en el aposento de la víctima, y sin proferir palabra, sin tocar sus cabellos, sin aspirar su perfume, cumple su impura mision en medio de sepulcral silencio [1].

Tal era la condicion social de la mujer en la India. Si algun derecho les concede la ley, es un derecho poético que tan sólo existe de nombre. Manú la llama diosa de la fortuna, genio tutelar de la familia, casi la diviniza; pero luégo se rie él mismo de sus vanas palabras, diciendo «que Brhama le dió en dote la concupiscencia, la cólera, los malos instintos, la perversidad y los malos deseos; y que debe, por lo tanto, el marido redoblar con ella los cuidados de su vigilancia» [2]. Su incapacidad civil es perpétua: durante su infancia depende del padre; durante su juventud, de su marido; y viuda debe obediencia á sus propios hijos; y si no tuviera descendencia masculina, entra en la tutela de sus más próximos parientes [3]. En la India no hay tampoco reciprocidad en los derechos y deberes conyugales: la mujer es esclava y no puede ser ni esposa ni madre. La constitucion de la

1 Código de Manú, IX, 59.
2 Id., V, 147;—IX, 2-19.
3 Código de Manú, V, 148; *Yaznavalkya*, 1, 85, 86.

familia descansa allí en el culto religioso, en los sacrificios hechos á los dioses y ofrecidos á los manes de los antepasados; y la mujer que no puede celebrar estos sacrificios, que no puede ofrecer tortas fúnebres á la memoria siempre viva de sus abuelos, tampoco tiene personalidad en el hogar, ni libertad para guiar sus afectos y realizar sus deseos.

En otros países, la mujer desgraciada encuentra un consuelo á sus penas presentes en la dulce esperanza de que algun dia, al fin, se atenderán sus derechos; pero en la mortífera uniformidad de las sociedades indias, el sér oprimido atribuye sus sufrimientos á la voluntad del destino, y padece con resignacion un mal que necesariamente ha de durar toda la vida. Bajo aquel clima, todo impregnado del hálito panteista de Brhama, en presencia de las caudalosas ondas del Gánges que despues de majestuoso curso, símbolo de la humanidad, van á perderse en la inmensidad del Océano, imágen de la inmensidad divina [1]; ante el imponente aspecto del mar, inmensidad sin límites que confunde en su horizonte el cielo y la tierra, y que siempre vário, siempre el mismo, llena la mente de la idea de un sér infinito, eterno, inmutable y variable á un mismo tiempo,—el indio vió en las sociedades humanas una nueva manifestacion del mismo sér cuya voz resuena en el estruendo de las olas [2].

[1] GOERRES, pág. 118.

[2] COLEBROOKE, *Narayana*, pág. 33, 75, 139.— WINDISCHMAN, *Sancara*, pág. 157.

Las terribles revoluciones sociales, las guerras, las invasiones, fueron para la humanidad lo que es para los mares la tormenta, que un momento agita la superficie de las aguas, pero cuyos esfuerzos se estrellan impotentes ante la inmutabilidad eterna del líquido elemento. La actividad del hombre se confundió en la inmutabilidad de la casta, así como la actividad de la ola se confunde en la inmutabilidad del Océano; y la creacion entera en medio de su infinita variedad, se paralizó en el seno inconcebible de Brhama, único sér que realmente existe.

Con tales creencias el *sudra* oprimido, en vano unirá sus esfuerzos para recobrar su libertad perdida y adquirir sus derechos de miembro de la sociedad humana; su inexplicable locura sería semejante al necio intento de las olas que deseáran disfrutar ellas tambien de la tranquila quietud del sosegado Océano. En vano intentará la mujer recobrar su dignidad clamando por sus naturales derechos; su voz quedará siempre ahogada por la ley de la fatalidad que sumerge á las clases superiores en todos los deleites del placentero reposo, al paso que abandona siempre á las inferiores á los duros y crueles padecimientos de la ignominia. La sociedad india tiene por instinto constantemente presente el célebre apólogo que Menenio Agripa dirigia á la plebe romana retirada en el Aventino: la casta oprimida, cariátide viva de la casta opresora, sufre con paciencia el peso de su carga, y nunca entra en ella la idea de destruir el terrible yugo que le obliga á inclinar la cabeza. Allí el *paria* será

eternamente maldito de Dios y de los hombres, y su maldicion él mismo la creerá legítima, el *sudra* estará eternamente sometido al *vasia;* el *vasia* al *chatria;* el *chatria* al *Brhaman;* y la mujer, sér envilecido y degradado, será eternamente la esclava del hombre de su casta.

Inútil es por consiguiente esperar la emancipacion de la mujer en el seno de la India; inútil es esperar allí una revolucion social que, fundada en los principios del panteismo ó en los progresos de la humanidad, devuelva á la mujer su dignidad y ponga sobre sus sienes la corona que le pertenece como compañera del rey de la creacion.

Separada del resto del universo, al Norte por los muros ciclópeos del Himalaya, al Mediodía, al Oriente y al Occidente por la inmensidad de los mares, la India pasó todos los siglos de la antiguedad sin ser invadida por ninguno de los grandes conquistadores: ni Sesóstris, ni Semíramis, ni Nabucodonosor, ni Ciro, ni áun el mismo Alejandro, que tanto lo deseó, pudieron forzar el paso de los Alpes indianos: y aquel pueblo, envuelto en la atmósfera de sus ideas trascendentes, absorto en las luchas del pensamiento, sin preocuparse jamas con el momento presente, sin más recuerdo de lo pasado que el mismo grandioso problema de la creacion, no entreviendo su porvenir sino en la solucion del problema eterno de la existencia, sentando como axioma incontrovertible la unidad y la eternidad de la vida, y poniendo al mismo tiempo en duda la realidad de la vida

presente,—olvidó los fenómenos del mundo material y contingente, despreció la actividad y el progreso humano y se abismó en la meditacion de lo infinito. Destrozada de antiguo por luchas civiles y sacudimientos sociales ; ensangrentada por las guerras terribles de los Coros y de los Pandos, por las disensiones de Brhama y Budha; viendo desaparecer familias y dinastías enteras, crear y destruirse nuevos imperios; unida ó dividida, puesta en contacto con las ideas helénicas por medio de las legiones de Alejandro; conquistada por los musulmanes,—tantas y tan grandes convulsiones sociales y políticas en nada alteraron, sin embargo, el modo de ser de la India; y su carácter permaneció siempre el mismo, indolente, pasivo, inerte, revolviendo en su mente meditaciones eternas, concepciones monstruosas y grandiosas á la vez, divagando sin cesar entre ensueños filosóficos y fantásticos.

Treinta siglos tiene ya de vida la inmovilidad de la sociedad indiana. Pueblos vencedores intentaron con frecuencia destruirla; pero en lugar de salir victoriosos, ellos mismos se vieron contagiados por el eterno quietismo ; y la civilizacion de Manú, sorprendiéndolos en la embriaguez del triunfo, sujetó sus miembros con las vendas que preservan á la momia de la injuria de los siglos. Hoy mismo, apénas conocida por el europeo, es ya más poderosa la influencia que ejerce sobre nuestras sociedades, que importantes las victorias sobre ella conseguidas por nuestras ideas. Ahora la intenta dominar una nacion reina de los mares por el número de sus bajeles

y por la industria de sus hijos ; pero tiempo vendrá quizás en que sólo quede del imperio británico el recuerdo en la historia de su pasada existencia ; y el indio, sumido en el extático sueño de la contemplacion, seguirá invocando todavía las panteísticas divinidades que infiltraron en sus venas el bálsamo de la indestructibilidad. Pero si el contacto de otras civilizaciones, si la fuerza irresistible de la Religion verdadera, rompiendo las cadenas del fatalismo que los oprime, ennobleciendo la dignidad del hombre y realzando los destinos de la humanidad con el ideal más puro de inmortal bienaventuranza, no viene á despertar aquellos pueblos, que parecen haber echado el ancla en el mar de las edades,—llegará la hora postrera de la ruina de los mundos, y sorprenderá á las sociedades de la India inmóviles aún en el profundo letargo del terror religioso, y oprimidas bajo el peso de las cadenas del panteismo, que les asegura la eternidad de la existencia, privándolas del movimiento y echando en torno suyo los aromas que vertia el sacerdote egipcio en sus sarcófagos para impedir la putrefaccion de los cuerpos.

## II.

### LA MUJER EN LA RELIGION DE BUDHA.

Tras de los dias de fe de la religion de Brhama, vinieron para la India los dias de escepticismo y de duda. Kapila, rompiendo con las tradiciones y los mitos de

Brhama, escuchando sólo las razones de su abstracta metafísica panteista, declara que consiste la mision del sabio en la tierra en desligar al alma de todos los vínculos con que la naturaleza la rodea, en convertirse en inteligencia pura, despojándose de las ilusiones del cuerpo y de los sentidos, de las ideas quiméricas de su propia individualidad, y en presenciar sin pasion, sin voluntad, sin sentimientos, con impasibilidad absoluta, los fenómenos del mundo material, para desvanecerse luégo con la muerte en el seno del alma y de la razon impersonal. Víctima de profundos desengaños, martirizado por crueles dolores, queria acallar de este modo sus angustias privándose de toda sensacion de placer, de toda alegría, y sumiéndose en abismos de estoica indiferencia; pero tambien en este último refugio que pedia á la filosofía, halló á su vez crueles decepciones : los misterios impenetrables de su suerte futura asaltaron su mente inquieta, y su pecho exhaló un grito desgarrador de duda y desesperacion. Como consuelo de esta nueva duda de la filosofía, Sakia-Muni formuló su doctrina; calmó con la esperanza del aniquilamiento absoluto la desesperacion del que se creia condenado á eterno tormento. Así la filosofía quiso encontrar la razon y el orígen de todas las cosas, y sólo halló el sarcasmo y la duda, hasta que de negacion en negacion llegó á la idea del absoluto vacío ; y entónces, en el mundo ideal de la nada, se encontró de nuevo frente á frente del mismo sér infinito y eterno, cuya existencia queria negar en el mundo real habitado por la criatura, valiéndose del aparente silen-

cio del olvido. Los brhamanes enseñaban que todo lo existente es Dios; y la filosofía empezó á dudar, primero de cómo puede ser Dios la criatura que peca. El budhismo negó despues que pudiera ser Dios la criatura que sufre; y buscando un sér sin dolor y amargura, sin principio ni fin, inmutable, eterno, invariable, que no existiera ni en el tiempo ni en el espacio, sólo encontró satisfecho su ideal en el horror del vacío y de la nada. Y abismándose entónces en ese algo infinito, inexplicable y misterioso, que tambien encontraba como última consecuencia de su refinado escepticismo, deificó el no sér, y dió por fin supremo á las acciones del hombre el convertirse él mismo en Dios, saliendo de los círculos fatales de la vida para penetrar en las regiones celestiales del absoluto vacío[1].

«¡Oh felicidad, felicidad, tú consistes en no haber nacido!», exclama el gran Shakspeare, queriendo expresar el grado supremo de la desesperacion. Budha, recogiendo este mismo gemido de los labios secos y marchitos de la humanidad doliente, declara tambien que la verdadera felicidad consiste en el absoluto no sér; y de tan desconsolador quejido que se exhala de un alma desgarrada por el dolor y atormentada por la amargura, hace el dogma fundamental de su sistema religioso y filosófico.

Dos mundos existen para el budhismo: el mundo de

[1] J. Barthelemy Saint-Hilaire, *le Bouddha et sa religion.* Véase en las páginas primeras el *Nirvana.* — Max Muller, *Histoire des Religions*, pág. 383, *le Nirvana Bouddhique.*

la vida y el mundo de la nada. En el mundo de la vida pasan los seres en sucesivas trasformaciones por los círculos fatales del dolor y de la amargura; en el mundo de la nada, por el contrario, el hombre, por medio de la muerte eterna y del nihilismo más completo, se ha sustraido á la ley de la trasmigracion de la existencia y del renacimiento de unos seres en otros. El budhismo verdadero no reconoce la existencia de Dios; ni una vez siquiera pronuncia en su doctrina el nombre de la Divinidad; pero duda, niega, vacila, lleva la negacion hasta su último extremo; y para pronunciar la última palabra de su escéptica doctrina del vacío absoluto, tiene que valerse de una afirmacion, y como resultado supremo de sus investigaciones llega á afirmar que existe un no sér. Desde entónces, áun á pesar suyo, ese no sér se ha convertido en Dios; se ha trasformado en un sér absoluto que vive sobre la negacion de toda vida, de toda forma y de toda sustancia; reina fuera del tiempo y del espacio, fuera de la creacion y léjos del universo; y permanece inmóvil é invariable allá en los límites extremos del pensamiento, en aquellas regiones misteriosas é ideales donde nunca pudo penetrar el genio del hombre, y á cuyos umbrales se desmaya y cae sin vida la idea humana, semejante al pájaro que fiado en la fuerza de sus alas quiso elevarse orgulloso al traves de los aires y cayó exánime y como herido de un rayo cuando llegó á las regiones del vacío y se sintió rodeado de la nada, no pudiendo ni oir tan siquiera el ruido del batir de sus propias alas.

Existe entre el budhismo y la religion de Brhama exactamente la misma diferencia que entre la afirmacion de la existencia de un Sér Supremo identificado con el universo, y la negacion absoluta de Dios. Ambos niegan la existencia de la Divinidad : el uno, por medio de una afirmacion monstruosa; y valiéndose el otro de la negacion del olvido. Ambos buscan la solucion del problema eterno de la vida: y el uno cree encontrarla en el misterio incomprensible del no sér; y la otra en la inmensidad infinita de un Ente Supremo que trasforma parte de su sér en el mundo creado, y absorbe todo lo existente en su infinita omnipotencia. Todo cuanto existe es Brhama, todo cuanto no existe es Budha. El brhamismo no reconoce seres fuera de la divinidad, y el budhismo no reconoce sér alguno fuera del mundo de la materia.

El brhamismo busca lo infinito en la unidad de la vida; y el budhismo, por el contrario, cree hallarlo en la unidad de la nada. El panteismo de Brhama es la materializacion de lo infinito y la apoteósis de la materia. El sistema de Budha es la negacion de la vida de lo infinito, el anatema lanzado sobre la existencia y la apoteósis de la nada. En el panteismo de Brhama, el hombre, despojado del sentimiento de su existencia y de su personalidad, va á perderse en el seno de la Divinidad, como la gota de rocío, convertida en lluvia y arrastrada por la corriente del rio, se abisma y se pierde en la inmensidad del Océano. Y en el pannihilismo de Budha, el sér humano, juguete en la creacion del ciego acaso que le dió la existencia, átomo infortunado del mundo

de la vida, no tiene otro destino en la tierra que el de luchar constantemente contra la existencia, el de cruzar por los cuatro grados supremos de perfeccion del *Dhyana*, para desaparecer al traves del hielo y de los horrores del sepulcro en los abismos insondables de la *nada*[1]. Ambas religiones no son realmente más que una forma distinta del ideal oriental; ambas ahogan en el dogma de la necesidad universal la voluntad, el pensamiento, la libertad, la vida y la personalidad del hombre; y materializando la una lo infinito, transformándolo la otra en no sér, ambas precipitan á todo lo creado en una unidad monstruosa que confunde en el mismo cáos la Divinidad y la creacion, Dios y la nada, la vida y el no sér, la inteligencia y la materia, la Providencia y la fatalidad. En una y en otra, la criatura, aterrada ante la inmensidad del dogma, anhela temblorosa en la inmovilidad de la extática contemplacion el salir de las regiones que ven los sentidos, para elevarse sobre el mundo de la materia, que no es más que *Maya*, un sueño, una mera ilusion que se desarrolla en el espíritu del único sér que existe, en el espíritu del Ente Supremo; ó bien una realidad que brotó de la nada para volver de nuevo al *Nirvana* al traves del dolor, del tormento, de la vida, de la

---

[1] Los brhamanes llaman á los budhistas *nastikas*, es decir: hombres de la nada. COLEBROOKE, *Miscallaneous Essays*, t. I, páginas 380 y 390. — BARTHELEMY SAINT HILAIRE, *Le Boud. et sa relig. Introduction.* — MAX MULLER, *Histoire des Relig. Le Nirvana Boudhique.*

amargura y de las congojas de la muerte. El solitario *yogui* de la religion de Brhama, absorto en místicas contemplaciones, permanece años enteros inmóvil en el mismo punto, «fijos los ojos en el disco del sol. Su cuerpo aparece como incrustado en la arcilla que allí depositaron los termitas ; una piel de serpiente cubre su cintura; plantas espesas y nudosas se enroscan en derredor de su cuello, nidos de pájaros cubren sus hombros [1].» Y el asceta de la religion de Budha, cubierto tambien de repugnantes andrajos, tiene por morada las selvas, limosnas por alimento, el cementerio por lugar de meditacion, y los más crueles sufrimientos por únicos placeres de la vida. Aquel renuncia á su existencia propia, considera como el mayor bien el quietismo de la contemplacion, y sustituye la intuicion divina á la conciencia de sí mismo. Este se rodea de penitencias y sufrimientos, para entrar cuanto ántes en el reino de la *nada;* é inmóvil y aletargado se figura aproximarse en este mundo al *Nirvana* deseado, con la eterna quietud de la meditacion.

Brhama y Budha son dos ideales distintos que destruyen con las mismas armas los derechos sagrados de la personalidad humana, y se oponen á toda actividad y á todo progreso social. Brhama establece las castas, y sobre ellas cimenta la constitucion social de sus pueblos. Budha borra toda desigualdad natural entre los hom-

---

[1] CALIDASA, *El reconocimiento de Sacúntala.*

bres, pero niega al mismo tiempo la personalidad de las individualidades colectivas llamadas pueblos, naciones, gobiernos; destruye tambien la personalidad del hombre en la unidad del monasterio, y paraliza la sociedad en el vacío del no sér; así como Brhama ahogaba la personalidad humana en la unidad de las castas y paralizaba la creacion en el seno de su infinita unidad.

El budhismo es una doctrina que se encierra en el panteismo, error causa y orígen de todos los errores. El panteismo, en efecto, considera á Dios como el gran Todo del universo; y este gran Todo, coleccion de existencias aparentes é ilusorias, no nos ofrece en realidad más que una abstraccion, un sustantivo, una ilusion, una nada; en una palabra, el budhismo. Apréciese como se quiera la doctrina del panteismo, siempre su consecuencia lógica será el nihilismo de Budha: porque si lo finito es una simple transformacion de lo infinito, si la vida individual es una metamorfósis de la vida de la totalidad del sér, si por otro lado lo infinito deja de ser infinito desde el instante mismo en que se opera en él una alteracion ó una mudanza,—resulta evidente que ó bien la vida del individuo ó bien la vida del gran Todo no son realmente más que un sueño, una sombra, una ilusion. Y aquí es donde principalmente aparece la diferencia entre la religion de Brhama y la de Budha: pues miéntras el panteismo cree que la vida individual de lo finito es para nosotros el sueño, el budhismo se figura por el contrario que la ilusion verdadera está en creer en la existencia de lo infinito, y sustituye esa ilusion con la

doctrina del *Nirvana*. ¿Qué diferencia hallais entre ambas doctrinas? Ninguna: su última palabra, su resultado práctico es el mismo. Una y otra son hermanas, una y otra tienden la mano y estrechan contra su seno al materialismo, al ateismo y á todos los monstruosos errores que ha conocido la filosofía. Y de ningun modo nos debe extrañar su singular analogía ni sorprendernos su íntimo parentesco, porque el error es siempre hermano del error: aceptad como verdadero un principio erróneo, perseguidle á traves de todos los sistemas filosóficos, de todas las ciencias, de la vida de todos los pueblos, y veréis que en todas partes se da la mano con todos los errores, uniéndose tan estrechamente á ellos que se os hará imposible distinguir si es causa ó consecuencia, premisa ó corolario: os convenceréis de que el error es siempre uno. Tomad, por el contrario, un axioma, un dogma verdadero; contempladlo en la cumbre elevada de todas las ciencias; y allí veréis que, hermano de todas las verdades, no es más que un destello, una parte de la Verdad absoluta y eterna. Por eso no puede hacerse al error ni sitio ni lugar: en cuanto penetra en nuestro entendimiento se enseñorea de todas nuestras facultades; por eso tambien, para conocerse con absoluta perfeccion una verdad, es preciso conocerlas todas.

Tal vez por un designio secreto de la Providencia, hemos visto palpablemente confirmado en nuestros dias este singular enlace que reina entre la unidad de la vida universal del panteismo y el *Nirvana* horrendo de la doctrina de Sakia-Muni. Hegel dice que Dios es la uni-

dad concreta, la idea determinándose á sí propia, el principio generador de la inmanencia que gradualmente se desarrolla en las diversas esferas de la creacion; identifica el universo con Dios; y afirmando á un mismo tiempo el sér y el no sér de Dios y del universo, coloca junto á la ilusion de la vida la afirmacion de la nada. De su sistema filosófico se deduce la metempsícosis, la transmigracion y la transformacion perenne de los seres proclamada por Budha. Con él se pueden explicar los misterios de la vida, del mismo modo que siete siglos ántes de Jesucristo los explicaba Sakia-Muni: considerando lo infinito, metamorfoseado primero en el mundo de la vida, en los átomos del reino mineral, y arrebatado inconscio en los espacios por los torbellinos de la fatalidad; materializándose luégo, y adquiriendo mayor instinto en la planta, en el vegetal, en el insecto, en el pez, en el ave; y agrupándose, por fin, las diseminadas moléculas, para formar el hombre: transformacion pasajera del infinito y único sér, en el cual el gran Todo tiene conciencia de sí mismo, hasta que la muerte venga á separar de nuevo los átomos de su individualidad y confundirlos en la totalidad del sér, para volver á pasar por los círculos inquebrantables de la ley del renacimiento ó bien desvanecerse en el cáos de la nada.

Las demas religiones habian colocado sobre la tumba del hombre la creencia universal, la esperanza consoladora de la inmortalidad; pero el budhismo, religion sin consuelo, doctrina sombría de terror y de muerte, puso en cambio sobre la losa del sepulcro, como última y su-

prema verdad, la idea de la nada, la esperanza del aniquilamiento absoluto.

La *Nada*, vacío horrendo, sin nombre, cuya imágen no puede concebir la mente, existia ántes que fueran los mundos, vivia junto á la eternidad divina. Indefinible, impalpable, inmensa es la eternidad del no sér, así como Dios es la eternidad del sér; en el misterio de su profundidad se juntan todas las negaciones, del mismo modo que en el seno de Dios se realizan todas las afirmaciones; fué, desde el principio de los tiempos, el abismo insondable donde fatalmente se precipitan los que consideran á Dios como una ilusion de la conciencia, la vida individual como una ilusion de la mente, y al universo como una ilusion de los sentidos. El error, sea cual fuere, siempre os arrastrará irresistible á la negacion de Dios y de sus obras, al desprecio del hombre, á la profanacion de los destinos sublimes de la humanidad, en los dogmas sombríos del fatalismo; os precipitará finalmente en el vacío de la nada, en el *Nirvana* de Budha, donde la realidad se convierte en ilusion, donde todo huye y se evapora, donde la vida no es más que una amarga mentira. La verdad, por el contrario, siempre imprimirá en vuestra frente el sello de la libertad y de la existencia propia, y en vuestra alma los sentimientos de virtud, de órden, de justicia, de esperanza y de amor; siempre os llevará á la contemplacion de Dios y de sus obras, en las regiones de la vida del universo y de su Hacedor.

Eran precisas estas consideraciones para apreciar en

su justo valor la opinion no há mucho en boga, que pretendia atribuir al budhismo una influencia más benéfica áun que la del Cristianismo en la institucion de la familia y en el respeto de la mujer.

Con principios tan parecidos, no es de extrañar que las dos religiones orientales, brhamismo y budhismo, produjeran frutos tan semejantes en la constitucion doméstica de la familia y en la condicion social de la mujer; no es de extrañar que una y otra convirtieran igualmente á nuestra compañera en sér miserable y degradado sin sentimientos, sin afectos y sin voluntad propia. El budhismo al parecer venera y consagra los lazos de familia; respeta y realza á la mujer, considerándola apta para disfrutar, como el hombre, de todas las dignidades de la jerarquía religiosa; pero este principio deja de producir en la sociedad sus benéficos resultados, porque se siente ahogado por otros errores funestos que destruyen la familia y, con ella, el Estado, embrutecen al hombre y le convierten en una criatura rodeada de tristeza y amargura, reducida á desear la nada para ver el fin de sus desdichas. Y el vacío de la nada, deificado, siendo el fin supremo al cual debe tender el hombre,—los afectos, los pensamientos, los actos todos, en la tierra, del rey de la creacion, tendrán por fin primero este no sér inconcebible, remedio único y supremo de los sufrimientos humanos. Así es que en la doctrina de Budha falta toda idea de moral, de deber y de derecho[1]; y cuando el jóven Opagupta resista

[1] BART. SAINT-HILAIRE, *Le Bouddha et sa religion*, cap. V.

á las impuras tentaciones y á los seductores halagos de una rica y hermosa cortesana, saldrá de la lucha victorioso, no por el íntimo convencimiento de que la continencia es para él un deber ineludible, «sino porque aquél que quiera conseguir el *Nirvana* y salirse de los círculos fatales de la ley del renacimiento, no podrá realizar su objeto si cede á las instancias de esa mujer.» Por el deseo vehemente de la nada es por lo que venera Budha la familia; por el deseo vehemente del no sér es por lo que respeta á nuestra compañera; y ahora os lo pregunto: ¿puede realmente ser apreciada la mujer cuya dignidad descansa en base tan monstruosa? ¿Pueden existir en la tierra los verdaderos sentimientos del corazon humano, cuando quiere verse su orígen en un horrendo vacío que repugna á todos los instintos de la naturaleza, é implica el ateismo?

El budhismo tendrá, no lo dudo, algunas máximas sublimes en favor de la familia; pero su resultado práctico será siempre el aniquilamiento, la destruccion, la ruina y la muerte. Quiso salvar al hombre, quiso regenerarle, quiso librarle del tormento del dolor, y le sumergió en la desesperacion y en la eterna tristeza de la nada. Lo envileció, negando su orígen y su fin supremo; negando toda idea de derecho y de deber; destruyendo por completo su personalidad, y haciéndole superior á las fieras del bosque y á los animales de la naturaleza, tan sólo porque puede comprender que existe un vacío deificado, y porque puede aspirar al no sér; miéntras la vida del bruto estará eternamente sujeta á las sucesivas

transformaciones de la transmision de la existencia. En una palabra, pretendió hacerle feliz, y le hizo el sér más desgraciado de la creacion. Sus principios morales, su ley religiosa y sus preceptos filosóficos nunca conocieron el fundamento verdadero de la familia, nunca supieron crear una sociedad que no tuviera por base el despotismo, y por elemento primero el envilecimiento y la degradacion social. Su accion ha sido quizás aún más funesta para los pueblos que el panteismo de Brhama [1]; y hoy ni siquiera mereceria que de él hiciéramos

---

1 Desastrosa en todas partes, no ha producido, sin embargo, idénticos resultados en todos los países : vária en sus formas, en sus doctrinas, en sus sectas, la doctrina de Budha ha ejercido tambien influencia diversa y distinta en los diferentes pueblos donde extendió su imperio. En la India, en Ceilan, aletargó el alma humana, privó al hombre de la energía de sus pasiones, de la actividad y de la iniciativa de su individualidad, y de sus sentimientos propios ; en China, en el Tonquin, le precipitó en la indiferencia del escepticismo ; en el Tibet, donde la naturaleza y el rigor del clima no permiten como en la India la contemplacion extática en medio de los campos, donde con elementos de dominio áun más hábiles y poderosos era preciso subyugar razas de índole distinta, creó nuevas instituciones, unió y confundió el poder espiritual del sacerdote y el poder temporal del monarca, deificó al representante de Budha ; lo convirtió en una entidad ideal, que desde el impenetrable misterio del templo donde recibe el culto y las adoraciones de los fieles, reina y domina sobre la vida, los actos y los más íntimos secretos de la conciencia humana.

En aquellas inaccesibles alturas, en medio de aquellos frios é inmensos desiertos, los dogmas de Budha establecieron un imperio espiritual, contra el cual se han estrellado desde aquel dia impotentes los trastornos y las revoluciones políticas, las guerras

mencion, al tratar de la condicion social de la mujer, si no fuera porque extendiendo su dominio por las regiones de Cachimira, del Nepal, del Tibet, de la Mongolia, de la Tartaria, de la China y del Japon, por los reinos

---

y las invasiones de pueblos extraños. El *Dalai-Lama* encarnacion viva de Budha, encerrado solitario en el fondo de un templo de Lhasa, que es al mismo tiempo un palacio y un monasterio, rodeado de no sé qué mundo de sombras, de mitos y ficciones sagradas, envuelto en el cáos y en el vacío del *Nirvana*, condenado por su carácter divino á perpétua soledad, á perpétuo silencio, á eterno é inmutable reposo; hombre inerte, deidad ficticia, fluctuando sin cesar entre la vida real y la vida aparente,—al tomar posesion de sus funciones de dios vivo, quedó como anonadado y embrutecido, sirviendo de triste y vergonzoso instrumento de las intrigas y las ambiciones de los sacerdotes, que á su antojo manejan su voluntad divina.

Allí el culto de Budha, transformándose en el culto del *Dalai-Lama*, ha precipitado toda una raza en la superstición más abyecta, raza sin actividad intelectual, sin sentimientos de adelanto, sin conciencia siquiera de su degradacion, raza que imponiéndose con abnegacion heroica penitencias terribles y crueles, vive encerrada en el claustro de sus monasterios, entre maceraciones y silicios, fanatizada por los lamas, doctores en ciencias mágicas y adivinatorias, por los monjes que se mantienen de sus ofrendas; aterrada y despavorida por magos y hechiceros, que con traje espantoso, teñido el semblante con azúcar rojo y con los resíduos de la infusion del té, entre terribles y grotescas contorsiones, pronunciando invocaciones infernales, mágicos conjuros, adivinan lo porvenir, vaticinan oráculos y curan los males del alma y del cuerpo. Y al frente de toda esa jerarquía, en la cúspide de ese mundo artificial edificado, sobre la idea de la Nada, aparece un hombre deificado, un ídolo humano monstruoso y deforme, más estúpido y embrutecido aún que sus adoradores, rodeado de genuflexiones, de plegarias que todos repiten sin darse cuenta de su sentido, objeto de inmunda idolatría, viviendo aletargado en el fondo del santuario, presidiendo impasible tan

de Anaan y de Birman y por la isla de Ceilan, desde luengos siglos há impera sobre innumerables pueblos, que en él buscan el consuelo del alma y convierten á Budha en su Dios, no pudiéndose resignar á tener por

---

vergonzosa degradacion, y llegando á persuadirse al fin, al ver las sagradas abominaciones que se cometen con su persona, que tal vez ha de ser la encarnacion viva de Budha, tal vez la deidad misma en forma humana. Y los creyentes, miéntras tanto, ignorantes, salvajes, sumidos en su estacionario embrutecimiento, sin preocuparse con lo porvenir, repiten sin cesar plegarias cuyo significado ignoran; y para calmar las iras de la Divinidad, para implorar su proteccion y su amparo, se imponen privaciones y martirios sin cuento, ó bien encierran las fórmulas sagradas, los libros de la liturgia canónica, en ruedas que giran noche y dia á impulsos del agua, pues les han enseñado los doctores que basta poner esas fórmulas en movimiento para hacerlas eficaces. ¡Torpes delirios, degradacion pavorosa de la razon humana! Pocas religiones habrá habido en el mundo tan monstruosas como el budhismo del Tibet, y pocas veces tambien los errores religiosos habrán causado tan funestos estragos en la constitucion de la familia y de la sociedad. Lo que llevamos expuesto de la condicion social de la mujer en la India, debe tambien y con mayor motivo todavía, aplicarse á la historia de su condicion social en las montañas del Tibet.

Afortunadamente para aquellos pueblos, guiados con frecuencia por su propio instinto de conservacion, se han contentado con creer en apariencia las doctrinas de los lamas sin cumplir ninguno de sus preceptos. Protestan de su firmísima creencia en que es el matrimonio un pecado, un estado imperfecto del hombre; pero al mismo tiempo se unen sin reparo en justas nupcias, y celebran sus bodas con quince dias de fiestas solemnes. Protestan de su adhesion, de su fe inquebrantable á los dogmas de la metempsícosis; pero no por eso dejan de dar muerte á los animales que les sirven de sustento. Así las mismas necesidades del corazon humano, la misma irresistible tendencia de los sentimientos que puso Dios en nosotros, contrarestan allí en lo

divinidad á la Nada. Lo hubiera pasado en el silencio del olvido, si no fuera tambien porque constituye uno de los caractéres principales del Oriente; y es, por lo tanto, indispensable su conocimiento para el estudio de la consideracion social que tuvo y sigue allí teniendo la compañera del hombre. Pero la razon más poderosa que me ha excitado á detenerme en su estudio es que veo en el dia germinar junto á nosotros sistemas filosóficos, en los cuales se pretende explicar el orígen y el destino del mundo y del hombre, sin la idea de Dios y sin el dogma de la Providencia: sistemas mal llamados filosóficos, en que se sustituye la inmortalidad del alma con la inmortalidad de la idea y las transformaciones eternas de la materia, y se reduce la personalidad humana á una agrupacion casual de los átomos que vagan perdidos por el universo: delirios de la mente humana, en que la criatura, llena de orgullo, ambiciona ocupar en la creacion el trono de Dios, ó bien prefiere hundirse en el cáos de la nada ántes que reconocerse hija de un Ente Supremo.

Vosotros, los que de hinojos os prosternais á los piés del Dios-humanidad ó del Dios-universo; vosotros, los

posible las calamitosas consecuencias de una religion estéril, que sin darnos ningun consuelo en la tierra, ninguna esperanza benéfica para la vida futura, no sabe hablar al hombre sino de la nada de las cosas de la vida presente, de la eterna y fatal transformacion de todos los seres en la naturaleza, de la instabilidad de sus deseos, de la vanidad de sus alegrías más puras.

que pretendeis hacer de la fatalidad y de la fuerza la ley suprema de los pueblos, de Dios una abstraccion del espíritu, una pura idea sin vida y personalidad propia; del hombre una molécula con ilusiones, emanada de la vida del gran Todo; vosotros, en fin, los que convertis el vicio y la virtud, el bien y el mal, el error y la verdad, el dolor y la alegría, la esperanza y la desesperacion, los sufrimientos y las lágrimas en una mera ilusion del sér finito, contemplad á vuestros piés el vacío aterrador de la nada, donde desapareció Sakia-Muni y desaparecerán sin remedio los que siguen sus doctrinas.

## III.

### La mujer en los primitivos imperios asirios.

De la tierra de Sennaar y de las orillas del Tígris y del Eufrates se exhala un grito de voluptuosidad y de lascivia. El cielo allí siempre sereno, la inmensidad de las pantanosas llanuras, la prodigiosa fecundidad del suelo, el clima dulce y tranquilo que contínuamente tiene excitados los sentidos ; el contínuo reproducirse de las razas, que allí se multiplican con asombrosa rapidez para que luégo las disperse el viento de las emigraciones ; la belleza encantadora de las doncellas, —hicieron que en aquella cuna del género humano fuera el hombre por naturaleza propenso á dejarse llevar por los impulsos de su lascivia. Tan naturales eran los sentimientos de sensualidad en el habitante de aquellas comarcas

que pronto invadieron sus creencias religiosas y dieron un sello especial á su culto. Así, miéntras el indio se explica los prodigios de la creacion, por la meditacion eterna del Ente Supremo sumergido en el abismo increado y rodeado del silencio inexplicable del no sér; y miéntras de la misteriosa soledad divina, en el inconcebible vacío de la nada, hace surgir la idea de los mundos, figurándose á Dios creando lo existente, como consuelo de su soledad y transformando su propio sér en las mil formas diversas de la materia [1]; miéntras el Jehová del Génesis, despues de inconmensurable tiempo de solitaria magnífica meditacion consigo mismo, en el seno del espacio y de las edades infinitas, interrumpe un dia su eterna portentosa soledad llamando de la nada á los mundos,—el asirio, por el contrario, no puede concebir la creacion en la soledad de un sér infinito. Por ello cree que todo lo existente es obra de dos seres sobrenaturales, el uno fecundante y el otro fecundado; y en el sol, que misterioso envia á la tierra á traves del espacio los portentosos resplandores de su luz vivificadora, ve al dios fecundador; así como en la tierra, cubierta de plantas y de abundantes mieses que periódicamente germinan, crecen y se multiplican, en la tierra, pisada por seres que mutuamente se transmiten la existencia, des-

---

1 *Rig-Veda.* — *Yagur-Veda.* — *Atharva-Veda.*— MÜNTER, *Religion der Babylonier: Religion der Kartager.* — CF. SELDEN, *De Diis Syris.*

cubre la diosa fecundada y el elemento femenino de la creacion.

Dioses sin virginidad, debian tener necesariamente lascivos adoradores; y entre los misterios del culto de los órganos generadores, resuena embriagador el escándalo de la orgía. En los templos de Mílita, junto á los símbolos obscenos del Falo y del Cteis, las hermosuras de Babilonia se ven obligadas á prostituirse por lo ménos una vez al año, á manos de un extranjero; y éste, pagándoles el precio de su oprobio, pondrá en sus manos unas cuantas monedas diciendo: «Suplico á la diosa Mílita que os sea propicia» [1]. Y cuando al llegar los dias del estío se anuncie la fiesta de la concepcion de la diosa madre del universo, saldrán de los muros de Babilonia bandadas de ébrias bacantes que, saltándoles los ojos de sus órbitas, sobrecogidas de frenético delirio, encendido el rostro por el ardiente deseo de la diosa del desenfreno, recorrerán alumbradas por lúgubres antorchas las inmensas llanuras, los misteriosos bosques y las sombrías cavernas, buscando en la naturaleza un sitio propicio al misterio de su bacanal, para repetir allí los repugnantes horrores del templo de Mílita, entre los gritos descompasados de los coros de coribantes y dáctilos, y entre los aullidos de la lujuria y del placer, que ahogarán con su furia la monótona vibracion de las cuerdas

1 HERODOTO, I, 36; V, VI, 26.

de la zambuca y los trinos melodiosos de la flauta frigia [1].

Donde la religion, freno primero de las pasiones humanas, incita de este modo al deleite, convirtiendo sus santuarios en templos de la prostitucion, y la lascivia en sagrada liturgia,—la mujer no puede conservar su dignidad, el matrimonio se ve fatalmente despojado del misterio de su santidad, y los placeres del cuerpo sustituyen á los amores del alma. Así es que, si de las solemnidades religiosas pasamos al secreto de la vida privada, hallarémos la libertad natural del hombre y de la mujer, para escoger la compañía de su existencia, despreciada hasta el punto de venderse las hermosuras en pública almoneda, para que con el producto de su venta se forme la dote de las doncellas que no agració la naturaleza con las bellezas del cuerpo, verémos un tribunal destinado á dar colocacion á las jóvenes, y si no resulta feliz el matrimonio, la mujer quedará satisfecha con recobrar su dote. Alguna vez los magnates de la córte darán en sus palacios opulentos festines, y excitados sus sensuales deseos por suculentos manjares y por los cantos y lúbricos ademanes de las bayaderas, todos los convidados se entregarán á la mas obscena prostitucion; las madres y las hijas se despojarán del pudor al mismo tiempo que

[1] Adiit opaca sylvis redimita loca Deae;
Stimulatus ubi furenti rabie, vagus animi....

Catull. *Atys*, v. 3.—Lucian. Opera: *De Dea Syria*: tom. II.—Clemens Alex., ap *Euseb.*, lib. II.—Lucrecio, II, v. 615.

de los vestidos, y se perpetrará en la sala del convite la más horrenda promiscuidad que recuerde la historia en la vida de un pueblo culto [1].

Situadas en el paso de las caravanas que se dirigen de la India al Mediterráneo, en el punto por donde se cruzan todas las razas y vienen á darse la mano todos los pueblos de Oriente, Babilonia, Nínive, Petra, Ecbatana, Palmira, hijas del desierto, radiantes oásis de aquellas estériles é incultas soledades, rodeadas de palmeras, coronadas con rica diadema de fantásticos jardines, teniendo en su mano el mirto sagrado de Mílita, la diosa del desenfreno, aparecen en la historia como meretrices que se presentan á la caravana fatigada, ofreciéndole suntuosa hospitalidad, y convidándola á olvidar en el seno de voluptuosos placeres las privaciones y los sufrimientos pasados en la peregrinacion del desierto. Al extranjero tributan con preferencia sus halagos, le ofrecen presurosas las primicias de su belleza, los encantos de su juventud. Cuando allá en los horizontes inmensos de aquellos monótonos arenales resuena á lo léjos el melancólico cantar de la caravana, Babilonia, esposa de todos los pueblos, cortesana del Oriente, desde el fondo del desierto contesta con un himno de entusiasmo al canto del peregrino; y delirantes los sentidos, embriagada de voluptuosidad, convertida en ménade, rasga con frenesí los velos que cubren su palpitante seno, y admite en su

[1] Véanse en la *Sagrada Escritura* los banquetes de Baltasar.— QUINTO CURCIO, V, 1.

regazo á todas las naciones: tiene por amantes al indio y al escita, al persa y al medo, al lydio, al cario, al frigio, al vagabundo árabe del desierto, y al israelita desterrado de su patria. Y el extranjero, seducido por los abrazos de la reina de Oriente, de la hija de los gigantes, deposita en sus manos sus dones y tesoros, acumula en las gradas de los altares de Mílita las riquezas traidas de los confines de la tierra, y olvida allí patria, hogar y hasta sus propios altares. Creeríase que al clamor de aquella incesante orgía celebrada en las márgenes del Eufrates, en la cuna misma de la humanidad; que en aquellos templos, donde se veneran con delirantes símbolos los misterios del amor y de la vida, se daban los pueblos y las razas de Oriente un supremo abrazo ántes de separarse para siempre y venir á fundar nuevas civilizaciones en las regiones de Occidente, impulsados por la voz misteriosa de la Providencia. Heteria del Asia Menor, Babilonia, con sus lúbricos halagos vence y subyuga á todos sus conquistadores. Cuando algun peligro la amenaza, procura olvidar en el seno de los placeres las angustias que sobre ella pesan: y al entrar Cyro en sus muros, los gritos de matanza y botin del guerrero se confunden con los cantos y las libaciones de los festines que celebra la ciudad prostituida [1], la cual no ve en las hordas invasoras sino nuevos comensales, á quien ofrece al mismo tiempo la mitad de su lecho y la copa

---

[1] Véase HERODOTO, I, § 191: — JENOFONTE, *Ciropedia*, VII, cap. V: — POLYEN, *Stratag.*, lib. VII, cap. VI.

llena del néctar de la embriaguez. Mas al probar aquel veneno de decadencia, el persa sobrio y valeroso pierde su valor y su indomable fiereza, se convierte en asirio, olvida en la córte de los sátrapas sus antiguas virtudes y sus antiguas proezas. Dos siglos más tarde penetrará en la misma ciudad el Héroe macedónico; y rodeándose allí tambien de placeres, de bayaderas, de orgías, verá desvanecerse su vida y su imperio en las libaciones de un festin, y le sorprenderá la muerte aletargado en el mismo voluptuoso lecho de Semíramis y de Sardánapalo, de Nabucodonosor y de Darío.

Al fin, consumida por tanto desórden, devorada por su propio desenfreno, despues de haber contagiado con su ejemplo la Frigia, la Siria, la Judea, toda el Asia Menor, y hasta la misma Grecia, la ciudad de Semíramis cayó exánime en los brazos de los eunucos; el silencio y la prision del serrallo sustituyó entónces para ella á los frenéticos clamores del templo de la Diosa-Madre, la cortesana de las naciones gimió prisionera y esclava en el harem de un tirano sanguinario y despótico.

Como se ve, la mujer en los dias primeros de los primitivos imperios de Oriente tuvo un momento de libertad sacrificando por él su pudor, su dignidad y su honra; pero no disfrutó de esta independencia sino miéntras duró en el hombre la embriaguez del desenfreno. Con Semíramis sedujo el corazon de su monarca sin arredrarse ante la impureza del adulterio; y haciendo resonar á sus oidos palabras de deleite y de sensuales ilusiones, le arrancó el cetro de sus manos aletargadas y reinó sobre

los pueblos, hasta que despertándose el hombre de su profundo letargo, volvió á recobrar la autoridad perdida. Desde entónces gimió allí encerrada en las prisiones del harem, rodeada de celos, de rivalidades, de intrigas, de temores, víctima de las preferencias del corazon de su esposo, y muriendo con frecuencia vírgen á pesar de haber pasado su existencia en la mansion del deleite. Los pueblos y las razas que se sucedieron en aquellos países modificaron algunas veces la distribucion del harem; unieron ó separaron las madres, de las doncellas; disminuyeron ó multiplicaron el número de los eunucos; pero la mujer permaneció esclava. Siempre se vió allí cargada de las pesadas cadenas de la poligamia, y su corazon, que para sentir el fuego del amor verdadero necesita respirar al mismo tiempo el bálsamo divino de la virtud y el aire puro de la libertad, conoció el furor de los celos y de la envidia, en vez de conocer la paz del cariño de esposa, y deseó odios, intrigas, infortunios, venganzas, en vez de desear amor y felicidades. Nínive, Babilonia, Ecbatana desaparecieron: sus escombros entristecen en el dia los lugares que ántes alegraron con su magnificencia; pero en medio de sus ruinas quedan en pié los muros del serrallo. Á traves de los siglos, entre los mudos y solitarios restos de aquellos imperios caidos, resuenan allí todavía plañideros los cantos de la esclava del harem.

# CAPÍTULO III.

## La mujer en Oriente.

(*Continuacion.*)

IV. La mujer en Egipto. — Increible confusion de monstruosos errores y grandes y benéficos principios que aparece en el pueblo egipcio y en la constitucion de su familia. — Influencia y dominio de la casta sacerdotal; sus consecuencias en la condicion social que allí adquiere la mujer. — La monogamia impuesta por vez primera como precepto legal y puesta en práctica por el sacerdote egipcio. — Carácter del Egipto en la historia.

V. La mujer en el pueblo de Israel. — Consecuencias que produce en la condicion social de la mujer hebrea el principio de la unidad de Dios y de la verdadera personalidad divina. — La mujer es más respetada en Israel que en ningun otro pueblo de la antigüedad. — Imperfecciones forzosas de la legislacion mosaica, hijas del carácter y naturaleza de aquel pueblo. Institucion del levirato.

VI. La mujer china. — Carácter especial del pueblo chino. — Consecuencias de organizar la sociedad política sobre los mismos principios que la sociedad doméstica. — Triste y deplorable situacion de la familia china. — Juicio crítico de las causas que han producido allí tan profundos males.

### IV.

### LA MUJER EN EGIPTO.

Pueblo entre todos misterioso, jeroglífico eterno de la historia, asombro de los sabios y de los legisladores de Grecia, el pueblo egipcio, como único recuerdo de su pasada grandeza, ha dejado sembrados en las orillas del Nilo escombros portentosos de inmensas ciudades, gigantescas ruinas, templos, obeliscos, catacumbas, mau-

soleos, laberintos, esfinges, generaciones enteras embalsamadas en sus sarcófagos, razas imponentes de colosos mudos y solitarios en medio del desierto, montañas de piedra labrada, pirámides cuya cúspide se pierde en las nubes, monumentos ciclópeos que han resistido al furor de cien pueblos invasores y á la fuerza destructora de los siglos, inscripciones, misterios impenetrables, testimonios indestructibles de su magnificencia, páginas enteras de su historia, grabadas para la eternidad sobre el cuerpo de sus colosos, sobre sus obeliscos, sobre los muros de sus templos, en sus pirámides, junto á la mansion de sus momias; y, sin embargo, nada más difícil hoy que hacer el retrato fiel de las instituciones que rigieron aquella nacion teocrática por su esencia, patriarcal y nómada en sus primitivos tiempos, legisladora con Manes, conquistadora con los Sesostridas, sacerdotal con Setos, agricultora y artística con los Faraones, filosófica con los Tolomeos. Sus sacerdotes sepultaron en los arcanos de su casta los secretos de su constitucion civil y política, y para trazar el cuadro de su vida social es preciso atenerse únicamente á lo que nos refieren Herodoto, Diodoro, los libros del Antiguo Testamento y los historiadores de los demas países que estuvieron en contacto con ella.

A pesar de esto aparecen entre el pueblo egipcio ciertos principios que convierten en provechoso su estudio para el conocimiento del estado de la familia en aquellos tiempos remotos: y al hacer la historia del matrimonio no debe echarse en olvido la historia del pueblo

cuyos sacerdotes practicaron por vez primera en la antigüedad como precepto legal el santo principio de la monogamia, y cuyas costumbres fueron con tanta frecuencia base de la legislacion hebraica.

Del exámen atento de los hábitos, de las creencias religiosas y de las tradiciones tan incompletas de los egipcios, se deduce desde luégo que en aquella tierra las diversas tribus, las diversas castas tuvieron distintas costumbres, distintas creencias, leyes y principios opuestos que á un mismo tiempo subsistieron frente á frente. No puede ser otro el orígen de esa perpétua alternativa de lo grandioso y de lo mezquino, de esa mezcla inexplicable de grandes verdades y de monstruosos errores, de tales increibles contradicciones que aparecen en todas las esferas de su vida. En la religion, junto al grosero y repugnante politeismo del pueblo, el sacerdote tiene por alma de sus tenebrosos misterios dogmas y verdades sublimes que hacen de su culto el más filosófico quizas, y el más metafisico de las naciones paganas. En la legislacion, junto á instituciones llenas de profunda sabiduría, aparecen otras leyes y otras instituciones oprobiosas y tiránicas. En las costumbres, junto á los hábitos de sobriedad y continencia que distinguian al egipcio entre todos los pueblos antiguos, surgen las bacanales celebradas con horrible desenfreno en las fiestas de Bubasto y de Mandes y en la procesion Canopea; surgen los suntuosos y opulentos banquetes de los magnates, parecidos por sus escándalos á los festines de Babilonia; surgen aquellas orgías en medio de las cuales, segun nos

refiere Herodoto, para aumentar el delirio de los sentidos presentaban una momia en su sarcófago, paseándola alrededor de los comensales, y diciendo á cada uno: «*Bebe y goza ántes que seas como éste.*»

Idéntica contraposicion de principios, idénticas contradicciones se notan en la institucion del matrimonio. La poligamia y la monogamia subsisten á un mismo tiempo sin excluirse una junto á otra: el sacerdote está sujeto á la ley de la monogamia [1], en las demas castas, por el contrario, se permite la simultaneidad de los enlaces coyugales, contentándose la ley con recordar al que se encuentra en semejante caso la obligacion ineludible del padre de mantener á todos sus hijos. Se reprime con penas severas el adulterio [2], y al mismo tiempo se consiente y tolera el concubinato [3]. Se profesa profundo y religioso respeto á los derechos y á los deberes de la union conyugal, á la santidad del matrimonio, como lo revelan los libros del Antiguo Testamento [4]; y los hijos naturales tienen iguales derechos que los hijos legítimos; su condicion social es la misma, pues el legislador no establece distincion entre ellos, los declara á todos legítimos [5]. La mujer recibe mayor culto de veneracion y aprecio que entre los demas pue-

---

1 DIODORO, lib. I, § 80.
2 DIODORO, lib. I, § 78.
3 HERODOTO, lib. II, § 130.
4 *Génesis*, cap. XII, vers. 19.
5 DIODORO, lib. I, § 80.

blos orientales [1], pero vemos, sin embargo, las bellezas encerradas, cautivas en los serrallos, y eunucos convertidos en altos dignatarios encargados de la guardia y custodia del harem. Manes dicta minuciosas disposiciones para conservar intacta la santidad del hogar doméstico; pero, no sé por qué miras sociales injustificables, ni aprecia ni califica como delito el incesto, y, sin prever sus abominables consecuencias, permite la union entre parientes de todos los grados de la línea colateral. Osíris se enlaza con su celeste hermana; Tolomeo Filadelfo declara esposa suya y reina consorte á su hermana Arsinoe. Los hermanos de la célebre Cleopatra son uno tras otro sus dos primeros maridos.

Tales son las disposiciones de la legislacion egipcia relativas á la institucion de la familia. Creo que este conjunto de leyes, tan contradictorias unas de otras, no puede tener otro orígen que la diversidad de las costumbres arraigadas en el seno de los pueblos diversos que vinieron á habitar las orillas del Nilo. En medio de sus muchas iniquidades puede, sin embargo, afirmarse que, en lo que se refiere al matrimonio, existe en la ley egipcia algo superior á los preceptos de la ley de Manú, y al desenfreno y á la monstruosa poligamia de muchos pueblos de Oriente. La mujer ha conseguido un grado mayor de dignidad y aprecio. El padre constituye la dote

---

1 HERODOTO, II, § 35.—DIODORO, I, § 64.—SÓFOCLES, *Oedipo Coloneo*, verso 352.—POMPONIO MELA, I, cap. IX.

á favor de su hija, dote que le servirá de amparo en la sociedad conyugal y de elemento de emancipacion en la sociedad civil; el marido aumenta estos bienes dotales de su esposa con nuevos dones que le entrega como premio de su cariño y de sus virtudes; no se hace mencion de un solo caso de divorcio; tampoco se conoce el repudio hasta la venida de los Lagidas.

Todos los historiadores de la antigüedad reconocieron esta mayor dignidad que tuvo la mujer en Egipto, pero, á pesar de su testimonio unánime, algunos historiadores modernos se han atrevido á ponerla en duda; existe, sin embargo, en favor suyo una causa poderosa que la época presente echó con demasiada frecuencia en olvido. Situado el Egipto entre África y el Oriente, los hijos de la Nubia, los abisinios, los etíopes, las tribus nómadas de los árabes del desierto, los pueblos del Asia menor, acudieron á las márgenes de su rio misterioso, y trasformando allí sus hábitos, sus costumbres, combinando sus tradiciones opuestas, el genio de Asia con el genio africano, crearon una civilizacion singular, que no ha tenido ni tendrá su igual en los anales de la historia. Entre aquellas diversas razas se distinguia por su mayor cultura, por sus más puras creencias, una casta sacerdotal, que con su superioridad moral habia de dominarlas á todas y comunicar á la nacion entera su sello característico, su fisonomía propia en la historia. En su seno conservaba esta casta como depósito sagrado las primitivas tradiciones patriarcales, aunque alteradas tambien en parte por el contacto con los demas pueblos: Isis, su

divinidad primera, «una y todo al mismo tiempo» [1], le habia dado por mision el velar sobre la conciencia de la humanidad. Edificó sus santuarios en los desiertos de Libia, en Sais, Tébas, Heliópolis, Ménfis. En torno de estos templos del misterio se agruparon las tribus del desierto, y sus sacerdotes, apoyándose en una fuerza más poderosa que la de las armas, más irresistible que la de las masas, poseedores de la fuerza de la idea y del secreto de la divinidad, desde las gradas del altar gobernaban á las sociedades, ungian y juzgaban á los reyes, despreciaban el poder de las espadas, hacian postrarse á sus piés el orgullo altivo del guerrero. Señores de todas las castas, su poder se extendia hasta más allá del sepulcro: sentados, como representantes de la divinidad, en las orillas de aquel lago sagrado que separaba la tierra de los vivos de la masion de los muertos, detenian el cadáver que iba á buscar en la ribera opuesta el descanso de la eternidad, le intimaban por medio de un heraldo que ante su tribunal augusto rindiera cuenta del uso que habia hecho de su vida, y en ese instante supremo, entre pavorosas solemnidades aparecian en toda su desnudez las acciones del monarca, la conducta del magnate y del artesano, las virtudes y los vicios del hombre. El sacerdote pesaba todos los actos de la vida en la balanza severa de la justicia suprema; al que era reprobado por la conciencia de los

[1] Inscripcion de un templo de Sais.

cuarenta jueces allí congregados se le negaba la sepultura, ni áun sus mismos hijos podian pronunciar su nombre; sobre su memoria recaia para siempre la losa de la ignominia, el anatema de todas las generaciones. El ministro del altar era el alma, la vida de aquellas sociedades: en él residian todos los poderes sociales, poder religioso, poder civil, poder legislativo, coercitivo, judicial; él solo poseia el secreto de la religion, de la ciencia, de la industria, de las artes; quitaba y ponia dinastías en el trono; á nombre de Ammon enviaba á los reyes la órden de matarse cuando los consideraba indignos de tener el cetro en sus manos; penetraba en el hogar doméstico, en el fuero interno de la conciencia; irritaba y aplacaba los dioses, profetizaba los acontecimientos futuros, presidia en todas las solemnidades, dominaba en la tierra como en el cielo.

Esta casta sacerdotal, la más poderosa que ha existido en el mundo y la más hábil tambien en conservar su influencia y en valerse con profunda sabiduría de todos los resortes morales, consolida de dia en dia su omnipotencia, apoyándose sobre todo en dos elementos principales: en el carácter sagrado de su ministerio, en el secreto de la fórmula sacerdotal y en su ascendiente sobre la mujer; porque si poderoso instrumento fué en sus manos, como todos convienen, el secreto de la fórmula sacerdotal, no lo fué menor la influencia que ejerció sobre la mujer. La casta sacerdotal, en efecto, con su penetrante sagacidad descubrió bien pronto en el corazon de la compañera del hombre, tan inclinada á las impresiones

de los tiernos y piadosos sentimientos, y tan hábil para hacer prevalecer entre los suyos su voluntad y sus deseos, descubrió un elemento seguro de dominio, y de él se valió como instrumento de sus ambiciones. Le tributó alabanzas, honores, realzó su dignidad por todos los medios posibles, ménos el de descubrirle los misterios sagrados, sabiendo que en la mujer hallaria luégo en cambio la defensora más decidida de sus prerogativas. Así obedeciendo á este plan premeditado el ministro del altar protegia á la mujer en todas las circunstancias de la vida; extendia siempre sobre ella su égida sagrada. En la celebracion del matrimonio hacía prometer al marido, aunque fuera éste el mismo Rey, que atenderia á la voluntad de su esposa; en las exequias fúnebres los honores tributados á la memoria de una reina eran todavía más solemnes que los tributados al mismo monarca [1]; en el culto religioso la mujer tenía su divinidad protectora, su númen tutelar, Isis, la diosa bienhechora, la diosa madre de todo el universo, la primera entre todas las divinidades, deidad femenina, que no puede ménos de prodigar su tierna solicitud á su imágen encantadora en la tierra. La mujer veia para ella un refugio y un amparo en la casta sacerdotal; el hogar doméstico del sacerdote era el único donde hallaba cariño, aprecio, ternura, donde verdaderamente se sentia esposa y madre, porque el sacerdote era el único que practicaba la santa ley de la

[1] Diodoro, §§ 21 y 27.

monogamia. Cuando, con las inundaciones del Nilo, el egipcio tenía que retirarse á hacer la vida sedentaria de la familia, entónces tambien sólo la esposa del sacerdote se sentia dichosa, sólo ella tenía hogar, miéntras las mujeres de las demas castas estaban hacinadas en los serrallos.

Por estos medios tan hábiles la clase sacerdotal se captó primero el aprecio de la mujer. Una vez conseguido su objeto, cuando contó ya con su ciega abnegacion, comprendió la necesidad de disponer en favor suyo de esta secreta influencia en todas las clases sociales, y permitió el matrimonio entre las diferentes castas, matrimonio prohibido por la ley de Manú, prohibido tambien por las antiguas leyes de Roma y que habia de constituir en el Lacio uno de los más brillantes triunfos de la plebe sobre el patriciado, la reforma más decisiva quizás para la abolicion de las castas. Sólo así se comprende cómo en el antiguo Egipto, donde con tan inflexible severidad se guardaban las divisiones de raza, pudo estar en vigor una práctica tan contraria al espíritu de casta. Ninguna costumbre, ninguna ley, ninguna tradicion encadenaba allí la voluntad del monarca ni la de sus hijos en la eleccion de esposa; lo mismo le sucedia al sacerdote, lo mismo al guerrero, podian escoger libremente á su compañera en las gradas del trono como en las últimas clases sociales, entre su propia casta como entre un pueblo extranjero. El marido á quien Rampsinito entregó su hija pertenecia á la clase de los artesanos. Feron se asoció por esposa en el trono

á una hija del pueblo. Amasis se desposó con una cirenea.

Habilidad política incomparable, astucia y sagacidad sin igual, profundo conocimiento del corazon humano, consumada pericia en el arte de gobernar las sociedades, todas las altas dotes, en fin, que deben distinguir á una clase social para asegurarle el perpétuo dominio sobre las demas, se revelan en esta conducta de la casta sacerdotal. No es de extrañar que á su escuela acudieran Licurgo y Solon á recoger los principios de la ciencia del derecho y del gobierno de los pueblos; Homero la filosofía de su inmortal epopeya; Pytágoras, Demócrito, Cleóbulo, Anaxágoras, Thales, los axiomas fundamentales de la astronomía y de las ciencias, los secretos de los símbolos, las doctrinas de la metempsícosis; Herodoto las tradiciones sobre el orígen del mundo y de las sociedades; Platon el conocimiento del alma humana y los dogmas de la divinidad; no es de extrañar que de todas las naciones, de todos los puntos del mundo conocido vinieran á Thébas, á Heliópolis, á las ciudades principales de Egipto en pos de nuevas luces y de nuevas verdades los sabios y los legisladores que habian de dirigir y civilizar á su patria.

Todos los siglos de la antigüdad, todas las épocas de la historia han tributado unánimes profunda admiracion, infinitos elogios á esa grandiosa casta sacerdotal del Egipto, que en los primeros dias de las sociedades echó los primeros cimientos, formuló las verdades primeras de la filosofía, de la religion, de la astronomía, de las

matemáticas, de las ciencias, de las artes, de la industria; que legó á las generaciones venideras la expresion del carácter y de la civilizacion egipcia, formulada en gigantescas moles de piedra; que halló la medida del espacio y del tiempo, trazó el plano de los cielos y trazó tambien el plano de su patria en líneas ideales, que no podian borrar las inundaciones del Nilo; que contrabalanceó con su influencia el poder absoluto de los reyes, organizó la propiedad dándole un carácter individual, y asignó á cada hombre, á cada casta su mision y su jerarquía en la tierra;—pero su mérito principal á mis ojos estriba en haber sabido penetrar tan profundamente en los misterios del mundo moral y leer allí los secretos del corazon humano; en haber sabido unir su suerte á la suerte de la mujer; en haber cimentado su engrandecimiento en la dignidad de la compañera del hombre; en haber adivinado la influencia sin límites que ejercen en las sociedades la esposa y la madre; en haber practicado, en fin, por ley escrita ántes que ninguna otra, la ley eterna de la monogamia. Cierto es que la proteccion tributada á la mujer por el sacerdote egipcio tuvo por miras exclusivas la ambicion y el egoismo de la casta; pero, sin embargo, nadie dudará que su proteccion fué en extremo provechosa para la progresiva emancipacion de nuestra compañera. Prescindiendo de estas miras especiales, no puedo ménos de detenerme lleno de admiracion y de sorpresa al ver allá en tiempos que apénas recuerda la humanidad; en medio del despotismo de la córte de los Faraones, y de una sociedad organizada so-

bre la arbitrariedad y la tiranía, al ver á un hombre de apecto majestuoso y severo, cubierto de un manto de lino de deslumbrante blancura como si fuera aureola de luz que envolviera su persona, ungido con el sacrosanto ministerio de representante de Dios en la tierra, de pié junto al santuario, rodeado de las imponentes divinidades de su culto, extender sus manos en señal de bendicion y de amparo sobre la frente de la mujer prosternada á sus plantas, y con la fuerza irresistible de su superioridad moral, protegerla contra la barbarie de la época, contra las pasiones desencadenadas del monarca y del guerrero, contra la fuerza brutal y la injusticia, y por este medio buscar él tambien á su vez su mayor elemento de dominio en el cariño del sér más débil de la tierra.

La civilizacion egipcia representa para la mujer un nuevo período de su penosa emancipacion; con Isis se ha escapado del Oriente, de los templos de Milita, de los serrallos de Asiria, y suspirando tras de su eterno amante, tras de Osíris su prometido celeste, ha venido á desposarse con él en los desiertos de Etiopía. Pero cuando empezaba á ser dichosa, Tyfon, el dios funesto del mal, le arrancó de sus brazos á su divino esposo y le arrojó á las aguas del Nilo que arrastraron su cuerpo allá, muy léjos, á tierras desconocidas. Isis, inconsolable, cubierto el rostro con el velo oscuro del luto y de la afliccion, erró por las orillas del rio sagrado, siguió el curso de sus aguas, cruzó el desierto vasto y silencioso, en cuyos horizontes inmensos parece la tierra desvanecerse en el es-

pacio. Tras de ella venian los sacerdotes, y en cada lugar donde detenia su marcha edificaban un templo: el primer templo fué Tébas, el segundo Ménfis, el tercero Sais. Aquí terminando el rio su curso se perdia en la inmensidad del mar; Isis llena de profunda deseperacion se sentó en las playas del Mediterráneo, dirigió sus miradas al Norte hácia los horizontes de Grecia, lloró sobre su propia desgracia, inconsolable, llamó noche y dia, á su infortunado esposo. Por fin oyó una voz parecida á la voz misma de Osíris, que misteriosa la llamaba del seno de las aguas: acudió presurosa á su acento, halló de nuevo á su perdido amante, le estrechó en sus brazos, le dió nuevo aliento, nuevo sér, nueva vida, y le resucitó bajo la forma de Horo.

Tal es el mito sagrado y la leyenda del pueblo; pero bajo el aspecto del símbolo se oculta una gran verdad histórica. El Egipto ha sido la region donde se transformaron las ideas de Oriente ántes de abordar al suelo europeo: desde la Etiopía siguieron el curso de las aguas del Nilo, llegaron á las playas del Mediterráneo, contemplaron con avidez los horizontes del mar de la civilizacion y de las artes en los siglos de la antigüedad, se sintieron impelidas por secreto instinto hácia las riberas del Peloponeso y las islas del Egeo, y la nave de Cecrope surcó entónces los mares llevando en su seno la civilizacion de Oriente transformada por el genio de Egipto. Algunos siglos más tarde la misma nave habia de regresar á su punto de partida, trayendo á Isis su Osíris convertido en Horo, es decir, el genio del antiguo

Egipto, transformado en el genio brillante de la Grecia y del paganismo entero, que ántes de desaparecer en los albores de las edades modernas, venian á lanzar su último suspiro en la tierra misteriosa que fué su cuna.

El carácter del pueblo egipcio está simbolizado en la tristeza de Isis, llorando sentada en la playa la pérdida de su esposo: pueblo que en la vida real oscila perpétuamente entre la vida y la muerte, entre la esperanza y la desesperacion; que ve sus campos fertilizados por las aguas del Nilo y devorados luégo por los ardores del sol; que junto á los valles más feraces de la tierra contempla la aridez de los más estériles desiertos; el pueblo egipcio, en la region de las ideas, oscila tambien entre la vida y la muerte, entre el Oriente y el Occidente, y volviendo en su mente pensamientos de indefinible melancolía, espera triste y solitario en las playas del Mediterráneo que se desvanezcan sus angustias y aparezca de nuevo el cuerpo de Osíris, resucitado á la vida, transformado en nuevo sér.

La Grecia, al fin, oyó su llanto: Alejandro, rodeado de todos los pueblos helénicos, acompañado del genio de Homero, del genio de Esparta y de Aténas, del genio de las artes y de la filosofía helénica, acudió á las márgenes del Nilo; las dos razas se unieron en estrecho abrazo, volvieron á formar un solo pueblo, y de su ósculo de amor nació Alejandría, ciudad hija del Asia y de Europa, asentada sobre el suelo africano y en cuyos muros se habian de juntar todas las razas, todos los pueblos, todos los dogmas, todas las teogonías, todas las artes,

todas las ciencias, todas las escuelas del mundo antiguo, el panteismo de Brhama y el antropomorfismo helénico, Valmiki y Homero, Capila y Sócrates, Aristóteles y Platon, Sérapis y Júpiter, los dioses asiáticos y el Dios uno y eterno del Antiguo Testamento, como si fuera la encarnacion viva de la conciencia humana, el admirable reflejo de todas las ideas antiguas en su mayor variedad y grandeza, la síntesis de las edades pasadas ántes de espirar en el seno del Cristianismo. El antiguo Egipto habia sido el tamiz por donde pasó la civilizacion oriental ántes de llegar á Occidente; la escuela de Alejandría fué tambien á su vez el santuario donde el mundo antiguo lanzó su último suspiro, donde el alma del paganismo, espiritualizada por la filosofía, preparada por Platon y los estoicos, operó al fin su última evolucion ántes de echarse en los brazos de Cristo.

Idéntica suerte tuvo allí la mujer, ménos desgraciada que en Oriente, ménos libre y ménos disoluta que en Grecia, como Isis buscó tambien á su eterno amante en las orillas del rio misterioso. Cambió de condicion y de carácter con la venida de los Tolomeos; personificada en Cleopatra, reunió entónces las cualidades y los vicios de la mujer en los tres distintos continentes; siguiendo las antiguas tradiciones egipcias, realizó dos veces el incestuoso enlace de Isis con Osíris, cometió al mismo tiempo todos los crímenes de las reinas de Oriente y se atavió tambien de todos los seductores halagos de la hetería griega. Más tarde, inspirándose en los principios de las doctrinas platónicas, profesadas en la escuela de Ale-

jandría, entrevió en los amores y las alegrías del alma ideales más puros que los ideales paganos; sus miradas se dirigieron á las regiones del amor ideal y de las puras ideas; su frente se iluminó con la aureola celeste de la virginidad, y arrobada en las contemplaciones de sus ensueños se encarnó en la figura de Hipacia, murmuró con ella, ántes de sucumbir, cantos de eterna tristeza y arrancó á la lira del paganismo su última armonía. En Alejandría espiró Hipacia; por sus labios lanzó su postrer gemido la mujer del mundo antiguo.

## V.

### LA MUJER EN EL PUEBLO DE ISRAEL.

El envilecimiento y la degradacion social de la mujer forman, como hasta aquí lo hemos visto, uno de los elementos constitutivos de la vida oriental. Los pueblos todos de Oriente viven sin compañera en el hogar, reemplazan el cariño de una sola esposa con las caricias de muchas esclavas; los unos las encierran en sus serrallos; los otros las prostituyen en los templos de Mílita, en los jardines de Babilonia ó en las calles de Sárdis, y todos se unen en el mismo desprecio y en la misma negacion de los más sagrados derechos de su compañera.

Un pueblo aparece, sin embargo, en la extremidad occidental del Asia, que se intitula el pueblo de Dios, y cuya historia es realmente un prodigio en el cáos del

mundo antiguo. Este pueblo admite tambien la poligamia y el repudio ; niega la igualdad entre marido y mujer ; declara como legítima, con más fuerza quizás que otros muchos legisladores, la injusta superioridad del varon. Pero desde las alturas del Sinaí se ha oido la voz de Jehová, revelando de nuevo á los hombres los dogmas que inculcó en el corazon de la humanidad el dia de la creacion, alterados y oscurecidos luégo por los vicios y la corrupcion de la criatura ; y las tribus de Israel son las que ha escogido el Dios Omnipotente para que oigan su voz entre relámpagos y truenos. Desde aquella hora, y al frente de la legislacion mosaica, se estampa en toda su pureza el dogma de la unidad de Dios ; dogma grandioso y fecundo, que tiene por natural consecuencia la unidad de la especie, la fraternidad de la familia humana y la igualdad natural entre los hombres.

Jehova no ahoga (como Brhama) en su inmensidad la personalidad de todos los seres ; bien al contrario, sanciona la libertad natural del hombre é introduce en su conciencia el aprecio de su propia dignidad. Y realzando la personalidad del hombre, necesariamente habia de realzar tambien la de su compañera. Entonces se pronunciaron aquellas palabras que jamas comprendió la antigüedad : « Presentaos hoy ante el Ser Eterno, vuestro Dios ; venid todos juntos, hombres de Israel, ancianos, soldados, jefes de tribus ; traed con vosotros á vuestras mujeres, á vuestros hijos y hasta al esclavo encargado de cortaros la leña y de tomar agua en la fuente : porque hoy vais á entrar todos juntos en la alian-

za que el Sér Eterno, vuestro Dios, celebra con vosotros»[1]. El marido no tiene ya derecho de vida y muerte sobre su mujer, no puede venderla, ni tan siquiera maltratarla; y si pregunta al legislador por qué le ha privado de ese derecho que le pertenece, con profunda sabiduría le contestará el Deuteronomio: «*Porque es tu esposa*»[2]. Interpretando la doctrina y la idea del libro sagrado por excelencia dice la Mischna: «Al que ame á su mujer como á sí mismo, al que la respete más áun que á sí mismo y guie por el buen camino á sus hijos y á sus hijas, se aplica sobre todo esa sentencia de la Escritura que dice: «Sentirás que se aposenta en tu hogar la paz y la felicidad»[3]. El padre y la madre ejercerán juntos los santos deberes de la patria potestad: «Honrarás padre y madre», dice el Decálogo. Y fiel á este principio, exclama el legislador hebreo: «Cuando tuviere el hombre á un hijo perverso y rebelde que no oiga la voz del padre ni escuche los acentos de la madre, y que castigado por ellos no obedezca á sus mandatos, ambos le llevarán ante el tribunal de los ancianos de la ciudad y dirán á los jueces: «Aquí teneis á nuestro hijo; es perverso y rebelde, desobedece á nuestros mandatos»[4]. Esta manera de concebir la patria potestad, desconocida por la antigüedad pagana, es uno de los timbres más bellos

---

1 *Deuteronomio*, XXIX. 10-12; *Exodo* XXII, 22, 23; Salmo LVIII, 6.
2 Idem, XXI, 11-14.
3 YEBAMOTH, *Beraitha del Talmud*, 62, a.
4 *Deuteronomio*, XXI, 18-21.

de la legislacion hebrea. La igualdad del padre y de la madre para exigir la veneracion y el respeto del hijo, aparece todavía allí, á no dudarlo, incompleta; pero ha empezado ya á enunciarse su principio, y la ley mosaica demuestra ser en este punto, como en otros muchos, una preparacion verdadera de la ley del Evangelio.

Que la mujer hebrea fué más respetada que sus compañeras del continente asiático; que fué más dichosa y venerada que la griega hilando triste y silenciosa en su gineceo y que la romana contemplando inmóvil en el atrio los sacrificios que ofrece á los lares domésticos su marido, único sacerdote del hogar, lo prueban los cantares sublimes del pueblo de Israel, lo prueban las profundas máximas de sus proverbios y la divina sabiduría de sus sagradas escrituras. ¿Qué vienen á decir todos sus admirables cantares? ¿Cuál es el compendio de sus amorosos idilios? Yo los resumo en una sola idea: «Gloria á Dios que ha creado á la mujer.» Abismado en profunda meditacion dice el autor de los proverbios: «¡La mujer fuerte! ¿Quién la hallará? Su precio es inmenso como el de las cosas que vienen de los últimos confines de la tierra. En ella pone su confianza el corazon del marido afortunado, que no necesita recoger el botin para procurar su sustento. Será la Providencia de los dias de su vida, y el mal huirá siempre de su presencia. Semejante á la nave del comerciante, desde lejanas playas traerá al hogar el sustento: se levantará ántes que amanezca, y distribuirá á sus siervos las raciones y á sus siervas el alimento. Echará sus miradas sobre una tierra y la com-

prará, y con sus ahorros plantará una viña. Su esposo, sentado en medio de las primeras asambleas de la nacion, será venerado y respetado; y ella, adornada con los atavíos de la fortaleza y de la dignidad, pasará con la sonrisa en los labios la hora prostrera de su vida. Sus hijos con entusiasmo la aclamarán dichosa entre todas las mujeres, y su marido la ensalzará tambien á porfía.» [1]. Y el pueblo de Israel encontró con frecuencia la mujer fuerte de que hablan sus Sagradas Escrituras: Débora y Judit, ideales de heroismo y de virtud, no tienen igual en todo el Oriente; Ruth, Booz y Sara, modelos de puro é inocente amor, hacen ya presentir la dignidad del matrimonio cristiano; y Olda, la profetisa, recoge de las tribus de Israel más tributos de veneracion y respeto que Ganna y Veleda entre los germanos, que las alrunas entre los escandinavos y que las druidas de la Armórica y del Loira entre los habitantes de las Galias.

Qué contraste tan grande entre las bacanales de Babilonia, las fiestas de la diosa Madre, y aquellas otras solemnidades que celebraba el pueblo de Israel dos veces al año, el 15 de Ab y del Kippur. En esos dias solemnes las vírgenes de Jerusalen, vestidas de blanquísimo lino, símbolo de su inmaculada pureza, salian alegres del hogar de sus padres, formaban poéticos coros en medio de los campos, se entregaban alegres á todas las diversiones propias de sus pocos años, y entre las ar-

---

1 *Proverbios*, XXXI.

monías del ritmo y la candorosa expansion del idilio se acercaban á los jóvenes, y dando á su voz la uncion divina de la inocencia les decian: «Mira, jóven, míranos bien á todas y procura elegir entre nosotras. Sea buena tu eleccion. No te fijes en la belleza, se marchita; acuérdate sólo de los goces verdaderos del hogar; porque mañana ya no existirán ni las riquezas, ni los encantos del cuerpo, nuestra hermosura se habrá desvanecido, y entónces sólo será buena esposa la mujer que tema al Señor...» [1].

Los demas pueblos del Asia Menor habian entregado el sentimiento del atractivo de los sexos al furor del delirio de los sentidos; el pueblo hebreo realza, por el contrario, la santidad del matrimonio, anatematiza los crímenes contra la castidad, los reprueba y castiga con severa energía en los padres culpables y en los hijos de su union nefanda. «¡Oh, cuán bella es la generacion casta! exclama el libro de la Sabiduría. Inmortal en sus recuerdos, aparece llena de realce y dignidad ante Dios y ante los hombres. Por el contrario, los frutos nacidos de uniones en noches impuras, castigados en su cuerpo por las enfermedades vergonzosas de sus progenitores, castigados en su honor por la ilegitimidad de su nacimiento, castigados en sus bienes, en su libertad, en su persona, por su condicion deplorable en el seno de la familia, son más bien que un elemento reparador y una es-

---

1 *Proverbios*, XXXI, vers. 30.

peranza para el porvenir, el baldon y el oprobio de la sociedad en que viven. Si por algun tiempo tienen vida no será ésta muy duradera; agregados á la familia como la rama seca de un árbol, serán sacudidos por el viento y desgarrados por la violencia del huracan. Los hijos del adulterio jamas llegarán á edad madura; la justicia divina extirpará la raza del tálamo impuro. Al preguntarles su orígen serán testigos que depongan contra el crímen de sus padres. Sin consuelos en la vida, sin esperanzas en la muerte, nadie estará al lado suyo en la hora de la agonía. ¡Triste fin el de la raza de los malvados!» [1].

En Babilonia se obligaba á las jóvenes á prostituirse en el santuario impuro de obscenas divinidades. El hebreo, por el contrario, expondrá con orgullo la señal de la virginidad de su esposa, castigará el adulterio con penas severas, crueles; y si alguna vez resulta ser el delincuente un rey, pronto encontrará justo castigo al oir los ecos de la voz de su pueblo cantando en masa los preceptos de la ley divina. Con solemne pompa religiosa se reunirá todo Israel entre el monte Ebal y el Garizim, y de pié á orillas del Jordan los levitas entonarán sus majestuosos salmos. «Maldito, exclamarán, maldito sea el que no honra á su padre y á su madre; maldito el que invade la propiedad del vecino; maldito el que extravía al ciego; maldito el que no hace justicia al extranjero, á

[1] *Sabiduría*, IV, vers. 1 al 6 y cap. III, vers. 16 al 19.

la viuda y al pariente; maldito el que peca con la mujer ajena.» Y á cada maldicion, á cada anatema la mitad del pueblo responderá desde Ebal: «Maldito sea»; y haciendo eco á sus hermanos las tribus reunidas en el Garizim, contestarán con más subido acento: «Maldito, maldito sea.» Figurémonos ahora cuán duro y cruel debia ser el sufrimiento del delincuente que se sentia maldecir por todos sus hermanos y que tenía que pronunciar él mismo su propio anatema: figurémonos cuál no habia de ser el grito de su conciencia al ver las miradas de sus hermanos fijas en él cuando á porfía cantaban: «Maldito sea el que no honra á su padre y á su madre. Maldito el que no hace justicia á la viuda. Maldito el que peca con mujer ajena.» Y si las ondas sonoras de maldicion llegaban hasta los oidos de un rey culpable, ¡cuál no habia de ser tambien la amargura en su corazon al oir el justo anatema lanzado contra su frente por todos sus súbditos reunidos en presencia del Altísimo!

Hasta entónces nunca habian oido las sociedades de Oriente tan nobles y sublimes máximas: entre ellas nunca se habian proclamado con tal fuerza los derechos del hombre. Pero la legislacion mosáica era todavía una legislacion incompleta dictada para un pueblo propenso siempre á los vicios repugnantes de la idolatría y roido por la corrupcion de los tiempos [1]: así es que con fre-

[1] El primitivo matrimonio de los hebreos se celebraba sin formalidad de ningun genero (*Mischna Kidduschin*, I); era un verdadero matrimonio *per usus* en cuanto á la falta de solemnidades

cuencia se encuentra léjos, muy léjos de aquella plenitud de moralidad que más tarde nos dió el Cristianismo. La mujer se ve realzada, sí, entre todas sus compañeras de Oriente; pero mucho le falta aún para llegar á ser la mujer cristiana. En la ley de Moises la envilece aún la poligamia y la esclaviza todavía el repudio. El matrimonio tiene por única base el precepto mal interpretado

---

externas. Esta práctica, aunque censurada luégo fuertemente por todos los doctores de la ley, conservó siempre su valor legal. Pronto se dictaron formalidades solemnes para celebrar un acto tan importante en la vida; la primera solemnidad la constituyó el *Erchidechin* ó promesa de futuro matrimonio, especie de convenio privado que entre sí formulaban los futuros cónyuges; seguia despues el *Kiduschin*, ó los esponsales, en que se daba fuerza y valor legal á las anteriores promesas, y por fin, se celebraba el *Nisuin*, ó matrimonio propiamente tal. En el contrato matrimonial se estipulaba que el marido en todo tiempo honraria á su mujer (*Ketuboth*, IV, 4 y 8); que le daria por arras una cantidad determinada (*Ketuboth*, IV, 7, *Exodo* XXII, 16); que cumpliria siempre todos, absolutamente todos los deberes de esposo (*Ketuboth* 46, b.); que constituiria hipoteca sobre todos sus bienes para asegurar la dote y los demas bienes de la mujer (*Ketuboth*, IV, 7); que el importe de las arras sería patrimonio exclusivo de los descendientes varones (*Ketuboth*, IV, 8); que la viuda seguiria viviendo en el hogar que fué de su esposo hasta que reclamára el importe de sus bienes propios (*Ketuboth*, IV, 8), y que las hijas podrian seguir viviendo tambien en el hogar paterno hasta la época de su matrimonio ó de su mayor edad plena, fijada á los 12 años y seis meses (*Ketuboth*, XIII, 3). Toda esta legislacion sobre bienes confirma la doctrina que sobre el régimen dotal va expuesta en el último capítulo de la parte primera. Las disposiciones relativas á las personas denotan una legislacion imperfecta, aunque muy superior á las demas legislaciones orientales.

de «*Creced y multiplicaos*», y cuantas instituciones sociales pueden favorecer, en apariencia, la multiplicacion de la especie, se hallan junto á él legalmente establecidas. Al marido que queria arrojar á su esposa de su tálamo y de su hogar, le bastaba extender la carta de repudio con la intervencion de un levita, cuya mision sagrada era principalmente restablecer la concordia entre ellos; si éste no conseguia su objeto, el marido entregaba el acta á la mujer, como testimonio de que estaba ya libre y podia pasar á nuevo matrimonio. Nadie ignora el incremento que tomó en Israel el vicio de la poligamia, sobre todo en la córte de ciertos reyes; Moises no habia limitado el número de mujeres que podia tener cada israelita; pero los doctores de la ley lo fijaron más tarde en cuatro, siendo su decision un verdadero retroceso; pues al paso que otras naciones asiáticas, áun en medio de la sensualidad del serrallo, tan sólo tenian una mujer, considerando las demas como concubinas, el hebreo, por el contrario, podia tener cuatro esposas legítimas y un número indefinido de concubinas [1].

Del reconocimiento del principio de la procreacion, como base primera del matrimonio, surgia tambien la institucion del *levirato*, institucion trasplantada de las márgenes del Nilo á la tierra de Sion. El repudio y la poligamia remediaban, en efecto, las consecuencias de la esterilidad de la mujer, mas no las de la impotencia del

[1] *Exodo*, XXI, 7, y *Deuteronomio*, XXXI, 15-17.

marido. Ántes hemos visto la horrible ley de la India dictada para remediar este inconveniente. Pues bien ; la legislacion mosaica, teniendo en más alto aprecio el pudor de la mujer y la santidad del matrimonio, no llega hasta el extremo de consentir el adulterio [1], pero sí crea otra institucion igualmente inícua. El hombre que muere sin descendencia por defecto físico de su naturaleza, puede al morir entregar su mujer á su hermano, al mismo tiempo que la herencia ; y los hijos que nazcan de este enlace llevarán el nombre del testador, los considerará la ley como suyos, y así no se borrará su nombre de los libros de Israel [2]. Si el hermano se negaba á cumplir este deber, era declarado infame ante el pueblo, perdia todos sus derechos hereditarios y los adquiria otro pariente, que tambien debia enlazarse con la viuda del testador [3]. No se presenta esta institucion con un carácter tan repugnante como el de la ley de Manú ; pero lleva, sin embargo, impreso en la frente un sello indeleble de perpétua reprobacion, porque convierte á la mujer en un bien hereditario y sacrifica su libertad natural de contraer ó no matrimonio, despues de la muerte de su esposo, á una necesidad ficticia que quiere

---

1 El *Deuteronomio* (XVII, 22, *Levítico* XX, 10) condena, por el contrario, al adúltero á la pena de muerte si fué sorprendido infraganti por dos testigos. Se cometia adulterio faltando á la fidelidad conyugal, no sólo despues de consumado el matrimonio, sino tambien despues de celebrados los esponsales.

2 *Deuteronomio*, XXV, 6.

3 *Deuteronomio*, XXXV, 7-10; *Ruth*, IV.

que no se pierda el nombre del marido por falta de descendencia. Y la ley que consideraba como patrimonio hereditario á la viuda del que murió sin descendencia, hacía lo mismo con su hija cuando ésta era hija única: nadie podia entónces aceptar la herencia del padre sin casarse al mismo tiempo con hija del testador, y el nombre del hijo primogénito de esta union matrimonial se escribia en los registros genealógicos del pueblo hebreo debajo del nombre de su abuelo materno.

Al pueblo de Israel le fué revelada la idea verdadera de Dios en los valles del Oreb y en las alturas del Sinaí; comprendió al Todopoderoso viviendo inconcebible fuera del tiempo y del espacio en los misterios de la eternidad, siendo el sér que por sí mismo existe, el autor único y supremo del universo, el padre del género humano, el principio sublime de la justicia absoluta. En las tablas de la Ley vió impresos los principios eternos de la moral, grabados en el fondo de nuestra conciencia; pero al mismo tiempo el ejemplo de las iniquidades que, durante todos los tiempos de la antigüedad sirvieron de base á los demas pueblos, extravió con frecuencia al escogido de Dios y se opuso á que sus legisladores pudieran deducir todas las benéficas consecuencias que se desprendian de sus grandiosos dogmas. Por eso en la legislacion mosaica domina cierto admirable ideal que jamas comprendieron del todo ni supieron realizar en sus costumbres las tribus de Israel. El dogma de la unidad de Dios, fundamento primero de la legislacion hebrea, anatematizaba todas las desigualdades sociales: y, sin

embargo, en Israel existió la esclavitud, se practicó la poligamia, se consideró á la mujer como inferior al hombre, se consintió el tormento del esclavo, se consagró el ódio al extranjero, y es porque el ejemplo funesto de las sociedades de Oriente se oponia á que se plantease allí en todo su rigor el sacrosanto principio de la fraternidad universal entre los hombres. Moises enseñó á los israelitas el dogma verdadero de la Divinidad; pero á su vez el Oriente infiltró en sus costumbres los dogmas de la opresion, oscureció en su mente los resplandores de las verdades reveladas, y la legislacion hebraica gravitó entre estos dos polos opuestos: gravitó entre el mundo antiguo y el mundo cristiano.

Grandes son los defectos de la legislacion mosaica, porque áun no ha llegado la plenitud de los tiempos anunciada por los profetas, y la ley hebrea tiene que ser necesariamente una ley incompleta, imperfecta, superior si se quiere á todas las legislaciones de las sociedades antiguas, pero siempre inferior á la ley del Evangelio. La sociedad hebrea, colocada entre el Oriente y el Occidente, es tambien un punto de union entre el mundo antiguo y el mundo moderno, y reune en su seno verdades y errores, vicios y progresos del Oriente y del Occidente, de la antigüedad y del mundo moderno. Á medida que vaya aproximándose la venida del Mesías se irán reformando gradualmente los vicios de sus instituciones; el *levirato* no será ya más que una mera fórmula, un vano recuerdo, y pronto se convertirá hasta en una institucion odiada. La mujer, ántes repudiada por su ma-

rido y esclava de los caprichos del hombre, podrá tambien pedir ella misma el divorcio por el adulterio del varon y adquirirá insensiblemente mayores derechos, mayor libertad, mayor independencia y mayor dignidad.

Arca providencial que boga en las aguas tempestuosas del universal diluvio del paganismo y de la idolatría, el pueblo de Israel ha encerrado en las entrañas de sus leyes y de sus costumbres no pocas vergonzosas iniquidades, recuerdo de su larga opresion en la tierra de Egipto, y mostruosas instituciones, recogidas cuando arrastraba en suelo extranjero la pesada cadena de la cautividad. Pero al mismo tiempo, junto á estos frutos funestos de inmoralidad y de desórden aparecen principios salvadores, verdades sublimes, con los cuales la nueva sociedad que nazca de sus ruinas ha de regenerar el mundo. El pueblo hebreo, que no brilla como otros en las ciencias, ni en las artes, ni en la industria, ni el comercio; que vencido mil veces y arrastrado en largo y duro cautiverio, careció siempre de importancia política, comparado sobre todo con los grandes imperios orientales; perdido casi en una extremidad occidental del Asia, como olvidado por el mundo antiguo ha ejercido, sin embargo, en la historia de la humanidad una influencia, si no mayor, tan grande por lo ménos, como la del imperio romano. Y es porque, semejante al arca santa, al vaso sagrado del santuario, la sociedad hebrea es la única que conserva entre los hombres el bálsamo misterioso de la verdadera tradicion; y cuando el soldado romano penetre en los muros de Jerusalen, cuando destruya el

templo y cuando la espada del legionario descargue tambien sus golpes contra el brazo sagrado, hecho pedazos con él caerá por los suelos el cáliz de la tradicion. Pero entónces beberá la tierra el néctar divino de las verdades reveladas; y la idea verdadera de la Divinidad, ántes encerrada en el santuario de Jehová, se difundirá entre los hombres, surgiendo majestuoso y admirable el cristianismo, que tuvo por aurora los truenos y los relámpagos del Sinaí y tendrá por coronacion la union sublime de toda la humanidad, enlazada, por medio de una religion incomparable, en el abrazo eterno del Supremo Amor, tendido al mundo desde el ara sangrienta y redentora del Calvario.

## VI.

### LA MUJER EN CHINA.

Ligeramente he recorrido la constitucion civil y doméstica de los antiguos pueblos de Oriente, casi podria decir que he examinado toda la edad antigua del continente asiático, y, sin embargo, ni he tenido que nombrar siquiera á un imperio vastísimo, situado allá en la extremidad oriental, imperio relegado en los confines del mundo, sin trato con los demas pueblos, ajeno á la vida del resto de la humanidad y que la historia misma pareció un tiempo haber olvidado. Hoy podria relegarlo tambien en completo olvido, pero, como lo ha indicado muy bien la crítica, considero que para el fin que me propon-

go ha de ser altamente provechoso el estudio, aunque sea brevísimo é incompleto, de «un pueblo cuya constitucion política tiene por única base la constitucion doméstica, y cuya organizacion social depende sólo y exclusivamente del laudable principio de la piedad filial y de la autoridad paterna» [1].

Preséntase, por lo tanto, ahora entre nosotros este pueblo diferente por su esencia de todas las demas civilizaciones orientales, y que por sus leyes, por su organizacion política, por su carácter y sus costumbres nunca ha tenido ni tendrá analogía con ningun otro pueblo de la antigüedad ó de los tiempos modernos; raza singularísima que no ha salido todavía de su eterna niñez, y que sujeta al despotismo de los mandarines, regida por un gobierno patriarcal que le dicta minuciosas formalidades, interminables ceremonias para los actos más insignificantes de la vida; afanosa del lujo y de la riqueza en los vestidos, de la variedad en los adornos, de la pompa y de la solemnidad en las ceremonias: contentándose con oir en el seno de su oprobiosa esclavitud de los labios de sus letrados grandes máximas filosóficas, profundos preceptos morales sin realidad en la vida: rodeada de futilezas, de fórmulas, de ficciones, de pedanterías,—vive como el niño en perpétua tutela, sin haber sabido dar un paso hácia adelante desde siglos remotos,

[1] A. Fernandez-Guerra y Orbe, juicio crítico de la primera edicion de esta obra en el núm. X del año 1874 de la *Ilustracion Española y Americana*.

estacionaria en su extraña cultura, resistiendo inalterable al paso de los siglos, asimilándose constantemente con rara sagacidad á los bárbaros invasores y ateniéndose siempre á los recuerdos pasados, sin cuidarse para nada de lo porvenir. En este celeste imperio, que podemos hoy estudiar mejor que ninguna otra nacion de Oriente, porque subsiste todavía en su forma primitiva, el poder doméstico, el poder religioso y el civil se han fundido en uno solo, y todas las instituciones sociales han tomado por fundamento y modelo las leyes que rigen á la familia. El monarca es el jefe soberano de todas las familias reunidas, el padre del Estado; los derechos y los deberes entre el gobierno y los súbditos se han equiparado á los derechos y los deberes entre el padre y los hijos; y todas las infinitas relaciones sociales de autoridad, obediencia y respeto dictadas por la ley moral para establecer el órden entre el padre y los diversos miembros de la sociedad doméstica, se formularon en innumerables leyes escritas para fundar la constitucion política. El Estado es allí una familia vastísima, y súbditos y gobernantes están sometidos á los mismos deberes, á las mismas obligaciones de la sociedad doméstica. La piedad filial es el dogma fundamental de la constitucion del Estado. Confucio sentó el axioma; «*la piedad filial*, *dijo*, *es el fundamento de todas las virtudes y la fuente de toda doctrina*» [1]; desde entónces el primer cuidado de los

[1] Amiot, *Memoires sur les Chinois*, tomo v.
«Los emperadores antiguos más sabios servian á su padre con

mandarines al instruir á sus subordinados acerca de los deberes de su cargo, es recomendarles que se practiquen con el mayor esmero los deberes de la piedad filial y la sujecion de los hermanos menores, con lo cual, segun afirma la ley, se aprenderán las obligaciones esenciales de la naturaleza impuestas á los hombres. Cuando los altos poderes sociales creen notar en el pueblo algun síntoma de decadencia, alguna relajacion en las costumbres, procuran remediar el mal realzando este mismo sentimiento por todos los medios posibles; si falta entónces algun hijo al respeto debido á su padre ó á su madre, el reo es condenado á muerte, se anatematiza el lugar donde perpetró la sacrílega impiedad, se dictan penas severas contra los parientes que han podido ser cómplices de su crímen, los magistrados de la provincia son todos destituidos y desterrados, se suspenden allí por tres años los exámenes, y un edicto solemne del Emperador declara que igual castigo está reservado al hijo que incurra en tan atroz delito.

Inmensa familia patriarcal, que sin alterar su condi-

verdadera piedad filial, y por eso servian al Tien con inteligencia; servian á su madre con verdadera piedad filial, y por eso servian á Li con religion..... El príncipe es el padre y madre de los pueblos. Tened al padre el amor que profesais á la madre y el respeto que tributais al Príncipe, y serviréis al Príncipe con verdadera piedad filial, y seréis súbditos fieles, sumisos á los superiores, y dóciles ciudadanos. El que se revela contra el Rey peca porque su corazon no posee la verdadera piedad filial que hace á los hombres prontos á la obediencia.» CONFUCIO. Véase CIBOT *Paráfrasis del Hiao-King.*

cion primera llegó á formar dilatadísimo imperio, la China descansa, por consiguiente, como todas las sociedades patriarcales, sobre el poder omnímodo é ilimitado del patriarca; descansa sobre el principio de la piedad filial, interpretada en ciega y absoluta obediencia por parte del hijo. Pero cuando falta ese profundo sentimiento de incomparable cariño que nos hace apreciar el bien y la vida de nuestros hijos más aún que nuestro propio bien y nuestra propia vida; cuando falta el verdadero amor de padre, la autoridad paterna se convierte irremediablemente en desenfrenada tiranía, la obediencia y sumision de los hijos se transforma en vergonzosa esclavitud. El padre es un déspota, el hijo un esclavo. Por bueno que sea un monarca, el cariño que tribute á sus súbditos no será nunca el mismo cariño sin igual que profesa el padre á su hijo; poner, por lo tanto, en sus manos las atribuciones de padre al mismo tiempo que las atribuciones de jefe supremo del Estado; confundir en el trono los derechos y los sentimientos del soberano con los derechos y los sentimientos del padre, por más que á veces invoquemos este principio como filosófico ideal de los buenos gobernantes, será siempre hacer inevitable el abuso del poder, seguro el despotismo. Bien á las claras lo demuestra el ejemplo del soberano del celeste imperio. Hijo del cielo, gobernador de la tierra y gran padre de su pueblo, obliga á los súbditos, que llama sus hijos, á postrar la frente en el polvo delante de las gradas de su trono, les quita por un capricho de su voluntad la vida ó los bienes, y precedido siempre de una legion de

verdugos, que á una señal suya apalean de muerte al que en su presencia no volvió las espaldas ó no se arrojó al instante al suelo, es el poder más arbitrario que ha conocido la tierra, el tirano más terrible que han sufrido los hombres.

Mas no se crea que confundiendo así los poderes civiles y los poderes domésticos se resiente únicamente la constitucion política, porque la organizacion de la familia se encuèntra allí tambien á su vez en tan lamentable desórden como la organizacion del Estado. El hogar doméstico está igualmente cimentado sobre la arbitrariedad; el poder del padre no conoce límites, al lado suyo la mujer y los hijos tienen condicion de esclavos, el jefe de familia puede venderlos y maltratarlos á su antojo. Los matrimonios se celebran por convenio entre los padres, sin que se conozcan ni áun se vean siquiera los que han de ser esposos. Los padres del novio procuran, sin embargo, sorprender á la futura esposa en los momentos en que tiene ménos oculta su hermosura, y acuden á veces á la hora misma del baño para examinar detenidamente los defectos que puedan alterar la belleza de su persona. Despues de estas primeras formalidades, tasan y avalúan el precio de la jóven, entregan á su padre la cantidad estipulada, y se conviene en el dia de la boda. Aquel dia la esposa, llevada en soberbio palanquin, rodeada de numerosa comitiva, acude á la morada de su futuro esposo; éste la espera impaciente á la entrada del hogar, allí contempla por vez primera á la que va á ser para él la compañera inseparable de la vida; si no le

agrada, puede despedirla en presencia de toda la comitiva; si, por el contrario, le impresiona favorablemente, ambos entran juntos en el hogar, hacen nueve profundas reverencias á Tien, y quedan ya en su respectiva condicion de esposos. Así se celebran allí las bodas de la esposa legítima. La ley permite al marido tener número indeterminado de concubinas; en tal caso no median otras solemnidades que las formalidades del contrato de compra-venta entre el marido y los padres de la jóven. Vendida por la sórdida avaricia de sus progenitores á un hombre que no conoce, la mujer vive desde aquel dia encerrada en su aposento, sin poder comunicarse ni áun con sus más próximos parientes, sin otra distraccion que el trato con las demas concubinas. Víctima infortunada de las pasiones, el marido puede maltratarla sin que pese por eso sobre él la accion de la ley; el adulterio, la desobediencia, los celos, la esterilidad, los más vanos pretextos, la simple voluntad del marido son causas que justifican el repudio, aunque en cierto modo se comprende que asista al esposo este derecho cuando puede vender y jugar á su esposa, cuando el labrador unce á veces su mujer con el asno al arado [1].

La condicion de los hijos en la familia no es mejor que la de la mujer. Para combatir el desarrollo prodigioso de la poblacion, el padre arroja al rio á sus hijos

---

[1] CÉSAR CANTÚ, *Historia universal*, lib. IV, cap. XXXII, se apoya en el testimonio de MORISON, *Dictionnaire chin.*, y en el de NEOFF., *Ambasade* II.

recien nacidos, ó bien los da de pasto á los animales domésticos. Señor omnipotente, mandarin del hogar doméstico, odioso tirano, verdugo de su mujer y de sus hijos, el padre ejerce en todo tiempo autoridad desmedida, reune en el hogar todas las dignidades ménos la de padre bondadoso y solícito protector de los suyos.

Tan triste y deplorable es la situacion de la familia china: despotismo paterno, tiranía marital, poligamia, repudio, infanticidio, todos los vicios y los crímenes que destruyen la felicidad doméstica y más rebajan y envilecen la dignidad de la mujer tienen allí fuerza de ley. Si reflexionamos, sin embargo, sobre la causa de tanto mal, hallarémos bien pronto su natural orígen en la confusion lamentable que existe en el Celeste Imperio sobre la naturaleza de los poderes civiles y de los poderes domésticos. La familia y el Estado son dos esferas distintas de la actividad humana; apropiar á la una leyes que á la otra exclusivamente pertenecen, tendrá siempre por consecuencia inmediata la destruccion de los sentimientos de cariño en la sociedad doméstica y la perpetracion de todo género de abusos en la sociedad política: tendrá por consecuencia inmediata esa vergonzosa miseria del gobierno de la China que se intitula paternal y todo lo sacrifica á la voluntad de un déspota: que anonada toda actividad y todo sentimiento moral en sus súbditos: donde no es virtud el respeto al monarca, el amor á la patria, el cumplimiento de las leyes, porque todo se hace por temor al tormento: donde no es virtud el amor doméstico, porque sólo se practica por mandato de la ley:

donde no existe, en fin, otra virtud que la de obedecer sin límites á padres brutales, á mandarines llenos de avaricia y de orgullo, no pudiéndose en realidad llamarse tampoco virtud á esta obediencia pasiva de toda una raza decrépita, sin valor y sin energía, sin conciencia de su personalidad; raza que de la justicia no conoce más que el nombre, de la moral algunos principios nunca observados, y que vive agitándose en el círculo eterno de sus miserias, sin progreso de ningun género desde siglos infinitos, engañada y envilecida por letrados impostores, encadenada siempre en el mecanismo inalterable de su oprobiosa organizacion social. ¡Terrible pero inevitable consecuencia de la confusion de los poderes políticos y de los poderes domésticos: vicios propios de toda sociedad que descanse en los principios que forman la base de la constitucion del Celeste imperio!

Existe, ademas, en la China otra causa de opresion segura para la mujer: la falta de sentimientos religiosos, la falta de ese ideal superior, que al mismo tiempo que llena nuestra alma de esperanza y nos impele hácia el movimiento, la vida y la indefinida perfeccion, moraliza tambien todos nuestros actos, realza nuestra dignidad, idealiza nuestros sentimientos, completa nuestra vida terrena, y siendo la sancion inflexible y severa de lo justo y de lo injusto, extiende siempre su égida protectora sobre el débil y el oprimido. Pues bien, así como en la India el panteismo religioso consagraba la poligamia y hacía eterna la esclavitud de la mujer; así como en la casta sacerdotal del Egipto hallaba un amparo se-

guro, una esperanza de emancipacion; así como del dogma de la augusta unidad de Jehová resultaba para ella mayor dignidad, y con los dogmas del paganismo adquiria una condicion social distinta de la que tuvo en Oriente,—así tambien el ateismo racionalista profesado por el Celeste Imperio impidió á la mujer el realzar sus afectos con ideales más puros; la privó del arma del sentimiento, tan poderosa en sus manos; la envileció para siempre; la condenó á la eterna esclavitud de las pasiones brutales.

La religion en China no es hija ni de los impulsos del corazon, ni de la fuerza del convencimiento. Ficcion política, dogma filosófico colocado por pura conveniencia al frente de la constitucion social, existe sólo en virtud de la ley. Una junto á otra subsisten allí tres religiones distintas: la religion de Laotzeo, racionalismo abstracto, que partiendo de *Tao*, λογος, el Verbo, la unidad primordial viene á parar á la unidad suprema del gran todo, del cual la personalidad humana y el universo contingente no constituyen más que modificaciones accidentales y pasajeras; religion que no es en definitiva sino una nueva forma del panteismo de Brhama. Como opuesta á este sistema filosófico aparece luégo la religion de Confucio, cuyo dogma definitivo es el escepticismo y la indiferencia. Por fin, el budismo perseguido por los brhamanes, y expulsado de la India halló un refugio seguro en la indiferencia religiosa del pueblo chino, y levantó los ídolos de Fo en las montañas del Tibet y en los valles del rio Amarillo y del rio Azul. Pero en realidad no está

allí arraigado ningun verdadero dogma religioso: los letrados ergotizan en la soledad de sus escuelas sobre los principios de la moral; se dividen en materialistas y racionalistas; la ley, sin preocuparse del dogma, regula con escrupulosa minuciosidad los ritos y las ceremonias, proclama la idolatría política del Estado personificado en el Emperador, sumo pontífice del culto, que ocupa todo el espacio que media entre el cielo y la tierra; fija y determina la creencia; obliga á profesar sus doctrinas á todos los funcionarios públicos,—y el pueblo vive miéntras tanto en la indiferencia absoluta, en el más profundo ateismo, adorando monstruosos ídolos, procurando llenar con ridículas supersticiones el vacío de su conciencia. Laotzeo y Confucio han dado al Estado su culto racionalista; su dios, entidad que sólo vive en las regiones abstractas de la filosofía, simple afirmacion metafísica, pura concepcion de la razon humana, idealizacion del sér, hipótesis necesaria para la solucion de los más trascendentales problemas, nunca interviene en los actos de la vida, jamas aparece su nombre ni en los libros sagrados, ni en los consejos del sabio, ni en los mandatos del Emperador, ni en las leyes del imperio. No tiene vida ni personalidad propias; indefinido como el ideal, vago como toda concepcion sin realidad, el formulario de las escuelas le da por nombre *el cielo;* ficcion filosófica y no verdad teológica, dogma político y no dogma religioso, en él busca el soberano la consagracion de su despotismo, y los letrados á porfía le llaman hijo del cielo; en él tambien busca el Estado su título más augusto,

y la nacion entera reviste el título de *Imperio celeste.* Cielo impasible, region abstracta, cáos que ya no alcanza á ordenar la razon del hombre, fórmula con la cual se procura satisfacer las necesidades del alma, ocultando la negacion suprema, instrumento de opresion y de tiranía, petrificó á la China desde el dia de su nacimiento, formó en torno de ella horrendo vacío. Allí constantemente se suceden las revoluciones políticas, se reemplazan con prodigiosa rapidez unas á otras las dinastías en el trono; prolongadas anarquías, innumerables usurpaciones constituyen los anales de su historia; pero la nacion entera permanece siempre, sin embargo, en el mismo estado, no hace más que cambiar de tirano y mudar el peso terrible que gravita sobre sus hombros; diríase que todas sus revoluciones, tan sangrientas como estériles, que en nada alteran la organizacion del país, se operan en el vacío. Y en efecto, en una sociedad sin dogmas, donde faltan verdaderas creencias, no hay términos hábiles para concebir ideas grandes y salvadoras y formar doctrinas honestas y puras: el hombre envilecido, la sociedad oprimida, el pueblo muriéndose de hambre, devorados todos por indecibles angustias, lanzan un grito de dolor que no tiene eco en el cielo, ni halla consuelos y esperanzas en el santuario; y exaltados por la desesperacion, se unen en bandadas, hacen la guerra en los caminos, destronan al monarca, ponen otro en su lugar, y luégo se ven de nuevo humillados y escarnecidos, sin haber alcanzado alivio alguno en sus miserias, porque al realizar sus sacudimientos sociales, al cambiar de mo-

narca y de dinastía no saben encontrar la verdad cambiando de principios.

Grande fué el asombro de las sociedades europeas, cuando á principios del siglo XVI les refirieron los navegantes que allá en los confines extremos del universo, en la más apartada extremidad del Asia oriental habian hallado un país prodigio de civilizacion, de riqueza, de ciencia, de industria, que conocia mucho ántes que el europeo el uso de la brújula, de la pólvora, de la imprenta y del papel moneda; que habia llevado las artes mecánicas á un grado maravilloso de perfeccion, y estaba dotado al mismo tiempo de admirable organizacion política, miéntras todos los demas pueblos vecinos yacian en la más profunda barbarie. Creció la admiracion cuando el siglo siguiente, guiado por el espíritu y las tendencias de los enciclopedistas, encomió tambien sobre manera la monarquía paternal del celeste imperio; el carácter liberal de sus instituciones, que halló superiores á las instituciones europeas; la profunda sabiduría de las máximas de los letrados y de los mandarines; los preceptos de sus libros canónicos, superiores, segun entónces se decia, á los mismos preceptos del Evangelio,—y todo el mundo se deshizo en elogios ante una sociedad cimentada, al parecer, en la absoluta igualdad de todos sus miembros; sociedad sin ejemplo en la historia, donde los méritos personales del saber constituian el único medio de llegar á los altos puestos del Estado, donde la aristocracia no apoyaba su poder político y su influencia social, ni en la posesion de propiedades territoriales ó

de cuantiosas riquezas, ni en el nombre ilustre de sus antepasados, sino en los títulos académicos, en los diplomas del saber; sociedad que llenaba sus códigos con las máximas de la moral más pura, anatematizaba por donde quiera el despotismo, intimaba al monarca por medio de los letrados el amor á sus pueblos, el cumplimiento de sus más sagrados deberes, la reparacion escrupulosa de todas sus faltas; sociedad que no consumia los esfuerzos de generaciones enteras en la construccion de monumentos grandiosos, pero inútiles, como los egipcios, ni abstraia la mente humana en puras especulaciones teológicas como los brahmanes, ni se valia de la religion como de un instrumento político para tiranizar á los pueblos, si no que guiada de espíritu más racional y más práctico, construia por donde quiera puentes, caminos, canales, obras de utilidad pública; reconocia una causa suprema y le tributaba libre culto en el fondo de su conciencia; ordenaba y regulaba todas las relaciones sociales con arreglo á las leyes de la razon y de la justicia, y realizaba, en fin, en todas las esferas de la vida humana, el ideal de los enciclopedistas. Pero cuando se estudió con mayor detenimiento la índole de aquel pueblo, la admiracian se convirtió en profundo desencanto. Se vió que el Celeste Imperio era una momia vestida de seda, que no podia ni respirar ni moverse; que tanta sabiduría y tanto artificio no habian conseguido crear más que una entidad moral con vida ficticia petrificada en el seno de los siglos, mecanismo social ingenioso que encadena al hombre con interminables fórmulas y ceremo-

nias, comete iniquidades de todo género invocando los más santos principios, y sumido en eterna quietud llama órden al envilecimiento más oprobioso, prosperidad y bienestar á la satisfaccion exclusiva de las necesidades materiales. La China, profesando sus dogmas racionalistas, renunció, como inútil para su constitucion, á ese ideal superior, sin el cual perecen los pueblos, y su suerte fué lo que debió ser : porque cuando el hombre desprecia la vida del alma, fatalmente se degrada en la vida terrena; cuando desprecia el cielo se esclaviza en la tierra; cuando se pone á sí mismo como fin supremo de su propios actos, se anonada en sus propias miserias, se priva, en una palabra, de su ideal verdadero; y en todas sus creaciones, se siente como encadenado y envilecido, ignorando la virtud y el heroismo en la moral; lo absoluto, lo eterno, las aspiraciones supremas del hombre en la filosofía; la belleza en las artes; el amor en la familia; la justicia en el Estado. Avasallado por el ateismo el Celeste Imperio, se sintió sin fuerzas para proseguir adelante; le faltó ese impulso misterioso que arrastrándonos de la tierra hácia el cielo, constituye el secreto de todo verdadero progreso, el alma de la vida social de los pueblos, y siguiendo una ley constante de la historia, quedó para siempre estacionario en sus vicios.

¿Cuál habia de ser allí la condicion social de la mujer? Tiranizada por su marido, por su padre, tiranizada por su propios hijos, esclava de todas las pasiones, su condicion en el hogar es tan triste y deplorable, tal vez aún más desgraciada que la esclavitud de los serrallos.

En una sociedad que bajo el manto del racionalismo profesa la más completa indiferencia en materia de religion, no pueden ménos de desencadenarse con furia todos los malos intintos; porque mal se manda á nombre de una necesidad puramente terrestre reprimir la pasiones; la sancion de la ley moral, su benéfica influencia como freno del vicio, no se sustituye ni con el temor del castigo del hombre, que al fin y al cabo se pude evitar con astucia, ni se sustituye tampoco reglamentando todas las acciones con minuciosas prácticas, con fórmulas humanitarias artificiosas que todo el mundo pronuncia pero nadie venera.

Jamas tendrán eficacia las máximas de moralidad proclamadas únicamente á nombre del Estado; bien nos lo ha demostrado la historia de las modernas sociedades europeas. Despues de haber realizado su obra destructora, en vano la revolucion francesa procuraba sustituir la poderosa salvaguardia social de la religion preexistente con otra religion civil, cuyos dogmas proclamaba el Estado; los delirios del culto de la Razon, los decretos de Saint-Just poniendo la virtud á la órden del dia, y el de Robespierre decretando la existencia del Sér Supremo junto á las gradas de la guillotina, no conseguian sino poner de manifiesto el escepticismo general y arrojar á las turbas en las supersticiones más vergonzosas, sin introducir el convencimiento en el ánimo de nadie, ni inspirar sentimiento alguno de moralidad en el corazon del ciudadano. «Los filósofos, como dice muy bien un historiador moderno, aunque sean los más in-

signes de entre ellos por la sublimidad de sus concepciones, podrán conmover con su ciencia y con sus ideas al siglo que honran, podrán crear una filosofía, jamas una religion: hacen pensar, pero no hacen creer.» En vano intentarán fundar nuevos dogmas, sus raciocinios no conseguirán sino extender los estragos de la indiferencia y la duda. Y faltando en un pueblo la creencia, las acciones del hombre pierden su regla fija y estable, la ley se cimenta en la fuerza, el poder en una ficcion, y todo el edificio social descansa sobre la arbitrariedad y el artificio.

No deben, por lo tanto, sorprendernos los abusos de todo género, las iniquidades sin cuento que se perpetran en el Celeste Imperio. Hoy todavía allí no se reputa crímen el infanticidio: padres inhumanos para evitarse una carga, dan muerte á sus hijos y con su sangre alimentan á los animales domésticos, y llevados de sórdida avaricia entregan por unos cuantos dineros el honor de sus hijas, las venden sin reparo al que quiere tomarlas por concubinas. En la familia está entronizado el despotismo, la mujer y los hijos son esclavos del hombre, que más que padre y esposo debiera llamarse tirano; el deleite sustituye al amor conyugal; la avaricia al afecto del padre á su hijo, y todos gimen en vergonzosa miseria, sin que las creencias alivien en la resignacion sus males presentes y les den para el porvenir una esperanza de justicia. Pueblo infortunado, reducido por el ateismo á tan desgraciada condicion, las filantrópicas máximas de sus letrados, la filosofía racionalista de sus le-

yes, no le han servido sino para hacer aún más triste su envilecimiento y darle conciencia de sus propias miserias.

Aunque distinta de los demas pueblos orientales, no absorbiendo como ellos el Estado, la familia y el individuo en monstruosos y gigantescos dogmas religiosos, sino estableciendo, por el contrario, la absoluta supremacía del Estado, suprimiendo las castas, suprimiendo hasta el nombre de esclavo, la China, sin embargo, presenta todos los demas caractéres del Oriente: fabulosa antigüedad, instituciones seculares, innumerables fórmulas, despotismo, civilizacion aletargada, progreso realizado en tiempos remotos, grandioso y original entónces, pero paralizado despues, ninguna tendencia hácia la perfeccion.

## CAPÍTULO IV.

### Nueva condicion social que adquiere la mujer al pasar de Oriente á Occidente.

Transformacion de la civilizacion al pasar de Oriente á Occidente.— Caractéres que sobresalen en esta grandiosa revolucion de la humanidad. — Desaparece la eterna inmovilidad del Oriente. — En lugar del despotismo de un monarca, como entre los pueblos de Oriente, se establece el despotismo del Estado. — En lugar de los inmensos imperios orientales, se constituyen las pequeñas nacionalidades. — Instintiva tendencia á la abolicion de las castas, y sobre todo á la abolicion de la casta sacerdotal. — Cambio de religion.

Consecuencias de esta revolucion en la condicion social de la mujer.— El principio de la comunidad, que preside á la constitucion del Esdo, convierte los serrallos en casas de meretrices. — De la tendencia á la abolicion de las castas resulta un mayor aprecio de la mujer y un mayor respeto de su dignidad. — La destruccion de la eterna inmovilidad del Oriente alivia los tormentos de la mujer infortunada, con la consoladora esperanza de su futura emancipacion.— Consecuencias del cambio de religion.

Despues de haber considerado el deplorable estado de la mujer en Oriente, despues de haberla encontrado allí en todas partes hacinada en los serrallos y de haber vertido una lágrima de compasion al considerarla el más desgraciado de los seres y al comprender que su desgracia era una desgracia eterna, porque la inmovilidad que en aquellos países rodea á las sociedades impide todo progreso y ahoga todo grito de dolor y de desesperacion que se exhala de un corazon oprimido, dirigiré-

mos ahora nuestras miradas hácia el Occidente y seguirémos la marcha lenta, pero segura, de la humanidad en la vía del respeto y de la emancipacion de la mujer.

Al pasar del Oriente al Occidente queda desde un principio el ánimo sorprendido por la aparente desunion, por la falta de armonía y por el manifiesto desórden de las sociedades occidentales. No existe ya esa grandiosa unidad del Oriente; han desaparecido los inmensos imperios donde únicamente domina una sola voluntad, donde despóticamente mandan los monarcas, y, postrada la frente en el suelo, servilmente obedecen los pueblos: la religion no es ya como en Oriente una esencia infinita que todo lo absorbe y contiene, sino que en Grecia y en Roma la palabra sacerdotal es un órgano de gobierno, un elemento de autoridad, un poder político del cual se vale el Estado para formar su unidad y engrandecimiento.

Paralizados por medio de las monstruosas doctrinas de sus creencias religiosas; inmóviles en el seno de Brahma, de Budha, de Fó, de Ormuz y de sus demas divinidades, los pueblos orientales parecian vivir tan sólo en el espacio: hubiérase dicho que para ellos no existia el tiempo, así como tampoco existia para sus dioses. En Occidente, por el contrario, las sociedades tienen movimiento, tienen vida, se agitan, marchan, progresan; su existencia no es eterna é invariable, porque viven en la actividad y en la vida, en vez de descansar en el torpe embrutecimiento del letargo, y de vivir en el sueño de la sepultura. Y cuando llega para ellas la hora postrera

de la agonía, lanzan sin dolor el último suspiro, porque cuentan los adelantos del hombre en la vía de la civilizacion y del progreso indefinido, por el número de las generaciones de sus hijos y por el número prodigioso de sus genios. Bajo el cielo hermoso y siempre vário de nuestro continente no existe, no, la aterradora uniformidad de la India; no existe la despótica unidad de los imperios de la China y de la Persia; no existe, como fundamento primero de toda unidad, la teocrática opresion del Egipto, sacrificando generaciones enteras para elevar grandiosas y eternas tumbas á las momias de sus reyes: ha desaparecido la unidad y la armonía oriental; pero tras de esta falta aparente de armonía, en medio de esta aparente desunion, la humanidad ha hecho un adelanto inmenso, el hombre ha conquistado el título de ciudadano; y aunque todavía se desprecien sus derechos como individuo, es un miembro del Estado y en él reside parte del poder comun.

La grandiosa revolucion llevada á cabo por el genio de Occidente empieza destruyendo las grandes unidades de los imperios de Oriente, dando vida al municipio y formando de cada ciudad, de cada importante comarca una individualidad independiente, con leyes y costumbres propias. Diríase que instintivamente han buscado siempre los pueblos las franquicias y las libertades municipales, la vida en comun de las ciudades como el más firme apoyo de sus libertades civiles y políticas y como el modo más seguro de romper las opresoras cadenas del despotismo. La Grecia, hija del Oriente, queriendo

librarse del yugo odioso de las despóticas tradiciones que intentaron ahogar su genio en los dias de su infancia, crea las ciudades helénicas con leyes y constituciones diversas [1]. La fundacion de las repúblicas helénicas señala el primer paso del hombre en el terreno de las reformas políticas, su clamor primero, su primer esfuerzo para conseguir los derechos del ciudadano. Y la Europa á su vez, queriendo sacudir, en épocas posteriores, el ignominioso yugo feudal, pide tambien franquicias, pide libertades para sus municipios; y al oir las deliberaciones de los concejos, el mundo feudal se siente herido de muerte, conoce que ya no tardará en venir la hora en que con las piedras recogidas entre los escombros de sus derruidas almenas feudales, libre el hombre, construirá el santuario humilde de sus libertades políticas y civiles reconquistadas.

La humanidad, por consiguiente, al cruzar las barreras que separan á las sociedades asiáticas de las sociedades europeas, se elevó desde la esclavitud de la vida, en los inmensos imperios orientales, á las libertades de la vida, en los municipios helénicos. La forma de su emancipacion varió segun los lugares: en las ciudades jónicas tendió á la democracia, en las dóricas conservó la severidad aristocrática. Más adelante advertirémos que esta revolucion es incompleta, porque, hasta la ve-

---

1 Fustel de Coulanges, *La Cité antique*, lib. III, cap. XIV.—Véase el lib. IV, cap. IV de la *Política* de Aristóteles en que trata de la extension de la ciudad perfecta.

nida del cristianismo, un principio funesto domina durante los tiempos del mundo antiguo en las constituciones todas de los pueblos de Occidente: el individuo es sacrificado á la familia y al Estado; el hombre no es todavía respetado como hombre; la personalidad humana está subordinada á la personalidad del ciudadano. Con efecto, en Esparta no hay más propietario que la república: en Aténas el derecho de propiedad reside en la familia; en todas partes el extranjero está excluido del derecho civil, del matrimonio, de la posesion: el hombre por excelencia es el ciudadano, el *eupatrida* en Grecia, el *cives* en Roma.

Como se ve, las ideas de Platon y de Licurgo son ideas generales que dominan en los dias primeros de las sociedades europeas y dan orígen á la constitucion social y política de los pueblos de la antigüedad pagana. El individuo, sacrificado en Oriente á la voluntad de un déspota, no recobra desde luégo en Occidente todos sus derechos personales, sino que desaparece aún su persona en la unidad de la comunidad; las doctrinas comunistas se ponen en práctica por los legisladores y por los pueblos, y la personalidad colectiva del Estado absorbe todos los derechos del hombre y del ciudadano [1].

Uno de los hechos más grandes que sobresale desde

[1] PLATON, *República*, lib. III y V. — Véase tambien el *Tratado de las Leyes*. — ARISTÓTELES, *Política*, lib. I, cap. I y el exámen crítico de las constituciones que hace el mismo autor en el libro II de su *Política*. — CICERON, *De legibus*, III, 3.

la cuna de la civilizacion europea, es la tendencia marcada hácia la abolicion de las castas. Hijas de las guerras de invasion y de conquista, así como tambien de los erróneos sistemas religiosos, las castas crecieron en Oriente, pero siempre fueron planta exótica sobre el suelo privilegiado de nuestro continente. Entre los creyentes de Brahma, el labrador y el artesano son clases envilecidas: porque el pueblo vencedor les encorvó sus hombros con el peso de eterna opresion, y les obligó á ejercer el sacrílego oficio de destrozar con su arado el seno mismo de la divinidad, les obligó á arrancar las hierbas del campo y á cortar los árboles seculares del bosque, sacrilegio nefando que imprime en la frente de la clase social que tiene que perpetrarlo el sello indeleble de la infamia y de la degradacion [1]. Los brahmanes son, por el contrario, la casta privilegiada, porque poseen el misterio impenetrable de la divinidad, y porque nacieron del hálito divino que se exhala de los labios del Sér Supremo [2]. Otras religiones, con las doctrinas de la metempsícosis, legitiman la desigualdad social del hombre: porque el sér envilecido, el sér degradado sufre en este mundo el justo y providencial castigo de los crímenes cometidos durante su existencia pasada.

Pero en Occidente ya no son tan insuperables las barreras entre las clases sociales: del gremio del labrador y

1 Código de Manú, lib. II, 142, y lib. X, 84.

2 Código de Manú, lib. I, 31.—*Bhaghavata Purana*, ed. Bournouf, pág. 105.

del artesano puede salir un Sócrates, ó un Mario que desde las alturas de su gloria desprecie la loca vanidad de patricio; el esclavo puede aspirar á ser libre; el cliente llegará tal vez á ser poderoso patrono, y los oprimidos (cosa nunca vista en Oriente) empuñarán las armas para reivindicar sus derechos; y el mundo contemplará atónito, en las nuevas guerras sociales de los ilotas y los mesenios contra Esparta, de Espartaco y de sus compañeros de esclavitud contra Roma, y de los plebeyos contra los patricios en la ciudad eterna de Rómulo, el indicio seguro de que ha empezado á latir en el corazon del hombre el sentimiento de su propia dignidad y de su natural igualdad social.

La principal de las castas, sobre todo la casta sacerdotal, instrumento de opresion y de tiranía en la Pérsia, en la India, en Egipto, tan sólo vive de recuerdos bajo el ambiente de la Grecia y del Lacio: lucha por conservar el cetro que se le cae de las manos, intriga, fanatiza, pretende infundir el terror y el espanto religioso; mas pronto las demas clases sociales sobrepujarán en saber al sacerdote, Edipo explicará el enigma que en vano habia intentado interpretar el sacerdocio[1], y el plebeyo cubrirá al fin sus sienes con la mitra del pontífice, penetrando en el misterio de los símbolos y hundiendo él tambien el cuchillo del sacrificio en las entrañas de la víctima, para entrever entre los latidos de su corazon moribundo algun indicio de la voluntad impla-

[1] SOFOCLES, *Oedip, Tyr.*, v., 338.

cable del destino. El templo se ocultaba en la India en el seno de la tierra: el brahman escondia allí sus dogmas, en la oscuridad profunda de las grutas de Mahalipur y de Ellora, en medio de horribles é innumerables monstruos y de gigantescos y aterradores símbolos. A orillas del Nilo, el santuario se alejaba tambien de las ciudades; el leon, el cocodrilo, la esfinge, el horrible cinocéfalo y todos los más fieros animales del desierto, convertidos en colosos para hacer aún mayor el terror del creyente, se sentaban imponentes en dos largas hileras á la entrada de la mansion de la divinidad; y el que osaba penetrar en aquella morada del misterio se sentia al instante sobrecogido de profundo espanto, tan sólo con la idea de que se hallaba envuelto en el secreto de un laberinto sin salida y que sobre su cabeza pesaba la mole inmensa de la pirámide. Si miraba á las paredes, las veia cubiertas de símbolos y de seres monstruosos; aquí tropezaba con la muerte rodeada de aromas y vendajes para hacer eterna y palpable su vida; allá oia el silbido aciago de la serpiente, oia el ruido del cocodrilo que se arrastraba por los suelos, ó bien se estremecia de horror al sentir vibrar las enormes masas de piedra con los roncos mugidos del buey deificado. El templo griego, por el contrario, busca la luz de las alturas; quiere recibir los primeros y los últimos rayos del sol en su aurora y en su ocaso; y las tres gradas que tan sólo le separan del pueblo[1] revelan que el dogma ha

[1] Aristóteles, al tratar de los edificios públicos de la ciudad

salido del santuario; y que si áun existen misterios en las religiones, si se practican todavía las sacerdotales iniciaciones del Oriente, es para celebrar con secreto el escándalo de la orgía, ó bien para burlarse de la loca superstición de los adoradores de las estatuas. Divulgado el dogma, descubierto el misterio, la casta sacerdotal ha perdido su más firme y seguro apoyo, contempla destrozada por la fuerza de un genio invisible su arma más fuerte y poderosa; sin amparo ni defensa, no puede aspirar á la omnipotencia que tenía en Oriente, é igualada con los demas ciudadanos, somete su fiero orgullo á la soberanía del Estado. En Oriente legislaba el sacerdote; en Grecia, por el contrario, el filósofo es el que do á las sociedades su constitucion civil y política. Murió la casta sacerdotal, y con sus ruinas cubrió las tumbas de las demas castas sociales.

Roto el báculo con que el sacerdote guiaba y oprimia á los pueblos, la religion no fomentó ya la inmovilidad del Oriente; las artes y las ciencias salieron del santuario, y el hombre, protegido por los derechos del ciudadano, cultivó libremente la filosofía, con todos los ramos del saber humano. Antes, los símbolos y los misterios de la religion, que todo lo abarcaba en su seno, comunicaban su inmovilidad á las disposiciones de los legisla-

perfecta, dice que «al pié de la eminencia donde estará situado el templo, será conveniente que esté la plaza pública, construida como la que llaman en Tesalia plaza de la Libertad.» *Política*, libro IV, cap. XI.

dores, establecian la perpetuidad, y, por consiguiente, la imperfectibilidad de las leyes y de las costumbres. Ahora, por el contrario, la legislacion, como todas las demas ciencias, se encuentra encauzada en la vía del movimiento y del progreso; y si algun pueblo quiere oponerse á sus sucesivos adelantos, no estará lejano el dia en que él mismo tenga que llorar sobre sus ruinas los frutos funestos del error de sus legisladores. Licurgo quiere dar con sus leyes á Esparta la inmovilidad del Oriente, quiere privar de todo movimiento de adelanto á su patria para comunicarle la eterna existencia de las sociedades orientales. Pero, en vez de hallar la eternidad, Esparta halló tan solo la muerte en los principios de la constitucion de Licurgo; porque la inmovilidad es planta exótica en Occidente, las sociedades europeas viven de accion, de movimiento y de vida, y el que intente privarlas de su libre actividad, tan sólo conseguirá su objeto precipitándolas en la eterna quietud de la tumba.

Allá en tiempos lejanos, cuya realidad se oculta en la oscura noche de lo pasado, el Oriente y el Occidente, estrechándose mutuamente en sus brazos, se comunicaron uno á otro sus sentimientos y sus creencias: como Hero y Leandro, se contemplaban amantes de una á otra orilla del Bósforo, y cruzando el estrecho, juntaban sus corazones y en misterioso secreto se expresaban mútuamente sus más recónditos sentimientos. De este grandioso enlace del Oriente con el Occidente, de este ósculo de amor que se dieron ambos mundos, nació hermosísima la Grecia. El Asia, su madre, imprimió en su

frente el tierno beso del amor materno, meció su cuna en el espacio, juntó sus manos para la oracion, y le enseñó en los dias de la infancia los dogmas y las teogonías del Oriente. La Grecia dirigió sus primeras plegarias á la divinidad que adoraba su madre, al dios oriental; murmuró los himnos órficos, del mismo modo que su madre murmuraba los himnos de los Vedas; y Zeus, como Brahma en Oriente, fué entónces el fuego, el mar, el agua, el cielo, el éther, la creacion, la vida, el alma, el pensamiento y todo lo que existe[1]. Pero poco á poco iba creciendo la Grecia, y los severos acentos del Occidente empezaron á resonar con fuerza en el fondo de su conciencia. En aquella hora, Apolo, el Indra de la India[2], el Mahabad de los caldeos[3], el Bel ó Baal de los asyrios, el Sol, adorado bajo la forma de monstruoso símbolo en los altares asiáticos, se trasforma sobre el suelo helénico en hermoso mancebo, que, pulsando su melodiosa lira, reproduce los armoniosísimos concentos de los astros en el espacio[4]. En lugar de adorar las estrellas, los astros, la creacion, el hombre adora sus pensamientos, sus pasiones; modifica, segun su ideal, los

1 Ζεύς ἐστὶν αἰθήρ, Ζεὺς δὲ γῆ, Ζευς δ'οὐρανὸς
Ζεύς τοὶ τά πάντα, χῶ, τι τῶνδ' ὑπέρτερον. (ESQUILO. *Fragm.*)
Θέοῶ ἀκτὶνας. ESQUIL. *Pers.*, v. 477.

2 Illum Arietem à multis invocatum himnis celebratum Indram.—*Rig-Veda.*

3 El *Mahabad* de los caldeos es el *Maghavan* del *Rig-Veda.*—ROSEN, páginas 208 y 209.

4 CRÉUZER, *Symbólica.*

recuerdos que en su mente ha dejado el Oriente; concibe á los seres viviendo vida distinta de la vida de la divinidad, y consagra este nuevo principio, creando nuevos dioses, multiplicando las divinidades del Olimpo. El Oriente ahogaba toda vida individual en el seno de su divinidad panteista; y el Occidente, por el contrario, queria individualizar sus divinidades: el uno aspiraba al fatalismo, á la opresion, á la unidad, á la inmovilidad, al eterno quietismo; y el otro á la libertad, á la vida individual, al progreso incesante.

Un dia, al fin, estalló terrible tormenta entre ambos continentes, violentas revoluciones interrumpieron su amoroso trato: la Grecia, ya formada, envió sus ejércitos contra Ilion; los muros de Troya se desplomaron, y junto á las playas de Europa sepultaron bajo sus escombros el genio de Oriente. Homero formuló la protesta; los cantos de la *Iliada* fueron á un mismo tiempo la inscripcion funeraria que se grabó sobre el sepulcro de Oriente, y la cantilena de la cuna de las sociedades europeas: fueron el grito de lucha eterna entre dos mundos ya enemigos; y desde aquel instante se empeñó guerra á muerte entre la tradicion y la invariabilidad del Oriente, y el progresivo ideal y la insaciable actividad del Occidente. Lucha grandiosa que aparece, sobre todo, palpable en las disensiones entre patricios y plebeyos en Roma. El patriciado se escuda tras de la tradicion oriental; envuelve la legislacion en el misterio religioso, santifica su voluntad, consagra sus usurpaciones por medio de los auspicios; él sólo puede comunicarse

con las divinidades; él sólo puede conocer sus designios. Pero á sus piés se agita la tempestad plebeya: en el foro y en las asambleas resuena tumultuosa la voz de la clase social que representa en la Ciudad Eterna el espíritu de Occidente; los plebeyos siempre oprimidos, siempre vencidos, luchan sin cesar, hasta que un dia suene para ellos tambien la hora del triunfo; y desde entónces podrá decirse que con la igualdad entre patricios y plebeyos en Roma se hundió para siempre el predominio del principio oriental, que áun intentaba imperar en Europa.

El Oriente, llenando el espacio con la idea de sus divinidades panteistas, abrumaba la conciencia y el pensamiento humano con la infinita inmensidad de un solo sér, y oprimia la personalidad de la criatura, echando sobre sus hombros las cadenas de la fatalidad, y sobre su frente la fria losa de la eterna servidumbre. Allí el sacerdote y el guerrero, dándose la mano, esclavizaban á los pueblos, y confundidas las instituciones religiosas con las instituciones civiles, comunicaban á la opresion el sello de la perpetuidad. La casta se elevaba sobre los huesos de otra casta; el monarca, sobre la degradacion y la ignominia de sus súbditos; Dios, sobre la opresion eterna de la criatura. Allí la mente humana, abismada en el seno profundo, misterioso é inexplicable del dios que se transforma en todos los seres y se presenta visible á los sentidos en las mil formas diversas de la materia; la mente humana, sepultada bajo la mole inmensa del santuario, aterrada por grandiosos é imponentes

símbolos, esterilizada por el despotismo, yace inmóvil y aletargada fuera de las regiones del movimiento y de la vida. El hombre adora el aire, el cielo, la luz, el agua, el fuego, los animales del campo, la materia, la creacion, todo lo que infunde en su ánimo terror y espanto, ó bien deleita sus sentidos é impresiona su inteligencia. Sus dioses no tienen forma humana : son dioses mágicos y fantásticos, que á cada instante cambian de aspecto, como las ondas en el rio, las nieblas en los montes, el fuego en la naturaleza y las nubes en el cielo; unas veces se presentan bajo la forma de una piedra colocada en medio de los campos, ó de un lago misterioso, que en el puro cristal de sus aguas refleja los matices del firmamento; otras veces se encarnan en un árbol, á cuya sombra se cobija la caravana, ó bien en la estrella que guia al navegante al traves de los procelosos mares ó de los horizontes sin fin del desierto; tambien reciben tributos de adoracion las fieras que vagan por los desiertos y reinan en las selvas; y al subirlas en los altares, el hombre, buscando en el terror el alma de su culto, las convertirá en informes y horrendos colosos, que, aunque inertes y sin vida, infundan el espanto en su alma. En una palabra, el Oriente adora la naturaleza en la vida de todos los seres, y la apoteósis de las leyes físicas de la creacion le precipita en el fatalismo más grosero.

Pero al llegar al suelo de la Grecia, la humanidad comprendió que hay algo más grande que la naturaleza física, que hay otros fenómenos más admirables que los del mundo de la materia; penetró en el mundo moral, y

en el fuero interno de su conciencia descubrió su propia superioridad, y desde entónces los dioses tuvieron forma humana: el Júpiter Amon, extraño símbolo en el Oriente, monstruo horrendo y diforme en el Egipto, se transforma en el Júpiter majestuoso de los cantos de Homero, y en el padre de los dioses, hombre grave y sereno de los mármoles de Fídias; el tosco aerolito que en el Asia Menor era el símbolo del amor, del beso ardiente que el Sol manda á la Tierra, se convierte en Grecia en una mujer de ideal hermosura, que cubriendo sus encantos con la espuma de los mares y con el manto majestuoso de nacaradas nubes, rodeada de blancas palomas, ofrece á los hombres la dorada copa de los placeres del amor; Astarte se convierte en Juno; el ídolo horrendo del templo de Efeso, en la hermosa Diana cazadora; la Vénus de Milo y el Apolo de Belvedere suben á los altares, y aparece, en fin, el paganismo, religion que inicia en la tierra la idea de la personalidad humana, y representa, por lo tanto, un grandioso progreso sobre las religiones de Oriente; pero que, al mismo tiempo, desconoce por completo el dogma de la unidad y de la personalidad divina y se halla aún muy léjos de la perfeccion del cristianismo.

¡Qué grandiosa es esta revolucion que constituye el primer paso de los pueblos de Occidente! El hombre, maravillado de la creacion, absorto en la naturaleza, embebido en el seno de la Divinidad, sin conciencia de su propio sér, se veia encadenado por el Destino, aterrado por los elementos, oprimido por sus dogmas. Mas

de repente sintió en su mente el fuego del pensamiento, y rompiendo con sus manos las cadenas que le convertian en átomo de la creacion, en ciego instrumento de la fatalidad, conquistó el sentimiento de su existencia personal y de su propia libertad. Y entónces, como Prometeo, aprisionó los vientos, dominó los elementos que le azotaban, arrancó al cielo su fuego divino; se lanzó sobre el toro, salvaje divinidad de las selvas, y le sujetó á la coyunda del arado; descubrió á la conciencia los horizontes sin fin de la vida y del progreso; y áun derribado por el rayo del sacerdote, sujeto á la tierra por inquebrantables cadenas, despedazadas sus entrañas por las aves del cielo, atormentado por los más crueles dolores, forcejeando en vano por recobrar su libertad, incitó á los mares, á los vientos, á la naturaleza toda para luchar contra el Destino, y en medio de su opresion y de su miseria, predijo la caida y la muerte del padre de los dioses. Sí, Prometeo, tendido en el Cáucaso, revolviéndose contra Júpiter y el Destino, representa á la humanidad luchando entre el Oriente y el Occidente contra la opresion de la fatalidad; representa al hombre desprendiéndose de los dogmas y de las despóticas instituciones del Oriente, para dominar, al fin, á la naturaleza y reconquistar él mismo su libertad, dar ancho vuelo á sus aspiraciones y embriagarse en las emanaciones de su propia vida y de su propia idea.

Estas consideraciones generales, aunque demasiado incompletas, las creí necesarias para comprender el es-

píritu del Occidente en su reaccion contra el Oriente: de ellas se deduce cuáles debieron ser las nuevas bases de la constitucion de la familia, y cuáles tambien los nuevos fundamentos de la condicion social de la mujer.

Decia primero que al pasar de Oriente á Occidente el despotismo de las monarquías asiáticas se transforma en el despotismo del Estado; se sacrifican los derechos del hombre en aras de los derechos de la comunidad. Para Licurgo, Solon, Platon y la mayor parte de los legisladores y filósofos de Grecia, el Estado es una unidad ideal de la cual no somos todos sino meros accidentes, unidad absoluta, familia única que vive sobre la ruina de todas las demas unidades, sobre la ruina de todas las demas familias. Domina el comunismo como ideal en la organizacion social y política de los pueblos helénicos, y produce fatalmente sus consecuencias en las instituciones fundamentales de la familia y del Estado. En la organizacion de la propiedad el propietario no es más que un usufructuario de los bienes que por derecho propio pertenecen al Estado; con frecuencia ni áun puede enajenar sus inmuebles; el Estado determina de antemano cuál ha de ser el único heredero del testador. En la familia sucede lo propio, se admite la institucion del matrimonio, como no podia ménos de admitirse, pero al mismo tiempo el Estado regula los actos más insignificantes de la vida; interviene, dictando arbitrarias disposiciones, en las relaciones más íntimas y secretas del hogar; declara que los hijos ántes pertenecen á la comunidad, á la sociedad política que á sus mismos padres; sanciona, en

fin, sin reparo el divorcio, el repudio, el adulterio si cree que pueden serle provechosos. Otros resultados inmediatos tuvo ademas el principio de la comunidad en la condicion social de la mujer: contrario al despotismo del serrallo, favorece en cambio la libertad del desenfreno; así es que la poligamia, característica del Oriente, toma en Occidente la forma del divorcio y del concubinato, como expresando una tendencia marcada hácia la monogamia y un paso dado en favor de la mujer. El griego, en vez de entronizar la esclavitud de su compañera para satisfacer sus pasiones y procurarse el deleite, le da la libertad de las cortesanas, le deja andar libremente por la via pública, y consiente que venda sin reparo sus encantos al hombre que quiera comprarlos. Bajo el despotismo de uno sólo, los serrallos tienen que ser prisiones verdaderas donde al deleite del hombre se sacrifique la libertad de la mujer; y bajo el principio de la comunidad, los serrallos se transforman, por el contrario, en casas de meretrices, donde á los vergonzosos placeres se sacrifiquen, sí, la virtud y el pudor de la compañera del hombre, mas de ningun modo su libertad. Así, cuando la mujer helénica renuncie á ser la mujer del mundo; cuando repugne á sus sentimientos el prodigar indistintamente sus halagos á cualquier ciudadano que ambicione poseerlos; cuando deseche de su corazon las ideas comunistas, si desea ser venerada como madre, si desea ser respetada como esposa, tendrá que encerrarse en el gineceo, y comprará su dignidad sacrificando por ella su libertad y sus más santos derechos; porque el griego

hizo para ella incompatibles el pudor y la libertad: si queria ser libre la obligaba á ser cortesana; si queria ser virtuosa la obligaba á ser esclava. En Grecia y en Roma se multiplican las casas de meretrices, porque estos seres desgraciados son la natural consecuencia de las ideas comunistas introducidas en los lazos de cariño que unen al hombre y á su compañera. Cuando muchos aspiran al corazon de una sola mujer, ésta, si á todos prodiga sus favores, perderá su pudor, pero no su libertad; así como cuando se vea prisionera de un monarca ó de un potentado, entre las paredes del harem, la mujer podrá haber perdido su libertad, pero áun quizás conservará su pudor.

La tendencia á la abolicion de las castas tuvo tambien por consecuencia un mayor aprecio de la mujer y un mayor respeto á su dignidad. ¿Cuál era, en efecto, la condicion de la compañera del hombre? ¿Cuál su carácter en los países donde existian las castas? Allí la mujer formaba una casta dentro de otra casta; los mismos motivos, los mismos derechos que habia para establecer tan profunda desigualdad entre las clases sociales, existian en contra de la mujer para oprimirla ante la exagerada y fingida superioridad del hombre. Si el derecho de la fuerza era el que daba al chatria la superioridad sobre los vasias, igual derecho podia alegar el hombre sobre su compañera. Si la dignidad del carácter sacerdotal y el secreto del dogma eran la causa de la superioridad de los brahmanes sobre las demas castas, los propios motivos podria alegar el hombre sobre su compañera, porque él tambien era el sacerdote único y supremo del ho-

gar. Por fin, si la ficticia desigualdad de orígen entre los hombres, si el privilegio de haber nacido de una de las partes más nobles del cuerpo de la Divinidad legitimaban la tiranía de los unos y el envilecimiento de los otros, las mismas causas legitimaban tambien la tiránica opresion que ejercia el varon sobre la mujer, en todas partes considerada como impura. Cuando el hombre se cree con derecho para oprimir á su hermano y para privarle de libertad, tambien considerará justa y legítima la opresion de su compañera, y declarará como dogma incontrovertible la inferioridad social de la mujer. Allí donde existan desigualdades sociales, allí donde existan esclavos, y nadie clame por su emancipacion, allí tambien vivirá la mujer envilecida, degradada, oprimida, sin voluntad propia y sin libertad en sus afectos. Pero, á medida que se vayan borrando estas monstruosas iniquidades que crearon la injusta superioridad para unos y el envilecimiento para otros, la mujer irá tambien adquiriendo poco á poco su verdadera dignidad y su legítima igualdad social. Y cuando las puras y sublimes máximas del cristianismo proclamen la libertad del esclavo y su natural igualdad con sus demas hermanos, al mismo tiempo proclamarán tambien la libertad natural de la mujer, y sus títulos sagrados para exigir del varon la igualdad, la veneracion y el respeto. «*Ya no hay ni esclavo, ni libre, ni hombre, ni mujer*, exclamará entónces el apóstol de las gentes: *sois todos iguales, sois todos hermanos en Cristo*» [1].

---

1 San Pablo, *Ep. ad Galat.*, III, 28.

Deciamos que el Occidente se despoja desde su infancia de la eterna quietud del Oriente y vive de movimiento, de actividad y de progreso; deciamos que las sociedades europeas no conciben la inmovilidad, é inquietas buscan en su insaciable actividad el progreso indefinido. Pues bien, al salirse de los círculos fatales de la inalterable invariabilidad oriental, la mujer consiguió tambien un triunfo insigne: la ley de su injusta opresion no pesó ya sobre su frente con todo el peso aterrador de la eternidad, y la consoladora esperanza de su completa emancipacion futura vino á hacer ménos amargos los dolores de su infortunio. Desgraciada la mujer, vive en Oriente sin esperanza; sus desdichas de hoy las sufrirá tambien mañana; y esclava al nacer, se sentirá tambien esclava en la hora de su muerte. Sus hermanas de Occidente, por el contrario, al verse oprimidas, se refugian en los brazos de la esperanza; se consuelan de un triste presente con un porvenir más risueño; y si el destino al nacer quitó de su cuna el dón divino de la libertad, confian en que mañana tal vez volverán á recobrarlo; y trabajan con el celoso afan por reconquistar su dignidad perdida; y veneran á sus padres, aman á sus maridos, deliran de amor por sus hijos; y de la fuerza irresistible de su virtud, del encanto de su ternura y de la seductora expresion de sus más ideales sentimientos esperan su trinnfo y su victoria.

Con el cambio de religion consiguieron los hombres destruir los obstáculos insuperables de la invariable quietud oriental, y pusieron en manos de la mujer el instru-

mento con que ella misma habia de labrarse su felicidad futura; pero ademas de tan grandiosas consecuencias, esta revolucion tuvo aún resultados más importantes en favor de la libertad de nuestra compañera. El genio helénico, al apoderarse de las divinidades grandiosas, terribles, misteriosas é inexplicables del Oriente, se horrorizó de sus monstruosas formas, halló sin sentido los mudos símbolos de Isis y de la Trimurti india, buscó la Divinidad en la humanidad, en vez de buscarla como hasta entónces en el resto de la naturaleza, y vaciando sus formas en el molde del hombre, dió á los seres inmortales la figura humana, expresando su divinidad con la ideal belleza corpórea del rey de la creacion, en vez de interpretarla por medio de la majestad del coloso ó del imponente aspecto del símbolo que infunde en el ánimo terror y espanto. Creada la religion de lo bello, el sér más ideal de la creacion por su hermosura, la mujer habia de recibir necesariamente los tributos de un culto verdadero. Y, en efecto, por todas partes aparece la imágen encantadora de la reina de la hermosura: en las ondas del mar es la mágica sirena, que con sus melancólicos y seductores acentos interrumpe el triste silencio de la noche y sorprende y fascina al navegante; es la hermosa nereida, que con su blanco leve cuerpo se presenta á la caida de la tarde como sombra ideal de divina é impalpable ilusion; en las fuentes, en los bosques, es la ninfa que libre corre por los campos, ondulantes sus largos y negros cabellos, poblando de amorosos cánticos el espacio, impregnando de olorosas esencias el ambiente,

depositando en los albores de la mañana una lágrima de amor en el cáliz del encendido amaranto, del lirio y de la rosa, y dejando como huella de sus plantas el matiz incomparable de las flores. Por donde quiera aparece graciosa y bella la mujer: ora coronada de hiedra y de verbena, y uniendo su voz con los coros sagrados á los acordes melodiosos de la lira; ora dando vida y realce á toda la naturaleza, alegrando la soledad del desierto, de las selvas, contemplando su desnuda imágen en el límpido cristal de las aguas, ó bien presidiendo, en la persona de Minerva, de Vénus, de Céres, de Juno, los combates del guerrero, las faenas de los campos, el amor de los esposos en el secreto asilo del hogar doméstico, las reuniones populares en los pórticos, en el ágora, en los juegos, las ceremonias religiosas en el templo, y, en fin, los actos todos de la humana vida. En ella busca el orador su inspiracion, en ella el guerrero su valor, en ella el artista su ideal; y, por ultimo, al ver los pueblos que el cincel inspirado del genio de las artes copiaba la imágen de una célebre cortesana, para expresar la idea impalpable de la Divinidad, se prosternaron de hinojos al pié de los altares de la mujer convertida en diosa, y veneraron la hermosura de su cuerpo, miéntras llegaba el dia en que se veneràra tambien la belleza de su alma.

Un peligro inmenso habia, sin embargo, en este nuevo culto: el materialismo y la sensualidad cubrian de flores el abismo profundo de la impura lascivia; cegadas por sus halagos, en él se precipitaron las sociedades, y se repitieron en los valles de la Grecia y á orillas del

Tíber las repugnantes bacanales de Babilonia y las horribles saturnales de los primitivos imperios orientales. Un dia llegó á las riberas de la Grecia una matrona hermosísima, que habia abandonado los templos de la Frigia: lleno su seno de fecundante sávia, sentada sobre un leon, ceñidas las sienes con diadema de torres, adornada de perlas y corales, precedida de sacerdotisas, que llevaban en sus vasos sagrados el néctar de los aromas de la naturaleza, de la vida exuberante de la creacion, recorria los campos cubiertos de mieses, y lanzaba con sus miradas el fuego ardiente del voluptuoso desenfreno que consumia su pecho. En torno suyo, una bandada de furiosas ménades coronadas de hiedras, extraviados los ojos por el delirio de un amor insaciable, proferian agudos aullidos, entonaban desordenados cánticos y corrian delirantes en todas direcciones, entregándose locas á la embriaguez de la orgía, como si la vida rebosára en su seno. Los adoradores de esta mujer la llamaban Cibéles; habia recibido culto en Babilonia y en Fenicia, lo recibia en Cartago, y vagaba por el mundo en pos de los abrazos de su eterno amante, que á orillas del Tígris y del Eufrates se llamó Thamuz, Adónis en Fenicia, y Attis en el Tauro. Su vida era el placer, su culto el amor, representaba á la Tierrra fecundada por los ardores del Sol [1]. Tras de ella venía un hombre

[1] EZEQUIEL, VIII, 15.—LUCIANO, *De Dea Syria*, pág. 675, 682. —HERODOTO, libro I.—*Rig-Veda*, Pita Dyauth, mata prithivi. Pater cœlus, mater terra.—DIOD. SIC., libro I.—SELDEN, *De Diis Syriis*.—DUPUIS, *Religion universelle*, V, III.—MUNTER, *Religion der Kartager*.

ebrio, tosco, feo, de sonrosado color y voluptuosa mirada, coronado de pámpanos y seguido tambien de ebrias y desnudas bacantes; alegres faunos le rodeaban, acompañando las grotescas contorsiones del baile de la vendimia con los ecos de destemplados tamboriles y los trinos del caramillo y de la flauta. Toda la comitiva libaba en anchas copas el licor de la viña, la sangre de la naturaleza; y los cuerpos vacilaban, deliraban las cabezas, el fuego del deleite devoraba los sentidos, y faunos y bacantes, embriagados por los vapores que se exhalan de la copa de su dios, encendido el rostro por el desenfreno, se entregaban á monstruosos y obscenos desórdenes, entre las estrepitosas carcajadas del adalid y los alaridos del placer y los aullidos de la bacanal. La Grecia recibió hospitalaria á estas dos nuevas divinidades: los sacerdotes de Apolo quisieron oponerse á su triunfo; pero las furiosas ménades arrancaron las víctimas del altar de los sacrificadores, y destrozándolas con sus propias manos, las arrojaron al pié del ara de sus delirantes dioses. Desde aquel dia Baco y Cibéles reciben su amoroso culto en los campos de la Grecia. Mas los pueblos helénicos olvidan pronto la significacion de aquellos misterios sagrados, olvidan que son el culto de la naturaleza, de la vida de la creacion, y la representacion de la sávia amorosa que se derrama por todas las plantas y multiplica la existencia de los seres; tan sólo se acuerdan de su liturgia porque halaga las pasiones y deleita los sentidos, y en cuanto viene el tiempo de la siega y de la vendimia, se entregan delirantes á la em-

briaguez de los placeres y á los desórdenes de la orgía.

Este culto, que en la tierra clásica de los serrallos, en el Asia Menor, habia arrancado á la mujer de la esclavitud del haren, para que con escandaloso desenfreno se prostituyera en los templos de Babilonia, de Tyro y de Sidon y en las llanuras inmensas de la Caldea y en los valles amenos de la Lidia [1]; este culto habia de emancipar tambien á la mujer helénica, pero reemplazando en ella el pudor con el oprobioso manto de la cortesana. Y, en efecto, cuando los coros cantan la vendimia, cuando besos de fuego se desprenden de los labios de la bacante, cuando las emanaciones del hirviente licor se exhalan embriagadoras de las copas, todas las mujeres de la Grecia, sobrecogidas del vértigo de livianos placeres, acuden á rendir tributo al Dios coronado de pámpanos: junto á la hetería se coloca la matrona que hasta aquel dia ha hilado triste y silenciosa encerrada en su gineceo; ambas se dan la mano y corren por los campos, devoradas por ardiente fiebre, fuera de sí por voluptuoso amor; dan rienda suelta á las pasiones que se agitan en su pecho; mancillan su pudor de placer en placer, de abrazo en abrazo, y no paran hasta que caigan acongojadas y casi sin vida en el templo del dios Líbero, ó en el bosque sagrado, y sientan estremecerse sucuerpo con las convulsiones de la epilepsia báquica.

---

1 Ἐκδόδόασι δε αὐτα ἑωντάς. HEROD., lib. I, 93, 199.—LUCIAN., *Oper.*, tomo II, pág. 129.

De este modo tiene la mujer mayor libertad en Grecia; pero es una libertad comprada con el precio de su ignominia: todavía pesa sobre su frente no sé qué anatema terrible, que la convierte en un sér inferior al hombre y en miserable juguete de vergonzosas pasiones. El paganismo inició la idea de la personalidad humana; pero sus dogmas vagos, confusos, oscurecian la idea verdadera de la Divinidad; y la mente humana, extraviada entre los innumerables dioses del Olimpo, establecia instintivamente la desigualdad entre los hombres, del mismo modo que la hierarquía entre los dioses. Por un lado se inauguraba el reinado del derecho, y por otro se entronizaba la ley de la fuerza y de la fatalidad. De aquí nació ese antagonismo entre la opresion y la libertad, entre la civilizacion y el retroceso, que aparece en todas las instituciones de los pueblos paganos: antagonismo que se refleja tambien en la condicion social de la mujer. Adquirió ésta mayor dignidad, pero al mismo tiempo se vió oprimida por la exagerada autoridad del marido; tuvo algo de la esposa cristiana y algo de la esclava de los serrallos; fué madre, pero al mismo tiempo su esposo ejerció derecho de vida y muerte sobre sus hijos.

En Grecia aparece desde luégo mayor respeto que en Oriente á las leyes sagradas de la familia, á los santos principios del matrimonio. La primera protesta que ante los muros de Troya la Grecia coaligada eleva contra el Oriente, es una protesta en favor de la santidad del matrimonio: el rapto de Elena, su adulterio con Páris, son los primeros crímenes que sus ejércitos quieren vengar

contra el Oriente. Diríase que el corazon humano siente ya como una tendencia, como una necesidad irresistible de que una infraccion cualquiera de los principios fundamentales de la familia, entónces reconocidos, reciba reparacion pronta, inmediata, severa. Edipo, asesino de su padre, esposo de su propia madre, hermano de sus mismos hijos, cometió tan horrendos crímenes sin tener de ellos conciencia: obró á impulsos de la fatalidad y del ciego destino. Pero las leyes más sagradas de la familia no pueden quedar jamas impunemente infringidas; Edipo será inocente, más sus actos constituyen, sin embargo, un desórden y un mal moral, y por eso es ley de la Justicia divina que sus crímenes, á pesar de ser involuntarios, reciban sin remedio expiacion terrible y severa. Y cuando el hijo y esposo de Yocasta aprende su horrible desgracia, ciego de furor y de ira, poseido de pavorosa desesperacion, exhalando á un mismo tiempo gemidos de dolor y espanto, alaridos espantosos de cólera, pregunta fuera de sí por el lecho infame de la que ha sido su madre y su esposa; corre loco por la régia estancia; rompe las puertas que le cierran el paso del aposento de Yocasta, y encuentra allí á su esposa tendida, inerte, exánime, ahogada con las trenzas de sus cabellos; y entónces, arrancando del manto de su madre el alfiler que lo sujetaba al pecho, lo clava en las pupilas de sus propios ojos, y ciego, inundado el rostro de lágrimas y de sangre, huye de Tébas, la ciudad maldita, perseguido siempre por el destino, aterrado por las maldiciones que sobre su frente fulminan implacables los dioses y los hombres.

Largos años despues, el mismo Edipo aparece en el valle de Colona, ciego, anciano, en la más completa indigencia, mendigando su sustento, apoyado en el brazo de la hermosa Antígona, que para ser el sosten de su padre renunció al amor y á las grandezas; y sin embargo, en medio de tanta desdicha, Edipo se siente ahora contento de su suerte. Comprende que el dolor y la desventura le redimieron por completo, borraron en él para siempre la huella impura de crímenes que, aunque involuntarios, constituian un ultraje á los sentimientos más santos del corazon. Resignado, tranquilo, sereno, viene á despedirse de la vida terrena y de sus infortunios en el valle sagrado de Colona, del cual será en adelante protector y númen tutelar desde el mundo invisible de la inmortalidad.

Antígona, figura ideal de abnegacion, de heroismo, de castidad, de virtud, que reune en su rostro todos los encantos y en su corazon todas las virtudes, que en medio de los más duros y crueles sacrificios se constituye en sosten y cariñoso amparo de su hijo desgraciado, aparece en aquellos tiempos de la primitiva Grecia como una revelacion de lo que ha de ser un dia la mujer en Occidente. Su padre, el Edipo de la leyenda helénica, de la tragedia grandiosa de Sófocles, es representante fiel, simbólica personificacion de los sentimientos que laten en el corazon de la Grecia. Demuestra que tan grandes y horrendos parecen á los pueblos helénicos el parricidio y el asesinato, que no conciben su perpetracion sino de un modo involuntario, por los impul-

sos del acaso y del ciego destino más que por la voluntad libre del hombre. Y á pesar de no ser culpable su autor, puesto que los perpetró sin tener conciencia de ellos, la Grecia, sin embargo, manifiesta su profundo horror á delitos de ese género, exigiendo una expiacion terrible y cruel hasta en el mismo sér inocente. ¡Ejemplo saludable y terrible el que á los pueblos presenta Edipo, maldecido por la Grecia y por los dioses de la Grecia, rechazado con horror del seno de las sociedades helénicas por ser asesino de su padre y esposo de la mujer que le dió la vida! Porque sus crímenes le han igualado á la fiera, al salvaje sin nociones de ley moral, los hombres, implacables á sus ruegos, le profesan ódio y desprecio profundo, le abandonan como fiera salvaje en medio de la naturaleza; las cavernas de las fieras son su único asilo.

Al ver tales ejemplos, bien podemos asegurar que nos separa ya gran distancia de aquellos imperios de Oriente, donde á cada instante conspira el hijo contra la vida de su padre para apoderarse del trono; al ver á los ejércitos de Grecia reunidos diez años, con constancia sin igual, alrededor de los muros de Troya para vengar un rapto y un adulterio, podemos afirmar que muy distantes nos hallamos de aquellos pueblos y de aquellos tiempos en que una Semíramis, despues de haber manchado el honor de su primer marido, cómplice de su adulterio, daba muerte á Nino, su segundo esposo, y movia luégo guerra sangrienta y destructora en los imperios para satisfacer el furor de pasiones livianas. Al ver, en fin, tan terriblemente

escarmentado el incesto en el infortunado Edipo, podemos decir con certeza que nos encontramos ya con principios muy distintos de aquellos que presidieron á las leyes de Manes, donde no aparecia ni apreciado, ni penado como delito el incesto; podemos decir que nos hallamos muy distantes de aquellas legislaciones de Oriente, donde la ley con tanta frecuencia legitima los más vergonzosos extravíos de los sentidos y favorece el libre desenfreno de las más repugnantes pasiones.

Desde aquellos tiempos heroicos de la Grecia sobre todos los actos de la vida de los pueblos de Occidente flota un ideal distinto del ideal oriental, ideal que resplandece primero en los nuevos dogmas religiosos, en las nuevas constituciones políticas, y surge luégo grandioso en la nueva organizacion de la familia, en la filosofía, en las creaciones portentosas de las artes.

Pero detengámonos en este punto, pues sería interminable trabajo el querer apreciar la influencia que ejercieron en la condicion social de nuestra compañera todos y cada uno de los principios diversos que aparecen entre las instituciones de los pueblos de Occidente. Al pisar las playas occidentales adquiere la mujer mayor libertad y más amplios derechos que en Oriente; respira con ebrio placer el puro ambiente de las instituciones helénicas, ménos despóticas que las legislaciones asiáticas; aborrece la prision horrible del serrallo [1], y ántes que

[1] Véanse *Las Suplicantes* de ESQUILO.

volver á entrar en él, preferirá prostituirse, preferirá la deshonra de su alma y de su cuerpo á la esclavitud de sus afectos; comprenderá que la poligamia es para ella la opresion, é impeliendo con fuerza á las sociedades hácia la ley de la monogamia, establecerá el divorcio como elemento de igualdad entre ella y el varon. No tiene ningun derecho político; pocas son todavía las leyes civiles que la protegen; pero ve en los altares adorados sus encantos, se ve cortejada por el legislador, por el guerrero, por el filósofo; Perícles, Sócrates, Alcibíades no tienen para ella más que palabras de elogio y de admiracion, y reunidos los ciudadanos más distinguidos en los salones donde prodiga sus caricias al que quiera comprarlas, discutirán sin rubor en su presencia los más arduos asuntos del Estado y los más trascendentales problemas del Derecho, de la Filosofía y de todos los ramos del saber humano. Oculta en Asia en los verjeles del haren, la mujer se veia obligada por los celos de su tirano á cubrir con tupido velo la expresion de su rostro, donde aparecia impresa la profunda melancolía que noche y dia amargaba su existencia. En Grecia, por el contrario, al sentirse libre, arroja léjos de sí los velos que sobre su belleza echó la opresion y no el noble sentimiento del pudor; enseña su hermosura á la vista de todos, y el pueblo, admirando con afan sus hechizos, prorumpe en estrepitosos aplausos al verla á orillas del mar rendir como las nereidas homenaje á Neptuno, ó al contemplarla en el templo de Vénus adornada con los obscenos símbolos del amor encenagado. En una palabra, si es hermosa, no

teme descubrir su hermosura, porque sabe que la deificará el artista, que con asombro hablará de ella el filósofo, y que, disputándosela con encono los miembros del Areópago, los magistrados, los poetas y los más ilustres personajes del Estado, se opondrán con toda su fuerza á que cualquiera de ellos pretenda privar á los demas de su presencia, encerrándola esclava en el gineceo de su hogar. De este modo conserva su libertad, encendiendo en el pecho de sus admiradores el fuego de la rivalidad y el ódio de la envidia; con sus halagos, con sus caricias siembra la desunion y la discordia entre los que ántes la oprimian, y se enorgullece al verlos destruirse mutuamente por una vana mirada ó por una caricia obscena. Busca su victoria en la lubricidad del vicio, ignorando todavía que estriba su verdadero triunfo en la belleza incomparable de la virtud; pero progresa, marcha, avanza, tiene conciencia de su personalidad, confia que será al fin venerada como esposa y como madre; y si hoy tan sólo encontró la libertad de la heteria, mañana hallará la dignidad de la mujer cristiana.

La mujer abandonó las regiones para ella sombrías del Oriente, donde no conoció más que opresion en el fondo de los serrallos; y radiante de inspiracion y de alegría, coronada de mirtos y laureles, entonó sobre las playas de Occidente, sobre las colinas de Grecia, el canto sagrado de lo porvenir; con sus dulces y suaves acentos realizó los prodigios de la lira de Orfeo, y empezaron á edificarse las paredes del templo doméstico: los verda-

deros sentimientos del corazon se difundieron por la morada del hombre; el hogar no fué ya una prision, comenzó á ser el santuario del amor puro ; la esposa empezó á emanciparse del cruel despotismo del marido ; el hijo, de la inhumana tiranía del padre; y desde entónces cada generacion, cada siglo colocó una piedra en el templo de los afectos del alma, hasta que llegue, por fin, el Cristianismo, que llenará de amor y de virtud los abismos insondables del corazon, y estrechará en un mismo ardiente abrazo los sentimientos, los afectos, las aspiraciones de los cónyuges, del padre, de la madre y de los hijos.

---

## CAPÍTULO V.

### La mujer en Grecia.

Omnipotencia del Estado en las sociedades griegas; — consecuencias que produce este principio en la condicion social de la mujer. —Los tumultos de la vida pública en las democracias griegas hacen olvidar al hombre la vida del hogar. — Disposiciones de los legisladores helénicos en favor de la mujer. — Mezcla inexplicable de libertad y de opresion, de desenfreno y de virtud en la condicion social de la mujer helénica.—Medios opuestos de que se vale la mujer en aquellas sociedades para mejorar su condicion. — Adquiere mayor libertad que en Oriente; adquiere tambien mayor dignidad; pero mucho le falta todavía para alcanzar su completa emancipacion y ser venerada y respetada como en los tiempos del Cristianismo.— Principios de la ley natural del matrimonio infringidos por los legisladores griegos. — Se establece el divorcio como elemento de igualdad entre esposos. — Aparece el principio de la monogamia. — Consecuencias benéficas de este principio.—Causas por las cuales no produce en la familia helénica todos sus frutos bienhechores. — Platon; su teoría del amor ideal. — Hipacia.
Constitucion espartana.—La mujer en la ciudad de Licurgo. — Consideraciones sobre la ruina y la decadencia de Esparta.

Hija del Oriente, la Grecia no tardó en romper los lazos de las tradiciones de su infancia, reformó constantemente las doctrinas y las ideas orientales, como queriendo destruir un pasado aciago, que se oponia al libre desenvolvimiento de su genio; y creció con vida propia, guardando únicamente de su orígen la gratitud del recuerdo.

El principio que más arriba encontrábamos como di-

ferencia primera entre el Oriente y el Occidente, el principio comunista de la omnipotencia del Estado, sobresale principalmente en las sociedades helénicas, y en ellas recibe su mayor desarrollo. Platon en la filosofía y Licurgo en la vida práctica de los pueblos, son los dos hombres que más se han acercado al ideal de la absoluta comunidad. Las constituciones de los legisladores griegos toman este principio por base de sus disposiciones, y no hay en este punto más diferencia entre Solon y el legislador espartano, que la de haber el uno puesto en práctica su idea en toda su desnudez, y el haber el otro templado sus rigores por medio de los afectos de la unidad social de la familia. El espíritu helénico no destruye por completo el principio oriental; únicamente lo modifica, lo transforma y le da una aplicacion distinta. El panteismo religioso de Oriente se ha convertido en Grecia en el panteismo político del Estado. El Estado es el fin supremo de las acciones del hombre, y á él han de subordinarse, por lo tanto, los fines todos de la vida humana: su personalidad colectiva es la única individualidad que existe en la tierra; y todas las demas unidades personales quedan en él absortas y confundidas.

Con el panteismo de Brahma, el mundo, la creacion, la humanidad, la casta, el individuo, se desvanecen en el seno de la Divinidad, como se desvanece el humo en los espacios, como se desvanecen las sombras fantásticas de la noche al bañarse la naturaleza en los raudales de la luz del sol. Brahma es él único sér que existe; los demas seres creados son meras y accidentales transforma-

ciones de su existencia divina. Y el panteismo político de Occidente confunde tambien los fines de la Religion, de la familia, del individuo y de la sociedad, en el fin supremo del Estado. El Estado es el único sér que realmente existe; únicamente en él pueden vivir los demas seres con vida propia; únicamente en él pueden realizarse los derechos de la personalidad humana. El panteismo indio paralizaba á la creacion y sumia á las sociedades en eterna inmovilidad, porque la voluntad inmutable é invariable del Sér Eterno constituia el alma de sus doctrinas. El panteismo helénico, por el contrario, da mayor vida, mayor movimiento, más accion al individuo y más variabilidad á las sociedades, porque el variable interes del Estado y los fines varios de la sociedad política, constituyen la esencia de sus principios panteistas. Aquél declara al hombre átomo de la Divinidad; éste le convierte en átomo del Estado: ambos desconocen el carácter verdadero del sér humano, privan á las sociedades de las ideas, de los sentimientos y de los afectos del individuo, destruyen el respeto de la dignidad humana y sacrifican igualmente los más santos derechos y las libertades individuales, el uno en el seno de la fatalidad, y el otro en los altares levantados al principio inhumano y cruel de «perezcan los hombres, perezca la justicia; pero ante todo, sálvese la república» [1].

---

[1] Creo que la doctrina que expongo en el texto no puede hallar mejor confirmacion que las deducciones que ha sacado el mismo Hegel de sus principios panteistas. Hegel no ha hecho

En todas las constituciones de los pueblos de Grecia aparece, en efecto, más que en ninguna otra parte, el predominio de las ideas comunistas; sorprende el íntimo enlace que allí existe entre la organizacion doméstica y la organizacion política: el comunismo tiende constantemente á convertir la Religion, la propiedad y la familia en instituciones puramente políticas, y á confundir en la vida del Estado la vida pública y la vida privada, los sentimientos del hombre y los sentimientos del ciudadano [1].

---

más que repetir en nuestros dias lo que hizo en su tiempo la Grecia, al aplicar á la constitucion política las tradiciones panteistas del Oriente. Deduciendo con inflexible lógica las consecuencias de sus principios panteistas, se vió precisado á formular tambien, como fundamento de la doctrina política, el panteismo del Estado. Cual en otro tiempo la antigüedad pagana, consideró al Estado como «el Dios presente, como el universo espiritual ó la razon divina realizada», y declaró que «el Estado es el fin supremo del hombre, y que sin él desaparece la personalidad del individuo y pierden su significacion los derechos humanos.» Segun su doctrina, el poder del Estado es absoluto; absorbe todos los derechos y las existencias individuales: el interes y la voluntad de la sociedad política ha de considerarse como la ley primera de las sociedades; el deber supremo del hombre es formar parte de esta sociedad.

[1] Véase el exámen crítico de las principales constituciones que hace Aristóteles en el lib. II de su *Política*, y en todas las constituciones que pasa en revista el insigne filósofo, aparecerá evidente este excesivo predominio del Estado. — Platon proclama la comunidad de bienes y de mujeres como base fundamental de su soñada *República*. — Fáleas de Calcedonia establece la comunidad de bienes raíces. *Polit.* lib. II, cap. IV. — En Creta y en Lacedemonia se sacrifican al Estado todos los afectos de familia.—En Aténas, los hijos no pertenecen únicamente á sus padres, sino

En una sociedad en que el Estado omnipotente mira con profundo desprecio los intereses de familia y los intereses privados, en que tan sólo con el carácter de ciudadano adquiere el individuo su verdadera dignidad, el legislador rodeará de privilegios á los hombres que tienen el carácter de miembros de la sociedad política,

---

principalmente al Estado. DEMÓSTENES, *Coron.*, 205. — ARISTÓTELES, *Política*, VIII, 1: «Ἅμα δὲ οὐδὲ χρὴ νομιξεὶν αὐτὸν αὑτοῦ τινὰ εἶναι τῶν πολιτῶν, ἀλλά πάντας τῆς πόλεωσ· μοριον γαρ ἕκαστος τῆς πόλεος· ἡ δ'ἐπιμέλεια πέφυκεν ἑκάστου μοριου βλέπειν πρὸς τὴν τοῦ ὅλου ἐπὶμελειαν.» Lo mismo pasaba en Esparta, y para legitimar estas iniquidades Platon declara en sus *Leyes* que «los hijos ántes pertenecen al Estado que á sus padres.» *Leyes*, VII. — Los συσσιτὶα, ó sean las comidas en comun no se conocian sólo en Esparta, sino tambien en Megara, en Corinto, en Caria, en Creta, en la magna Grecia y en otras várias ciudades de vida y costumbres helénicas. ARISTÓTELES, *Polit.*, lib. V, cap. IX; — HERODOTO, I, 46; — PLATON. *leyes* I; — DIODORO, V, 9. — ATENEO, IV, 22.

En cada Estado de Grecia la propiedad habia recibido una organizacion particular, en que se sacrificaban los derechos del individuo en aras de la injusta opresion de la sociedad política. El Estado legislaba arbitraria y despóticamente sobre la vida privada del ciudadano: las leyes de Aténas prohibian el celibato; Esparta no se contentaba únicamente con castigar al célibe, sino que imponia tambien penas severas al que retardaba la época de su consorcio. El Estado se creia con derecho para no consentir que sus ciudadanos fueran deformes ó raquíticos, y ordenaba sin piedad la muerte de estos seres infortunados. La institucion del ostracismo, practicada en casi todas las ciudades griegas (ARISTÓTELES, *Polit.*, VIII, 2, 5), revela el carácter despótico que tuvo en Grecia la soberanía del Estado. Si se quieren datos más extensos sobre este punto, véase ARISTÓTELES, *Econom.*, II. — POLLUX, VIII, 40, 46. — PLUTARCO, *Lisandro*, 3.°; *Cleomenes*, 9; *Solon*, 21. — ATENEO, X, 33; XII. — JENOFONTE, *Memor.*, I, 2.

y apénas se acordará de proteger en sus disposiciones á los demas seres desgraciados, que se encuentran privados de todo derecho de ciudadanía; y la influencia benéfica de la mujer desaparecerá allí necesariamente, en el silencio del olvido. Esto mismo pasó en Grecia: la mujer no podia tener derechos políticos, no podia intervenir en la administracion del Estado; y privada del título que daba todo su realce al sér humano, privada del título de ciudadanía, apénas se acordó de ella el legislador; la miró con indiferencia, dándole unas veces demasiada libertad, oprimiéndola otras con exagerada tiranía.

Ademas, siendo el Estado, segun las ideas helénicas, una personalidad colectiva que debia gobernarse á sí propia, sus naturales gobernantes eran los ciudadanos reunidos en asambleas. Y para ejercer su soberanía el griego pasaba su existencia en la vida pública, en medio de las reuniones populares, en el ágora, en los tribunales, en los pórticos, alejado siempre de la vida de familia y ajeno siempre á los dulces y tiernos sentimientos que crecen en el hogar. Unicamente se sentaba en su casa cuando el cansancio del dia le obligaba á buscar un descanso en la tranquilidad de la noche; y al entrar en ella encontraba á su mujer encerrada silenciosa en el gineceo, hilando tristemente para hacer ménos largas las horas de soledad de su eterno cautiverio. Miéntras su marido bullia en las asambleas populares, en los juegos, en los espectáculos; miéntras recorria alegre las casas de las *dicteriadas* y se deleitaba en los banquetes oyendo los trinos

melodiosos de la flauta de las *aulétridas*, —la mujer sola en el más apartado secreto del hogar, escuchando taciturna el lejano y prolongado murmullo de la vía pública, presenciando rara vez los tumultos populares en una solemnidad religiosa, podia apénas aliviar sus pesares desahogando la amargura de su pecho en tierna confidencia con sus más próximos parientes [1].

Esta desigualdad resulta aún más evidente en la educacion de uno y otro sexo. Desde niño el hombre acompañaba á su padre en todos los azares de la vida pública, se instruia oyendo con respeto los consejos del anciano, las lecciones del guerrero, los preceptos del filósofo, las fogosas arengas del tribuno; libremente cruzaba la vía pública y libremente penetraba en los pórticos. Consistia, por el contrario, toda la educacion de la mujer en sufrir con resignacion largas horas de silencio y soledad [2]; consistia su virtud en obedecer humilde á su esposo y en padecer sin quejarse las penas crueles de la esclavitud doméstica [3]. Alguna vez, sin embargo, se le enseñaba el baile y el canto, para que moviendo su cuerpo en cadencioso ritmo, y uniendo su voz á la de los

---

1 PLUTARCO, *Solon*, 21.— LISIAS, *De caede Eratosth.*, 8.— JENOFONTE, *Oeconom.*, VI, 30.— MENANDRO, *Fragm.*, pág. 87, v, 9.— ISEO, *De Pyrrh. her.* par. 13, 14. — CORN. NEPOT., *Praefat*, 7.— MEINEK JACOBI, *Script. miscellan.*, tom. IV, pág. 254. — VAN STEGEREN, *De conditione domestica feminarum Atheniensium.*

2 JENOFONTE, *Oeconom.*, III, 13; VII, 5, 14.

3 PLATON, *Menon*, 3: «Γύναικὸς ἀρετήν ού χαλεπον διεθεῖν, ὅτι δεῖ αυτήν οἰκίαν εὖ οἰκεῖν, σωζουσαν τε τὰ ἔνδον καὶ κατήκοον ουσαν τοῦ ανδρὸς.»

coros sagrados, se forjára un momento en su vida la dulce ilusion de que siendo virtuosa disfrutaba tambien de la libertad de la cortesana, y creyera que la virtud rompió al fin para ella las cadenas de la opresion, así como ántes el vicio las rompió para la heteria. Pero, áun en la solemnidad y en la alegría misma del baile, surgia la diferencia entre la mujer virtuosa esclava y la libre cortesana: la esposa del ciudadano griego, para honrar á las divinidades, salia con tímido atrevimiento del silencio del gineceo, daba la mano á sus compañeras, y fijos los ojos en la tierra, apénas se atrevia á dar un paso cadencioso, grave, majestuoso, lleno de la timidez de un corazon siempre oprimido, y que entreve entre la multitud de sus espectadores la mirada severa del tirano [1]. El baile de las cortesanas era, por el contrario, la pasion en su delirio extremo; sueltos los cabellos por la locura y los vestidos por el desenfreno, lanzan ebrias furiosos aullidos, corren en confuso desórden por opuestas direcciones, se abrazan, se amenazan, se repelen, olvidan la cadencia del ritmo, y caen desmayadas y sin aliento, exhaustas sus fuerzas mucho ántes que se sintieran saciadas en sus lúbricos placeres.

En Grecia, como en Oriente, busca todavía el hombre á la mujer para el deleite y la opresion; pero no echa á

[1] Creyeron algunos que las mujeres áticas estaban excluidas de toda clase de solemnidades populares, pero Jacobi demostró que no podia esta opinion apoyarse en fundamento alguno histórico. Cap. I, págs. 303-307.

la vez sobre una misma frente el peso de ambas ignominias: « tiene cortesanas para el placer, concubinas para el cuidado diario de las personas, y una esposa para que le dé hijos y cuide del hogar» [1]; y á las cortesanas les da la libertad; á las concubinas, el desprecio; á su esposa, la esclavitud. La opresion del serrallo la transforma en la tiranía del gineceo, y reemplaza el deleite del harem con los encantos de las meretrices.

No se crea, sin embargo, que son iguales los sufrimientos de la mujer en los gineceos, y las amarguras de los serrallos de Oriente: desde luégo no tiene que sufrir la presencia contínua de sus rivales, y es, ademas, despues del marido, la autoridad primera del hogar; permanece encerrada en la casa marital, más bien por exigencia de las costumbres, que por mandato expreso de la ley ó por órden tiránica de su esposo. Considera la sociedad como prueba de poca virtud en la mujer el andar libremente en medio de las reuniones populares; y aquella que lleve á pecho el cumplir con celo sus deberes de esposa y de madre, pasará resignada los dias de su existencia entre las paredes del hogar, obedeciendo á una necesidad creada por las costumbres, más aún que á una ley del legislador, ó á la autoridad suprema de su esposo [2]. Así es que con frecuencia vemos salir á la mu-

---

[1] DEMÓSTENES, *In Neaera*.

[2] Con profunda erudicion refuta Jacobi todas las quimeras sostenidas por algunos, relativas á la clausura de mujeres, á los custodios, á los perros centinelas, etc.

jer de sus apartadas habitaciones, la vemos presentarse en medio de las reuniones populares é introducirse en las deliberaciones de los jefes de la ciudad. Andrómaca sale sin más compañía que su nodriza, y cubierta de fino y ligero velo, se dirige al templo, á casa de sus cuñadas ó á la torre de Ilion; Elena se presenta sola ante la asamblea de los ancianos, y éstos, al contemplar su hermosura, exclaman con entusiasmo que es justo padecer por ella [1]; pero ni una ni otra son modelos de castidad ni ejemplos de femeninas virtudes.

Existe, sí, en Grecia, profunda desigualdad entre marido y mujer; pero ya no es esta desigualdad tan odiosa como en Oriente [2]. Los legisladores helénicos, en su

---

1 *Iliada*, IX, v. 341;— *Odisea*, VI, v. 182-185; VII, v. 69-74.

2 Aristóteles, que intentó demostrar la esclavitud como un derecho inherente á la naturaleza humana, dice en otro capítulo de su *Política:* «La naturaleza, que ha establecido en todas partes el órden y la armonía debió necesariamente instituir una autoridad en la familia; esta autoridad es la del padre y la del marido (πατρὶφη καί γαμιὶκὴ). Pero esta autoridad no es la del señor y la del dueño; la mujer y los hijos están sometidos á él, pero no son sus esclavos, les manda como á seres igualmente libres. Tampoco se crea que son idénticas la autoridad marital y la patria potestad. Aquélla es en cierto modo una autoridad democrática y se parece á la autoridad de un magistrado en un estado libre; ésta es más bien una autoridad monárquica, pero no despótica, (Αλλὰ γυναίκὸς μιὲν πολίτίχῶς, τεκνῶν δε βασίλίκως.) ARISTÓTELES, *Politica*, lib. I, cap. V.

Lástima grande es que en ese mismo capítulo añada luégo: «Siendo el niño un sér incompleto, evidentemente no le pertenece la virtud, sino que debe atribuirse ésta al sér completo que le dirige. La misma relacion existe entre el señor y el esclavo.»

mayor número, fueron, á no dudarlo, de todos los de la antigüedad los que mejor atendieron á los sentimientos del corazon y los que más se acercaron á la expresion verdadera de los afectos del alma: oyeron la voz del oprimido y del esclavo [1], y de cuando en cuando se acordaron de disminuir sus penas; vieron á la mujer virtuosa, tímida, inocente y sumisa, é igualándola al niño, la pusieron en perpétua tutela, buscando su proteccion y su amparo, y no su opresion y su envilecimiento. Como hija, estaba sometida á la autoridad paterna; pero su padre era responsable, ante el Estado, de los actos de su autoridad. Dentro del matrimonio adquiria el marido sobre ella el poder que ántes tenía el padre, protegia su persona, administraba sus bienes; pero tambien tenía que rendir cuenta de sus actos como tutor y administrador. Y cuando se disolvia el matrimonio por la muerte del esposo, la ley griega, reformando en esto todas las legislaciones orientales, no condenaba á la viuda á vivir eternamente dentro de la familia del marido, sino que atendia más al verdadero parentesco de la naturaleza, y devolvia la mujer al hogar donde tuvo su cuna para que se pusiera de nuevo bajo la cariñosa tutela y el tierno amparo de los suyos.

---

[1] ARISTÓTELES, *Política*, lib. I, cap. V. — PLAUTO *Stichus*, act. III, esc. I, v. 37:

> Atque id ne vos miremini, homines servulos
> Potare, amare, atque ad coenam condicere,
> Licet hoc Athenis nobis.

Las disposiciones de los legisladores griegos se encaminan desde luégo á proteger, ante todo, á la mujer casada: el principio de la monogamia (contrario á las ideas del Oriente) empieza á ser un ideal hácia el cual tenderán todas las legislaciones; este principio se aplicará primero de un modo imperfecto, incompleto; sólo una esposa podrá tener el hombre, pero en cambio será innumerable, si quiere, el número de sus concubinas. Así lo disponian tambien las leyes de la India; pero miéntras la ley de Manú declaraba legítimo al hijo de la concubina, la ley de Solon exigia la legitimacion para que igualase en derechos al hijo de la verdadera esposa [1]. En Oriente no era el matrimonio indisoluble; miéntras vivian ambos cónyuges bastaba la voluntad del varon para destruir sus vínculos. En Grecia tampoco es el matrimonio indisoluble; pero al lado del repudio se coloca el divorcio, que tambien permite á la mujer el pedir la

---

1 Mucho se ha discutido últimamente, entre eminentes jurisconsultos alemanes, sobre si con la simple legitimacion adquirian en Aténas los hijos de una concubina iguales derechos que los de la esposa legítima. Hay quien, apoyándose en el texto de una ley que declara la incapacidad absoluta del hijo ilegítimo, pretende que de nada servia la legitimacion para el hijo de la concubina: «(Νὸθου με δὲ νόθης εἶναι αγχιστεὶαν μητὲ ἱερῶν μητὲ οσιων.» Iseo *De Philoctem. hereditat.*, 47); pero la palabra νόθου significa aquí el hijo de una concubina que no fuera ateniense. La única condicion precisa para que esta legitimacion produjera todos sus efectos legales, era que la concubina fuera ateniense. Tal es el espíritu de la ley citada por Diógenes Laercio: Γαμεῖν μὲν ἀστὴν μιαν, παιδοποιεῖσθαι δὲ και ἐξ ἑτέρας. Véase Demóstenes *Cont. Boeot.*, II.—Iseo *De Philoctem. her.*, 22.

separacion, por delito grave de su esposo, y con este nuevo derecho llega casi á alcanzar la igualdad conyugal. Como consecuencia natural del divorcio, surge á su vez la dote hasta entónces desconocida; el marido, administrador de los bienes de la mujer, se hace responsable de los que ésta aportó al matrimonio, se ve precisado á rendir cuentas de su administracion; y en la propiedad individual del marido y de la mujer en los bienes de la sociedad conyugal, se refleja su distinta personalidad y se descubre con alegría que la personalidad de la mujer no queda ya absorbida como ántes en la personalidad del marido, sino que tiene vida y voluntad propia, y que áun en medio de su aparente sumision disfruta de una proteccion y de un amparo verdadero y puede clamar por sus legítimos derechos [1].

En todas las legislaciones de Oriente, el principio de la procreacion servia de base á la institucion del matrimonio, y de tan monstruoso principio surgieron instituciones como la del levirato hebreo, y la del nefando incesto de la ley de Manú. Lo mismo pasó en Grecia, pues si se respetó á la mujer, no considerándola propie-

---

1 Los legisladores griegos comprendieron admirablemente la importancia de la dote para proteger á la mujer contra los abusos del divorcio, y previendo que, no respetándose la indisolubilidad del matrimonio, la mujer indotada sería siempre juguete de las pasiones de su esposo, exigieron la constitucion de la dote como condicion indispensable del matrimonio legítimo. DION CRYSÓSTOMO define la mujer legítima: Ἀστὴν ἐξ ἀστῶν καὶ προῖκα ἱκανὴν ἐπενηνεγμένην. XV, 4.—Véase tambien: ISEO *De Philoctem. her.* 28.

dad del marido de una manera tan exclusiva como en Oriente, en cambio se envileció tambien su dignidad considerando á la hija única como parte del caudal hereditario relicto por su padre; entónces se la intitulaba επικληρα (heredera) [1] y el más próximo pariente debia tomarla por esposa, para que así se perpetuára el nombre de familia. Pero este marido forzoso podia á su vez ser tambien impotente, y entónces se reproducia la institucion horrenda de la India: el otro más próximo pariente, ofendiendo la castidad del tálamo nupcial, fecundaba el matrimonio estéril [2].

La mujer se nos presenta en Grecia como en una epoca de transicion: ha arancado de sus hombros el manto de ignominia que ántes pesaba sobre ella, pero áun no ha alcanzado su completo triunfo; áun no ha purificado su cuerpo de las llagas abiertas por las cadenas de la opresion: así es que aparece rodeada al mismo tiempo de aciagos recuerdos de lo pasado y de los fecundos gérmenes de un porvenir venturoso. Protegida y envilecida á un mismo tiempo, libre y esclava, virtuosa y cortesana, unas veces pesa sobre ella el yugo oriental, y otras se escuda tras de la libertad europea. Al lado de una ley que permite el homicidio del adúltero sorprendido *in fraganti*, surge otra que favorece el concubinato [3]; aquí de-

---

1 POLLUX, III, 33.

2 ISEO, *De Philoctem. her.*, 22.— DEMÓSTENES, *c. Boeot.*, II, *passim.*— DIÓGENES LAERCIO, II, 26.

3 JEDEFONTE *Lacon.*, I, 7.— PLUTARCO, cap. XVI. — MULLER, *Los Dorios*, pág. 199.

termina el legislador hasta los casos en que han de poder salir las mujeres de la soledad de su gineceo, fija el traje y la clase de adornos con que han de cubrir su cuerpo; y llega hasta el extremo de crear magistrados cuyo único deber consistirá en vigilarlas noche y dia y en atender al exacto cumplimiento de las leyes dictadas para privarlas de toda libertad [1]; pero Solon fomenta él mismo el uso de las meretrices y de las concubinas, él mismo se burla de sus propias leyes. Al primer golpe de vista, la legislacion parece querer encerrar á la mujer en el secreto del hogar, y al mismo tiempo no se puede dar un paso por las calles de las ciudades sin encontrarla á cada instante prodigando voluptuosas caricias y venales amores. Se aparenta querer proteger su pudor ocultando sus encantos con misterioso secreto; y en Corinto vemos á un Periandro que, en honor de su esposa Melisa, ordena á todas las corintias que acudan desnudas al templo de Vénus Afrodita. En una palabra, luchan juntos en Grecia el pudor y el desenfreno para romper las cadenas que en Oriente envilecian á la mujer; hácia el mismo fin tienden las tristes esclavas de los gineceos y las escandalosas cortesanas de la vía pública: las unas creen alcanzar su dignidad por medio del sufrimiento y la virtud, y las otras esperan conseguirla por medio de la lujuria y del desenfreno. Sus tiernas caricias ó sus las-

---

1 Γυναικονομοι, Γυναικοσμοι. PLUTARCO, *Solon*, XXI, 5-7.—POLLUX, VIII, 112.—ATENEO, II, 45.—ARISTÓTELES, *Política*, libro VI, cap. V., n. 13.

civos halagos inspiran á los legisladores disposiciones diversas: unas veces se arman estos de severidad, para que al hombre le quede por lo ménos un ejemplo de virtud en la inocente pureza de su esposa; y otras, seducidos por las palabras de fuego, por las amorosas promesas, por los desnudos encantos ó por la ardiente pasion de una Safo, de una Frine ó de una Aspasia, convierten los templos en escuelas de prostitucion, y las casas de meretrices en puntos de reunion de las escuelas filosóficas. A sus ruegos impuros atribuyen los pueblos la victoria de Salamina; y Temístocles, triunfador, recorre la vía pública sentado en soberbio carro en medio de cuatro cortesanas, intercesoras hermosas de Vénus, que tienen por lucro la corrupcion de la ciudad y por amparo las leyes del Estado.

Estas dos opuestas tendencias de esclavizar á la mujer ó de darle desmedida licencia; de prostituirla, ó bien de buscar en la opresion su pudor, su fidelidad y su virtud; esta manera singular de querer conseguir la emancipacion y la dignidad de nuestra compañera por medio de la licencia y por medio de la virtud, colocando sobre su frente, ora los adornos impuros de la cortesana, ora la brillante diadema de augusta dignidad,—trasciende hasta en el mismo culto religioso, y se refleja admirablemente en el carácter opuesto de la desenfrenada bacante y de la grave y misteriosa sacerdotisa que descubre á los hombres los arcanos del Destino.

En ciertas épocas del año se levanta un altar en medio de los campos; en torno del ara cubierta de guirnal-

das, de flores, de los tributos de la natureleza, los coros entonan las armonías de la creacion y el canto de los bosques sagrados; los sacerdotes liban en sus copas el néctar de la vendimia, la savia misteriosa que el sol ha depositado en la tierra al imprimir sobre su frente un ósculo de amor. Los vapores del sacrificio enardecen insensiblemente los sentidos de los adoradores, exaltan su espíritu, extravían su mente; el fuego y el amor que rebosan en los campos comunican á su imaginacion el delirio de la embriaguez; y de pronto los sacerdotes interrumpen su meditacion, abandonan el sacrificio humeante en el ara, los coros olvidan el ritmo y la armonía, las sacerdotisas se convierten en furias, la comitiva se estremece como sobrecogida de repentino furor, y todos se agitan en espantoso desórden, entre el eco ingrato de mil destemplados instrumentos campestres y entre los estridentes alaridos de la pasion. Entónces las bacantes, llevando en una mano el áureo tirso sagrado de Baco, y sacudiendo con la otra un puñado de serpientes, se despojan del pudor y de los vestidos, corren locas en pos del placer y del deleite, y vierten en la embriaguez de la orgía todo el fuego que devora su pecho. Creeríamos ver en ellas un coro de ménades que celebra, en el suelo de la Grecia, con los desórdenes de la bacanal, su fuga de los serrallos de Oriente. Los primeros albores de la mañana pondrán fin á su desenfreno; y todas, sin que el rubor empañe su rostro, volverán á continuar sus interrumpidas habituales tareas. Entre ellas habrá quizás alguna matrona que abandonó su aposento para sa-

tisfacer en el templo del dios Líbero sus livianos deseos; tranquila, como sus compañeras, volverá tambien á encerrarse de nuevo en el gineceo : la licencia de la bacanal fué para ella el modo de romper un instante las cadenas de su opresion ; fué tambien un medio de emancipacion y una demostracion enérgica de que ya no era la esclava prisionera en los serrallos. Aspiraba á ser libre y respetada y buscó en la licencia su dignidad y su emancipacion. Hoy se convirtió en bacante, y fué libre; mañana se convertirá en sacerdotisa de Délfos, y será respetada. El griego la veia prostituirse en los desórdenes de la bacanal, y consintiendo su desenfreno creia respetar su libertad ; de este modo se figuraba rendirle un culto verdadero de respeto, así como cuando se prosternaba de hinojos á sus plantas viéndola en el santuario de los oráculos convertida en sagrada mediadora entre el hombre y la Divinidad.

A la entrada sombría de una caverna , ó al pié de una secular encina, ó junto á las playas del mar, en la hora en que el sol se mece en el ocaso, y las sombras de la noche empiezan á vagar por la tierra, la Sibila, vestida de blanca lana, pálido y acongojado el rostro, poniendo sus miradas en el cielo, llena de exaltacion febril, inundada de divina y sobrenatural inspiracion, se siente transportada en alas del místico arrobamiento á las regiones etéreas de ese otro mundo increado que está fuera del tiempo y del espacio, á las regiones de ese otro mundo de la eternidad de donde brotan las leyes inmutables que rigen al universo ; y allí, perdido el pensamiento en

la inmensidad divina, como se pierde el águila en los aires, dibujándose en sus labios placentera sonrisa, como poseida de una felicidad superior á toda felicidad humana,— olvida los lazos terrenos y columbra en el Océano de los tiempos los misterios de lo porvenir. De repente la brisa del mar ciñe á su cuerpo el manto sagrado, y mueve en mágicas ondulaciones sus largos negros cabellos, como si entónces pasára junto á ella el soplo invisible de la Divinidad ; un movimiento convulsivo recorre todos sus miembros ; sus brazos se tienden hácia el Oriente y hácia el Occidente; sus labios profieren misteriosas y entrecortadas palabras, y cae al fin desfallecida al suelo, herida por el rayo del pensamiento que en aquel instante se precipita en su mente, de las inaccesibles alturas de los cielos, á los insondables abismos de la tierra. Reina un momento en rededor profundo y sepulcral silencio; y luégo las vírgenes arrancan melodiosas vibraciones de sus cítaras, el pueblo entona un canto dulce, triste y melancólico, deposita al pié del ara sus ofrendas, y acerca á sus labios el borde del manto de la inspirada sacerdotisa.

¡Qué contraste tan grande entre el culto de la sibila y el culto de la bacante; entre la misteriosa sacerdotisa de lo porvenir y la sacerdotisa delirante de la embriaguez! Una y otra tienden, sin embargo, hácia el mismo fin : la una se entrega con cinismo al más escandaloso desenfreno, para que no prescriba su opresion; y la otra se reviste de la augusta y severa dignidad del sacerdocio, para que el hombre no la considere únicamente

como instrumento de deleite y aprenda á respetar tambien en ella el encanto de sus virtudes.

Como en los tiempos de los primitivos imperios orientales, vemos á la mujer prostituirse libremente en los misterios religiosos, despreciar su pudor y sus más santas virtudes. Los horrores de las bacanales en Grecia, son los mismos horrores de los templos de Mílita, los desordenados aullidos de la bacante recuerdan aquellas orgías del Asia Menor, cuando los adoradores de Mílita, de Astarte y de Cibéles recorrian los campos, entregándose sin freno á sus pasiones, buscando por la naturaleza el eterno amante de la Tierra, y haciendo repetir mil y mil veces al eco de los montes su grito de lujuria: «¡*Évohe*, *évohe*!» Creeríamos que, como en el Asia Menor, á tan espantosa licencia ha de suceder tambien fatalmente en el suelo helénico la violenta, pero natural reaccion del cautiverio de los serrallos; mas la dignidad augusta de la sacerdotisa de los oráculos, desconocida en Oriente, se opone entre los pueblos helénicos á que se precipite á nuestra compañera en tan monstruoso envilecimiento. Si la bacante perdió su pudor y abusó de su libertad, la sibila conserva su cuerpo sin mancilla, intacta su dignidad; y la virtud de la mujer inspirada de los oráculos, compensa el desenfreno de la sacerdotisa de Baco. La misma diferencia que existia en la constitucion social y en la constitucion doméstica de las sociedades helénicas, entre la mujer libre, cortesana, y la mujer virtuosa, esclava de su sacerdocio, existe tambien en el culto religioso. La liviana bacante aspira, ante

todo, á la libertad; y la sibila, envuelta en su grandioso misterio, desea principalmente la dignidad de la mujer.

A pesar de los hechos y de las incontestables pruebas históricas que hasta aquí hemos expuesto, pintando la condicion social de la mujer en Grecia, como mezcla inexplicable de libertad y de opresion, de desenfreno y de virtud, algunos, sin embargo, han pretendido que nunca fué la mujer tan respetada como en Grecia, y que nunca recibió mayor culto de veneracion y respeto que en los tiempos de Homero. Como prueba de su aserto, citan el ejemplo de la esposa del rey Alcinoo, que comparte la dignidad y el poderío de su esposo, y sentada junto á él en el trono, recibe los homenajes de su pueblo; recuerdan tambien las palabras que el gran vate griego pone en boca de Ulíses y de Aquíles: «Todo hombre que se respete, exclama el impetuoso guerrero de la Iliada, debe venerar á su compañera.» «No hay bien en la tierra, añade el marido de Penélope, en la *Odisea*, comparable con el dón inapreciable de la concordia y del mutuo amor conyugal.» Pero olvidan que al lado de estas creaciones poéticas surgen los furibundos y lascivos amores de Calipso, y las voluptuosas escenas del adulterio de Páris y Helena; olvidan que su olimpo está lleno de adulterios y de nefandos incestos; olvidan que la esposa del guerrero vencido es vendida como esclava, en medio del campamento ó á la entrada del templo; olvidan que aunque sea la esposa de Héctor ó la profetisa Casandra, aunque sea la hija querida del sacerdote de los dioses, en vano intentará librarse de la ignominia:

hoy la deshonrará en su furor el soldado, y mañana la entregará con desprecio á las pasiones de sus esclavos. Recuerdan las tiernas frases de Ulíses, y olvidan que su hijo Telémaco rechazaba con injuriosa aspereza, del seno de una asamblea, á la virtuosa Penépole, diciéndole, sin rubor, en presencia de todos, que fuera á encerrarse en el gineceo, y no abandonára sus trabajos de rueca y lanzadera [1]. Si Helena es libre, Briseida es esclava; si Penélope es fiel, Andrómaca no rechaza los abrazos de Pirro, el hijo del que dió muerte á su hermano; si la Grecia se arma contra un adulterio, Menelao, al recobrar á Helena, se halla satisfecho con adquirir de nuevo una posesion interrumpida: recobrada la propiedad de su mujer, no se acuerda ya de su infidelidad y de su adulterio.

Y si de los poemas de Homero pasamos á las obras de los trágicos griegos; si recorremos las comedias de Aristófanes; si oimos las odas de Safo, verémos á la mujer convertida en lozadal de repugnante ignominia; oirémos pronunciar en el teatro palabras que apénas se profieren hoy en los más obcenos lugares; el pueblo aplaudirá frenético la consumacion escandalosa del libertinaje más abyecto, llevada á cabo en presencia de ávidos espectadores; y la mujer, rodeada siempre de la iniquidad del vicio, mancillada siempre por la pasion sin freno, se verá á cada instante deseada por el hombre, pero deseada

[1] *Odisea.*

siempre sin amor. Aquí estrechará á ésta en su seno el deleite; allá aquélla se sentirá abrazada por la opresion; y no existirá en las sociedades el amor puro é ideal que une al varon y á su compañera en la vida y en la tumba, y que en un tierno abrazo estrecha y confunde más aún las almas que los cuerpos.

Cierto, certísimo aparece que la mujer ha conseguido un gran triunfo al pasar de Oriente á Occidente; pero léjos está aún de su triunfo completo y verdadero: todavía cubre sus sienes con las agrestes coronas de la desenfrenada bacante; todavía adorna sus encantos con los atavíos del vicio; todavía delira y corre exaltada en los horrendos misterios de la saturnal impura, porque una religion bajada del cielo no ha puesto aún en sus manos los atributos de su soberanía, porque áun no ha contemplado el mundo la sublime majestad y la severa y grave presencia de la mujer cristiana, que hermana por vez primera en su corazon el amor y la castidad, la libertad y la virtud.

Al respirar el aire puro de los valles de la Grecia, la mujer, libre para siempre de la innoble presencia del eunuco, maldice las paredes odiadas del serrallo, pero áun se ve buscada por la tiranía y por el deleite, y no por el amor. En cualquier parte que la encontremos la hallarémos despreciada, envilecida, degradada, oprimida: el jonio la considerará tan sólo como un sér útil y necesario para el hogar doméstico y para la vida del Estado; el eolio no verá en ella más que un hermoso instrumento del mayor deleite de los sentidos; el dorio ar-

rancará de su corazon los sentimientos y los afectos, se reirá de su amor de madre, de su cariño de esposa, y la enviará casi desnuda á que se robustezca y agilite con los demas ciudadanos en los ejercicios de la carrerra y de la lucha, y aprenda á despreciar desde los tiernos años de la infancia los naturales instintos del pudor que le dió la naturaleza, como velo purísimo con que pueda cubrir su belleza ideal. Acerquémonos á la opulenta Corinto, y nos sentirémos envueltos en una tempestad de corrupcion y de impureza: en los santuarios de Vénus resuena allí noche y dia el confuso y horrible tumulto de la orgía celebrada al pié de los altares; se oyen los desordenados gritos de la bacante y los aullidos de dolor y de placer, que se exhalan del pecho de las matronas y de las heterias confundidas en tropel. En esos antros del vicio, alumbrados tan sólo por la llama vacilante de fúnebres antorchas que lanzan unos cuantos rayos de rojiza luz sobre los lívidos rostros y las extraviadas miradas de aquellas ménades, se perpetran las más horrendas abominaciones que pudo jamas idear la desenfrenada sensualidad del hombre. De repente, del seno de la bacanal y de aquellos negros torbellinos de iniquidad, se escapa cual furia del Averno una mujer, que sueltos los cabellos, descolorido y acongojado el rostro, vacilante el paso, emprende delirante carrera al traves de las calles de la ciudad. En su mano agita frenética el tesoro adquirido con su ignominia; desea que todo el mundo la vea, la contemple, la admire; y sin avergonzarse de su deshonra, y para hacer más público su impúdico des-

enfreno, se dirige hácia los ciudadanos de Tébas, que lloran sus hogares incendiados por las iras implacables de un guerrero, y les ofrece orgullosa y altiva el reedificar su ciudad con el precio de sus amores, con tal que graben su nombre en las piedras de las murallas [1]. Esa mujer, que semejante á una furia, sale del templo de la orgía y recorre las calles de Corinto, agitando en sus manos el tesoro con que intentará eternizar la memoria de su infamada hermosura, es la imágen de la heteria griega. Tiene libertad para vender sus halagos; pero la libertad sin virtud, no es la dignidad de la mujer. Con ardiente afan la oyen y la desean los hombres, Temístocles, Pericles, Sócrates, Alcibíades escuchan sus acentos, ambicionan poseerla, pero tan sólo ven en ella la belleza del cuerpo; admiran sus desnudos atractivos, mas para nada se acuerdan de sus marchitadas virtudes. Si la cortesana oye elogios, si escucha alabanzas, si recibe tributos de admiracion, los elogios, la admiracion, las alabanzas se dirigen á su lúbrica belleza, belleza efímera que hoy le dá la omnipotencia, y mañana no será más que un recuerdo que sobre ella atraiga el desprecio y perpetúe su infamia. Y si tan profundo es el envilecimiento de la heteria, peor aún es la condicion de la mujer inocente y virtuosa: despreciada en su juventud, esclava durante los años más bellos de su vida, tan sólo cuando la vejez arrugue la tersura de su frente será

[1] Friné.

cuando pueda respirar el aire puro de la libertad; habrá comprado los breves momentos de libertad que entónces preceden á su agonía, con una existencia pasada en los contínuos sufrimientos y en la cruel opresion. Los griegos conocieron el amor liviano del cuerpo, pero no el amor puro del alma; prostituyeron ó esclavizaron á su compañera, pero no supieron hallar en ella la dignidad augusta de esposa y de madre.

No desconozco los títulos infinitos de admiracion que para todas las edades ofrece la Grecia: nadie podrá pronunciar sin asombro los nombres de sus héroes, de sus legisladores, de sus filósofos, de sus artistas; jamas la historia de la edad antigua, jamas quizás la historia del mundo entero, ha ofrecido espectáculo más grandioso que esa lucha portentosa de un puñado de héroes contra el imperio gigantesco de Persia, contra los innumerables ejércitos del Asia. Platea, Maraton, Salamina, las Termópilas, nombres para siempre inmortales en los recuerdos de la humanidad, no constituyen, sin embargo, sino simples episodios, tal vez los ménos importantes de la revolucion que aquellas razas operaron contra el Oriente, de los esfuerzos heroicos que hicieron para romper las cadenas del jugo oriental que oprimia y esterilizaba el genio del hombre. Aun hoy del seno mismo de estos tiempos procelosos, de esta época de tumultuosas y desencadenadas revoluciones, de turbulentas demagogias, nos gusta contemplar el ágora, el areópago, los sitios de deliberaciones públicas de Aténas, y escuchar allí atentos los discursos de esos grandes oradores, de esos

esclarecidos patricios, cual sólo los ha poseido la Grecia; nos gusta contemplar el pueblo en masa, rodeando con avidez la tribuna, aplaudiendo ó censurando sus palabras como si fuera una asamblea de soberanos. Al ver tal espectáculo nos figuramos, sin quererlo, que en cuanto abordó á las playas del Ática el hombre quedó regenerado, libre de su opresion primera, en posesion ya para siempre de sus derechos sagrados. Pero dejando á un lado ese aspecto brillante, cual ninguno de las sociedades helénicas, penetremos en su hogar doméstico, y ¡qué cuadro tan distinto se ofrece á nuestra vista! Miéntras la esposa virtuosa gime encerrada en el fondo del gineceo, Aténas aparece llena de meretrices consagradas á abominable desenfreno, heterias rodeadas siempre, en los sitios más públicos de la ciudad, por los patricios más dintinguidos del Estado. Esparta, invocando el principio de la utilidad del Estado, ordena á veces el adulterio á las madres y á las esposas de sus guerreros; Corinto se entrega á todas las iniquidades, y la Grecia entera se siente devorada por los vicios monstruosos é infames que más degradan al hombre; y los más grandes pensadores, los más ilustres filósofos, viviendo en el trato contínuo de las cortesanas, son tan disolutos como Alcibíades, tan depravados como la juventud helénica, y sus ideas y sus doctrinas sobre el respeto, la dignidad y la condicion social que ha de tener la mujer en las sociedades, son los principios más inmorales que ha formulado el hombre.

¿Podrá decirse, despues de esto, que la mujer en Gre-

cia tuvo dignidad? ¿Podrá decirse que fué respetada? Nos bastaria abrir, para negarlo, las puertas de los santuarios de Vénus; nos bastaria penetrar en los misterios de Baco y del culto de Príapo; y despus de haber presenciado la abominable prostituccion con que allí se honra á la Divinidad, despues de haber oido los feroces alaridos de la lujuria, llevando hasta su grado extremo los delirios de los sentidos; despues de haber visto, en fin, divinizada la embriaguez y convertida la orgía en culto grato á los dioses, pronto echaríamos con repugnancia denso velo sobre los horrores que contemplamos, y casi prefeririamos los serrallos de Oriente al desenfreno de Grecia. Inútil será recordar las teorías sobre el matrimonio que Platon consigna en el libro de su soñada *República;* ocioso citar tambien el monstruoso extravío de Aristóteles al hablar en su *Política* [1] de la condicion social de la mujer: deliran en este punto los genios, del mismo modo que los más oscuros reformadores; y los pueblos de Grecia no temieron poner en práctica los desvaríos del legislador y del filósofo.

Al empezar este estudio histórico, decia que al lado del envilecimiento y de la degradacion social de la mujer, encontrariamos siempre un principio de la ley natu-

1 'Ο μὲν γὰρ δοῦλος οὐκ ἔχει τὸ βουλευτικὸν, τὸ δὲ θῆλυ ἔχει μὲν, ἀλλ ἄκυρον, ὁ δε παῖς ἔχει μὲν, ἄλλ ἀτελές. » *Polit.*, 1, v. Segun Platon, los hombres que en vida faltaron á sus deberes y despreciaron la virtud, renacerán luégo bajo la forma de mujer (*Timeo*).

ral del matrimonio infringido. En Oriente era la poligamia la que destruia por completo la familia y se oponia á la existencia del matrimonio, haciendo imposibles los verdaderos afectos entre esposos. ¿Cuáles son las leyes del matrimonio que infringieron los legisladores griegos? ¿Cuáles las causas que produjeron allí tan profundo desórden en los afectos de familia y en las relaciones entre el varon y su compañera?

Realmente no hubo principio de la ley natural del matrimonio que no se viera infringido por las diversas constituciones helénicas. El Estado omnipotente creia que era para él importante tener numerosos hijos, numerosos guerreros, numerosos republicos; y despreciando la libertad natural del hombre y de la mujer para contraer ó no matrimonio, lanzaba la ignominia sobre la frente del célibe, le obligaba á entrar en un estado que tal vez repugnaba á sus instintos, y que, de todos modos, nunca producirá sus frutos bienhechores, nunca será la union del cariño, de la paz y del amor, si el hombre no la abrazó impulsado por la única fuerza de sus libres deseos. Ademas, encerrada desde su infancia en el hogar doméstico, la mujer virtuosa no podia excitar con su presencia las naturales pasiones del corazon del hombre; dejaba libre el campo á las cortesanas. Y los jóvenes, enseñados en tan funesta escuela, anhelando en su compañera el placer, no el encanto inefable del cariño, aborrecian, por lo tanto, el matrimonio, dando lugar á que se creyera evidente aquella máxima célebre de Platon : «Por naturaleza huimos del matrimonio, y ne-

cesitamos leyes que nos obliguen á abrazarlo»[1]. Todas las constituciones helénicas convertian el matrimonio en una institucion puramente política, más provechosa y necesaria para el Estado que para el individuo; principio funesto que habia de destruir fatalmente todos los afectos de familia[2]. Porque si el hombre no es libre en sus afectos, si el Estado tiraniza los sentimientos de su corazon, la enemistad, el ódio y la discordia reemplazarán al amor y al cariño; la ley del más fuerte será siempre el principio que domine en las relaciones entre esposos; y el hombre que ve burlados sus sentimientos por el Estado, se burlará á su vez del amor de su esposa, se reirá de su cariño, y desconfiando de su fidelidad, convertirá para ella el hogar doméstico en una prision de toda la vida, y el tálamo nupcial en lecho de su infortunio.

Pero si con las leyes contra los célibes el hombre veia coartada su natural libertad de contraer ó no matrimonio, podia al ménos escoger libremente para cumplir el mandato de la ley la mujer que mejor realizára los ensueños de su corazon; la mujer helénica, en cambio, áun de este mismo derecho se veia tambien privada. Entregándola á tutela perpétua, el legislador creia que no podia tener voluntad propia, y permitia á la familia, al padre, al tutor, al hermano el consentir por ella[3]. Así el

---

1 *Banquete.*

2 PLUTARCO, *De amore prolis*, 2. — ESTRABON, lib. X, cap. IV.— OSSANN, *De coelibum apud vetteres populos conditione.*

3 STOBEO, LXVIII, 19; LXXIV, 7.

hombre que pretendiera su mano, el hombre que aspiraba á su cariño de esposa, debia entenderse con la persona encargada de su guarda, bien fuera su padre, su hermano ó su más próximo pariente : para nada se consultaban los deseos de la doncella; el matrimonio se hallaba convertido en un simple contrato entre el tutor y el pretendiente, y la mujer no era sino el objeto de este contrato [1]. Tan odiosa violencia, autorizada por las leyes, engendraba en el pecho de la esposa aversion profunda, odios implacables, terrible desesperacion. En un principio intentaba resistir, se negaba á acceder á la iniquidad que con ella se perpetraba, pero al fin tenía que ceder á la fuerza; y lleno el corazon de amargura, consumia en la soledad de su nuevo gineceo una existencia infeliz y desdichada, sin consuelo y sin esperanza. De aquí, sin duda, surgia la formalidad que vemos por primera vez en las solemnidades del matrimonio griego. Al salir la doncella acongojada del hogar de sus padres, precedida de una antorcha encendida, oia repetir al coro en torno suyo un canto nupcial, cuyas melodiosas estrofas terminaban siempre por la palabra *¡himeneo, himeneo!* Hubiérase di-

---

1 ISEO, *De Hagn. her.*, VIII, 41.—PLUTARCO, *Solon*, XXIII, 3.—El marido podia repudiar á su mujer y entregarla él mismo á otro nuevo esposo (DEMÓSTENES, *Pro Phorm.*—PLUTARCO, *Pericles*, XXIV, 9). —La ley, ademas, permitia tambien al marido legar su mujer por testamento á un pariente ó á un amigo, para que éste á su vez tuviera idénticos derechos sobre ella. « Ἐκδόσθαι γυναῖκά τίνι των φλων καλόν καὶ σύνηθες. »—DEMÓSTENES, *Cont. Aphob.*, I. POLIBIO, XII.

cho que, haciendo resonar á sus oidos melodiosas vibraciones de amor, se intentaba apartar la tristeza de su alma, y se queria alucinar dulcemente sus sentidos para que fuera ménos cruel la separacion de los lares de su infancia. Pero al llegar la comitiva nupcial á la nueva mansion de la esposa, cesan instantáneamente los cantos; y entónces resuena aquí un insulto, allí una palabra de ira, un grito de venganza; de repente, el marido se precipita con furia en los umbrales de su casa, y frenético se avalanza sobre su prometida, la coge en sus brazos, lanza ésta un grito desgarrador pidiendo auxilio y pidiendo amparo; las mujeres que la acompañan aparentan socorrerla; mas el hombre, al fin, perpetra el rapto, y coloca á su esposa desmayada al pié del altar de las divinidades protectoras de su hogar [1].

Esta opresion de la mujer, esta desigualdad entre ella y su marido, era una de las causas principales que se oponian á la existencia de la familia, y uno de los mayores incentivos que tenía la compañera del hombre para precipitarse en la vía del mal y llevar á cabo horrendos crímenes. La ley concedia á la mujer derechos de propiedad y amparo, ponia en sus manos el acta de di-

[1] Para las solemnidades del matrimonio griego, véase: HOMERO, *Iliada*, XVIII, 391; — HESIODO, *Scutum*, V, 275; — HERODOTO, VI, 129-130; — PLUTARCO, *Teseo*, 10, *Licurgo*, passim.; *Solon*, 20; *Arístides*, 20; — DEMÓSTENES, *In Stephanum*, II; — ISEO, III, 39; — EURÍPIDES, *Elena*, 722-725; — *Fénic*, 345; — POLLUX, III, c. 3; — QUINTO-CURCIO, VIII, 16.

vorcio, como salvaguardia suprema contra la conducta infame de su esposo; pero la tiranía marital se burlaba á cada instante de los derechos concedidos por el legislador. Si queria la mujer clamar contra la opresion y la injusticia que hacian su suplicio eterno, los tristes lamentos de su voz, ántes de poder llegar á los oidos de la sociedad, se perdian en el vacío que rodeaba al gineceo; lloraba, y el silencio de la soledad era el único consuelo de su alma; queria desahogar su corazon, vertiendo sus penas en un corazon amigo, y una esclava que se escudaba tras del nombre de concubina, para convertirse en su implacable rival y exacerbar su amargura, era el único sér humano que escuchaba sus quejas. Al fin se decidia á escaparse de su prision y á ampararse fugitiva en el asilo de un tribunal creado para hacerla justicia; pero en la vía pública se encontraba á su marido ó á uno de sus parientes más cercanos, y con violencia se veia arrastrada de nuevo al secreto de su aposento; y su tormento se hacía desde aquel dia más duro y cruel, porque cometió el crímen inaudito de intentar que se le hiciera justicia.

Un dia la mujer de Alcibíades, indignada de la ignominia que su corrompido esposo lanzaba sobre su frente, indignada de ser la esposa del hombre más disoluto de la ciudad, se decide á apartarse para siempre del tálamo que la cubre de infamia; sabe que los atenienses contemplan un trabajo perfecto, creado por el pincel de uno de los genios más ilustres del arte, en que aparece su esposo abrazando desnudo á desnudas heterias; sabe

que es pública la fama de sus escandalosas infidelidades y de los vicios increibles de su corrupcion desmedida; sus ruegos y sus consejos para llamarle al cumplimiento de los deberes conyugales tuvieron siempre por único resultado el mayor desenfreno de las insaciables pasiones de su esposo; resuelta, se escapa, al fin, del gineceo y se dirige al tribunal del arconte, llevando en la mano el acta de divorcio. Pero de léjos la ve Alcibíades cuando presurosa atraviesa el ágora; y al instante se precipita sobre ella, la cubre de caricias para aparentar cariño ante los ojos que le observan, y, engañándola con tiernas palabras, seduciéndola con mentidas promesas, la coge en sus brazos y la lleva de nuevo á la prision de su hogar, donde tendrá que pasar irremisiblemente sin alegría y sin consuelo los dias restantes de su desdichada existencia [1]. La ciudad entera supo el acto de violencia de Alcibíades; pero nadie se acordó de su infortunada esposa, nadie se acordó de clamar ante los tribunales á nombre de un sér desgraciado, que tenía que sufrir, sin quejarse, las amarguras de la prision en el silencio horrible del gineceo. En cambio, si Alcibíades oprimia á su esposa, ésta podia negarle á su vez su cariño conyugal; y así sobre él tambien recaian las consecuencias funestas de su tiranía, pues se veia privado de la felicidad y de la ternura de los afectos de familia, que no pueden existir en la tierra sin el cariño de la mujer. Lo que he-

---

1 PLUTARCO, *Alcibíades*, VIII, 6-7.

mos dicho de Alcibíades, hagámoslo extensivo á los demas ciudadanos; y en el hogar del disoluto ateniense hallarémos la imágen verdadera de la familia griega, familia infortunada, que no existe más que de nombre, y que busca en la tiranía del padre ó del esposo la unidad y la armonía que debiera hallar en el amor y en el afecto.

Inútil se hace, por lo tanto, el buscar en Grecia la familia, porque allí no existe igualdad entre marido y mujer; porque allí no es el matrimonio indisoluble; y porque el principio de la monogamia no se ha planteado aún de una manera absoluta y perfecta. Pero, ademas de las causas ya enumeradas, hay otra que con harta frecuencia suele echarse en olvido, y que es, sin embargo, tal vez la más importante de todas. Antes veiamos que las leyes contra el celibato, la coaccion tiránica que las leyes del Estado ejercian sobre la libertad del hombre para obligarle á contraer matrimonio, eran natural consecuencia de la atmósfera comunista que reinaba en todas las constituciones griegas. Pues bien, si la utilidad y el interes de la sociedad política era el fundamento primero del matrimonio, los afectos de familia no eran más que una consecuencia natural de los deberes del ciudadano para con el Estado : nacian de los sentimientos y de los deberes del hombre político, como diria Aristóteles, y no de los sentimientos y de los deberes del hombre privado. El amor no tenía su orígen en las facultades que el corazon humano recibió de la naturaleza, sino que debia brotar de los instintos que el legislador quiso

poner en el pecho del ciudadano. Reinaba el comunismo en los afectos; y constituidos sobre esa base el Estado y la familia, era imposible que un padre pudiera pronunciar con verdad la palabra *hijo mio;* imposible que el hijo pudiera comprender el carácter augusto del padre; imposible que el marido pudiera apreciar la santa dignidad de su compañera. Habian desaparecido los sentimientos de afecto del individuo para con el individuo, que son el fundamento primero de todo amor verdadero, y no latian en los corazones los tiernos afectos de famimia: porque el cariño del hombre se habia desvanecido al soplo de los principios comunistas, del mismo modo que se desvanece en los aires el suave aroma de la planta, cuando los torbellinos de la tormenta dispersan su hálito embriagador por las regiones inmensas de la atmósfera y le impiden condensarse en el seno del cáliz de las flores. Las sociedades helénicas tendian á destruir los sentimientos del individuo: inmolaban en aras de la comunidad los intereses y el cariño privado, y nunca pudo existir allí la familia, porque la familia es para el afecto lo que el cuerpo para el alma, y donde no existe al alma, tampoco vive el cuerpo: destruidos los sentimientos y los afectos más tiernos del corazon, necesariamente tenia que caer en ruinas la institucion social que en ellas se sustenta.

Hay, sin embargo, como más arriba lo notábamos, un progreso inmenso en la constitucion doméstica de la Grecia, sobre la constitucion doméstica del Oriente. La mujer ha dado un paso grandioso en la via de su digni-

dad y de su emancipacion : la vemos, sí, en la península helénica, envilecida y degradada; únicamente sabe ser esclava ó cortesana; pero á pesar de tal envilecimiento, su condicion nos parece mucho mejor que en los serrallos orientales. No sabemos, primero, á qué atribuir este progreso, se nos hace inexplicable misterio; pero si con detencion reflexionamos sobre su orígen, vemos que es el fruto natural del principio de la monogamia que el genio de Occidente ha infiltrado en la sangre de sus razas : principio fecundo, que encierra en su seno la igualdad entre el varon y la mujer, é impele con fuerza á toda sociedad que lo reconoce, hácia el matrimonio indisoluble, base de la familia cristiana y fundamento primero de toda verdadera union matrimonial. En medio de la corrupcion más espantosa, la monogamia planteada como ideal hácia el cual deben tender constantemente los legisladores, habia de ser la salvaguardia de la mujer; habia de ser el gérmen bienhechor que, creciendo misterioso al traves de luengos siglos de inmoralidad y de desórden, dé á la compañera del hombre, cuando llegue la plenitud de los tiempos, el más firme y seguro amparo contra la tiranía y la opresion del desenfreno de las pasiones. En Grecia apénas empieza á germinar este principio; está aún tan envuelto entre los recuerdos de la poligamia oriental, que nadie sabria distinguirlo á la primera mirada : porque difícil se hace, en efecto, descubrir desde luégo la monogamia entre las instituciones del concubinato, del repudio y del divorcio. Pueblos innumerables del Oriente conocieron tambien la union del

hombre con una sola esposa, dando á las demas el título de concubinas; y, sin embargo, los llamamos polígamos. Pero los legisladores griegos han exigido la legitimacion para que el hijo de una concubina pudiera considerarse legítimo; y esta diferencia tan marcada entre el fruto de impuros amores y el hijo que nació del cariño debido á una esposa legítima, fué una inspiracion del principio de la monogamia, que desde aquel dia habia de ser en Occidente la base ideal del matrimonio y el elemento primero que busquen los legisladores para introducir el verdadero amor y la verdadera felicidad en la union del varon y de su consorte.

En Oriente, el hombre en lugar de amor siente en su pecho groseras sensaciones, repugnantes apetitos; en lugar del cariño de una esposa, compañera querida de su vida, desea las torpes caricias de esclavas desgraciadas que le miran con terror y aversion; guiado únicamente por el lúbrico desenfreno de los sentidos, se reconoce indigno del amor de otros seres, y lo que no puede hallar con los nobles sentimientos del alma, lo busca en el seno de la opresion, y encarga á sus eunucos que le compren en el mercado víctimas para sus infamias: se degrada, en fin, sin reparo en el fango asqueroso de la poligamia. Pero en medio de sus iniquidades halla tan sólo el embrutecimiento; atormentado por un dolor sin consuelo, devorado por el deleite, lívido el semblante, extraviados los ojos por los depravados instintos, su corazon se ve solitario en medio de las hermosuras que tiene esclavizadas en los aposentos del harem. Satisface

en sus esclavas los brutales deseos de su cuerpo ; pero á nadie puede confiar los pesares que hieren y destrozan su alma ; sus hijos, degradados desde la cuna por el deleite, criados en el estercolero del vicio, le profesan, en lugar de amor y respeto, ódio y desprecio; la maldicion divina pesa sobre su hogar y sobre su frente.

En Occidente, por el contrario, busca el hombre desde luégo su felicidad en el seno de la monogamia, quiere una sola compañera en lugar de muchas esclavas, y empieza á dirigir el vuelo de sus aspiraciones hácia el ideal del matrimonio cristiano, con el cual hallará más tarde en el santuario doméstico el cariño inefable que serena todas las tormentas del corazon y coloca junto al dolor el consuelo, junto á la amargura la esperanza, el amor junto al infortunio.

El principio de la monogamia, tal como la plantearon los legisladores griegos, era incompleto, y no podia ménos de serlo, porque todo gran principio se conoce siempre primero de una manera incompleta é imperfecta; y al lado suyo debian surgir fatalmente grandes vicios hijos de su misma imperfeccion. No debemos, por lo tanto, extrañarnos de hallar el portentoso progreso del Occidente sobre el Oriente, rodeado en Grecia de increibles vicios y de corrupcion espantosa. No debe sorprendernos ver aquí á la mujer más dichosa y respetada, y contemplarla al mismo tiempo rodeada aún de desprecio y sumida en profundo envilecimiento: porque en esa lucha grandiosa que empeñó el genio griego contra el genio oriental, salió victorioso, sí, pero siempre conservó el

recuerdo de su cuna; luchó contra la corrupcion y la degradacion del Oriente, y la corrupcion y la ignominia hicieron en él tambien sus estragos; no pudieron destruirlo, pero clavaron en sus carnes sus emponzoñados dardos, y siempre llevó impresas en el cuerpo las cicatrices recibidas en el furor de la lucha.

La Grecia, en la revolucion que operó contra las tradiciones orientales, representaba lo porvenir en su reaccion contra lo pasado; y su revolucion no podia ser completa. No podia destruir todos los recuerdos de la tradicion, y plantear desde luégo su ideal con perfeccion absoluta, pues lo porvenir se funda siempre en los gérmenes sembrados durante el tiempo pasado, y la humanidad para progresar necesita ir apoyándose en la tradicion que le legaron sus antepasados: tradicion á veces funesta, no lo dudo, pero que debe destruirse insensiblemente, si no se quiere precipitar á la sociedad en el cáos y en las ruinas de sangrientas y desordenadas revoluciones: tempestades sociales que casi siempre tienen por fruto exageradas reacciones más aún que verdaderos progresos.

Este antagonismo entre lo pasado y lo porvenir; esta lucha entre las ideas antiguas y las ideas nuevas, entre el espíritu de retroceso y el deseo de indefinida perfeccion, ingénito en la humanidad, sobresale en la vida y en las instituciones de las sociedades helénicas, donde aparecen confundidos los recuerdos aciagos del Oriente y los primeros albores del Cristianismo. Estudiad todas las escuelas filosóficas de Grecia, recorred los cantos de sus

vates, y veréis siempre confundidos en sus obras, en sus sistemas filosóficos, en sus ideas, el Oriente y el Occidente, la estabilidad y el progreso, la tradicion y lo porvenir. Contemplad al genio más sublime de Grecia, contemplad á Platon, y veréis que en su filosofía ha depositado el Oriente un recuerdo de todas sus doctrinas, un eco de todas sus teogonías, un reflejo de su panteismo; y el Occidente, el fuego de su alma investigadora y activa los cantos de alegría del hombre emancipado de la opresion de la naturaleza, y la vida del espíritu buscando á Dios en el pensamiento humano. En el oráculo de la filosofía griega (como en las instituciones y en la vida social de aquellos pueblos) hallaréis monstruosos errores, increibles desvaríos; y al mismo tiempo grandiosos principios y benéficas verdades: serán los errores, los desvaríos y las ideas de progreso, del Oriente y del Occidente que luchan y se resisten á reconciliarse, ántes de refundirse en un pensamiento comun y de crear una nueva época de la vida de la humanidad.

Platon, inspirándose en el espíritu político de las constituciones griegas, arrastrado inconscientemente por la fuerza de reaccion que entónces agitaba á la sociedad en contra de los serrallos de Oriente, establece el comunismo de mujeres, en el libro de su soñada *República.* Y luégo, lleno de horror por la orgía que va á presenciar en un banquete, y por el liviano desenfreno de Alcibíades; despues de haber oido exponer á Pausanias, á Fedro, á Aristófanes y á los demas convidados de Agaton, las livianas ideas que sobre el amor profesaba el paga-

nismo, brotan en su mente las reminiscencias del panteismo oriental. Y acordándose de que el alma eterna de la Divinidad se revela en todos los fenómenos sensibles de la naturaleza, y se manifiesta en la vida de todos los seres; acordándose que todas las ideas tienen su realidad en Dios, que el hombre es un átomo de la divina sustancia, y que las pasiones, los sentimientos que en su corazon excita la hermosura material son destellos, vagos recuerdos de las pasiones y de los sentimientos que le conmovian cuando allá en otro mundo se extasiaba ante la belleza absoluta; acordándose, en fin, que su pensamiento vive en el seno de Dios, y que el destino supremo del alma humana es vivir amante y bienaventurada en el regazo de la belleza eterna,— se arroba en la contemplacion de lo infinito, no oye el ruido de los seres y de los fenómenos que pasan, y crea su teoría sublime del amor ideal: teoría donde considera el cuerpo como una mancha de lodo que pesa sobre el alma, y declara que el fin supremo y verdadero del amor, en el hombre, es embriagar con los aromas de la vida y de la belleza el alma encerrada de la materia, para elevarla luégo extática á las regiones de luz increada y de la esencia infinita, como se eleva el pensamiento al cielo y se desvanece con la mística contemplacion en el seno de la Divinidad, esencia de su vida y objeto de su actividad bienhechora.

Platon pone su teoría en boca de su maestro venerado, en boca del virtuoso Sócrates, y finge que éste á su vez la recogió de los labios de una mujer casta, ideal. Dioti-

mia, la extranjera de Mantínea, meditando sobre esos sentimientos inefables que deleitan el corazon de la criatura y le rodean de doradas ilusiones y de melancólicos ensueños, descubre que no es el cuerpo lo que ama en nosotros; que no son los sentidos los que nos llaman al cariño de otros seres, sino otra realidad superior, invisible, impalpable, ideal, llamada por unos el espíritu, por otros el alma, la vida, la parte inmortal de nuestro sér. Y afirma que es en el alma y no en el cuerpo, donde vibran las cuerdas melodiosas de la lira del amor; porque el amor para el hombre es la inmortalidad, es el modo de salvarse de la destruccion de la muerte, por medio de la generacion de otros seres y por medio de la contemplacion de lo bello; es el modo de perpetuar su memoria y su existencia en la tierra, pues por el amor consigue la inmortalidad, ora dejando su nombre eternamente unido á la vida de sus descendientes, ora legando á los siglos venideros, como Homero y Hesiodo, las creaciones de su inteligencia, que son las hijas más queridas del amor humano, porque son las que mejor realizan sus ensueños de inmortalidad, y las ideas de inmortalidad, las aspiraciones de eterna existencia, no pueden vivir en nosotros sino en la parte inmortal de nuestro sér, en el alma.

El amor es en el hombre la expresion más bella del sentimiento de lo infinito. Brota en la parte más íntima y delicada del alma humana, y por eso agita y conmueve todo nuestro sér. El fin supremo del amor lo constituye la contemplacion de la belleza absoluta en el seno

de la inmortalidad; cuando se enciende en nosotros el fuego de esta pasion misteriosa, cuando profesamos cariño y respeto á un sér querido, lo que en realidad amamos creyendo amar tan sólo un objeto finito, es la belleza absoluta, lo infinito. Nuestro corazon nunca se hastía de amar, nunca ve realizados todos sus ensueños y todas sus aspiraciones en el cariño de la criatura, porque sus ensueños y sus aspiraciones de amor suspiran siempre en pos de lo infinito. En la alegría del abrazo más tierno, en la embriaguez de la pasion más pura, sentimos siempre indefinible melancolía, inexplicable tristeza, porque contemplamos siempre más allá de la ternura de aquel abrazo, más allá de la embriaguez de aquella pasion, la ternura y la embriaguez de la pasion que nos inspira la belleza absoluta; contemplamos el dulce é inefable arrobamiento del amor de lo infinito.

Dos criaturas que se quieren, aspiran por lo tanto á enlazar sus destinos en este mundo, á bogar juntas en el mismo barco de la vida, recordándose con sus abrazos los abrazos del Amor Supremo, uniendo sus suspiros en el seno de lo infinito y estimulándose mútuamente en el cumplimiento de heróicas virtudes, para luégo dirigirse unidas al mundo de la inmortalidad y perderse en el océano de la belleza increada. El alma de los que se quieren con este amor celeste, habita las regiones divinas, se adorna con los atavíos de la castidad y de la modestia, y se evapora al fin en los cielos, como nube de incienso ó como suave aroma, dejando acá en la tierra transmitida su existencia á otros seres: porque el amor es, al

mismo tiempo, el genio creador que busca la perpetuidad de la vida en el mundo del espíritu y en el mundo de la materia [1].

Al oir esta teoría que surge grandiosa en medio de las ignominias de la corrupcion helénica, no puede dudarse que en las sociedades helénicas hay un verdadero progreso; que la mujer no es ya entre ellas la esclava de los serrallos, y que la humanidad, en medio de los delirios del paganismo, avanza sin cesar hácia no sé qué ideal desconocido, que no es el ideal del Olimpo pagano. Este filosófico ideal del amor habia de producir benéficas consecuencias en el aprecio de la dignidad de nuestra compañera. Y cuando la razon humana se elevaba sobre los dogmas del paganismo, dirigiéndose en pos de otra luz más pura, más fecunda, más clara; cuando los filósofos y los sacerdotes espiritualizaban aquella religion viendo tan sólo en sus divinidades poéticas representaciones visibles de grandes invisibles principios; cuando el helenismo, abriendo los ojos al soplo divino, luchaba en vano por interpretar con los marmóreos cuerpos de los dioses la unidad grandiosa de un solo Dios; cuando el Olimpo se cubria de negras sombras, y el humo de los sacrificios ofrecidos á los ídolos, se desvanecia en el seno de la idea cristiana, — apareció una mujer que reunia en sí todas las doctrinas del amor ideal de Platon. Mujer de genio profundo, se habia educado entre las lucubraciones filo-

1 PLATON, *Banquete.*

sóficas de la escuela de Alejandría, y exponia allí, ante numeroso auditorio, las ideas platónicas, dilatando el vuelo de sus pensamientos por los horizontes inmensos de la creacion, por los cerúleos abismos de lo infinito, y meditando tranquila sobre los misterios de la naturaleza y del espíritu. Sus discípulos con santa veneracion la llamaban *el filósofo* [1]. Habia entregado su corazon á un esposo; habia unido sus sentimientos, su amor, su fortuna, sus destinos, al cariño y á los destinos de un hombre; y sin embargo, conservaba su virginidad; su alma vivia en la union conyugal, y su cuerpo envuelto en el manto del amor platónico conservaba su primera virginal pureza [2]. Tantas y tan singulares virtudes encendieron en el pecho de uno de sus discípulos el fuego ardiente de la pasion; no pudo ocultar el jóven los sentimientos de su corazon, y le declaró con delirio que se moria de amor por ella. Hipacia, al oirle, entonó un canto triste, suave y melancólico; y por medio de los encantos de la armonía devolvió la paz al alma que habia turbado [3]. Despues fijó pensativa sus miradas en el cáliz hermoso de una flor cogida sobre la tumba de Cleopatra: «¿Qué miras?» le preguntó su amante. — «Contemplo lo infinito», contestó Hipacia, dejando escapar de sus ojos la casta y tranquila mirada que brilla en los ojos de una

---

1 SUIDAS.

2 «Isidori filosophi conjux, sed ita ut conjugii usu abstineret.» FABRIC., *Biblioteca*, *gr.*, lib. V, cap. XXII.

3 Hypathiam ope musicae illum à morbo isto liberasse.

vírgen, encendidos por el primer rayo de la pasion. Y del alma del jóven se exhaló un profundo suspiro que fué tambien á perderse en lo infinito. Poco tiempo despues, una turba fanática despedazó los miembros de aquella celestial criatura [1]; de sus labios se desprendió un quejido parecido á la última vibracion de una lira que estalla; su cuerpo cayó exánime á la entrada del hogar de sus padres, y su alma se fué á vagar como la luz por las estrellas realizando en los espacios de la inmortalidad los ensueños de su vida terrena. Con ella murió el paganismo. ¡Qué poco le faltaba á Hipacia para ser la mujer cristiana!

No, no puede dudarse que al traves de los vicios de la corrupcion helénica, la mujer consiguió en Grecia un triunfo insigne: empezó rompiendo las cadenas del serrallo; y despues de haber celebrado su emancipacion en el desórden de las bacanales con el espantoso desenfreno de torpes y livianos placeres, fué conquistando paso á paso su dignidad é idealizando los sentimientos del corazon del hombre. Y al lanzar Hipacia su último suspiro, reflejando en la celeste blancura de su tersa frente de vírgen toda la belleza de la Grecia moribunda, abandonaba la tierra, porque el mundo conocia ya las incomparables virtudes de la mujer del Cristianismo.

Tal fué la condicion social de la mujer helénica.

Al trazar estas líneas, he personificado la Grecia en

---

[1] SÓCRAT., *Historia ecclesiástica*, lib. VII, cap. XV, y lib. VIII, cap. XV.

el Estado ateniense, porque Aténas es en realidad la expresion verdadera de los elementos diversos que bullen y se agitan aislados en el resto de la sociedad helénica. Armoniza la severidad de Esparta y la molicie y la lubricidad de Corinto, la ferocidad doria y la dulzura eolia; en sus instituciones se refleja el carácter de las demas nacionalidades griegas, del mismo modo que en las aguas tranquilas del lago se refleja el diverso paisaje de sus plácidas riberas.

En el curso de este trabajo he tenido ocasion de tratar algunas veces de la constitucion de Licurgo; pero es constitucion tan singular la constitucion del pueblo espartano, se deducen de ella tantas y tan grandes lecciones para las actuales sociedades, que me parece necesario al terminar este capítulo hacer de ella especial mencion, aunque no sea más que de una manera breve y concisa.

Licurgo cimentó la existencia de su patria en la violacion y en la destruccion de todos los derechos del hombre; ultrajó á la naturaleza, rompiendo todos los vínculos de familia; inmoló en aras del Estado los derechos, la vida, la honra, los afectos del hombre privado y del ciudadano; extravió, con inícuas y monstruosas leyes, los sentimientos más tiernos del corazon humano; despojó del pudor á las doncellas, de la nobleza y de la hidalguía al hombre, de la compasion y de la generosidad al guerrero, del cariño al padre, del amor y de la dignidad á la madre: y creó una sociedad sin más derecho que

la fuerza; sin más virtud que la ferocidad ; sin más ciudadanos que brutales guerreros; sin más hogar doméstico que la tienda del campamento [1] ; sin más libertades civiles y políticas que la opresion odiosa del Estado. Nace el niño, y el Estado le precipita por el Taigeto, si es deforme ; ó bien, si la naturaleza no imprimió en su cuerpo ningun defecto, le conserva la vida para aumentar el número de sus campeones. Pasan los años de la primera infancia, y el Estado le arranca de los brazos de su madre, desgarra á golpes sus carnes para acostumbrarle á no reflejar en su rostro las angustias del dolor; y despreciando los afectos y la moralidad, le manda hacerse robusto y atlético guerrero, luchando desnudo en medio de los campamentos y derramando sin piedad la sangre de sus hermanos. El Estado es el dueño de la vida y de las haciendas del ciudadano; el Estado es el propietario de una raza de esclavos, perseguida como fieras en el bosque; el Estado es el que celebra los matrimonios, el que reprueba ó consiente el adulterio, el que establece ó modifica á su antojo las leyes sagradas de la familia ; el Estado es, en fin, un tirano implacable, sanguinario, feroz, odioso, que olvida y desprecia los derechos y los deberes de la patria potestad, la santidad del matrimonio, los fundamentos de la propiedad privada y no reconoce más ley que su voluntad , ni más freno que la arbitrariedad de sus caprichos.

---

1 PLATON, lib. I de *Las Leyes*.

En tan monstruosa sociedad la mujér se despoja sin pudor de todos los atractivos femeniles; expone sin sonrojo á la vista de todos, los secretos encantos que pierden todo su atractivo en cuanto no los cubre el pudor; corre con ligereza, reniega de los sagrados y naturales instintos de esposa y de madre; sofoca en su corazon todos los nobles sentimientos, excepto el amor á la patria; tan sólo procura seducir al hombre con groseros alardes de crueldad y repugnantes arranques de feroz insensibilidad; y luchando con vigor en la palestra, se revuelca en el fango del vicio al mismo tiempo que en el polvo de la arena.

Con tan profundo desprecio de los derechos del hombre, con tan espantoso envilecimiento de la mujer, ¿qué habia de ser el matrimonio en la ciudad de Licurgo? El legislador espartano no vió en esta santa institucion más que una union necesaria de los sexos para dar al Estado fuertes y numerosos guerreros. El hombre hasta los treinta años debia permanecer soltero, miéntras llegaba esa edad procuraba llenar el vacío que engendraba en su pecho la falta de cariño de una esposa con un nefando extravío de la naturaleza [1]: al llegar los treinta años el

---

[1] Usaban los espartanos la palabra εἰσπνήλας para el amante, ἀΐτας para el niño. Véase JENEFONTE, *Republ. lacon.*, II, 13: *Simposio*, VIII, 35.—PLUTARCO, *Institucion lacon.*, c. 7.—MEURSIO, *Misceclan. lacon.*, III, 9: *Interpreta. de Teocrito*, XII, 13-14.—MATTHIAE, *sobre los fragmentos de Alceo*, pág. 35.—WINKELMAN, *sobre Plutarco*, pág. 187.—«Oprobio fuisse adolescentibus si amatores non haberent.» CICERON, *De Reipub.*, IV, 5.—CORN. NEPOT., *Præfat.*

Estado le obligaba á tomar precipitadamente por compañera de la vida á la mujer que le designaba el acaso. El célibe era objeto de escarnio y mofa en la ciudad; el Estado imprimia en su frente un sello de infamia, y en cuanto empezaban los frios del invierno le rodeaba una bandada de furiosas ménades, que, escupiendo sobre su rostro blasfemias é imprecaciones, le despojaban de los vestidos y le arrastraban con cínicos ademanes y obscenos cantares al pié de la estatua de Diana [1]. El marido no podia vivir junto á su esposa; en las altas horas de la noche debia escaparse á hurtadillas del campamento para recrearse un instante en las miradas de su compañera; y luégo si le sorprendia algun guerrero en esta expedicion nocturna, se veia cubierto de las burlas y de los mordaces insultos de todo el ejército.

¿Qué dirémos de los ultrajes que allí se perpetraban contra la santidad del tálamo nupcial? El que no tenía descendencia consentia el adulterio de su esposa con algun atlético mancebo; tres ó cuatro hermanos estaban á veces enlazados con una sola mujer [2]; al rey Arquidamo se le imponia una multa por haber elegido una espo-

---

1 PLUTARCO, *Licurgo*, cap. 15; *Lisandro*, cap. 30.— POLLUX, III, 48; VIII, 40. — STOBEO, *Discurso*, 65.— CRAGIO, 1, 3; III, 4. — La pena δίκην μονοδιαιτεσίας mencionada por CLEMENTE ALEJ., *Strom.*, II, pág. 123, es la misma que la ἀγαμίου *del celibato.*

2 POLIBIO *Framm. Vaticani*, tomo II, página 384. — Sobre la γυναικοκρατία de los espartanos, véase á PLUTARCO, *Agis*, c. 7; y *Paralelo entre Licurgo y Numa*, c. 3. — Véase tambien á MULLER *Los Dorios*, pág. 287.

sa de corta estatura; el Estado, en fin, consentia y ordenaba los más repugnantes insultos á las instituciones naturales, con tal que fueran robustos sus campeones, numerosos sus defensores[1]. Sitiaban los espartanos á Mesenia, y habian jurado no volver á sus hogares hasta haberse hecho dueños de la plaza; el sitio de la inexpugnable fortaleza se prolongaba sobremanera, y el ejército, fiel á su juramento, tenía abandonados los lares domésticos. Miéntras tanto las mujeres solas en Esparta consumian sin fruto el fuego de sus amores; el Estado iba á perder una generacion; mas de repente llegó al campamento una órden misteriosa, secreta, y al instante una falange de escogidos guerreros, que por ser demasiado jóvenes no han prestado á los dioses ningun juramento, se pone en marcha y entra de noche en Lacedemonia. Esparta les ordena el adulterio, les entrega el pudor de las esposas y de las doncellas, y perpetúa el recuerdo de aquella noche de abominaciones, dando un mismo nombre á todos los hijos engendrados en el seno de horribles ignominias por la brutal ferocidad de desenfrenada soldadesca. Esta es la historia de los partenios. Al volver á la ciudad el ejército victorioso, arrojó indignado de sus hogares á aquella raza impura, y las víctimas desgraciadas de la inmoralidad del Estado unieron su suerte á la de los miserables ilotas, ó bien abandona-

[1] JENOFONTE, *Lacon.*, I, 7. — PLUTARCO, cap. 16.— MULLER, *Los Dorios*, pág. 199.

ron para siempre el suelo ingrato de la patria opresora y establecieron sus penates en las playas de Tarento.

Pero pronto sonó para Esparta la hora de la expiacion de sus crímenes, y en las mismas instituciones de Licurgo halló su justo terrible castigo. Terminaron las guerras exteriores; y los guerreros, ávidos de sangre, desgarraron las entrañas de la patria. Progresó la Grecia, Aténas se coronó de la brillante aureola de sus innumerables genios, y Esparta quedó sumida en feroz y estacionaria barbarie. La Grecia, despues de haber destrozado las hordas del Asia en los campos de Platea y de Maraton y en las aguas de Salamina, conquistó aún más insignes laureles venciendo al Oriente por la fuerza de sus ideas y por el dominio de su cultura; y Esparta, en cuanto terminó el período de fuerza en la lucha contra Oriente, cuando pasaron los tiempos de Leónidas, no supo más que envilecerse y arrojar á la Grecia á los piés de los sátrapas con un tratado vergonzoso como el de Antalcidas. Fundó su poderío en el valor de campeones, y sus campeones se estremecieron de espanto en cuanto vieron desde sus muros el humo de un campamento enemigo. Despreció toda justicia, toda moralidad, toda virtud, entronizó el derecho de la fuerza, armó con instrumentos de guerra todas las estatuas de sus dioses, colocó la espada hasta en las manos de Vénus, miéntras los griegos adornaban á sus divinidades con los atributos de las artes, de las ciencias, del progreso y de las libertatades políticas; y la legion tebana despedazó la sangrienta espada de los opresores de los Ilotas y de los Mesenios;

la inmoralidad y el escándalo enervaron las fuerzas y destruyeron el valor de sus guerreros, y la cultura helénica cubrió al fin con un manto de desprecio las ruinas de la ciudad de Licurgo. Insultó á la naturaleza, privó al hombre del hogar, á la mujer del cariño; pero, de repente, surgió imponente en el corazon humano ultrajado violenta protesta contra tanta opresion y contra tanta ignominia: el hombre clamó por sus hogares, clamó por el amor de su esposa, por el cariño de sus hijos, la mujer clamó por su dignidad y su emancipacion, y se derrumbaron para siempre las instituciones espartanas, quedando su recuerdo en la historia, como providencial testimonio de los vanos esfuerzos del hombre para fundar una sociedad que no descansa en las leyes eternas escritas en nuestro corazon.

En la agonía de esa sociedad sin ejemplo que oprimió á sus hijos con las duras cadenas que sujetan el desenfreno del soldado, vean los utopistas modernos los frutos funestos de sus criminales delirios. Licurgo quiso hacer con sus leyes la felicidad de Esparta, y los espartanos para ser felices tuvieron que despreciar sus instituciones; quiso establecer la igualdad de bienes entre los ciudadanos, y en ningun lado apareció esta desigualdad de fortunas más terrible y odiosa que en Esparta [1]:

[1] HERMANN, *De causis turbatæ apud Lacedæmonios agrorum æqualitatis*. Marburgo, 1834. «Ἁ φιλοχρηματία Σπάρταν ὀλεῖ» era un proverbio muy repetido en Grecia en tiempo de Aristóteles. — ZENOBIUS, II, 24. — ARISTÓTELES, *Política*, VIII, 6, 7.

quiso regularizar hasta el amor de la mujer y el cariño de los hijos, y en cuanto se relajó la degradante disciplina de sus injustas leyes, las mujeres espartanas se entregaron con increible furor al vicio, y difamadas y vilipendiadas en la Grecia fueron la causa primera de los desastres de su patria [1]. El resultado de las leyes de Licurgo fué, pues, diametralmente opuesto al ideal que se habia intentado realizar; quiso edificar y no supo más que destruir; oprimió al individuo, ahogó la voz del corazon humano, esterilizó la actividad del espíritu, sofocó la libertad del hombre, intentó detener la corriente del progreso; y los sentimientos del corazon, los afectos del alma, el progreso incesante de la humanidad se abrieron paso al traves de los escombros de su república [2].

Entre los ecos del estertor de la agonía de aquella república, entre las ruinas de aquella ciudad que se desploma, aparece un genio majestuoso que surge siempre imponente junto á la cuna y junto al engrandecimiento y la decadencia de los imperios; es el genio de la Providencia divina que, cubriendo de desolacion los campos de Lacedemonia, enseña á los hombres y á las sociedades el cauterio terrible que Dios aplica á los pueblos devorados por el vicio y por la podredumbre y envilecidos por la opresion despues de haber apartado los ojos de su verdadero destino en la tierra.

---

1 ARISTÓTELES, *Política*, lib. II, cap. VI.

2 Véase el exámen de la Constitucion de Lacedemonia en el libro II, cap. VI de la *Política;* es uno de los más hermosos capítulos de la obra de ARISTÓTELES, y tambien el lib. IV, cap. XIII.

Al pasar del estudio del Asia al estudio de las instituciones helénicas, hemos visto un período de la marcha de la humanidad en la vía de su perfeccion indefinida; lo mismo harémos al recorrer ahora rápidamente la vida del pueblo romano, que representa tambien en sus instituciones la lucha entre el espíritu oriental y el espíritu helénico. Antes ambos elementos estaban personificados en dos sociedades distintas; ahora se refundirán en un solo pueblo y lucharán en el foro romano, constituyendo el alma de las enemistades de dos clases sociales. Antes combatian entre griegos y troyanos, entre griegos y persas, entre Alejandro y Darío; ahora combatirán entre patricios y plebeyos, entre tribunos y senadores, entre Mario y Sila; sus sacudimientos formarán la vida del pueblo romano, y cuando el genio helénico y el genio oriental pongan fin á su lucha grandiosa dando el sér al imperio romano, último período de la vida del mundo antiguo en que el Oriente y el Occidente se reconocen mútuamente impotentes para crear una sociedad perfecta, entónces brotará en Oriente la idea nueva para venir á difundirse por las regiones de Occidente y estrechar luégo en sus brazos á todos los pueblos del universo.

## CAPÍTULO VI.

### La mujer en Roma.

Carácter de Roma en los primeros dias de su existencia. — Lucha que allí empeñan el Oriente y el Occidente. — Consecuencias de esta lucha en la constitucion de la familia y en la condicion social de la mujer.— La *confarreatio*.— La *coemptio*.— El *usus*.

La familia romana, cimentada sobre el poder y la autoridad del padre y no sobre el afecto.— La mujer, en los primeros tiempos de Roma, se emancipa por medio de las costumbres y la esclavizan las leyes. — El atrio.— El consejo de familia.

Las ideas helénicas invaden las costumbres y las instituciones de Roma.— Sus efectos :

1.° Influencia de las ideas helénicas en las costumbres romanas. — Los vicios y la inmoralidad de Grecia penetran en Roma. — Espantosos desórdenes de la corrupcion romana.— Envilecimiento y degradacion de las matronas.—Destruccion de todos los afectos de familia.

2.° Influencia de las ideas helénicas en la legislacion y en las instituciones del pueblo romano. — Nueva condicion social de la mujer. — El Estado se convierte en su protector.— Desaparece el consejo de familia.

El divorcio en Roma.— Sus funestas consecuencias.

La historia de la condicion social de la mujer en Grecia y en Roma no es otra que la historia de su condicion social en las sociedades paganas.— Últimos dias del paganismo. — El mito de Psíquis ;— su significacion.

El mundo antiguo y el Cristianismo.— Significacion del Cristianismo en la historia.

Desde los primeros tiempos de Roma aparece el indicio de la lucha tenaz y sangrienta que en los muros de la ciudad de Rómulo han de empeñar el Oriente y el Occidente. ¿Qué otra cosa es, en efecto, el elemento etrusco, sino el genio de Oriente surgiendo misterioso á orillas del Tíber, para intentar un esfuerzo supremo, y ver

si ha de imperar al fin en las sociedades europeas? [1]. Al lado suyo trabaja humilde el plebeyo, luchando sin cesar, con las armas en la mano, contra los pueblos vecinos; tiranizado, oprimido, sufre, padece y obedece sumiso á la voz de sus opresores. Creeriamos ver en él una envilecida casta oriental, si de cuando en cuando un murmullo de rebelion y descontento no resonára entre sus filas y nos diera á entender que, si orientales son los opresores, en cambio alienta el genio de Oceidente en el

---

1 Nada cierto se sabe sobre el orígen de los etruscos, pero la opinion que parece tener mayores probabilidados de acierto, es aquella que ve en ellos una emigracion oriental. Véase á NIEBURH y á OTF. MULLER, *Die Etrusker*, Breslau, 1828. DIONISIO, I, 50, sostiene que los etruscos no son de orígen griego. Así lo prueba tambien su idioma enteramente distinto, y el haber dado los latinos el nombre de pelasgos á los griegos. Caton alaba á los etruscos por no haber admitido los mitos griegos: «Sed Roma tam rudis erat cum, relictis libris et disciplinis hetruscis, graecas fabulas rerum et disciplinarum erroribus ligaretur, quas ipsi hetrusci semper horruerunt.» CATON, *Origenes*.—G. B. BRUNI, en las *Investigaciones sobre el orígen de los pelasgo-tirrenos*, sostiene que eran fenicios. Así lo creen tambien MANZOCHI y DRUMOND. ORIOLI piensa que son de orígen indio. — Celebrando el triunfo del genio de Occidente sobre el Oriente, los poetas ensalzaban á Augusto por haber destruido los altares de la Etruria.

*Eversosque focos antiquae gentis etruscae.....* PROCOPIO.

Véase tambien á HERODOTO, lib. I, cap. XCIV. — VELL. PATERC., lib. I, pár. 1.º—TÁCITO, *Ann*, lib. I, pár. 55.—WALKNAER, *Geogr. ant.*, tomo I, pág. 1*a*; — AM. THIERRY, *Histoire des Gaulois*, 1.ª parte, cap. I.— MICHELET, *Hist. rom.*, introduccion, cap. I.— NIEBURH (en la *Hist. rom.*, tomo I) se declara partidario de los que quieren ver en las tribus celtas el orígen de los etruscos; pero aunque así fuera, nunca podria negarse el carácter eminentemente oriental de la civilizacion etrusca.

pecho de los oprimidos, y engendra la agitacion inquieta de la tempestad plebeya, que con creciente furor sacudirá cada dia las cadenas de los patricios.

Si consideramos á la ciudad de Roma en los primeros dias de su existencia, se nos figurará ver en ella una ciudad oriental. En todas partes reina allí el misterio; por donde quiera aparece la casta; los matrimonios están prohibidos entre patricios y plebeyos; los símbolos, los misterios y los sagrados é imponentes dogmas de la India y del Egipto rodean al plebeyo, y llenándole de espanto le privan de accion y de movimiento. Domina la casta sacerdotal, y la Religion lo absorbe todo en su seno y confunde en su sér el Estado, la familia, las magistraturas, la propiedad y el individuo. Se ignora hasta el nombre de la ciudad y el de su divinidad protectora[1];

---

[1] «Ipsi Romani et Deum, in cujus tutela urbis Roma est, ut ipsius urbis nomen ignotum esse voluerunt.» MACROB., *Saturn.*, III, 9. — «Verum nomen numinis qui urbe Romae praest, scire sacrarum lege prohibetur; quod ausus quidam tribunus plebis enuntiare, in crucem est sublatus.» SERVIUS, *ad Aeneid.*, I, 447; II, 108.

De los tres nombres de Roma se ha dicho que el nombre secreto era *Amor*, anagrama de Roma, que debia significar la union santa de los ciudadanos. Sólo á los pontífices era dado proferirlo en los sacrificios, y les estaba prohibido revelarlo al pueblo. El nombre de *Flora* era tambien un nombre sacerdotal de la ciudad de Rómulo: de aquí las fiestas florales y el nombre de la ciudad de Florencia. El nombre civil y vulgar de Roma venía quizas de Ῥώμη, fuerza, ó de *Ruma*, antiguo vocablo latino que quiere decir *teta*, y que nos recuerda la leyenda de Rómulo y Remo alimentados por la loba del Tíber. Véase C. CANTÚ, *Historia Universal*, época III, cap. XXIX.

se desconocen los ritos, las divinidades, las fórmulas del derecho [1], ciencia exclusiva del sacerdote; y el pueblo tan sólo oye pronunciar el nombre del dios del Terror y del Espanto, y encuentra á cada instante en la vía pública sus horrendos símbolos, que representó el artista con la boca entreabierta, contraidos los miembros, erizada la cabellera de serpientes entrelazadas con bastones augurales, y desfigurado el rostro con la expresion horrible de pavoroso furor. Como en Oriente, se quiere oprimir al plebeyo ocultándole los dogmas, las fórmulas jurídicas, el secreto de los augurios y los misterios del sacrificio; y para aumentar su terror, se le presentan divinidades monstruosas que infunden en su corazon el espanto y hielan sus miembros con la sorpresa del terror [2].

La clase plebeya se agita inquieta queriendo salir de su esclavitud [3]; no sabe primero dónde dirigir sus es-

---

1 «Rituales nominanter etruscorum libri, in quibus praescriptum est, quo ritu condantur urdes, arae, aedes sacrentur, qua sanctitate muri, quo jure portae, quo modo tribus, curiae, centuriae distribuantur, exercitus constituantur, ordinentur, caeteraque ejus modi ad bellum, ad pacem pertinentia.» FESTO.

2 Sobre la religion de los etruscos, véase CREUZER, *Simbólica;* pero sobre todo MULLER, *Die Etrusker*, lib. III, caps. IV, V, VI.

3 Admirablemente comprende Floro esta lucha entre patricios y plebeyos, cuando dice que deseaban éstos adquirir «*nunc libertatem, nunc pudicitiam, tum natalicium dignitatem, honorum decora et insignia.*» Véase CHR. F. SCHULZE, *Lucha de la democracia con la aristocracia en Roma, ó historia romana desde la expulsion de Tarquino hasta el consulado plebeyo*. Altemburgo, 1802.

fuerzos, se siente envuelta en la oscuridad del misterio, pesa sobre su frente el anatema de los dioses inmortales, y á cada instante se encuentra cogida en el lazo que le tendieron sus enemigos, ó bien se precipita insensata en el abismo profundo que le prepararon las intrigas de los sacerdotes. Vencida siempre y siempre burlada, ignora en qué consiste el secreto de su opresion; y en vez de combatir se retira al Aventino, porque se figura en su terror que contra ella luchan las divinidades y cree que bajo las plantas de sus piés se hundirá tal vez un dia el suelo del foro con algun mágico conjuro de los auspicios; y huye, consternada, de la ciudad del símbolo y del misterio, desesperando del triunfo de una lucha, semejante, por su loco intento, al vano orgullo de los titanes. De cuando en cuando, sin embargo, entró en la mente de algun plebeyo la idea de que tambien podian los dioses comunicarse con los suyos, y quiso entónces penetrar el enigma de las fórmulas sagradas. Pero, al instante, el instinto de conservacion hacía redoblar el celo de la casta sacerdotal para guardar sus prerogativas: pronosticaban los augurios un porvenir siniestro, aciago, si no se aplacaba con ejemplar castigo la ira de los dioses; y el desdichado que intentó levantar el velo que cubria el enigma, era condenado á ser cosido en un saco y precipitado vivo en las turbias aguas del Tíber. Prueba evidente de que el elemento etrusco no significa en el Lacio más que un esfuerzo supremo del genio oriental para conservar en Occidente la soberanía que se escapa de sus manos, es que miéntras en los de-

mas países del mundo cada pueblo tiene sus divinidades propias, en Roma los dioses primitivos de la ciudad son todos traidos de Oriente, y apénas han cambiado de nombre [1]. Únicamente se ha reformado el culto, dando más importancia al secreto impenetrable del misterio y poniendo al lado suyo (para preservarle mejor de las miradas recelosas del pueblo) dos nuevas é imponentes

---

[1] Los primitivos habitantes del Lacio adoraron primero las fuerzas físicas de la naturaleza, los animales del campo. La religion extendia entónces su proteccion sobre los animales dedicados á los trabajos de la agricultura; matar un buey era un sacrilegio castigado con pena capital, segun refiere COLUMELA (I, 3, y XI, 2); un castigo de este género cuentan Plinio y Val Max. ¿Quién no descubre aquí el culto del sacerdote egipcio? Las divinidades orientales que adoptaron los griegos fueron tambien adoradas en los altares romanos; pero la mitología romana conoce multitud de númenes extraños al Olimpo helénico. Muchas divinidades fueron traidas directamente del Oriente al Lacio. Los romanos, dice AULO-GELIO (*Aticas*, II, 28), adoraron primero á un genio supremo, invisible, impalpable, cuyo culto les habia sido legado por los antepasados (DIONISIO, *Excerpt.*, XVI, 10. — CREUZER, *Simbólica*), y construyeron su ídolo primero que llamaron *Jano*, es decir, causa primera, señor omnipotente; así como los fenicios llamaron *Jona* á Baal; los troyanos y los escandinavos, *Jon* y *Jona* al sol: nombres todos que se derivan de la voz persa *janman*, que significa cabeza de Dios, señor, dueño absoluto, y que procede de la palabra *jarnaha*, título que daban los asirios á su divinidad suprema, al sol. En Saturno, esposo de *Berecinthia*, la tierra fecundada, númen tutelar de la agricultura, se revela evidentemente un dios oriental, que simboliza probablemente las colonias fenicias lanzadas de Creta y arribadas á Italia. Véase GERHARD, *Memoria sobre el panteon etrusco*, Berlin, 1845. — SPANGERBERG, *De vetus Latii religione domestica*. — A. HERTUNG, *Die Religion der Romer*. Erlangen, 1836.

divinidades; las divinidades del *Terror* y del *Espanto*.

Pero la plebe destruye insensiblemente la omnipotencia del elemento oriental, y lleva de frente la revolucion religiosa y la revolucion política. Á los comicios curiados, donde únicamente tenian voto los patricios de las treinta curias en que estaban divididas las tres tribus, suceden los comicios centuriados, en que la riqueza de cada ciudadano y no la nobleza de familia sirve de base para el derecho de proponer y votar las leyes. De este modo intenta Servio Tulio acallar las enemistades entre patricios y plebeyos, creando en lugar suyo otras dos nuevas clases sociales: la de los ricos y la de los pobres [1]. Pero en realidad, con esta nueva reforma las dos clases enemigas no hicieron más que reconocer sus mútuas fuerzas [2], y se aprestaron á una lucha implacable. Se derrumba con los Tarquinos el trono sacerdotal; con él pierde en Roma el elemento oriental uno de sus más firmes apoyos; los patricios son, al parecer, los que realizan esta revolucion, puesto que ellos son los que vienen á ocupar en el Estado el lugar de los reyes; pero la explicacion verdadera de este profundo cambio político se halla en la inquieta agitacion de la plebe: Bruto, personificacion del plebeyo rebelde, es quien arranca el ce-

1 La organizacion de Servio Tulio tendia á fundir las familias patricias con el comun plebeyo, para asegurar á este último la libertad y los derechos civiles y políticos, si bien dejando el gobierno á los patricios.

2 «Actus à Servius quid efecit nisi ut ipsa se noscet respublica?» FLORO.

tro de las manos de los Tarquinos. Los plebeyos siguen, no obstante, oprimidos; les faltan los derechos del matrimonio, de la familia y de la propiedad; el patriciado les manda verter su sangre en incesantes guerras, y en tiempo de paz les hace sentir su superioridad rodeándolos de indigencia y de espantosa miseria. La vista de su propia imágen en el foro exalta al fin las pasiones de la plebe; se retira al Aventino, y no vuelve á entrar en la ciudad sino precedida de un magistrado declarado inviolable por la ley, y que en adelante ha de ser el amparo de su libertad y el protector de todos sus derechos. La voz del tribuno empieza entónces á resonar en Roma; pone su veto á las decisiones injustas del Senado; convoca á los comicios por tribus sin necesidad de los auspicios; y hasta la venida del imperio nunca deja de ser el terror de la clase patricia.

Sin embargo, las leyes y las fórmulas jurídicas permanecen todavía envueltas en el misterio sacerdotal; tan sólo los patricios las conocen, y de ellas se valen como de su más importante instrumento de triunfo. La plebe ordena entónces á sus tribunos que pidan una ley uniforme y pública, y los tribunos reunen las asambleas populares; el patriciado se estremece, vacila, no quiere ceder; pero aumentan las amenazas de la plebe, y como transaccion entre ambos partidos opuestos, se encarga á los decemviros la formacion de las XII tablas. Desde aquel dia la ley, en lugar de ser una tradicion sagrada, Mos, una fórmula sacerdotal envuelta en el misterio, *jus divinum aut feciale*, fué un texto breve y conciso, ex-

puesto á la vista de todos, Lex. La ley que era ántes hija de la religion, y, por lo tanto, el patrimonio de las familias sagradas de los patricios, fué en adelante propiedad comun de todos los ciudadanos. El plebeyo pudo invocar su apoyo y presentarse con ella ante los tribunales pidiendo que se le hiciera justicia.

El patriciado se sintió vencido; pero consiguió con su acostumbrada astucia que no resultára completo el triunfo de la plebe. Los decemviros, escogidos en su mayor número entre la clase privilegiada, emplearon en la formacion de ese código fundamental del derecho romano toda la habilidad política propia de su clase: fingieron, primero, que estudiaban las instituciones helénicas para plantearlas en el Lacio; y miéntras tanto, el pueblo siguió viviendo sin ley [1]. Si necesitaban promulgar una

[1] Muy comun ha sido y sigue siéndolo todavía la creencia de que las leyes de las XII tablas fueron traidas de Grecia; pero su poquísima semejanza con las leyes helénicas es notoria; así lo hace notar tambien Polibio, lib. VI, 4. En nuestros tiempos Niebhur, Gibbon, Bonamy, Maciecowky y otros esclarecidos jurisconsultos han demostrado hasta la evidencia lo infundada que es esta opinion. Si fuera cierto el hecho de que, haciendo correr como válida esta noticia, los decemviros pretendieron alucinar á los plebeyos, realizando así sus aspiraciones, nos demostraria que los plebeyos romanos reconocieron, en cierto modo, que su causa en Roma era la misma que la de Grecia contra el Oriente, y que por eso ambicionaban verse regidos por las disposiciones de los legisladores helénicos.—Otra opinion muy general es que las XII tablas no son más que las antiguas costumbres romanas, reducidas á leyes escritas. Creo, por el contrario, que difieren mucho del primitivo derecho y de las primeras costumbres jurídi-

ley sobre deudas, veian que los acreedores eran los patricios, los deudores los plebeyos; y ponen la vida de éstos á la merced de aquéllos, con la terrible ley del *nexus* [1]. Veian que su ruina se fraguaba, sobre todo, en las reuniones populares; y ordenan que se castigue con pena de muerte á los que forman parte de los grupos nocturnos, y tambien al que haga ó cante versos infamatorios.

La ley de las XII tablas se habia promulgado con el fin de que fueran sus disposiciones invariables, se habia grabado su texto en tablas de bronce, para que así no pudiera destruirlas el tiempo; pero pronto el elemento plebeyo empezó á reformarlas. Á los cuatro años de su publicacion (el año 305 u. c.) la ley Valeria-Horacia de-

cas de los romanos. Las XII tablas se redactaron en tiempos de transformacion social; las hicieron los patricios, pero las reclamaba la plebe, y para ella se promulgaron. Mal pueden ser, por lo tanto, una expresion del primitivo derecho romano, no lo son tampoco del derecho pretorio; deben considerarse más bien como una transicion entre ambos. Michelet ha ordenado los fragmentos de las XII tablas, no por órden de tablas, sino por materias, y de este modo ha hecho palpable en ellas la lucha entre los patricios que querian conservar lo antiguo, y los plebeyos que querian y aspiraban á las reformas.

[1] Es tan atroz esta ley, que muchos han querido explicarla, diciendo que habla solamente de la division de los bienes del deudor alcanzado, *sectio bonorum*; pero el texto de Aulo-Gelio está claro: «Tertiis nundinis capite poenas dabant..... Si plures forent quibus reus esset judicatus, secari si vellent atque partiri corpus addicti sibi hominis, permiserunt. Tertiis nundinis, partem secanto: si plus minusve secuerunt, se fraude esto.» Véase NIEBUHR, *Los Nexos*.

claró que la ley es hija de la voluntad del pueblo [1]; y lo que ha hecho el pueblo, ha de poderlo variar necesariamente la voluntad suprema de los comicios. Y poniendo en práctica este principio, el tribuno y el pretor se colocaron al instante junto al texto de la ley, al parecer, invariable é inflexible; y desde aquel momento propusieron cambios, reformas, no dejaron de remover hasta los más profundos cimientos de la antigua sociedad romana. El tribuno impelió sin cesar al pueblo hácia la contínua reforma de la constitucion política; y el pretor trabajó sin descanso en la reforma de la constitucion civil, y, sobre todo, de la institucion doméstica.

Por consiguiente, la lucha que más arriba presenciábamos entre la Grecia y el Asia, aparece tambien en Roma; así como allí triunfaron los griegos de Troya; así como Milcíades, Leonídas, Temístocles, Cimon, Alejandro humillaban al Asia en los campos de Maraton, en el desfiladero de las Termópilas, en las aguas de Salamina, á orillas del Gránico y en los valles de Iso y de Arbelas; así tambien los plebeyos, encerrados en los muros de Roma, humillan al mismo enemigo en el monte Aventino, en el Foro, en el Senado, en los comicios, y hasta en el sagrado de los templos: y Penélope y Virginia, Solon y los Gracos, Alejandro y Mario deben mirarse, por lo tanto, como campeones de una misma idea, como héroes de una misma causa [2].

---

1 «Ut quod tributim plebs jussisset, populum teneret.»

2 La lucha entre patricios y plebeyos en Roma es en el fondo

¿Cuál era, miéntras tanto, la condicion social de la

la misma lucha de Grecia contra el Oriente. El Oriente representa la idea de lo infinito, en el cual ha desaparecido el individuo; y Grecia, por el contrario, representa la idea de lo finito, la reaccion del individuo contra los dogmas orientales que le oprimian. En el recinto de los muros de Roma vuelven á encontrarse estos dos principios opuestos, y su lucha constituye el alma de la historia del pueblo romano.

Gans expone del modo siguiente la fórmula de la historia y del derecho del pueblo romano:

«El mundo romano es el campo donde combaten lo infinito y lo finito, ó sea la generalidad abstracta y la personalidad libre. Es el mundo de la guerra, la guerra viva, la guerra en medio de la paz. Los patricios están del lado de la religion y de lo infinito; los plebeyos del lado de lo finito. Todo infinito, obligado á rozarse con lo finito sin reconocerlo, es un infinito imperfecto, tambien el finito.

HISTORIA.

»El Estado romano es, pues, el progreso de un finito á otros finitos. Su historia está en el espacio como en el tiempo, porque este progreso no puede existir sino identificado con el espacio y con el tiempo. El Oriente, al contrario, está solamente en el espacio; y la Grecia solamente en el tiempo..... La historia romana, por tanto, es la primera historia de la cual se puede decir que tiene períodos: *principado*, *república*, *imperio*.

»PRIMER PERÍODO: *Principado*. El jeroglífico egipcio reaparece en Roma por un instante; tal es el lado etrusco del dualismo romano. Preséntanse luego los sacerdotes; pero ya la divinidad ha buscado su refugio en una misteriosa lontananza: gran progreso del Oriente hácia el Occidente. La religion se convierte, por decirlo así, en propiedad particular; circunstancia que forma la base de su poder. Pero tambien lo sustancial, llegando á ser de este modo una abstraccion de la propiedad, debe hallar inmediatamente oposicion. Posteriormente, en tiempo de lucha, siempre que se trata de lo sustancial, hay precision de volver á los tiempos del principado, á la época de Rómulo y Numa.

»SEGUNDO PERÍODO: *República*. Lucha sin objeto, sostenida por

mujer, á traves de los diversos períodos de la lucha entre patricios y plebeyos?

---

la generalidad abstracta contra la personalidad libre, bajo la forma de lo arbitrario. Cualquiera que sea el aspecto que tome la lucha ó el motivo que se alegue para ella, existe siempre la misma uniformidad, la misma unidad, abstraccion de todo lo sustancial. Únicamente la guerra exterior puede calmar la interior. Mundo de virilidad, en el que la regla sustituye al idealismo, y la guerra sólo triunfa de sí misma, cesando por debilidad..... El pueblo vencedor, lo finito (el plebeyo), obliga á lo infinito imperfecto (el patriciado) á reconocer que no es sino finito.

»TERCER PERÍODO: *Imperio.* Todos los finitos reposan uno al lado de otro; privados de importancia y de objeto con haber cesado de combatir, vuelven á caer en la igualdad. No es una fuerza original, un poder de la naturaleza, como en Oriente, sino únicamente una falta de oposicion. El príncipe, no hallándose ya cubierto por el manto de la religion, sólo es divino en boca de los aduladores. Habiendo recorrido la antigüedad su círculo en tres momentos (Oriente, Grecia y Roma), torna al punto en que estos tres momentos se confunden, el Oriente, la Grecia y Roma degenerados.

DERECHO.

»PRIMER PERÍODO. El derecho es un misterio en manos de un corto número de iniciados; y cuando llega á descubrirse, se compone de fórmulas tan sucintas como expresivas: *Jus divinum, pontificium aut feciale.*

»SEGUNDO PERÍODO. Lo constituye la lucha en que los patricios aspiran á retener el derecho como incomunicable, y en que los plebeyos quieren conquistarlo.

»TERCER PERÍODO. Ya no hay partidos: lo que importa desde entónces es el individuo, es ver el modo cómo éste se conserva y defiende. La profesion más honrada es, pues, la de jurisconsulto, de casuista. La jurisprudencia es la única ciencia verdadera y particular al pueblo romano, sin que tenga ya el carácter de la elocuencia, limitándose á consultas orales y por escrito: *Jus privatum.*»

No todos los conceptos de esta fórmula (algunos de ellos so-

El matrimonio sagrado (la *confarreatio*) [1] era primero propiedad exclusiva de la clase de los patricios; la ley no consideraba la union conyugal del plebeyo sino como una barraganía cuya duracion descansaba únicamente en el mútuo consentimiento de las partes (*mutuus consensus*) y sobre los lazos de perpétuo cariño que mútuamente se habian prometido (*affectio maritalis*). Ninguna formalidad jurídica y religiosa acompañaba al matrimonio plebeyo; pero como la patria potestad y la potestad marital nacian únicamente de la solemnidad religiosa, con la cual se iniciaba á la mujer en el culto de los lares de su esposo, resultaba que el plebeyo no podia tener estos poderes; resultaba que era incapaz de ser padre y jefe de familia: en una palabra, resultaba que el matrimonio no producia para él efectos civiles. Por eso el clamor que se eleva de todos los tumultos populares en aquellos tiempos es el grito de desesperacion del plebeyo pidiendo que se le concedan los derechos de la

---

brado oscuros, principalmente en la parte histórica) me parecen aceptables; pero creo que en ella se evidencia perfectamente la lucha del Oriente y del Occidente en Roma, y por eso he querido colocarla en este sitio como apoyo y justificacion de la doctrina que expongo en el texto.

[1] Compárense las solemnidades de la *confarreatio* con las solemnidades religiosas del matrimonio en el Código de Manú, y en su singular analogía aparecerá una nueva prueba del orígen oriental de la clase social que hizo en Roma, de estas formalidades sagradas del matrimonio, un privilegio suyo. Código de Manú, III, 27—30, 172;—V, 152;—VIII, 227;—IX, 194.—VARRON, *De re rustica*, II, 4.—SERVIUS, *ad Aen.*, IV, 168.

potestad marital y de la patria potestad; pidiendo que á la compañera de su vida se le conceda el título de esposa, y clamando porque se legitimen sus hijos, porque la ley reconozca en ellos los vínculos de la naturaleza, y porque se concedan, en fin, á la clase oprimida *connubia patrum* [1], es decir, los derechos y los efectos jurídicos del matrimonio patricio.

En la constitucion civil como en la constitucion política, los patricios tuvieron al fin que ceder á los justos clamores de la plebe; no quisieron concederle las solemnidades augustas del matrimonio religioso, privilegio exclusivo suyo; pero idearon una formalidad jurídica que produjo para el matrimonio plebeyo los mismos efectos civiles que la confarreacion. Aplicaron al matrimonio la ficcion legal de la venta que habian ideado para el testamento, y crearon el matrimonio por coemption. El marido compró á su compañera, y desde entónces tuvo sobre ella un verdadero dominio; ésta formó parte de su propiedad, y así, por medio de la *coemptio*, el matrimonio plebeyo tuvo los mismos efectos jurídicos que el matrimonio religioso [2].

Una vez sentado un principio, el derecho romano con

---

[1] «Nunc libertatem, nunc pudicitiam, tum natalicium dignitatem, honorum decora et insignia petebant.» FLORO.

[2] GAIO, I, 114.—SIGONIUS, *De antiquo jure civium romanorum*. —FUSTEL DE COULANGES, *La cité antique*, lib. IV, cap. VII.—La fórmula jurídica de la *coemptio* debió ser una de las reformas que los plebeyos consiguieron introducir en el derecho, ántes de la publicacion de las XII tablas.

severa inflexible lógica deducia de él todas sus consecuencias. Pues bien : con la *coemptio* habia considerado á la mujer como una cosa, como un objeto de dominio; pero las cosas se adquieren por compra ó por uso, y junto al matrimonio por *coemptio* se estableció el matrimonio *per usus*. Se adquirió la propiedad ficticia de la mujer, del mismo modo que se adquieren las cosas que pueden entrar en dominio : por compra ó por uso. El tiempo de la prescripcion para adquirir la propiedad de la mujer era de un año ; si durante ese tiempo los esposos habian dejado de cohabitar tres noches, se consideraba interrumpido el tiempo de la posesion, y no habia lugar á la prescripcion [1].

Esta aplicacion de las leyes de la prescripcion al matrimonio nos parece en el dia una monstruosidad; y sin embargo produjo efectos benéficos en favor de la emancipacion de la mujer, poniendo en sus manos un medio de eludir la desmedida autoridad del marido. Cuando entraba en la familia de su esposo, veia rotos por la ley todos los lazos que la unian con la familia de sus padres ; dependia exclusivamente de la autoridad del marido, que tenía sobre ella hasta el derecho odioso de venderla [2]. Pero, con el matrimonio *per usus*, le bastaba á la mujer ausentarse tres noches del hogar de su esposo para que éste no adquiriera sobre ella la potestad ma-

[1] GAIO, *Inst. Comm.* I, 111.
[2] GAIO, I, 117, 118.

rital [1]; interrumpia de ese modo el tiempo de la prescripcion, y continuaba unida á la familia de sus padres, compartia la herencia con sus hermanos, y podia ofrecer sacrificios á los lares de sus antepasados.

Tal es el orígen y el carácter de las tres formalidades por medio de las cuales producia el matrimonio efectos jurídicos, segun el derecho romano; formalidades que de tan diverso modo han apreciado los autores que escribieron sobre ellas [2]. El matrimonio religioso, la *confarreatio*, no tardó en caer en desuso despues de los sucesivos triunfos del elemento plebeyo; en épocas posteriores los mismos jurisconsultos llegaron á ignorar hasta el significado de sus formalidades: en las costumbres y en el derecho prevaleció el matrimonio plebeyo. No pasaré más adelante sin hacer una observacion en un punto que con

---

1 Itaque lege XII tabularum cautum erat, si qua nollet eo modo in manum mariti convenire, ut quotannis trinoctio abesset, atque ita usum cujusque anni interrumpere. GAIO, *Inst. Comm*, I, 111.

2 De distinta manera explica el B. F. de Portal el orígen de estos tres modos de contraer matrimonio. La teoría que desenvuelve es el sistema expuesto ya anteriormente por escritores alemanes, y que consiste en sentar como principio que estas tres formas de contraerse el matrimonio en Roma, debieron ser las solemnidades propias y respectivas de la institucion en cada uno de los tres pueblos que fundaron la ciudad romana. Bien mirada, sin embargo, esa doctrina poco se diferencia en el fondo de la que va expuesta en el texto: á mi entender, la mayor y más notable, la única diferencia quizas está en la explicacion del orígen del matrimonio *per usus*. (V. *Politique des lois civiles*, tom. II, capítulo VII, pág. 145.)

frecuencia parecen haber olvidado los tratadistas de derecho romano. La *coemptio* y el *usus* no eran modos de contraer matrimonio, eran formalidades que sólo tenian lugar, una vez el matrimonio contraido. El *mutuus consensus* creaba entre los cónyuges el vínculo de union moral; la *coemptio* y el *usus* establecian entre ellos las relaciones jurídicas. El *mutuus consensus* constituia el matrimonio; la *coemptio* y el *usus*, por el contrario, daban orígen á la potestad marital y á la patria potestad [1].

La lucha que se empeña en Roma entre el Oriente y el Occidente trascienden por lo tanto tambien al derecho. Á medida que la clase plebeya realiza un cambio en la constitucion política, se introduce en el derecho una nueva modificacion, que cada vez se aproxima más á las leyes de la equidad y de la justicia. La ley Canuleya borra la profunda desigualdad que existia entre ambas clases sociales, permitiendo que puedan celebrarse matrimonios entre ellas [2]. Insensiblemente el derecho se modifica, se transforma; y se opera en él la misma

---

[1] Plenamente confirman este aserto varios textos de Gaio. «Usu in manum conveniebat (dice el jurisconsulto romano), quae ANNO CONTINUO NUPTA PERSEVERABAT.» I, 111. Tan cierto resulta que la *coemptio* no constituia el matrimonio, que el mismo autor añade luégo: «Potest autem coemptionem facere mulier non solum cum marito suo, sed etiam cum extraneo. Quare aut matrimonio facta coemptio dicitur, aut fiduciae causa: quae enim CUM MARITO SUO facit coemptionem, ut apud eum filiae loca sit, dicitur matrimonii causa fecisse coemptionem.» GAII, *Inst*, *Comment.* I, 114.

[2] FLORO, I, 25.

revolucion que en el órden político. El espíritu oriental intenta establecer una ley de castas, crea el *strictum jus* que todo lo sacrifica á la costumbre, á la letra, al símbolo, á la fórmula, á la inmovilidad y á la eterna quietud oriental. El genio de Occidente crea, por el contrario, el *bonum et equum arbitrium* [1]; pide que sea la ley general y sin privilegios, y establece como dogma la perfectibilidad de las leyes y la variabilidad de los preceptos del legislador, acercándose cada vez más á los eternos principios de la justicia. De aquí nacerán tambien los caractéres diversos de la familia romana.

En la época en que fué tan prepotente la Religion, la familia habia de constituirse necesariamente sobre la base del culto, y los vínculos de parentesco y el órden jerárquico de las familias debian regularse por los principios religiosos.

El matrimonio, que era obligatorio en Grecia para que tuviera el Estado numerosos defensores, numerosos repúblicos, lo fué, por muy diversa razon, en Roma: para que no se interrumpiera por falta de descendientes el cul-

---

1 Miéntras el elemento oriental pretendia en Roma que se interpretáran las leyes segun su sentido estricto, que se atendiera sobre todo á la letra de los mandatos del legislador, las constituciones helénicas, representantes del espíritu de Occidente, disponian, por el contrario, que los jueces prestáran juramento solemne de aplicar en sus sentencias los principios de la equidad, en caso de que las leyes escritas resultáran imperfectas. DEMÓSTENES, *Cont. Leptin.*, 118.—POLLUX, *Onomast.*, VIII, 122.

to sagrado de los lares domésticos [1]. Ademas, el espíritu de casta entronizaba la veneracion y el respeto á la memoria de los antepasados; y de esta veneracion, por los manes de los abuelos, brotaba naturalmente un nuevo culto, surgia un altar en medio del hogar, y el padre, descendiente legítimo de aquellos cuyo recuerdo queria venerarse, encarnacion viva de los lares, era el sacerdote nato de este culto doméstico y la autoridad suprema de la familia y su señor omnipotente. Tales son los principios que en los dias primeros de Roma presiden á la constitucion de la familia; examinemos ahora qué condicion social consiguió con ellos la mujer.

Como pontífice del culto doméstico, el padre (dios vivo que personifica en la tierra á todos sus ascendientes, y en cuya existencia viven los gérmenes de la larga línea de los descendientes) enciende y entretiene el fuego del hogar, preside en los sacrificios y pronuncia las palabras sacramentales. A su dignidad sagrada debe la omnipotencia; y junto á él los hijos, la madre, los hermanos, la esposa se halla en la misma igualdad que los hombres todos ante la Divinidad. La mujer asiste á los sacrificios, pero no comparte la autoridad del jefe del hogar: porque aquel culto que practica no es el culto

[1] DIONISIO DE HALICAR., IX, 22.—Bien expresa Ciceron que el profundo respeto que tributaban los romanos al hogar doméstico proviene del culto religioso que allí se celebraba: «Quid est sanctius, dice, quid omni religione munitius quam domus uniuscujusque civium? Hic arae sunt, hic foci, hic dii penates; hic sacra, religiones, ceremoniae continentur.» CICERON, *Pro domo*, 41

de su cuna: se vió iniciada en él por medio del matrimonio, y de los labios de su marido recogió las sagradas oraciones que repite durante el sacrificio. No personifica á los antepasados, puesto que no es hija de ellos; y despues de su muerte, nunca la colocarán sus hijos entre el número de los ascendientes, nunca consagrarán su memoria con los tributos de un culto doméstico. En muerte y en vida la familia no verá en ella más que una parte secundaria de la persona de su esposo, y su personalidad quedará eternamente confundida en la personalidad del marido [1].

Esta habia de ser su condicion miéntras dominára el elemento oriental, y miéntras el *strictum jus* y las fórmulas sagradas, inalterables, constituyesen el único derecho de Roma. Mas cuando empieza á dominar el elemento plebeyo; cuando la soberanía pasa de las manos de la Religion á las manos del Estado; cuando surgen el derecho pretorio y el derecho de gentes; cuando el genio de Occidente empieza á triunfar, en fin, en Roma sobre el genio oriental,—la mujer adquiere personalidad independiente de su marido, tiene vida y existencia propia; en la ley encuentra acciones de derecho que la protegen contra la tiranía marital y se le permite, en fin, acudir ante el tribunal del Estado en queja de los abusos cometidos por su esposo, simple ciudadano, miéntras era ántes imposible que pudiera pedir justicia ante

1 FÚSTEL DE COULANGES.—*La cité antique*, lib. II, cap. VIII, párrafos 1.° y 2.°

la Religion, de los actos de un semidios, señor absoluto de la familia, que tan sólo esperaba la muerte para ser deificado.

Segun predomine el genio de Oriente ó el de Occidente, varía en Roma la condicion de la mujer, como madre y como esposa. En los primeros tiempos de la nacion romana, domina exclusivamente el elemento oriental; contra él parecen estrellarse, impotentes, los esfuerzos de los plebeyos; y entónces la mujer no tiene, como en Oriente, más personalidad que la de su marido; y aunque su opresion se hace más llevadera por la bondad de las patriarcales costumbres, la ley permite al marido tiranizarla á su antojo, puede venderla, puede maltratarla, y hasta comerciar con su honra [1]. Y para

[1] La patria potestad y la potestad marital romana tienen poderes mucho más ilimitados que los de la patria potestad griega. Nunca fué la autoridad paterna tan omnipotente como en Roma; el padre podia disponer libremente de sus bienes, de su esposa, de sus hijos; su voluntad tenía fuerza de ley, y miéntras en Aténas los hijos eran herederos forzosos del padre, la ley de las XII tablas decia: «Paterfamilias uti legasset super pecuniae tutelave *sui rei* ita jus esto.» ULPIANO, XI, 14.— Esta omnipotencia del padre de familia no es una creacion de la ley romana, es un recuerdo de la vida patriarcal y una institucion traida de Oriente é inspirada por el despotismo del padre en el hogar de los pueblos orientales. En Aténas el marido era protector de su esposa; en Roma, como en Asia, fué su señor. Allí no tenía el padre derecho de vida y muerte sobre su hijo, sino tan sólo sobre su hija libertina; cesaba la patria potestad á los veinte años con la inscripcion del nombre del hijo en los registros de la patria; aquí, por el contrario, la patria potestad tiene poderes omnímodos, crueles, despóticos, que tan sólo cesan con la muerte. En

que la semejanza con el Oriente sea completa, la casta sacerdotal por medio de orientales símbolos y de consagradas fórmulas religiosas y jurídicas, ocultas cuidadosamente bajo el velo del misterio, dirigirá todos sus intentos á dar á la esclavitud y á la opresion de la mujer la duracion de la eternidad y la invariable quietud del Asia. Más tarde (cuando vaya allí consiguiendo sucesivos triunfos la idea de Occidente, por medio de los tumultos de la plebe) la mujer adquirirá mayor libertad, mayor dignidad y mayor independencia; aparecerá en Roma la dote griega, y allí recibirá su más alto grado de perfeccion; el divorcio será un derecho recíproco de ambos cónyuges. Y si, últimamente, la encontramos todavía cubierta de oprobio, será por el abuso de la libertad, por el desenfreno del vicio, mas no por el abuso de la opresion y por el desenfreno de la tiranía que sobre ella ejerza el marido.

En aquellos tiempos de la edad aristocrática de Roma, la familia no descansa sobre los vínculos del parentesco, sobre el matrimonio, sobre los lazos de la sangre; descansa únicamente sobre el poder y la autoridad del marido, del padre, del jefe del hogar, *Pater*. La familia romana no puede definirse como entre nosotros, la serie de personas, hijas de un mismo tronco y enlazadas entre sí por los vínculos del parentesco y de la sangre. La de-

---

este sentido, Gayo, que no conocia las leyes y las costumbres de los pueblos orientales, tenía razon en decir al hablar de la patria potestad: «*Jus propium est civium romanorum.*»

finicion que le conviene, la única que pudiera serle apropiada, sería aquella que la presentára como el conjunto de individuos sometidos al poder de un jefe comun. Todo el que se encuentra sometido á esta autoridad del padre está comprendido dentro de la familia romana; por el contrario, todo aquel que por un título cualquiera se libra de poder tan despótico, por el solo hecho de haberse roto para con él los poderes de la patria potestad, deja de pertenecer á la familia, por más que en el lenguaje del derecho natural pudiera llamarse hijo legítimo. El *paterfamilias* tiene sobre todos los suyos derecho arbitrario de vida y muerte, puede libremente repudiar á su mujer, divorciarse de ella, convertirse en su juez y verdugo; puede vender á sus hijos, obligarlos al matrimonio ó al divorcio; puede, en una palabra, abusar impunemente de su poder absoluto y despótico. El poder paterno, la autoridad marital son un solo y mismo poder: la esposa y los hijos se encuentran en idéntico grado de sumision y esclavitud.

¡Creacion singularísima del derecho quiritario! Roma, destinada á vencer y dominar al mundo, á ser en la historia el modelo mejor, la personificacion más perfecta del poder sin límites, por un secreto presentimiento quizas de sus destinos futuros, cimentó su familia sobre el único principio de la autoridad, del poder, de la fuerza simbolizada en la lanza del guerrero. El ciudadano no podia decirse ciudadano, no podia aspirar á derechos civiles y políticos, si en su mano no empuñaba la lanza, *quiris*. De esta lanza que blandia en su mano, se ori-

ginaban todos sus derechos; si la perdia ya no era quirite, perdia los privilegios del derecho quiritario; su mujer y sus hijos no podian entrar ya bajo su poder, no podian entrar *in manu sua;* no podia decirse *paterfamilias*. Habia perdido la autoridad, el poder, el dominio, la fuerza, y por eso era segun ley incapaz de tener familia, incapaz de ser en su hogar el representante de la autoridad doméstica.

Pero si dejamos á un lado las fórmulas jurídicas y las disposiciones legales que rigieron en Roma durante la época primera de su existencia, en que fué tan prepotente el elemento oriental, si tan sólo miramos á las costumbres, á la vida social y á la privada del hogar doméstico, apreciarémos de un modo muy distinto la condicion social de la mujer. Junto á las ficciones rígidas, inflexibles, severas de la fórmula jurídica, junto á las creaciones artificiales, arbitrarias del derecho escrito, del *estrictum jus*, aparecen los principios de la ley natural, los preceptos de la equidad. Junto á la familia establecida sobre un vínculo, sobre una fórmula puramente civil, cimentada únicamente sobre el poder del padre y del marido, sobre la autoridad y la soberanía (*potestas*, *manus*), aparece la familia regulada sobre la base de los verdaderos afectos del alma, y de los vínculos naturales de la sangre. En Roma, sobre todo, es donde mejor se presenta la diferencia marcada entre las leyes y las costumbres: miéntras las leyes son tiránicas, inicuas, injustas,— las costumbres patriarcales suplen su imperfeccion y corrigen la injusticia y la crueldad de

los legisladores; por el contrario, cuando el desenfreno del vicio y de la corrupcion han depravado las antiguas virtudes domésticas, y borrado para siempre la honestidad en la vida pública y en la privada, entónces los legisladores tienden á atajar la corrupcion de las costumbres con la sabiduría de sus leyes: con sus morales preceptos pretenden inculcar en el hombre la virtud que desapareció de su corazon; y las leyes se hacen cada vez más justas, más equitativas, más morales, á medida que las costumbres van siendo más corrompidas y más depravadas. En los dias de la infancia de la nacion romana, cuando la ley concedia al marido derecho de vida y muerte sobre su esposa, cuando no existia en la familia otra personalidad que la del padre,—la mujer se hallaba, por el contrario, más respetada y venerada que nunca; la ley la declaraba esclava, hacía pesar sobre ella terrible y odiosa la patria potestad, la potestad marital, la tiranía del tutor y del hijo [1], dictaba contra ella tiránicas y crueles disposiciones; y las costumbres, al contrario, la convertian en respetada matrona, reconocian en ella el título sagrado de madre, y rodeándola del respeto que le es debido, la declaraban señora del hogar, compartícipe de la autoridad del marido.

De este modo la mujer romana fué en un principio la mujer más respetada de toda la antigüedad. El griego

---

1 «...Feminas... in manu esse parentum, fratum, virorum... Filiae, uxores, sorores etiam... in manu erunt... Nunquam exitur servitus mulieribus.» TITO LIVIO, XXXIV, 2, 7.

habia mejorado su condicion, encerrándola en la soledad del gineceo, en lugar de esclavizarla entre las paredes del haren. Y el romano, reemplazando á su vez el gineceo con el *atrio*, reconoció que á un mismo tiempo podian existir en ella la libertad y la virtud; y venerando su carácter augusto de esposa, no creyó necesario, como el griego, para conservar intacta su fidelidad, el privar á la sociedad de la dulzura de su trato y de su benéfica influencia; confió en su virtud, más aún que en su opresion; y abriéndola sin reparo las puertas del hogar, le permitió andar libremente por la vía pública y por el foro, le permitió asistir á las reuniones populares, sentarse en las gradas del teatro y del circo [1], y consintió, en fin, sin recelo, que se uniera á las alegres solemnidades de las fiestas religiosas. Y no sólo en las fiestas del culto religioso, sino tambien en los más grandes acontecimientos políticos vemos con frecuencia en la historia de Roma la saludable intervencion de la esposa y la madre virtuosa y honrada, dando al hombre el ejemplo de las patricias virtudes. Veturia tiene sentimientos más patrióticos, más nobles y generosos impulsos que Coriolano; las hijas de Escipion y de Caton, la madre y las

---

[1] Quem enim Romanorum pudet uxorem ducere in convivium? aut cujus mater primum locum tenet aedium?... Aliter en Graecia... CORN. NEPOT., *Praef*... Ciceron ha expresado esta diferencia entre la libertad de la matrona romana y la mujer helénica, diciendo, al hacer el paralelo entre el γυναικονόμος de Aténas y el censor de Roma: «Nec vero mulieribus praefectus qui apud graecos creari solet, sed sit censor qui viribus edoceat mulieribus moderari.» *De Republ.*, IV, 6.

hermanas de los Gracos, más altas prendas quizas que todos los demas miembros de su familia tan ilustre; Terencia, más heroismo que Ciceron. Privada en Asia de su libertad en el fondo de un haren, en Grecia en el fondo de los gineceos, la mujer, rara vez en la vida doméstica y jamas en la vida pública, podia hacer brillar algunas de sus grandes virtudes. Aprisionada en las celdas del serrallo, no tenía en Oriente otro consuelo que el trato de su tirano opresor; tan sólo conocia el desfigurado semblante del eunuco, y la presencia contínua de sus rivales llenaba su corazon de ódio, de amargura y recelo. En Grecia, el gineceo era tambien para ella verdadera prision: el griego destinaba para estancia de su esposa el lugar más apartado del hogar doméstico; y allá, en la parte elevada de la casa griega, léjos del trato del hombre y de la sociedad, vivia todavía la mujer desgraciada por ser esposa: apénas podian dirigirle una palabra de consuelo sus más próximos parientes, y su morada, custodiada hoy por el secreto y el misterio, mañana, cuando la prosperidad y el bienestar aumenten la corrupcion y el vicio, tendrá por guardian al eunuco, para que su opresion encuentre todavía mayor parecido con la esclavitud de la tierra de Oriente. El atrio se halla, por el contrario, en Roma en el centro mismo del hogar doméstico: es la sala donde se reune la familia, donde se da hospitalidad al amigo y al extranjero [1]: allí arde

[1] Caton *apud.* Serv.—*Aeneid.*, I. v. 730.—Horacio *Satyr.*, II, VI, v. 56.

el fuego del santuario doméstico [1]; allí se eleva el altar de los lares, los retratos venerados de los antepasados cubren las paredes [2]; y adornado con las telas tejidas por las matronas que en aquel sitio llevaron el título de esposa y de madre, aparece el tálamo nupcial rodeado de los más gratos recuerdos de familia y protegido por el cariñoso amparo de los númenes familiares. Sentada en medio de tan sacrosantas reliquias, la matrona recibe cariñosa al extranjero y al amigo que vienen á contemplar con afan las riquezas de las tradiciones domésticas; entretiene el fuego sagrado de los lares [3], preside al trabajo de los esclavos, dirige la educacion de sus hijos, y desempeña, en fin, todos los deberes de señora del hogar [4]. Su autoridad es realmente igual á la autoridad del marido [5]; y aquellas célebres palabras sacramen-

---

1 HORATIO, *Epod.*, II, v. 43: «Juxta focum Dii penates positi fuerunt.» TÍBULO, I, X, v. 20.

2 POLIBIO, VI, 53.—*Aeneid.*, I, v. 730.

3 MACROBIO I, XV, 22: Nuptam in domo viri dominium incipere oportet adspici et rem facere divinam.»

4 TÁCITO, *Diálog.*, 28.—PLINIO, *Epístola*, VII, 24.—HORACIO, *Oda*, III, VI, v. 29-32.

5 «Nihil conspiciebatur in domo dividuum... sed in comune conspirabatur ab utroque, ut cum forensibus negotiis matronalis industria rationem parem faceret.» COLUMELA, XII. Entre las inscripciones recogidas por Mommsen, se encuentra la siguiente conocida con el nombre de inscripcion de Turia. ...NE QUE PATRIMONIIS NOSTRI, QUOD ADHUC FUERAT COMMUNE, SEPARATIONEM FACTURAM;... NIHIL SEJUNCTUM, NIHIL SEPARATUM TE HABITURAM.—MOMMSEN, *Zwei Sepulchralreden*, I, 48; II, 37, Berlin, 1864. Plenamente confirman estos textos la opinion que emití en el último

tales que dirigia la mujer á su esposo, cuando despues de la ceremonia simbólica del rapto parecia haberse resignado ya á su nueva suerte: «*Ubi tu Gaius, ibi ego Gaia*», son la expresion verdadera del carácter del matrimonio romano en la época en que se conservaban aún en todo su vigor los recuerdos de la vida patriarcal.

Dos modos de regirse tuvo la familia durante los tiempos patriarcales: por el primero era el padre señor omnipotente, y por el otro compartia su autoridad con el consejo de familia. El recuerdo de ambos poderes se conservó en las tradiciones de la familia romana; junto á la omnipotencia del padre y del marido vivió la autoridad del consejo de familia, que por medio de la deliberacion y del consejo, evitaba los abusos de un poder ilimitado y prevenia las consecuencias funestas de una medida violenta, tomada en momento de irreflexion y de ciego arrebato.

Profundas y eruditas investigaciones han hecho los jurisconsultos modernos, y sobre todo la escuela histórica alemana, para determinar las atribuciones del consejo de familia; pero infructuosos serán siempre gran

capitulo de la parte primera, diciendo que el régimen nupcial que en un principio practicaron los romanos, fué en cierto modo el régimen de comunidad. Tito Livio define el matrimonio. «Societas fortunarum omnium civitatisque.» TITO-LIVIO, I, 9. Dionisio de Halicarnaso expresa esta idea de un modo aun más explícito; dice que es la sociedad conyugal: Κοινωνία ἁπάντων χρημάτων τε καὶ ἱερῶν. DION., DE HALI., II, 25.» Uxor socia humanae rei atque divinae. *Digesto*, lib. XXIII, tit. 2.— *Codex*, IX, 23, 4.

parte de sus trabajos, porque fué ésta una institucion hija de las costumbres y no del genio de los legisladores; su autoridad, por lo tanto, exclusivamente moral, apareció siempre variable, incierta, dependió constantemente de las costumbres que le dieron el sér, y nunca se vió regularizada por los mandatos de la ley. Un hecho, sin embargo, ha resultado innegable, por las investigaciones de la ciencia: y es que el consejo de familia tuvo en Roma una importancia suprema en la condicion social de la mujer. Alguna vez el marido, haciendo uso de la desmedida autoridad que le concedian injustas leyes, podia abandonar á su legítima esposa y contraer nuevas nupcias, podia maltratarla bárbaramente, sin que la ley le impusiera pena alguna; pero del consejo de familia salia un grito de indignacion y de censura que denunciaba el delito del padre ó del esposo ante el tribunal de la conciencia pública; y si las leyes no condenaban su crímen, en cambio la reprobacion unánime de las gentes cubria su persona con el manto del desprecio [1]. El consejo de familia miraba siempre con especial cuidado los intereses morales de la mujer casada, le daba el amparo de su equidad cuando se veia oprimida, y la proteccion y el consuelo de su cariño cuando le faltaba el amparo y el amor de su marido. Culpada de infidelidad ó de algun otro delito grave, la ley la condenaba sin piedad á

---

1 VALERIO MAX., II, IX, 2.—CICERON, *De Republ.*, IV, 6.— SÉNECA, *De Clement.*, I, 14.—PLINIO, *Historia Nat.*, XIV, 14.—TACITO, XIII, 32.—*Digesto*, lib. XXIII, tít. 4, 5.

cruel y terrible castigo; pero á veces encomendaba al consejo de familia el cumplimiento de la sentencia: y así la compasion y el cariño mitigaban la severidad de la pena, y el consejo, al cumplir los duros mandatos del legislador, tenía siempre presente que el delincuente era una persona querida [1]. De este modo el consejo de familia, apénas conocido en Grecia, fué en Roma poderoso amparo de la mujer y una institucion bienhechora en que se apoyó con preferencia para ir avanzando en la vía de su emancipacion.

De lo que llevamos expuesto se deduce que la condicion social de la mujer fué aún mejor entre los habitantes del Lacio que entre las sociedades helénicas; se deduce que el atrio fué un progreso sobre el gineceo, así como el gineceo lo fué sobre el harem; y que contra leyes injustas, contra la opresora tiranía del varon, la compañera del hombre halló un nuevo refugio hasta entónces desconocido por las sociedades: halló el admirable asilo del consejo de familia.

Hasta aquí hemos considerado á la mujer emancipándose lentamente en Roma, protegida por las costumbres, al paso que se veia esclavizada por las leyes; ahora la verémos, por el contrario, envilecida y degradada por las costumbres, y protegida y amparada por las leyes. Nada diré de cómo se operó esta transicion de una época á otra, porque sería repetir lo que expuse al tratar de los

1 TITO LIVIO, XXXIX, 18.—VALERIO MAX., VII, III, 7.—SUETONIO, *Tiber.*, 35.

diversos sistemas nupciales. Entónces vimos cómo, en presencia de los abusos de la autoridad marital, los legisladores procuraron corregirlos restringiendo el poder, la autoridad del marido ; dando más ámplios derechos á la mujer , y reconociendo en ella la ley, el carácter y la dignidad que ántes tan sólo tenía en las costumbres; vimos cómo nació el sistema dotal, para reemplazar á la *conventio in mano*; y ocioso me parece, por consiguiente, el describir de nuevo esa época de transicion : baste recordar el modo como expliqué la formacion del régimen dotal [1].

Un dia, Paulo Emilio y Tito Quinto Flaminio encontraron en los campos de batalla á una matrona vestida de blanco lino, coronada de verbena, llevando en sus manos una lira y los atributos todos de las artes; al oir el estruendo terrible del combate, al contemplar el furioso pelear de los romanos, habia caido acongojada al suelo ; los legionarios la levantaron con asombro sobre sus escudos, y entre estrepitosas aclamaciones de júbilo y de alegría la subieron en triunfo al Capitolio. Esa mujer era la Grecia : parecida á una heteria, venía á seducir con sus encantos el rudo corazon de los guerreros vencedores del mundo, y á arrancar de sus manos, por medio de la idea y de la superior cultura, por medio de la corrupcion y de las intrigas, el lauro conquistado en el furor de los combates.

---

1 Véase la parte primera, cap. IX.

Grecia y Roma se abrazaron como hermanas en las alturas del Capitolio, y en medio de las solemnidades de los juegos ístmicos, el latino Saturno se casó con la griega Rea, el etrusco Jano desapareció de los altares cediéndoselo todo á Diana. Pero con ese abrazo, Grecia perdió su libertad, y Roma su originalidad, su carácter, su genio, sus costumbres, sus ideas propias. El elemento oriental huyó entónces despavorido de la ciudad eterna, y el genio helénico mandó destruir en el acto los templos de Isis y Serapis; y como los tímidos plebeyos no se atreviesen á poner sus manos en obra tan sacrílega, él mismo derribó á hachazos las puertas del santuario de las divinidades orientales [1].

Al poco tiempo de haber llegado á Roma la Grecia vencida, empiezan ya á gangrenarse con espantosa disolucion las costumbres del pueblo romano: los cónsules descubren aterrados que las antiguas iniciaciones de Baco, practicadas con grave solemnidad por los sacerdotes etruscos, se han convertido en reiteradas y escandalosas orgías, donde se perpetran los más horrendos crímenes. Se colocan guardias á la entrada de la ciudad y á orillas del Tíber; y cuando reina por todas partes oscuridad profunda y sepulcral silencio, ven éstos salir hombres y mujeres mezclados en tropel, que encienden lúgubres

---

1 En el año 534 de Roma decretó el Senado que se demoliesen os templos de Isis y Serapis, y como ningun ciudadano se atreviese á poner la mano en esta obra profana, L. Emilio Paulo dió el primer hachazo en sus impostas.

antorchas, corren de un lado y de otro en confuso desórden apagando de cuando en cuando la luz de sus hachas en las aguas del rio, y entregándose á increibles excesos de voluptuosidad y de lascivia. El que no quiere tomar parte en tales infamias se siente agarrado por una fuerza invisible y lanzado instantáneamente á profundos, insondables, misteriosos abismos. En medio de aquella atmósfera de báquicos vapores; entre los rayos de la trémula y vacilante luz de las antorchas, entre los gritos y delirios de la embriaguez, se cometen estupros, asesinatos, violaciones, envenenamientos, incestos, monstruosidades horribles, abominaciones nefandas que la historia debe olvidar por pudor. Los guardias denuncian á los cónsules los crímenes que han visto perpetrar y resultan siete mil iniciados tan sólo en Roma, é innumerables afiliados en el resto de Italia.

Poco despues en aquella misma ciudad, donde habian sido hasta entónces tan patriarcales las costumbres, fueron convictas ciento sesenta mujeres de haber envenenado á sus maridos, para satisfacer sus pasiones en los abrazos de otros amantes; se erigió un templo á Vénus tan sólo con las multas impuestas á las damas romanas culpadas de haber violado la fe conyugal, y las matronas se llenaron de indignacion y se estremecieron de ira al sentir la tiranía y la opresion marital consentida por las leyes; al ver á un marido comerciar legalmente con el pudor y la honra de su esposa; y al ver, en fin, á una de sus compañeras repudiada é infamemente maltratada por el capricho y los perversos instintos de su esposo,

que al mismo tiempo invocaba la sancion de la ley para legitimar su delito y justificar sus crueldades.

Desde aquel dia la mujer olvidó su antigua dignidad, se entregó sin reserva al lujo y á la vida desordenada de la corrompida sociedad helénica [1]. En vano intentaron los legisladores poner freno á su licencia; al saber las disposiciones de la primera ley suntuaria, las matronas, sobrecogidas de frenético furor, convertidas en furiosas ménades, despreciando las leyes del pudor, recorrieron en tumulto las calles de la ciudad, y entre mil desvergonzadas imprecaciones, amenazaron al pueblo romano con dejar de ser madres. Desde aquel dia penetraba la corrupcion y la inmoralidad entre los descendientes de los Fabricios y de los Cincinnatos; los vicios helénicos invadian el Lacio, y el eco de las escandalosas orgías de Aténas y de Corinto retumbaba á orillas del Tíber: se inauguraban los tiempos de la Roma imperial.

En cuanto los romanos empezaron á conocer el desenfreno del Ática, se precipitaron en sus brazos con toda la furia con que el brutal guerrero busca el deleite despues de largos años de privaciones y sufrimientos; y, con rapidez asombrosa, pasaron de una vida pura y honesta á la disolucion más espantosa que recuerde la historia. La inmoralidad y el vicio hicieron entre ellos tan grandes estragos, porque nunca es tan rápido su contagio como cuando invaden un campamento, y porque en

---

1 «Docentur prestigias inhonestas, eunt in ludum histrionum, in ludum psallatorium, inter cinaedos vírgenes.» MACROBIO.

Roma el secreto del hogar doméstico no se hallaba rodeado, como en Grecia, de los celosos cuidados del legislador para que en él no penetrára el contagio. Así es que apénas cundió la corrupcion en el Lacio, su primer efecto fué transformar por completo el santuario doméstico. La mansion del pudor se convirtió en el lugar predilecto de la orgía; desapareció el atrio sencillo y majestuoso de los primeros tiempos: ya no existió en él el sagrado tálamo nupcial, ni ardió el fuego del altar de los lares, y hasta las humildes sombras de los antepasados huyeron llenas de espanto. Ahora el atrio es un patio inmenso cubierto de flores, refrescado por amenas fuentes y lleno del lujo de Oriente. En lugar de las imágenes de cera de los antepasados, brillan en derredor hermosos y delicados bustos de mármol, de bronce ó de plata, comprados recientemente en el estudio de un afamado artista griego. Allí acuden, mañana y tarde, presurosos clientes á saludar al patrono y halagar su vano orgullo con necias palabras y desmedidas alabanzas. Y la matrona, que ántes se dedicaba tranquila y silenciosa á sus trabajos de rueca y lanzadera, consume ahora las horas del dia realzando su hermosura con los afeites del tocador y clavando con rabia su agudo estilete en el desnudo pecho de las esclavas, cuando, al mirarse en resplandeciente espejo de bruñida plata, cree descubrir en su rostro algun defecto de la naturaleza ó alguna belleza mal adornada. Despues sale triunfante por la vía pública, y rodeada de esclavos y de admiradores se dirige á casa de su amante, y ante él olvida su dignidad, desprecia todas

las virtudes del alma, que son el primer realce de los encantos del cuerpo, y arroja sin pudor el traje de blanca y finísima lana adornado con franjas de oro y púrpura, del cual se valia para fascinar los sentidos, en las termas, en el foro, en los paseos, en el circo, dejando entrever al traves de sus anchos y majestuosos pliegues las vagas é indefinidas formas de ocultos atractivos.

Únicamente la cortesana comerciaba en Aténas con su hermosura; las demas mujeres, encerradas en el gineceo, pasaban una existencia triste, lánguida y monótona, si se quiere, pero al mismo tiempo vivian virtuosas y cumplian siempre el sagrado deber de fidelidad conyugal. En Roma, la matrona, por el contrario, no conoce freno para sus pasiones, se entrega ebria de placer á los brazos de innumerables amantes: sacrifica su pudor para conseguir una intriga; intriga para satisfacer su lascivia, y nunca se siente saciada en su sed ardiente de deleite: delira en las lupercales, se cubre de oprobio en las bacanales, ó bien echa sobre sus hombros un manto de encendido color de púrpura, para que los jóvenes la confundan con las meretrices: y recorre sola durante la noche los lugares consagrados al vicio y á la infamia, excitando los deseos del transeunte con lúbricos ademanes y obscenos propósitos: y lleva su degradacion hasta el punto de proteger á las cortesanas que corrompen á sus maridos, de cederles sin repugnancia un lugar en su aposento, y de no avergonzarse siquiera del más horrible adulterio y del incesto más nefando.

El griego, áun en el seno de la inmoralidad más ab-

yecta, respetó el santuario doméstico; rara vez manchó con el desenfreno de brutales pasiones la morada de su esposa y el sitio donde sus hijos tuvieron su cuna. Pero el romano busca, al contrario, con preferencia el secreto del hogar para celebrar sus más escandalosas abominaciones. Convida á los amigos á suntuoso banquete, bien sea para celebrar la abundante cosecha, para dar gracias á los dioses por la venida de un amigo ó de un pariente, ó bien por cualquier otro vano pretexto. La sala del festin está preparada con increible riqueza: preciosos tejidos, teñidos de doble púrpura, tapices de Asia, alfombras de Persia, telas del país de los Seres cubren las paredes y el suelo, y se extienden majestuosos por cima de la mesa del convite; enormes ánforas de oro despiden con profusion suavísimos y variados aromas; la fragancia de las flores y las nubes de incienso y de la mirra, los blandos y voluptuosos lechos, cubiertos de rosas, de violetas, de nardo, de amaranto, predisponen los cuerpos á la sensualidad y al placer impuro. Los convidados se echan de tres en tres en los *triclinium*, cubren sus frentes con coronas de flores, y empieza el banquete. Se suceden los suculentos manjares: monstruosas murenas, que el paladar halla exquisitas, porque fueron cebadas con carne humana; aves de hermoso canto y de bellísimas plumas, esturiones del Po, jabalíes de la Umbría, salmones del Adriático, caza escogida de las selvas de Numidia, se reemplazan unos á otros y apénas bastan para saciar la voracidad de los convidados. Miéntras tanto, pasan de mano en mano profundas y anchurosas co-

pas, llenas de añejo Falerno, y de renombrados licores traidos de los últimos confines del mundo; para dar mayor precio á la bebida, la matrona ha disuelto en ella las perlas que su esposo le trajo de Oriente. Los delicados aromas, las exquisitas viandas, los repetidos manjares, las evaporaciones del Quio y del Falerno no tardan en extraviar la razon de los comensales, y todos divagan poseidos por el delirio de la embriaguez; unen los unos sus descompasados gritos á la voz de los cantantes y de las bayaderas; los otros se levantan de su lecho, y exaltados los ojos con la fiebre del desenfreno, se dirigen frenéticos hácia una elegante bayadera, que agitando su hermoso flexible talle al compas de regalada armonía, excita con sus descubiertos encantos el fuego de las pasiones; se arrastran á cada instante por los suelos, y se mueven con pena sostenidos por los *epulones*, parásitos que recogen con avidez las sobras del festin y componen las coronas caidas de las embriagadas cabezas. Para entretener á los convidados, en lugar de grotescos mímicos, se presenta allí de repente una compañía de gladiadores, desenvainan las espadas, agitan los dardos, las mazas, emprenden reñida lucha, y salpican con su sangre los rostros de los espectadores, los soberbios tapices y los suculentos manjares. Al ver correr la sangre, el delirio de los comensales alcanza su grado extremo, corren de lecho en lecho, se abrazan, se atropellan y yacen en confuso desórden en los brazos de las cortesanas, de las matronas ó de los bardajes, buscando la satisfaccion de su lascivia con voraz ansiedad, hasta que el letargo del placer

embote sus sentidos y los deje convulsos y casi sin vida.

Orgías como las de los banquetes romanos nunca existieron en el mundo; ni áun los mismos festines de Babilonia llegaron al extremado desenfreno de la mesa de los Césares y de los potentados de la ciudad eterna. La corrupcion empezó en Roma por el hogar; y en Grecia, por el contrario, apénas pudo invadir el secreto del gineceo. Á diferencia de la mujer griega, la virtuosa matrona del antiguo atrio latino perdió su pudor sin salir de su aposento; en el mismo santuario de los lares encontró su propia infamia. Y fué, porque con las instituciones helénicas la esposa esclava en el gineceo no podia dar rienda suelta á sus pasiones ni seguir los impulsos de livianos deseos; miéntras que en Roma, al salir libremente á la vía pública, se veia rodeada de amorosas intrigas y de innumerables depravados admiradores, que con seductores halagos la impelian con fuerza irresistible á la infidelidad conyugal y al adulterio. Y la mujer que perdió su pudor sin acordarse del cariño de su esposo y del amor de sus hijos, es peor que la más escandalosa de las cortesanas: infame por lascivia y no por necesidad, tiñe su rostro de sangre humana, para olvidar toda vergüenza, y perpetra sin reparo los crímenes más horrendos que pueden manchar la conciencia humana: el robo, el asesinato, el estupro, el incesto, el parricidio, crímenes nefandos que parecen áun más monstruosos cuando se piensa que los perpetró la crueldad de una mujer y que fueron ideados por un corazon nacido únicamente para amar.

Así se explican las abominaciones de una Mesalina y de una Agripina; así se comprende cómo pudo existir una mujer tan depravada como la hija de aquel Flacco, cuyos crímenes mancharon la noble causa de los Gracos, la infame Flavia, que no se horrorizó de verse cubierta de la sangre de sus siervos, de sus amigos y de sus enemigos, de sus amantes y de sus maridos; que impávida presenció, sentada en su tienda, la matanza de trescientos oficiales mandados pasar á cuchillo por su esposo Marco Antonio; que profanó con sus manos la cabeza de Ciceron, y que sin rubor se deleitaba en las caricias de los tribunos, de los soldados, de los gladiadores y de los esclavos.

En la suntuosa morada del patricio romano, cada sala, cada aposento está manchado con las huellas de algun crímen nefando. En el palacio de la familia Julia se halla el subterráneo donde fué asesinado Gayo, y el calabozo donde murió de hambre Druso, rasgando con rabia las telas de su cama, comiendo de desesperacion la borra de sus colchones y profiriendo imprecaciones horribles contra su imperial asesino, imprecaciones que luégo debia repetir Tiberio en el Senado para divertir á los padres de la patria. En este regio salon, dedicado á Apolo, fué donde cayó como herido de un rayo Británico envenenado; en la extremidad de aquella prolongada galería está el gabinete donde Agripina intentó el incesto de su propio hijo; y á un lado del palacio, entre floridos y amenos verjeles, se encuentra el sitio donde Neron escudriñó con cruel indiferencia el cadáver de su propia

madre. Á cada paso encontramos en la ciudad algun palacio patricio, donde los miembros de una familia se dieron muerte unos á otros para acelerar la viudez, para adquirir cuanto ántes la herencia, para satisfacer los caprichos de una cortesana ó los depravados instintos de un amante. Todo opulento palacio tiene al lado de sus salones el laboratorio de la muerte, lleno de filtros, de venenos, de instrumentos mágicos y de terribles aparatos de tormento con que llevar á cabo venganzas privadas, evitar las mujeres con el aborto los dolores del parto, enamorar algun jóven patricio, ó bien precipitar en el silencio eterno de la tumba al sospechoso confidente, depositario del secreto de algun crímen.

No se crea, sin embargo, que por ser tan grande la corrupcion de las matronas, no tenian las cortesanas el orgullo y la opulencia de Aténas y de Corinto; en Roma imperaba la meretriz Actea y reinaba la cortesana Popea, del mismo modo que en Grecia dominaban y gobernaban á su antojo Frine y Aspasia, diosas vivas, adoradas en los altares. No poseian, tal vez, la exquisita cultura de la heteria griega; pero, en cambio, eran más lúbricos sus ademanes y más obscenas sus caricias; y por imitar á los filósofos griegos, en sus brazos buscaban la tranquilidad y el sosiego los eminentes repúblicos, los tribunos, los oradores, los cónsules, los censores y los Césares. Alegre y descarada caminaba por las calles, lanzando á diestra y siniestra estudiadas miradas, llenas del arte de seducir á los sentidos; su paso rápido y vivo, los variados colores de su corto vestido llama-

ban de léjos la atencion de las gentes; y si por allí pasaba algun afeminado jóven, cubierto de joyas y de afeites, las mujeres ancianas que la acompañaban como expertas Mentoras del vicio, se apartaban al instante, para que tambien pudieran cautivarle con la seduccion de la palabra. De allí, ambos iban juntos al concurrido paseo de la vía Apia; y miéntras las matronas se hacian llevar majestuosamente en ricas literas orientales, y su marcha lenta y majestuosa permitia á los jóvenes esclavos el dar á su rostro suave brisa con redondos abanicos de brillantes matizadas plumas, la cortesana, colocada á la derecha de su amante, guiaba ella misma los corceles de su carro, atravesaba corriendo el paseo con aire de triunfo y de conquistadora, recibia afectuosa los saludos de patricios y senadores, y al entrar en su casa se veia rodeada de las primeras dignidades del Estado, que venian á buscar en su trato el solaz de los tumultos políticos y el consuelo de otros desgraciados amores.

Tan monstruosa corrupcion debió necesariamente producir una alteracion profunda en las leyes, en las instituciones y en la condicion social de la mujer; debió hacer pensar al legislador en la imperfeccion de los decretos que permitian tales abusos [1]; y asustar al Senado y á los cónsules con la terrible amenaza de la próxima in-

[1] Con profunda sabiduría observa Tito-Livio: «Sicut ante morbos cognitos esse oportet quam remedia eorum, sic cupiditates prius natae sunt quam leges quae iis modum facerent» Tito-Livio, XXXIV, 14.

evitable ruina de una república sin virtud, sin pudor, sin familia, sin hogar; en una palabra, debió producir fatalmente una verdadera revolucion en el derecho.

Desde luégo la ley imperfecta é injusta, miéntras fueron las costumbres patriarcales, se moraliza y se perfecciona en el momento en que la corrupcion invade la vida pública y la vida privada; castiga el delito allí donde lo encuentra; protege al esclavo contra su dueño, al hijo contra su padre, á la mujer contra su marido; dicta penas graves contra el adulterio, persigue con furor á los célibes disolutos, y recompensa con generosidad al virtuoso padre de familias, que se ve rodeado en el hogar de los numerosos frutos de sus legítimos amores [1]. Antes los vínculos del parentesco civil eran sobrepuestos á los del parentesco natural; ahora se atiende más al parentesco de la sangre, empieza á oirse la voz de la naturaleza, desaparece el *strictum jus* bajo los sucesivos progresos y las multiplicadas disposiciones del derecho pretorio y del *jus gentium*. El espíritu helénico, contrario á las antiguas fórmulas romanas, más justo y más equitativo que el genio del Lacio, invade la legislacion romana al mismo tiempo que las costumbres. Y así como en la moralidad de las costumbres sus resultados fueron funestos para la sociedad latina, engendrando en ella una corrupcion aún mayor que la del Ática y la

---

1 Véanse las leyes Apia, Cornelia, Petronia, Julia, Pappia Poppaea, las suntuarias y las acciones de dolo, metus, pauliana quaerela inoficiosi testamenti, etc.

de Corinto, en cambio sus consecuencias en la legislacion fueron benéficas y en extremo provechosas. Se refundió el genio de Solon en el genio legislativo del Lacio; y de esta sorprendente union nació el derecho romano, asombro del mundo y creacion más admirable aún que todas las conquistas del pueblo rey. El hálito de las ideas helénicas penetra en todas las instituciones, y todas las modifica y transforma. En la constitucion política obliga poco á poco al Senado á abrir sus puertas al tribuno y á todos los magistrados; el ejército, á todos los guerreros; las magistraturas, á todos los ciudadanos; la ciudadanía, á todos los pueblos. En la constitucion doméstica modifica la ley de las XII tablas; y por medio del edicto de los pretores crea poco á poco una expresion más justa del derecho comun, del derecho natural y del derecho de gentes, crea el verdadero derecho romano, que es como una transformacion del alma de Roma por las ideas helénicas. Ante él, la exagerada autoridad paterna y la desmedida autoridad marital tienen que renunciar á sus prerogativas en favor del Estado, que se convierte en tutor de la mujer y del incapacitado. Como en Grecia, el principio de la omnipotencia del Estado tiende á reemplazar los poderes domésticos con los poderes políticos; rompe los lazos de opresion que unen la mujer á su esposo, el hijo á su padre, y los sustituye con los vínculos de parentesco y de amparo que sobre ellos se arroga el Estado. La mujer sigue aún en tutela, está todavía oprimida por incapacidades civiles y políticas, pero ha cambiado de tutor: ahora lo es la

autoridad de la sociedad política, ántes lo era la autoridad de la sociedad doméstica.

El tribunal de familia tan benéfico en la primera época para la condicion social y la emancipacion de la mujer, resulta ya institucion decrépita: su autoridad puramente moral de nada sirve cuando la corrupcion de las costumbres desprecia la voz de la conciencia pública y ésta ya no existe; si pronuncia alguna sentencia, el delincuente convierte sus palabras en motivo de escarnio y se rie del impotente alarde de moralidad. Por lo tanto, para comunicar vida nueva al tribunal de familia, hubiera sido preciso darle fuerza coercitiva, hubiera sido indispensable que la autoridad política se encargára de hacer cumplir sus decisiones; de otro modo iba á perecer sin remedio y su autoridad pasar á otras manos. En este último sentido hubo, al fin, que hacer la reforma. Inspirándose en las tradiciones romanas, el legislador hubiera dado (como lo exigia la corrupcion de la época) fuerza legal y coercitiva á las decisiones del consejo de familia, para contrarestar de este modo la omnipotencia de los demas poderes domésticos. Pero, consultado el génio helénico, vió que esta institucion no existió en Grecia, y prefirió dejarla destruirse poco á poco por falta de vida y de autoridad propia, para que así todos los poderes sociales se refundieran en el Estado, poder único y supremo, orígen de toda autoridad política y doméstica [1].

[1] *Inst.*, 1, 8, pár. 2. — GAIO I., 53, pág. 19, D. XXIII, 2; —frag. 5, D. XLVIII, 9; frag. 5, D. XXXII, 12. — SUETONIO, *Claud.*, 25. —SPARTIAN., *Hadr.*, 18.

Tal preponderancia de las ideas helénicas tuvo por natural consecuencia el trasplantar al suelo del Lacio todas las causas de corrupcion que germinaban en la Grecia. En las sociedades formadas por Solon y Licurgo los principios comunistas destruian los afectos de familia, y con ellos el amor entre esposos. La misma causa produjo en Roma idénticos resultados: aquí tambien existieron monstruosas leyes contra el celibato; aquí tambien quiso el legislador multiplicar los enlaces conyugales por medio de la amenaza, del miedo y del sello de la infamia; y tan sólo consiguió crear una familia donde no existiera el amor, y donde á cada instante se despreciáran los más sagrados deberes, pues brotó en la mente de todos los ciudadanos la idea de cumplir los mandatos de la ley satisfaciendo al mismo tiempo las pasiones de los sentidos; y se multiplicaron los matrimonios de un dia; la mujer entregó su pudor al hombre que á la mañana siguiente habia de arrojarla de su tálamo, despues de haber saciado con sus caricias impuros é infames deseos; las pasiones del cuerpo reemplazaron á los afectos del alma; el vicio ocupó en la familia el lugar de la virtud, y nació la repugnante corrupcion romana, que destruye en el hombre los más nobles sentimientos y las virtudes más heroicas de su corazon y le deja reducido á la miserable condicion del bruto con refinados instintos de sensualidad y con insaciables deseos de materiales placeres, y hace de la mujer un sér cubierto de oprobio, monstruo de impureza creado únicamente para el deleite y para saciar los groseros apetitos del cuerpo.

La infraccion de la ley eterna de la indisolubilidad del matrimonio, el escandaloso abuso del divorcio fué, en efecto, la causa primera de la espantosa inmoralidad de la ciudad de los Césares, el vicio de los vicios de Roma, la lepra más horrible de aquella sociedad prostituida; fué la causa principal del profundo envilecimiento que allí tuvo la mujer durante los últimos años de la república y los funestos reinados de los emperadores. Porque la mujer que sin rubor comparte su tálamo con infinitos amantes, dándoles á todos el título de esposos, es una vil cortesana, que en vano se cubrirá del manto de la ley para disculpar sus crímenes [1]; y la sociedad por corrompida, por depravada que sea, le rendirá siempre los justos tributos de infamia y oprobio que se merecen sus vicios. La mujer que cuenta sus maridos por el número de cónsules, y mide sus años por el número de sus maridos, es y será siempre una meretriz; más aún, es la peor de las meretrices, no temo el repetirlo, porque habrá sacrificado su dignidad y su virtud por mera lascivia, miéntras que otras habrán cedido al crímen, obligadas quizás por las amarguras de la necesidad y las angustias de la miseria á saciar su hambre con el miserable bocado de pan recogido en el fango de la prostitucion. Y la mujer que no teme despojarse del pudor para satisfacer una pasion impura, no teme tampoco ni el anatema de sus progenitores, ni la maldicion de sus hijos, ni el despre-

---

[1] «*Quae nubit toties, non nubit: adultera lege est.*» MARCIAL, *Epig*, lib. VI, 7.

cio de la sociedad, y es capaz de los delitos más infames y de los crímenes más atroces: que no hay nada que la envilezca tanto y degrade en la tierra como la falta del pudor, la iniquidad del desenfreno y el hálito ponzoñoso de torpes y livianos desórdenes [1]. Así se comprende cómo las matronas romanas no se avergonzaron de verse manchadas con la sangre de tantos crímenes, no se horrorizaron de su increible perversidad y de la ferocidad de sus sanguinarios instintos, no se estremecieron de su horrenda degradacion. Y degradada la mujer, alma de la familia, desaparecieron tambien las virtudes domésticas [2]. Vivieron entónces los romanos en suntuosos palacios; pero les faltó el puro ambiente del hogar y el cielo claro, sereno de los tiernos sentimientos de familia; y la sociedad, rodeada de deleites, pero falta de amor, se encenagó en la ignominia del vicio, acelerando con su corrupcion la vejez prematura de una vida relajada y la horrible agonía de un coloso que se agita convulsivo en violentos accesos de rabia al ver que, en la época más hermosa y brillante de su vida, los placeres que royeron sus fuerzas quieren sepultarle para siempre bajo la fria losa del sepulcro.

Sí: el adulterio legal del divorcio, consentido por los legisladores, fué, no puede dudarse, la lepra más gran-

---

[1] «Nullam adulteram non eandem esse beneficam», dice QUINTILIANO, V, XI, 39.

[2] Véase lo que dicen sobre esto TITO-LIVIO, XXXIV, 1, 8, y SÉNECA, *De Constanc. Sapien.*, 14.

de de la corrupcion romana: infamando á la mujer, destruyendo la famila, preparó la sociedad para recibir el yugo infame de un Tiberio, sediento de sangre como un trigre de Numidia; de un Neron, incendiario de Roma y asesino de su propia madre; de un Claudio, imbécil, que pasa los dias de su reinado contemplando con sardónica risa la lucha de los gladiadores, vertiendo su sangre en el circo, para que la beba con sed ardiente una sociedad epiléptica por el abuso del placer. El divorcio, porque prostituyó y degradó el matrimonio, la familia y la sociedad, fué quien envileció la dignidad de la mujer y al mismo tiempo la dignidad del hombre, fué quien arrancó del corazon de los romanos todo sentimiento de afecto, de honor, de virtud, quien infiltró la servidumbre en las venas del pueblo rey, y quien le acostumbró á doblegarse servilmente ante los caprichos del fastuoso Heliogábalo, del cínico y grosero Vitelio, devorador, en su mesa imperial, de todas las rentas del imperio, y ante los estúpidos decretos del loco Calígula, que daba á su caballo la dignidad más alta de los tiempos de la república, la dignidad suprema, cuyos fastos servian para redactar la historia oficial de Roma y conservar la eterna memoria de las insignes glorias nacionales. El divorcio fué quien, llamándole al embrutecimiento del deleite, le enseñó á postrarse de hinojos á los piés de crueles y sanguinarios emperadores, cuya razon se extraviaba en las alturas del trono con el veneno del despotismo y con el espectáculo de la increible depravacion del pueblo. La matrona, con el divorcio, se convertia en

prostituta; y Roma tambien, despojada por el divorcio de todas las virtudes domésticas, se entregaba por un puñado de oro, como liviana meretriz, á los pueblos y á los reyes.

Contemplad aquella sociedad, y veréis por todas partes el deleite, la orgía, el vino que rebosa en el ancho cráter, la embriaguez, el desórden, el estupro, el adulterio, el incesto; y en ningun lado el amor, la virtud, el consuelo, la esperanza, la familia. Los soberbios patricios pasan la vida en la embriaguez de sus cenas, satisfaciendo sus locos y obscenos apetitos, con desbordado libertinaje; el filósofo es un servil adulador, un disoluto epicúreo, ó bien un demente con la duda en la inteligencia y la desesperacion en el pecho, que maldice de su existencia y se clava en el corazon el puñal del suicidio; el pueblo, un esclavo, un parásito que recoge la sobras de la mesa del rico, un cortesano de los magnates, que se arrastra en el polvo, tendiendo la esportula en la vía pública y aullando en el circo con frenético entusiasmo; y Roma entera vive en orgía eterna, infinita, prostituida por estúpidos emperadores, por histriones, por gladiadores, por cortesanas, por sórdida y feroz soldadesca, abofeteada y escarnecida por todos los pueblos del mundo. Y en medio del ruido de las copas que chocan, de los cánticos y de las libaciones de los festines, de los alaridos de la bacanal, oiréis el clamor de los bárbaros que avanzan sobre su ensangrentado carro de guerra, destruyendo legiones y cubriendo los campos de desolacion y de amontonados cadáveres; oiréis el estrépito

del imperio que se desploma, y el estertor que los pueblos que mueren; oiréis el anatema del esclavo que, puesto en pié sobre sus cadenas y extendiendo sus manos hácia la ciudad de los Césares, maldice para siempre aquel antro de opresion y de servidumbre; oiréis el anatema del gladiador que, levantándose, como sombra del sepulcro, de entre los coágulos de sangre y los mutilados cuerpos del espoliario, vaga inquieto en las horas de la noche por la desierta arena del circo, recoge á sus piés la destrozada espada de un compañero, y dirigiéndola á cada instante contra Roma, maldice tambien con terrible furor el nombre de aquella ciudad, ebria de iniquidad y de crueles y brutales placeres; oiréis el anatema eterno de la historia, que, presentándose en Tácito como fantasma de la conciencia, llama sobre la envilecida imperial opresora de las naciones, las iras de la Justicia divina, la execracion de las gentes, el desprecio de los pueblos; — y estallará por fin la maldicion de los cielos, el anatema de la Providencia, que para castigar aquella sociedad que despreció los puros afectos de familia por los desórdenes de la orgía, el inefable amor de una esposa por las caricias obscenas de la cortesana, la virtud por el deleite, los goces del alma por los placeres del cuerpo, la precipitará en pavorosa decadencia, atormentando su espíritu con las angustias de la desesperacion, con el contínuo horror de los abiertos abismos de la muerte, llenos de aterradora oscurridad y fétida pesadumbre; y destruirá su cuerpo, dando por pasto á los gusanos del deleite sus carnes desgarradas por la asquerosa llaga del vicio.

Sobre todas las leyes humanas hay otra ley suprema, invariable, inalterable, eterna, que Dios ha escrito con caractéres de fuego en el corazon del hombre y en la conciencia de la humanidad. Quien falta á esta ley, quien infringe sus preceptos, se hace acreedor á terrible castigo; podrán quizás no perseguirle los hombres, pero sí pesará sobre su cobeza el anatema de la justicia absoluta; y llegará, con seguridad, un dia en que, en vida ó en muerte, expie su delito en el seno del dolor y del tormento. Esta ley eterna nos dice que es el matrimonio indisoluble, y ántes nos obligan sus preceptos que los de las leyes humanas: por lo tanto, si practicamos el divorcio, ante ella serémos culpados, y de nuestro crímen será tambien responsable el legislador que lo consintió en sus leyes escritas, será responsable el pueblo que lo admitió en sus costumbres; y el legislador, el pueblo y el delincuente expiarán sus culpas ante el tribunal de la Justicia suprema. Téngase, si no, presente el ejemplo de la sociedad romana. El divorcio, permitido por las leyes y convertido en escandaloso abuso por las costumbres, engendró allí la corrupcion más espantosa que recuerda la historia; degradó al hombre, envileció á las matronas y con su infamia hundió á la familia, y destruyó así en la sociedad todo elemento de vida y de progreso; acostumbró al pueblo á olvidar la libertad y la virtud, con tal que saciáran sus apetitos, y convirtió el grito heroico del antiguo plebeyo, clamando por sus derechos civiles y políticos, en el clamor de una muchedumbre cubierta de oprobio, que en lugar de libertad, de gloriosos triun-

fos y de inmortales laureles, pide con furor al guerrero triunfador, al Senado, al patriciado y á los Césares un bocado de pan para pasar el dia ocioso, y un combate en el circo para entretener sus ocios viendo correr sangre humana.

Hizo en Roma el divorcio mayores estragos que en Grecia, porque en la ciudad de Rómulo sorprendió á la mujer con mayor libertad para entregarse á la licencia. En el Ática, ponia el legislador en sus manos el acta de divorcio ; pero la opresion que sobre ella ejercia su esposo hacía inútiles en sus manos los derechos que le concedian las leyes. Era allí el divorcio un hecho raro, rarísimo, porque el marido, á su vez, preferia satisfacer sus pasiones por medio del concubinato, sin recurrir al extremo odioso de la ruptura eterna é irreparable del vínculo matrimonial. En Roma, por el contrario, la mujer podia divorciarse libremente de su esposo, podia llevar en cualquier tiempo el acta de divorcio ante el magistrado, porque le era lícito salir libremente á la vía pública é igualar en el escándalo de su inmoralidad al jóven más disoluto y depravado; al marido nada le importaba por su lado el separarse de una esposa que para él no tenía, como la mujer helénica, el encanto de la fidelidad ; al contrario, él mismo la cedia sin reparo al primer amante que quisiera decirse su marido [1], y usaba con frecuen-

[1] Tiberius Neron, para satisfacer la pasion adúltera del emperador Augusto, se divorció de Livia, con la cual contrajo al instante matrimonio el Emperador á pesar de encontrarse ella en el

cia á un mismo tiempo del concubinato y del divorcio. De aquí el que se multiplicáran los divorcios de una manera increible; el menor motivo, el más vano pretexto bastó para quedar disuelto el vínculo matrimonial. C. Sulpicio Galo se separa de su esposa porque sale á la vía pública con la cabeza descubierta; Paulo Emilio hace lo mismo con la suya, porque tal es su capricho; Sila, el que promulgó las leyes sobre la castidad y buenas costumbres, se degrada y prostituye en toda clase de infamias, repudia á su esposa Metella porque está enferma y podrán sus lamentos turbar la alegría de su casa el dia de las fiestas de Hércules; para adular á este dictador, Pompeyo repudia á su esposa Antistia y con-

---

sexto mes de su embarazo... «*cupidine formae, marito aufert; incertum an invitam; adeo properus, ut ne spatio quidem ad enitendum dato, penatibus suis gravidam induxerit.*» TÁCITO, *Annal.*, lib. I, c. X; lib. V, c. I. Burlándose de esto decia la sátira popular, cuando á los tres meses de casada con Augusto tuvo Livia su hijo: τοίς ειτυχουσὶ καὶ τριμηνα παιδὶα. Verdad es que aparentó Augusto tener algunos escrúpulos, y consultó por ello á los pontífices, pero á nadie se le ocultaba la significacion de aquella consulta; bien lo da á entender Tácito «*et consulti* PER LUDIBRIUM *pontifices, an concepto, nec dum edito partus, rite nuberent.*» TÁCITO, *Annal*, lib. I, c. X.

Para disculpar tan infames escándalos con la sancion de la legalidad, se invocaba la antigua ficcion legal que equiparaba la autoridad marital á la patria potestad; se decia que la esposa *in manu* tenía en la familia, con relacion á su marido, la condicion de hija, *filiae loco habebat*, y que su esposo tenía por lo tanto sobre ella todos los derechos de la patria potestad, entre los cuales estaban los de dar á la hija una dote y un marido, si así lo queria el padre.

trae matrimonio con Emilia, la hija de Sila, con Emilia, que acaba de divorciarse de Gabrion y está á punto de tener un hijo de su primer esposo; Caton de Utica cede su mujer á Hortensius, y á la muerte de éste, viéndola ya rica, vuelve á casarse con ella, lo cual hace decir á César que habia prestado su mujer jóven y hermosa para tomarla luégo poderosa y risa; Ciceron repudia á Terencia, porque necesita una nueva dote para poder pagar sus deudas; C. Tinitio de Minturno se une en conyugal consorcio con la disoluta Fannia, para repudiarla luégo como impúdica y disfrutar de su dote; César tiene tres mujeres, Pompeyo cuatro, otras tantas Augusto, y cada uno de los miembros de su familia comparte su tálamo nupcial con seis mujeres legítimas por lo ménos. No describamos las abominaciones que perpetró César, marido de todas la mujeres y esposo de todas las mujeres. El divorcio, el adulterio no se consideran ya ni como mal ni como crímen en la sociedad. Todos los dias las matronas se entregan á ellos con furor, con insaciable desenfreno; se divorcian para volverse á casar, se casan [1] para divorciar; abandonan á su marido, arrancándole los bienes dotales y buscando con ellos segundo amante [2]; estiman el adulterio como un segundo matrimonio cuando uno sólo es su cómplice en el delito [3]. Los

1 SÉNECA, *De beneficiis*, lib. III, cap. XVI.
2 CICERON, *Epist. ad familiares*, VIII, 7.
3 SÉNECA, *De beneficiis*, lib. III, c. XVI.

más ilustres patricios se casan con meretrices, que en su infame oficio adquirieron cuantiosos bienes, para luégó ganar su dote con el pretexto de verse obligados á repudiarlas por su depravada conducta [1]. Las matronas á su vez se inscriben en las listas de meretrices para eludir las penas que dicta la ley contra el adulterio. Con razon decia Federico Schelegel que los romanos eran gigantes hasta en la depravacion de las costumbres; y que la desenfrenada licencia de los griegos, comparada con la del imperio romano, no parece más que el primer paso de un jóven en la pendiente de la corrupcion.

Monstruosa, gigantesca, torpe, liviana y obscena como ninguna, la corrupcion romana invade principalmente el asilo doméstico y hace en él sus mayores estragos. Rompe para la esposa los lazos de esclavitud que ántes la sujetaban en el misterio del gineceo; pero en vez de libertad le da el desenfreno de la lascivia, y de esclava la convierte en cortesana. Durante los tiempos del Imperio alcanzó la matrona el más alto grado de emancipacion que podia conseguir por medio del paganismo: tuvo ilimitada libertad, hasta el punto de poderse confundir impunemente con las meretrices; pero le faltó la virtud, y la libertad sin virtud es la licencia. Su emancipacion, por lo tanto, no pudo ser completa, porque no pudo hermanarse con su dignidad, y le faltó así el más puro y bello de sus adornos, le faltó la virtud, alma

---

1 PLUTARCO, *Vida de Mario*, LXIX.—VALERIO MÁXIMO, lib. VIII, c. II, 3.

de su hermosura y belleza de su alma. Ningun pueblo de la antigüedad supo reconocer en la compañera del hombre el encanto inefable de su amor, que para existir en la tierra necesita á un mismo tiempo respirar el dulce aroma de la virtud y el aire puro de la libertad. Al Cristianismo le estaba reservado el triunfo definitivo; debia brillar la luz del Evangelio ántes que la mujer recobrase, al fin, el perdido cetro de su dignidad.

En Roma como en Grecia, la condicion social de la mujer se establece sobre el cimiento de las ideas paganas; así es que por más que entre ambas sociedades hayamos encontrado numerosas y notables diferencias, su fondo permanece siempre el mismo. Ambas deben considerarse como expresiones distintas de un mismo principio; en la historia del paganismo va envuelta la historia de sus instituciones, de sus costumbres, de su vida social y de su vida privada. Al hacer la historia de la condicion social de la mujer en Grecia y en Roma, no he hecho, por lo tanto, más que pintar la condicion social de nuestra compañera en los dias del paganismo.

Y por los tiempos que voy historiando, el paganismo lanzaba su postrer gemido. La razon se habia divorciado de los altares de los ídolos, y vagaba por la tierra en pos de nuevos dogmas de lo infinito que llenáran los abismos de la conciencia. Al abrazarse los pueblos á los marmóreos cuerpos de sus divinidades, se sentian sobrecogidos por el frio glacial de la muerte. La naturaleza perdia su armonía, su voz, su vida, su poesía; el

amor apartaba con horror los ojos de las bacanales y de las orgías, y buscaba en la tranquila retirada soledad las ilusiones y los ensueños del alma en lugar de los placeres y de los delirios de los sentidos. El hombre, hastiado de materiales placeres y de impuras liviandades, suspiraba tambien por la dulce alegría de los verdaderos afectos del hogar doméstico; la mujer se avergonzaba de su propia ignominia; y la sociedad moribunda sentia en su espíritu indefinible tristeza, lánguida melancolía, porque ni al pié del ara de los ídolos ni en el escándalo de las orgías hallaba su felicidad. Entónces, entre las ruinas de los templos, entre el polvo de los ídolos caidos, entre los soplos del huracan que dispersaba á los dioses del Olimpo, apareció un mito poético, conmovedor, admirable, lleno de esperanzas, que era como la viva personificacion de la conciencia humana, abandonando los dioses de la naturaleza para elevarse hasta el único Dios, el Dios del espíritu; la personificacion de la conciencia humana, renunciando para siempre á las pasiones del cuerpo para recrearse en los puros amores del alma; la personificacion de la conciencia humana clamando, en fin, por otro nuevo ideal que devolviera al corazon los afectos de familia, á la mujer su verdadera dignidad y al hombre los encantos del hogar no profanado.

Una vírgen pura, hermosa, ideal, se ha presentado ante los hombres; tan singular en su belleza, que todos creen ver en ella un nuevo fruto de los secretos y misteriosos amores de la tierra con los astros, ó bien una nueva divinidad, una nueva Vénus, nacida tambien entre

la blanca, argentada espuma de los mares, pero que se distingue de la antigua diosa, en que guarda todavía intacta en su pecho la flor sagrada de la virginidad. Corre válido este rumor por todas las naciones, se propaga por todas las gentes, cruza los mares, de las islas se extiende al continente, y el paganismo entero olvida el culto de Páfos, de Gnido, de Cytherea, arranca las guirnaldas, apaga el fuego de los sacrificios, retira las ofrendas de los altares de Vénus y se postra de hinojos á los piés de la pura y hermosa doncella.

Sin embargo, pasan los años, y en medio de tantos admiradores, Psíquis no ha encontrado un amante que pretendiera su mano; los oráculos han declarado no ha de hallar esposo en tierra, é interpretando la voluntad del destino, ordenan que, abandonada por sus padres, por sus hermanas, por sus amigos, por sus adoradores, allá en la inaccesible cumbre de un monte espere en la soledad la llegada de su prometido. Psíquis se resigna á su suerte, y el pueblo entero, arrasados los ojos en lágrimas, celebrando su himeneo con fúnebres exequias, la acompaña hasta la cumbre del monte, y la deja allí desmayada y exánime, en medio de profunda, silenciosa soledad. Pero de repente la vírgen se siente acariciada por los céfiros, cuyas ondas, cargadas de suaves aromas, de encantadoras esencias, dilatan los pliegues de su manto, tienden al viento su larga, rizada cabellera, y la arrastran por los aires como nacarada nube, como mágico ensueño, y despues de haberla mecido por la inmensidad de los espacios, la colocan con cariño sobre la blan-

da hierba de encantada y risueña pradera. La calma, la serenidad y la tranquila alegría vuelven entónces á reinar en el alma de la jóven, y embriagada la mente por doradas ilusiones, por dulces amorosos pensamientos, lleno el corazon de esperanzas infinitas, se entrega inocente á sosegado reposo.

Pero al despertar se ve en medio de suntuoso palacio, donde la voz armoniosa de mil invisibles espíritus la proclama reina y señora de aquella régia estancia. Se maravilla de tanto prodigio, no vuelve de su asombro; y cuando llega luégo la hora de la noche, extraviado el ánimo entre los ensueños y la realidad, se retira á su aposento, para meditar en el silencio de la oscuridad sobre los misterios de aquel dia. Mas de repente oye junto á ella un ruido suave, ligero; siente los acelerados latidos de otro corazon que el suyo; y se estremece en su castidad, teme perder la aureola de su inocencia primera, se agitan en tropel en su pecho las indefinibles inquietudes de vírgen; pero el misterioso amante la estrecha ya anhelante en sus brazos, y Psíquis, convertida en su esposa, le deja dormirse mansamente en su seno. La mañana siguiente, al abrir los ojos á los primeros albores de la aurora, la jóven se encontró sola en el lecho; el genio invisible habia abandonado la nupcial estancia. Corrió el dia, desapareció el sol en el ocaso; y Psíquis, sola de nuevo en medio de la oscuridad, siente que llega el esperado, recibe sus caricias, su fuego, aspira su aliento, palpa su frente, siente los brazos que la oprimen; pero no lo ve y quiere verlo; y ruborosa, confusa,

turbado el corazon, se arroja del lecho, corre á buscar la lámpara escondida y ve que es su amante el Amor mismo, y contempla su rostro, se baña en su hermosura, cubre de ardientes besos sus mejillas, y delirante de amor, se abandona insensata á loca alegría. Mas la lámpara traidora despierta á su divino amante; y éste, sorprendido, agita sus alas, se eleva en los espacios, y dejando á Psíquis sola en la tierra, va á perderse en los diáfanos arreboles de los cielos.

Psíquis, víctima de las iras de Vénus, agobiada de dolor y de tristeza, vagó largo tiempo por el mundo en busca de su misterioso amante. Los dioses al fin se apiadaron de ella; el Amor le tendió de nuevo su mano, se elevó tambien á las etéreas regiones de la inmortalidad, y al entrar en el Olimpo, Júpiter, ofreciéndole una copa de ambrosía, le dijo con paternal cariño: «Bebe, bebe, jóven, y vive inmortal entre nosotros.» Y las Musas cantaron un coro; un fauno arrancó armoniosos trinos de su flauta; un sátiro hizo resonar los quejidos del caramillo; Apolo, pulsando la lira, llenó de melodiosas vibraciones la morada de los dioses; Vénus movió su cuerpo en cadencioso ritmo, dejando impresas en las nubes las huellas de sus plantas: y entre las repetidas libaciones de las divinidades, entre la alegría de un festin, se celebraron las bodas de Psíquis con el Amor [1].

¿Quién no ve en el mito de Psíquis, πσυχος, el alma,

---

[1] Apuleyo, *Métamórfosis*, lib. IV, V, VI.

un emblema de aquella sociedad? Sociedad hastiada de impuros placeres, de materiales goces, y buscando fuera del mundo de la materia y de los sentidos el objeto de sus amorosas pasiones, de sus amorosos pensamientos. La humanidad, en los dias en que espiraba el paganismo, deseaba ver, como Psíquis, quién era el misterioso amante que imprimia sus labios en el alma, le inundaba de gozo el corazon, y envuelto en la mágica atmósfera de los sueños, venía todas las noches á dormirse mansamente en su regazo; como Psíquis, encendió la lámpara de su conciencia, y fluctuando entre el sueño y la realidad, vió que el misterioso amante era el Amor mismo, que en aquel instante se escapaba de su voluptuoso lecho y se perdia en los aires, trazando en el espacio luminosa estela, como para indicarle el camino de los cielos.

Despues de esta intuicion divina, el alma, la conciencia humana erró todavía algun tiempo por el mundo anhelando los abrazos de su deseado, hasta que fijó al fin las miradas en el cielo, y ambicionó para sus afectos la vida de la inmortalidad en vez de los placeres del momento; y realzando sus aspiraciones, ennobleciendo sus sentimientos, vivió al fin en el seno del Amor, en lugar de degradarse en los desórdenes de voluptuosos deleites. Cupido, al dar su mano á Psíquis, se despojó para siempre de sus funestas, desenfrenadas pasiones; y los adulterios, los estupros, los incestos y los demas crímenes nefandos que ántes sembraba por la tierra, fueron más raros en el mundo. El matrimonio verdadero

el himeneo de la belleza con el Amor, habia moralizado las sociedades.

Tenía, sin embargo, el paganismo gérmenes demasiado funestos para que ni áun bajo la forma de un mito pudiera crearse un ideal perfecto de la verdadera union conyugal. Así es que del himeneo de Psíquis con el Amor, nació la voluptuosidad, que, tendida en regalado lecho de flores, ardiente el rostro, lascivo el mirar, ofrece todavía á los hombres la copa de oro llena del veneno de sensuales placeres.

Psíquis representa en el Olimpo lo que Hipacia entre los hombres: el último suspiro del paganismo. Y así como Hipacia abandonó la tierra para hacer lugar á otro ideal más elevado que el suyo, al ideal de la mujer cristiana, así tambien Psíquis, herida por los rayos de luz de la Vírgen inmaculada del Cristianismo, desapareció de los cielos, como desaparecen en la tierra las sombras fantásticas de la noche cuando brillan los rayos de la luz del sol.

Pero todos estos mitos de Psíquis, todo este extraordinario afan de buscar en los dogmas, en los misterios, en las doctrinas filosóficas alguna idea más elevada, más alta con que consolar á la humanidad doliente del vacío profundo que siente en su conciencia; este instintivo afan de las sociedades, de apartar los ojos del Olimpo para dirigirlos hácia otras regiones más sublimes, hácia otro cielo más ideal y verdadero; esta mística exaltacion del paganismo, que quiere alargar su vida terrena idealizando sus ídolos, espiritualizando sus dogmas y despo-

jando á sus divinidades de las sensuales formas de la materia, para hacerlas vagar por el firmamento y elevarlas de astro en astro hasta perderse en el inmenso seno de lo infinito; estas fábulas, estas creaciones de una religion abismada en los misterios de la naturaleza, encenagada en el mundo de la materia, que suspira por encontrar algo misterioso, algo divino en la tierra, son delirios y ensueños producidos en la mente de una sociedad moribunda, por los dolores de la agonía: son los delirios y los ensueños que en la hora de la muerte asaltan nuestro espíritu, como misteriosas emanaciones y primeros presagios del mundo que existe más allá de la tumba. El paganismo veia el abismo del sepulcro abierto á sus piés, y con fantásticas ideas, con mágicos conjuros, rodeándose de sombras, de ilusiones, de misterios, pretendia alargar su existencia. Mas al fin espiró sin remedio; la fria losa pesó sobre su frente, y cuando estuvo sepultado en la tierra de donde habia salido, la humanidad abandonó la vida de la materia para vivir la vida del espíritu, la vida del Cristianismo.

Con los albores del Evangelio se desvanecieron aquellas negras sombras, aquellos cabalísticos y fantásticos ensueños que habian errado por la tierra en las horas de la oscura noche del error; y la verdad sustituyó al error, la superior realidad á la ilusion, el dogma verdadero y fecundo á los tenebrosos misterios creados por el espíritu de retroceso; se derramó por el universo la vivificadora luz de la nueva aurora; y las fantasmas, los ensueños de las tinieblas huyeron de la mente humana

despavoridos, y el hombre supo lo que es el amor y la veneracion de sus padres, el amor de su esposa, el cariño de sus hijos y el aprecio de sus hermanos.

Cuando la sociedad romana parecia devorada por la delirante fiebre del sensualismo, y el mundo entero, entregado á desenfrenada bacanal, se prostituia en impuros livianos desórdenes; cuando la humanidad envilecida empezaba á humillarse á los piés de los Césares levantados sobre la cima del Capitolio, una vírgen de Israel, último vástago de los reyes de Judá, que desde los dias misteriosos de la creacion vivia en el presente eterno de la concepcion divina, se elevaba en alas de la oracion y del místico arrobamiento hasta el trono del Altísimo, y allí, envuelta en los esplendores de la luz increada, bañándose en la vida y en la mirada del Verbo, descubria su seno al Amor infinito, al Dios del universo; y fecundado su pecho con el ósculo invisible, impalpable, del Eterno, descendia de nuevo á la tierra y presentaba á los pueblos al Redentor divino, al Hijo de Dios y del hombre, que habia nacido de sus entrañas del mismo modo que el suave aroma nace y se exhala de la flor inmaculada.

Apareció el Cristianismo, y empezó su mision augusta y salvadora, enseñando primero á la mujer el modelo incomparable, ideal de su virtud, de su inocencia y de su sagrada dignidad como vírgen, como esposa y como madre.

Con la venida del Cristianismo termina el mundo an-

tiguo, termina aquel período de la vida de la humanidad que podríamos llamar período de opresion y de fuerza. Durante aquellos tiempos, los tormentos del esclavo fueron los cimientos de la sociedad; el Derecho consagró los abusos de la fuerza, la opresion del débil por el fuerte; la Religion proclamó como dogma la sujecion del universo á las leyes de la fatalidad y del ciego acaso; la familia descansó únicamente sobre el principio de autoridad; el padre fué un tirano, que podia vender ó matar á sus hijos; el marido, un déspota que podia vender ó matar á su compañera; la mujer, un sér miserable y degradado, esclava en el hogar de su padre, de su esposo, de sus hermanos y de sus hijos; el hijo, una criatura sin derechos, sin vida y sin libertad propia miéntras vivia su padre; y la familia entera, una sociedad sometida á la arbitrariedad de un hombre revestido por la Religion ó por el Estado de la dignidad suprema de jefe del hogar. La base primera del matrimonio fué la procreacion, y con este principio se consagraron las más horrendas abominaciones: á nombre suyo, el Oriente proclamó la poligamia, envileció á nuestra compañera, la oprimió en los serrallos; á nombre suyo, el Occidente practicó el concubinato, el repudio y el divorcio, ordenó que se cubriera de infamia á la mujer estéril, y que, sin reparo, fuera arrojada del tálamo nupcial; á nombre suyo, Esparta ordenó el adulterio á las esposas de sus campeones, ocupados en larga guerra; á nombre suyo, en fin, la antigüedad dictó penas severas, crueles, inícuas, contra el celibato, cubrió de oprobio la frente del célibe.

Pero si tan general fué entónces la opresion, si el derecho abominable de la fuerza dominó igualmente en Oriente y en Occidente, debió de haber tambien, á no dudarlo, alguna causa general que produjera á un tiempo mismo en todas las sociedades tan terribles y fatales consecuencias.

¿Cuál fué esta causa primera de todas las iniquidades practicadas y consentidas por la antigüedad? Creo que el Cristianismo la ha mostrado evidente á nuestros ojos.

Hay dos verdades madres de todas las verdades, sobre las cuales descansa todo el mundo moral; y cuyo sucesivo desenvolvimiento entre las sociedades constituye la historia de la humanidad en su grado más elevado y sublime, la verdadera filosofía de la historia. Son estas dos verdades: Dios y el Hombre [1]. El conocimiento del hombre nos eleva al conocimiento de Dios; el conocimiento de Dios completa el conocimiento del hombre.

---

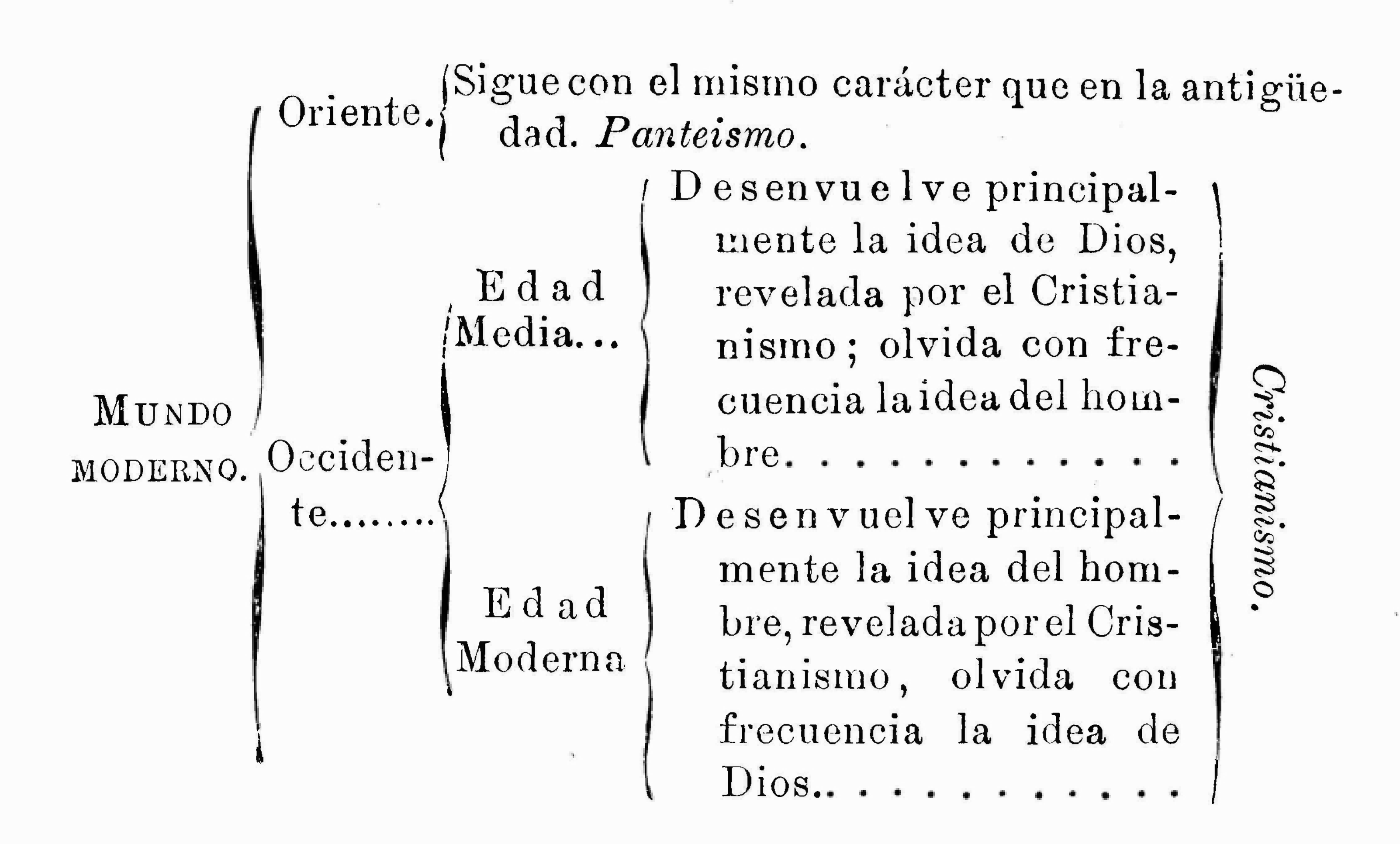
1 Creo que, considerándose filosóficamente la historia de la humanidad, podria formularse del modo siguiente:

| | | |
|---|---|---|
| Mundo antiguo. | Oriente. | Conoce de una manera imperfecta la idea de Dios; desconoce la idea del hombre. *Panteismo.* |
| | Occidente........ | Desconoce la idea de Dios; conoce de una manera imperfecta la idea del hombre. *Paganismo.* |

El Cristianismo revela al mundo la idea verdadera de Dios y la idea verdadera del hombre.

La negacion del uno en la creacion, entraña la negacion del otro; y el resultado extremo, la palabra final de toda doctrina que los desconoce, es el *fatalismo*, la *fuerza*.

---




Los siglos venideros recogerán la herencia de la Edad Media y de la Edad Moderna; armonizarán entre sí las tendencias de las edades pasadas; llevarán de frente la idea de Dios y la idea del hombre; realizarán el ideal revelado por el Cristianismo, y constituirán la edad que podrá llamarse de armonía.— *Triunfo de la Iglesia universal.*

No sería oportuna en este sitio la exposicion detallada de esta fórmula: necesitaria un lugar extensísimo, del cual no puedo ahora disponer. Básteme decir que creo que no aparece en ella ni el completo olvido de la libertad del hombre, que sobresale en el *Discurso sobre la Historia Universal* de Bossuet, ni la negacion de la ley del progreso, ni el fatalismo de los círculos de Vico, y de casi todos los sistemas de Filosofía de la Historia, ideados por los diferentes filósofos alemanes de nuestros dias. En cuanto á su confirmacion histórica, ésta resulta evidente, si se considera el carácter propio de cada época de la Historia y el sello especial que en ella revisten ahora las instituciones sociales, expre-

Por la idea verdadera de Dios, subsiste entre las sociedades el principio de la Justicia absoluta; por la idea verdadera del hombre, conocen los legisladores el dogma de la libertad. La unidad de Dios siempre tendrá por consecuencia la fraternidad de la especie humana. La libertad del hombre siempre tendrá por corolario la exis-

---

sion verdadera del ideal que domina en los pueblos, ahora las artes, intérpretes fieles de sus más íntimos sentimientos.

El Oriente absorbe en la vida de Dios la vida de todos los seres y sus legislaciones tienen por carácter primero el ser fórmulas religiosas y sacerdotales, invariables é inmutables como la voluntad divina; en ellas aparecen confundidas las instituciones religiosas y las instituciones civiles, la ley religiosa y la ley civil. (—Véase la nota siguiente.) Las artes tienen por sello primero el simbolismo.

El paganismo niega la idea de Dios, proclama la superioridad del hombre; y las leyes en las sociedades paganas, en vez de tener su orígen en la voluntad divina, nacen de la voluntad del hombre, reemplazan la inmutabilidad con la variabilidad. (—Véase la nota siguiente.) Las artes tienen por sello primero el antropomorfismo.

La Edad Media desenvuelve, principalmente, la idea de Dios, revelada por el Cristianismo; pero olvida con frecuencia la idea del hombre y se parece más al mundo oriental que al mundo pagano. El precepto divino y el precepto humano aparecen confundidos en las legislaciones. En las artes domina tambien el simbolismo.

La Edad Moderna desenvuelve, principalmente, la idea del hombre, revelada por el Cristianismo; pero olvida con frecuencia la idea de Dios, y se acerca más al ideal pagano que al ideal oriental. La ley se forma, como en los tiempos del paganismo, en las asambleas populares; quiere verse, principalmente, su orígen en la voluntad colectiva del hombre. Con el renacimiento, el antropomorfismo vuelve á dominar en las artes.

tencia de una Justicia absoluta, la existencia de Dios. Sin Dios no puede haber en las sociedades ni moral, ni derecho, ni ley alguna determinadora de lo bueno y de lo malo, de lo justo y de lo injusto. Sin el aprecio del hombre como hombre, desaparece de la tierra la libertad, desaparece la necesidad de la justicia absoluta. Para que se cumplan entre los hombres las leyes eternas de la Justicia, de la Moral, del Derecho, es preciso que tengan éstos una idea exacta, un concepto verdadero de la personalidad divina y de la personalidad humana. Ved cómo ha comprendido cada pueblo la idea de Dios y la idea del hombre, y conoceréis al instante todas sus instituciones sociales.

La India afirmó la existencia de Dios; pero al afirmar la unidad divina identificó á Dios y á la creacion, y en el inmenso seno de su divinidad panteista ahogó la vida de la criatura, negó la personalidad del individuo, negó la libertad del hombre é hizo pesar sobre el universo los dogmas de la fatalidad, dió por base suprema á las instituciones sociales las leyes de la opresion y de la fuerza y consagró como justas todas las iniquidades. El budhismo, olvidando la existencia de Dios, no pudo encontrar fundamento alguno para la moral y el derecho, y redujo al hombre á desear la nada como felicidad suprema. Los pueblos de Babilonia y Nínive, los adoradores de Cibéles y de la Diosa Madre, en vez de rendir culto á Dios, tributaron sus adoraciones á las fuerzas físicas de la naturaleza, y la opresion y el ciego despotismo fueron tambien la base de sus instituciones sociales. La Persia

se separó de la monstruosa unidad de Brahma ; pero no comprendió ni á Dios ni al hombre, vió en el mundo el bien y el mal, la luz y las tinieblas ; llamó Ormuz á la causa del bien, Arhimanes á la causa del mal ; y convirtiendo con sus doctrinas al universo en triste juguete de la lucha terrible de dos genios opuestos, hizo perder al hombre la conciencia de su propia personalidad, la responsabilidad de sus actos; y sobre la sociedad persa pesó tambien la fatalidad ; y la idea de Dios, representada por el funesto dualismo de Zoroastro, consagró allí tambien como justas todas las iniquidades. Digámoslo de una vez : el Oriente no supo comprender la unidad divina, desconoció la personalidad del hombre, anonadó lo finito en lo infinito y vivió en la opresion; tuvo por ley suprema la fatalidad y la fuerza.

Necesariamente habia de surgir la reaccion con tan monstruosos errores : el sér finito racional, al tener conciencia de su libertad, debia intentar sobreponerse al sér infinito que le oprimia ; y la reaccion se presentó en Occidente. El hombre, al llegar á las playas helénicas, sintió en un sér el fuego de su propia idea, descubrió en sí mismo algo superior al resto de la naturaleza ; y subordinó lo infinito á lo finito, hizo su propia apoteósis se convirtió en ídolo, adoró sus sentimientos, sus pasiones. Pero desconoció la idea de Dios, y de este modo, las sociedades del politeismo, á su vez, tambien apoyaron las instituciones sociales en la arbitrariedad y la fuerza, porque no pudieron deducir los principios del derecho, de la concepcion de la justicia absoluta, no

supieron cuál era la ley suprema de lo justo y de lo injusto.

El Oriente, comprendiendo mal la personalidad divina, habia ahogado en ella la personalidad humana. Y el paganismo, concibiendo de una manera errónea la personalidad humana, ahogó en ella la personalidad divina. Entónces empezó entre ellos lucha terrible, implacable: la lucha grandiosa entre la idea de un infinito opresor, que no puede existir sino sobre la negacion de lo finito: y la idea de un finito erróneo, que cree necesario negar á lo infinito para asegurar su libertad y reconquistar los derechos de su personalidad. Hubiérase dicho que no podian vivir juntas la afirmacion de Dios y la afirmacion del hombre: que Dios, para existir, habia de oprimir al hombre: y que el hombre, para ser libre, habia de negar á Dios. Pero en medio de la lucha implacable de su pavorosa antítesis, el Oriente y el Occidente se encontraron en una misma consecuencia aciaga. El Oriente, negando la libertad y la existencia del individuo, entronizó la opresion: y el Occidente negando á Dios [1], no pudo elevarse hasta la idea de lo justo, y en-

[1] Tengo por cierto que el politeismo es un ateismo disfrazado. El primer paso del paganismo fué negar á Dios: pero como la conciencia, aun á pesar suyo, necesita reconocer la existencia de un Ser superior, pronto el politeismo se vió obligado á acallar los clamores de la mente humana, levantando los altares de los ídolos é ideando los misterios de los oráculos. Mas en medio del culto de los ídolos, aparece siempre esta negacion de la Divinidad, aparece el hombre pretendiendo ocupar en el universo el tro-

tronizó tambien el despotismo y la odiosa ley de la fuerza: uno y otro tuvieron esclavos; uno y otro envilecieron y degradaron al hombre, privándole de sus más sacrosantos derechos. El Oriente afirmó á Dios; pero negó

---

no de Dios, y adorándose á sí mismo, ora envuelto en el manto del oráculo, ora adornado con los símbolos de los dioses. Sobre todas las divinidades del Olimpo pagano hay una divinidad superior, que es la simbólica personificacion del ateismo, y tiene por nombre *Fatum*, el Destino: es decir, la necesidad, la fuerza, el acaso, la terrible opresion de la fatalidad; en una palabra, la negacion de Dios, el ateismo. La negacion de Dios fué la causa por la cual el paganismo no pudo conocer el orígen supremo de la ley de lo justo y de lo injusto, fué tambien la causa por la cual sancionó tantas iniquidades: creyó que el ciego Destino gobernaba al universo, que la fatalidad pesaba sobre la sociedad humana, del mismo modo que sobre los dioses del Olimpo; y gobernó con la ley de la arbitrariedad y de la fuerza. El criterio de lo justo, para la antigüedad pagana, fué el interes ó la utilidad del Estado, la razon del más fuerte, el derecho de la fuerza, la voluntad y no la razon del hombre. Cierto es que Pitágoras, Sócrates, Platon, Aristóteles y otros pensadores profundos de aquellos tiempos tuvieron una idea más elevada del principio de la justicia absoluta; cierto que ha dicho Ciceron: « *Est quidem vera lex, recta ratio, naturae congruens, difusa in omnes, constans et sempiterna* »; pero las sentencias de estos filósofos deben apreciarse como verdaderas protestas de la razon contra los dogmas generalmente creidos en aquellos dias.

Y donde más evidente resulta que el paganismo es un ateismo disfrazado, es en el carácter que presenta toda legislacion pagana: pues miéntras en todas las legislaciones orientales aparece la afirmacion de Dios y la negacion del hombre, en las legislaciones paganas se revela, desde luégo, la negacion de Dios. Los pueblos de Oriente creyeron siempre que sus leyes habian sido dictadas por la misma Divinidad; lo mismo pasó entre las sociedades de Occidente miéntras predominó en ellas el elemento oriental. Los habitantes de la isla de Creta atribuian su código á

la creacion, negó al hombre, y la criatura no tuvo para él mas que una existencia meramente ideal; consideró su vida como un delirio del pensamiento. Y, por lo tanto, habia de resultar necesariamente que el derecho y la

---

Júpiter, cuya voluntad suprema habia sido interpretada por Mínos. Los espartanos creian que el autor de su constitucion civil y política no era Licurgo, sino Apolo. Los etruscos consideraban al dios Tages como su legislador supremo. Y Numa, en la Roma etrusca, al dictar sus leyes, no hizo más que promulgar los preceptos que le dictaba la diosa Egeria. Pero cuando se extendieron los principios del paganismo, las leyes fueron, por el contrario, el resultado de la voluntad de los ciudadanos reunidos en asambleas ó en comicios.

El paganismo negaba á Dios; en su lugar colocaba al hombre: y siendo lógico con sus principios, las leyes debian provenir necesariamente de la voluntad del hombre. El Oriente, al contrario, afirmaba la existencia de Dios, en la afirmacion de Dios incluia la negacion del hombre; y por eso creyó que todas sus leyes habian sido dictadas por la Divinidad.

La ley para el Oriente fué un precepto divino, una fórmula sagrada, una plegaria que debia repetir la criatura, sin introducir la menor alteracion en su texto: y de aquí el carácter de invariabilidad y de inmutabilidad que distingue toda ley oriental; de aquí tambien el que todas las leyes de Oriente estén escritas con medida rítmica, sean versículos ó eslocas, para que se graben mejor en la mente del hombre y no pueda introducirse alteracion alguna en su letra. En las primitivas sociedades de Occidente, imbuidas todavía en los dogmas y en las tradiciones del Oriente, la ley reviste el mismo carácter. Los romanos llamaron á sus leyes, *carmina*; los griegos, νόμοι (—Νόμος, division, metro, medida, canto, ritmo. Véase PLUTARCO, *De música*.—PINDARO, *Pyth*, XII, 41; *fragm.*, 190.—Νομοι κολοῦνται οἱ εἰς θεούς ὕμνοι. ARISTOF., *Chev.*, 9). Pero llega el dia en que el paganismo formula la protesta del Occidente contra el Oriente; el dia en que el sér finito, oprimido en Oriente por el sér infinito, pretendiendo reconquistar su personalidad, niega al sér infinito, proclama el ateis-

libertad humana no eran más que vanas ilusiones, simples abstracciones del espíritu, puesto que únicamente existe un sólo sér concentrado en sí mismo, solitario en el seno de la eternidad, viviendo á un mismo tiempo la vida del espíritu y la vida de la materia, rodeando de ilusiones individuales á los átomos de su sér, y haciendo

---

mo: y la ley, desde aquel instante, no busca ya su orígen primero en Dios, sino en el hombre; reemplaza su antigua inmutabilidad con el carácter de la variabilidad; deja de ser una fórmula sagrada, una plegaria, y por eso no se atiende ya tanto á su letra, que, por haber sido formulada por el hombre, ha perdido el carácter de fórmula sacramental.

El Oriente absorbió la vida del hombre en la vida de la Divinidad; y sus legislaciones tuvieron por sello primero el ser fórmulas religiosas inalterables. El paganismo ateo negó á Dios; y sus legislaciones se vieron privadas de la estabilidad. La ley oriental fué una ley panteista; la ley pagana fué una ley atea. En la una, lo infinito destruia á lo finito; en la otra, lo finito negaba á lo infinito. La ley, durante los siglos de la antigüedad, fué, por lo tanto, imperfecta; porque en toda legislacion humana perfecta deben aparecer estos dos principios opuestos: la inmutabilidad en el fondo y la variabilidad en la forma; la inmutabilidad que nace de la invariabilidad de los principios de la ley natural, y la variabilidad que se hace necesaria, porque todas las fórmulas, con las cuales el legislador humano quiere interpretar los principios eternos de la Justicia absoluta, son siempre imperfectas y necesitan ir modificándose gradualmente, tendiendo sin cesar á expresar con mayor perfeccion los principios de la ley moral. A las legislaciones orientales les faltaba la indefinida perfectibilidad del texto de la ley: perfectibilidad que se consigue por medio de las sucesivas reformas. Y á los códigos de Occidente, privados del principio supremo de la Justicia absoluta, les falta la inmutabilidad, que es en toda legislacion el reflejo de la eterna inmutabilidad de los principios de lo justo.

pesar sobre las sociedades las leyes opresoras de un fatalismo abstracto. El Occidente afirmó la vida de la creacion, afirmó la individualidad del hombre, pero negó á Dios, y negando á Dios, tuvo que negar necesariamente el principio supremo de la Moral y del Derecho: lo Justo; y fué á perderse en el fatalismo de las leyes de la naturaleza, en un fatalismo material, así como el Oriente se habia perdido en un fatalismo abstracto. ¿Qué fué el hombre en estos dos sistemas opuestos? Una nada indefinible, un átomo con ilusiones, una sombra con apariencias de existencia propia, un cuerpo envuelto al parecer en el manto de la vida, pero sin libertad, sin conciencia, sin personalidad; una molécula del universo, una rueda que, obedeciendo al impulso de fuerza ciega, se mueve y gira sin cesar en la máquina del Estado. El Oriente anonadó la personalidad del individuo en el seno de la Divinidad, y el Occidente destruyó tambien la personalidad humana con el principio horrendo de la absoluta soberanía del Estado. A nombre de la Religion, el Oriente consagró la tiranía del padre, la opresion de la mujer y de los hijos; y á nombre del interes supremo de la sociedad política, el Occidente dió al padre y al marido el derecho cruel de vida y muerte sobre su mujer y sus hijos; á nombre de la Religion, el Oriente promulgó leyes contra el celibato y consintió la poligamia; y á nombre del interes supremo del Estado, el Occidente cubrió tambien de infamia á los célibes, autorizó el concubinato, el repudio, el divorcio. ¿Qué es lo que domina en ambos? Domina la ley de la fuerza, impera la

ley de la arbitrariedad, el sér débil se ve oprimido por el fuerte. En Oriente, Dios oprime al universo; la casta oprime á la casta; el marido tiraniza á su mujer; el padre tiraniza á sus hijos. La antigüedad no pudo concebir la idea de la personalidad humana y de la personalidad divina, y por eso sus siglos fueron siglos de opresion, de tiranía y de fuerza.

Miéntras tanto, la conciencia humana clamaba despavorida contra tales abominaciones; las escuelas filosóficas de Grecia querian elevarse hasta las regiones más puras de la Moral y de la Justicia, el derecho romano se rodeaba de ficciones legales para eludir la inflexible rigidez de la ley y acercarse más á los principios de la equidad. Pero los esfuerzos de las escuelas filosóficas, de los jurisconsultos, de los legisladores, resultaban vanos, porque la revolucion que debia operarse en el mundo, habia de ser un cambio completo, una transformacion absoluta de los principios que servian de base á las instituciones; habia de ser, primero y ántes que todo, una revolucion religiosa, que trajera en su seno una nueva y verdadera concepcion de la idea de Dios y de la idea del hombre. Si querian las sociedades tener por ley suprema de sus códigos la nocion de lo justo y de lo injusto, era absolutamente preciso que tuvieran primero una idea verdadera de los atributos de Dios y de los derechos de hombre. Miéntras no se efectuára la revolucion religiosa, el pensamiento humano estaba condenado á agitarse impotente en un círculo sin salida; rodando de negacion en negacion, de abismo en abismo; negando unas veces

á Dios, negando otras al hombre; clamando siempre por la equidad, y sancionando la opresion; dudando de todo y pretendiendo, sin embargo, hallar una afirmacion suprema.

Apareció en esto el cristianismo, reveló á las sociedades la idea verdadera de Dios, enseñó al hombre sus derechos y sus deberes; y empezó entónces el reinado de la Justicia: la conciencia anatematizó los tiempos de la opresion y de la fuerza, el dogma de la Providencia reemplazó á los dogmas sombríos del Fatalismo, al *omnia fato fiunt* de las sociedades paganas, y cayó derrumbado el mundo antiguo. Recorriendo rápidamente la vida de la humanidad, hemos visto hasta ahora grandiosas revoluciones; la revolucion del Occidente contra el Oriente; de Grecia contra el Asia; de los plebeyos contra los patricios; pero ninguna hay comparable con esta portentosa transformacion de las sociedades, realizada por los principios del cristianismo.

No es en este sitio oportuna la enumeracion de los beneficios inmensos que debe la humanidad al Evangelio; en el capítulo siguiente, al estudiar la influencia del cristianismo en la emancipacion y el ennoblecimiento de la mujer, tendré ocasion de enumerar algunos. Sólo añadiré ahora que Jesucristo enseñó al Oriente y al Occidente la existencia de un Dios único, hacedor de los mundos, y distinto de la creacion; Dios infinito que vive fuera del tiempo y del espacio, y ante cuya mirada son eterno presente las edades infinitas; Dios, padre del género humano, á los piés de cuyos altares deben

acudir el varon y su compañera, el señor y el esclavo, el judío y el griego, y reconociéndose todos hijos de un mismo padre, estrecharse con amor en el tierno abrazo de hermanos. Jesucristo abrió al universo las puertas del templo de Jehová, y puso en los labios de la humanidad la plegaria sublime del hijo que implora el amor de su padre á nombre del cariño que profesa á sus hermanos. Dijo al hombre : «Cuando te sientas desgraciado, si quieres un consuelo, una esperanza, dirígete al Padre nuestro que está en los cielos, y sufrirás con resignacion los males terrenos esperando que llegue el dia de la Justicia absoluta, el dia del reinado de Dios. Si quieres el amor de Dios, el amor de tu Padre, si quieres el perdon de tus culpas, ama á tus hermanos, olvida sus ofensas; si quieres que la Providencia te dé cada dia el pan del alma y del cuerpo, seca las lágrimas de afliccion que corren por las mejillas de tu hermano, alivia sus miserias, acalla sus pesares.» Así los hombres, ántes divididos en castas, en tribus, en ciudadanías, oprimidos por un déspota ó por una clase social, esclavos de un monarca ó de una sociedad política, se igualaban en los brazos del cristianismo; se reconocian libres, puesto que imploraban de la Divinidad el perdon de sus culpas; se reconocian hermanos, puesto que invocaban á un mismo padre; y proclamada la unidad de Dios, proclamada la verdadera libertad, la igualdad y la fraternidad humana, el mundo moral empezó á gravitar desde aquel dia sobre los dos polos eternos de toda sociedad humana: sobre la Providencia de Dios y so-

bre los derechos del hombre. Quedó resuelto el grandioso problema cuyos dos términos opuestos habian movido en terrible é incesante lucha al Oriente y al Occidente. El sér finito se reconoció hijo del Sér Infinito; lo Infinito no necesitó, para existir, destruir la existencia propia y la libertad del hombre; el sér finito racional no tuvo que negar á Dios para ser libre. El hombre fué libre, porque la Providencia reivindicó el gobierno del mundo.

¡Admirable entre todas, entre todas grandiosa y sublime, es la obra portentosa de regeneracion realizada por el cristianismo! La humanidad, postrada la frente en el polvo, llena de terror y de espanto en el borde de insondables abismos de iniquidad, devorada por los delirios de los sentidos, gobernada por las leyes de la materia, atormentada por los dolores de la carne, acongojada por las angustias del espíritu; oprimida por los dogmas, por el Estado, por la casta, por el sacerdote, por el guerrero; tendida, cargada de cadenas á los piés del coloso romano, miéntras éste á su vez yacia de rodillas en las gradas del trono de un emperador sanguinario ó demente; la humanidad, en fin, ultrajada, degradada, envilecida, vivia prostituida, sustituyendo con la opresion el amor paterno, con el deleite el amor conyugal, con el ódio el amor á sus hermanos, y con la arbitrariedad y la fuerza las leyes de la Equidad y de la Justicia.

Pero de repente se oyó por el universo una palabra de amor y de vida: en las alturas del Gólgota espiraron los siglos antiguos con el último suspiro del Justo crucifi-

cado ; y el Hijo reclinó su frente moribundo en el seno eterno del Padre, y el Verbo anunció á la tierra que iba á cumplirse la ley de los profetas ; y las gotas de sangre de la Víctima expiatoria cayeron sobre la humanidad oprimida y doliente ; y la humanidad, transfigurada, se levantó del sepulcro de la eterna servidumbre ; y todos los pueblos palpitaron con vida nueva, y todas las criaturas levantaron sus miradas al cielo, y ya no se oyeron en el fondo de las sociedades ni las amenazas del señor, ni las lamentaciones del esclavo, ni los gemidos del pobre, ni los suspiros del oprimido, — sino los cantos de alegría del hombre regenerado, las acciones de gracias del oprimido que aclama el reinado de la Justicia, y las plegarias del desvalido que invoca el amor de sus hermanos, anunciándoles que con la caridad entrarán en el reino de Dios.

Y despues de luengos siglos de sufrimientos, las naciones exclamaron : «¡Bendito sea el Cristo, que trajo á la tierra la Libertad y la Justicia!»

Y el marido dijo á su compañera : «Tú gemiste ántes en la opresion, yo siempre me hallé sin consuelo ; tus caricias halagaron mis sentidos, pero me dejaron siempre entristecida el alma ; nuestra union duraba lo que dura el delirio de la pasion en los años de la juventud, lo que dura un dia de la vida ; pero Cristo nos ha descubierto ahora los misterios del corazon, nos ha unido en la eternidad. «Bendito sea el Cristo que enseñó á la tierra el culto de la mujer y descubrió al hombre el amor conyugal.»

Y los padres dijeron á sus hijos: «Veis nuestra frente tranquila, serena; ántes pesaron sobre ella las inquietudes, los recelos, las iniquidades de la tiranía paterna. El amor paterno es ahora la felicidad de nuestra vida, y el amor filial la alegría de nuestros años. ¡Bendito sea el Cristo, que trajo á la tierra el amor paterno y la piedad filial!»

Y los jóvenes dijeron á las vírgenes: «Sois bellas como las flores del campo, puras é inmaculadas como la luz del dia. Horas dulces y tranquilas pasamos en el hogar al lado de nuestro padre y recibiendo las caricias de nuestra madre; pero sentados junto á vuestra inocencia olvidamos las horas pasadas en el hogar paterno, sentimos en nosotros felicidad infinita, comparable tan sólo con la bienaventuranza de los cielos. Amad: el amor es, en el pecho de una jóven, como la gota de rocío que depositó la primavera en el cáliz de la flor, y vuestro cariño es nuestra felicidad suprema. ¡Bendito sea el Cristo, que puso en vuestra mirada los encantos de la castidad, y en vuestras mejillas los colores de la inocencia!»

Y las vírgenes contestaron: «La belleza del cuerpo, como las flores del campo, se marchita y desvanece: llega un dia en que arrastran los vientos por la tierra los despojos de la pasada hermosura. Pero la belleza del alma nunca perece. Si amais nuestro cuerpo, vuestro amor durará un dia: amad nuestra alma y será vuestro amor eterno. Vuestro amor es nuestro destino: vuestro cariño, nuestro amparo: vuestra mirada, nuestra alegría. ¡Bendito sea el Cristo que ha santificado nuestro amor!»

# CAPÍTULO VII.

## La mujer cristiana.

Hechos preparatorios del cristianismo que sobresalen en las sociedades paganas. —Fin providencial de la unidad del imperio. — Estado del mundo ántes de la aparicion del cristianismo. — Aparicion del cristianismo. — Principios que proclama desde el primer dia de su nacimiento. — Proclamando la unidad de Dios borra al mismo tiempo todas las desigualdades sociales. — El esclavo en la antigüedad: — causas de la esclavitud. — El cristianismo destruyendo la esclavitud, destruye una de las causas de opresion de la mujer. — Palabras de San Pablo. — El Evangelio descubre á los hombres el carácter verdadero del amor; y así devuelve á la mujer su dignidad hasta entónces despreciada. — La igualdad de los cónyuges y la indisolubilidad del matrimonio, proclamada por la ley de Cristo.

San Pablo.—Su mision providencial en la propagacion del cristianismo. — Benéfica influencia de sus predicaciones en la emancipacion de la mujer.

La mujer cristiana.—Medios de que se valió el cristianismo para dar tanto realce á nuestra compañera. — Triunfo del cristianismo y de la mujer cristiana.

Dos hechos preparatorios del cristianismo sobresalen en la historia de los siglos paganos; el uno los realiza la Grecia en el mundo de las ideas, y el otro los realiza Roma en el mundo de los hechos materiales. De estos dos hechos, es el primero la sucesiva transformacion de las ideas y de los dogmas; y el segundo, la conquista romana. Antes de empezar á tratar de la influencia del cristianismo, conviene echar una rápida ojeada sobre ellos.

La conciencia humana, que al llegar á las playas de

Occidente habia clamado por la personalidad del hombre, destruida en los dogmas sombríos del Oriente, no tardó á su vez en clamar desde el seno del paganismo por la idea de Dios, por los dogmas de lo infinito. Pitágoras concibió de una manera vaga é imperfecta la existencia del Ente Supremo, y empezó á despreciar los ídolos del culto pagano. Anaxágoras afirmó que existe un Dios-inteligencia, que reina sobre todos los hombres y todos los seres, y domina el universo; y con esta afirmacion, los ídolos se estremecieron en sus altares, el paganismo se sintió herido de muerte; condenó al filósofo á la última pena; pero desde aquel dia, las ideas de Anaxágoras empezaron á echar raíces profundas en la mente de la sociedad. Tras de él vinieron los sofistas, que hicieron gala de dudar de todo, y personificaron el escepticismo, que siempre precede á las épocas de profundas y verdaderas creencias. Sócrates, Platon, Aristóteles, los estoicos fueron elevándose gradualmente hácia un principio absoluto y supremo, dilataron los horizontes de la idea del hombre, empezaron á dudar de la legitimidad de la omnipotencia del Estado: sospecharon que hay para el hombre deberes más altos que los deberes del ciudadano, que hay para él una sociedad más importante que la sociedad política, un Dios superior á los lares domésticos y á los númenes de la ciudad. Y la sociedad pagana, ántes dividida en municipios, en pequeñas nacionalidades, en ciudadanías, se sintió arrastrada hácia una unidad superior; y los ciudadanos de cada municipio, imbuida la mente en ideas más elevadas, en

principios más generales, tendieron á formar tambien una sociedad más elevada y más grande, y á borrar las ficticias desigualdades que habian establecido entre ellos.

Esta revolucion, realizada en el terreno de las ideas, no era más que la preparacion lenta y sucesiva de la mente humana, ántes de recibir de los labios del cristianismo la idea sublime del Dios del universo, que habia de reemplazar á las divinidades locales, y ántes de conocer la idea grandiosa de la humanidad, que habia de declarar á todos los hombres hermanos.

Grecia, por medio de la sucesiva transformacion de las ideas, preparó la conciencia de la humanidad á recibir los dogmas del cristianismo; y Roma realizó el mismo intento, sometiendo al universo con la fuerza de sus armas. El mismo fin providencial que la revolucion filosófica de Grecia tuvo, en efecto, la conquista romana. El carácter de Grecia en la historia es romper primero la monstruosa unidad oriental, y devolver luégo á las sociedades, por medio de las ideas, una unidad precursora de la unidad del Evangelio. Roma, al contrario, tiene por carácter el querer dar al mundo, por medio de las armas, la unidad que Grecia buscaba en el seno de las ideas.

Consideremos al Occidente ántes y despues de la conquista romana, y le verémos primero dividido en infinitas ciudades, en innumerables pequeños Estados; y despues de la conquista romana, no habrá en él más que una sola ciudad: Roma; un solo imperio: el imperio romano.

Desde los primeros dias de la nacion romana se descubre la profunda habilidad política de un pueblo que parece haber recibido de la Providencia la mision de dominar al universo: las legiones vencen á los pueblos, destruyen sus ejércitos; y el Senado, á su vez, dirige sus esfuerzos á sacar todo el fruto posible de las victorias de los legionarios, á mantener por medio de su política en perpétua sumision á los pueblos vencidos. Cuando sus legiones conquistaban algun territorio, vencian algun pueblo, la República romana no anexionaba á su territorio el territorio de los vencidos [1]; no obligaba á los hijos de la nacion sometida por sus guerreros á que se rigieran desde luégo segun las leyes de la ciudadanía romana, sino que seguia, por el contrario, en sus conquistas un plan político muy distinto del de las naciones modernas. Los pueblos vencidos por las armas romanas entraban en el *imperium romanum*, pero no en la *civitas romana;* Roma desquiciaba el régimen municipal que tenian [2]; les desconcertaba con astucia sus libertades lo-

---

[1] El *ager romanus* permaneció siempre el mismo en todo el trascurso de las conquistas romanas; tuvo constantemente los mismos límites que le habian sido dados en tiempo de los reyes.

[2] Como son muchos los historiadores que han pretendido que Roma, en lugar de destruir el régimen municipal, lo extendió por el universo, creo deber justificar la idea que emito en este sitio. Roma tenía á los pueblos bajo su dominio de dos modos distintos: los unos eran amigos y aliados (*socii et federati*), y los otros dediticios (*dedititii*), es decir, que habian entregado, sin discrecion, al pueblo romano sus muros, sus templos, sus dioses, sus personas, sus hogares, y cediendo á la ley de la fuerza, habian re-

cales, sin darles nuevas constituciones, nuevos derechos, nuevas leyes; y poco á poco los mismos vencidos se veian forzados á implorar, como la mayor de las mercedes, el que se les concediera individualmente la ciudadanía ro-

---

nunciado en manos del vencedor á sus derechos, á su libertad y á su independencia. Estos pueblos, desde el dia de su sumision, habian dejado de formar una nacionalidad aparte; estaban gobernados por la voluntad arbitraria de un prefecto romano. Los otros pueblos, sometidos al imperio romano, tenian el carácter de amigos y aliados (*socii et federati*). Su condicion era mucho mejor que la de los dediticios, pues al tiempo de entrar en la alianza romana habian pactado que seguirian rigiéndose por su constitucion municipal y por las leyes locales que les eran propias. Mas en su tratado de federacion con Roma se habian comprometido á reconocer la majestad del pueblo romano (*majestatem populi romani conservare*), y así habian sancionado su sumision á la república romana, y se veian precisados á obedecer á las órdenes del Senado y á tener por magistrado primero al procónsul que les mandaba Roma. Pero el régimen municipal de las sociedades paganas tenía por condicion primera de su existencia la independencia absoluta de la ciudad, que aspiraba á gobernarse por leyes propias; el régimen municipal y la supremacía romana se hacian por lo tanto incompatibles, y destruidas por las intrigas políticas del senado, perecian tambien, sin remedio, las instituciones municipales de los pueblos amigos y aliados de Roma, no habiendo, entre su opresion y la de los dediticios, más diferencia que la de conservar aún los nombres de sus magistrados locales, las apariencias externas de las libertades de su municipio, miéntras los dediticios se habian visto despojados hasta de estas apariencias externas de independencia. Con la conquista romana sólo quedó en pié un verdadero municipio, una verdadera ciudad (*civitas*), tal como concibió esta idea la antigüedad, y esta ciudad, este municipio fué Roma. La conquista romana dió, por consiguiente, unidad al Occidente, destruyendo el régimen municipal.

Conviene, sin embargo, hacer una salvedad respecto á ciertos países. España y las Galias, ántes de la conquista romana, no

mana; consideraban que el modo mejor de salir de eterna servidumbre era adquirir los mismos derechos que los vencedores. Aquel que habia conseguido la ciudadanía romana dejaba de pertenecer á su ciudad natal; y así poco á poco llegó un dia en que los municipios no fueron más que meras abstracciones jurídicas, puras ficciones legales con vida propia aparente; llegó un dia en que las leyes municipales no tuvieron ya ciudadanos á quien aplicarse, y los magistrados municipales no tuvieron súbditos en quien ejercer su autoridad; y desde aquel dia desapareció la diferencia de municipios y nacionalidades. Los mismos romanos nunca comprendieron del todo cuáles fueren los resultados de esta provi-

---

habian conocido régimen alguno municipal, excepto rarísimas excepciones, sobre todo en el litoral de los mares. Lcs habitantes de estos países vivian como los germanos en sus selvas; eran celtas cazadores ó iberos vagabundos que conducian sus rebaños junto á las márgenes de los rios. Roma procuró crear entre ellos un régimen municipal, y ponerlos luégo en la misma condicion que los *socii et federati* de la república, procurando, sin duda, hacer así más fácil su sumision y hacerles entrar en su dominio, siguiendo el mismo plan político que habia empleado para asimilarse los pueblos de Italia y de Grecia. Necesitaba crear entre ellos el régimen municipal para poderles aplicar su incomparable sistema administrativo, con el cual destrozaba á las nacionalidades, mejor aún que con el hierro de sus legiones. — TIT. LIV., I, 38. — VIII, 31; — IX, 20; — XXVI, 16; — XXVIII, 34; — XLV, 18. — TAC., XV, 45. — CIC., *De leg. agr.*, I, 6; — II, 32. — GAIO, I, 54; — II, 56, 7. — ULPIANO, *res mancipi et nec mancipi.* En lo referente á España, consúltese la *Geografía de* ESTRABON y la narracion que hace de las conquistas romanas en Occidente. — V. taml. CÉSAR, *De bello gal.* — FUSTEL DE COULANGES, *La cité antique*, libro V, cap. II.

dencial y grandiosa revolucion que operaron en el universo, introduciendo lentamente á los pueblos en los derechos de su ciudadanía.

El engrandecimiento de Roma enseñó al mundo á suspirar por una unidad superior. El Occidente se habia elevado sin sentir desde la unidad de la familia (*gens*), á la unidad de la *fratria*, de la curia, de la tribu y de la ciudad (*civitas*); con la conquista de los romanos se elevó á la unidad del imperio, y quedó completado el cuadro de las revoluciones de la sociedad pagana; el paso que todavía le faltaba al Occidente para llegar á su completo engrandecimiento, debia realizarlo el cristianismo elevando el mundo á la unidad de la familia humana. Roma enseñó á las naciones del universo á despreciar su propia nacionalidad por la ciudadanía romana; y el latino, el sirio, el griego, el germano, el galo, el ibero cambiaron presurosos su nombre propio por el nombre romano, despreciaron sus derechos patrios por los derechos de la ciudadanía romana, se dieron el abrazo de hermanos en el seno del imperio, momentos ántes que todos los hombres del universo se abrazáran en el seno del cristianismo y se reconocieran miembros de una misma familia, hijos de un mismo padre. Los derechos de la ciudadanía romana [1] eran el último grado de eman-

1 El *Jus civitatis romanae* lo constituian los siguientes derechos civiles y políticos: *jus census*,—*jus hereditatis*,—*jus honoris*,—*jus libertatis*, —*jus connubii*, —*jus militiae*,—*jus patrium*, —*jus gentilitatis et familiae*,—*jus sufragii*,—*jus testamenti*,—*jus tutelae*.

cipacion y de dignidad que podia conseguir el hombre dentro de las sociedades paganas; y la proclamacion de los derechos del hombre habia de ser el primer paso de la doctrina redentora del Evangelio.

Roma, primero recibe el Occidente dividido en infinitas nacionalidades, fraccionado por el régimen municipal; y (despues de sus conquistas) lo entrega en manos del cristianismo, refundido en grandiosa unidad, aspirando á verse regido por las mismas leyes y á verse unido en los mismos sentimientos. En extremo provechosa fué esta unidad del Occidente para la propagacion del cristianismo.

Las victorias de las regiones habian unido bajo el filo de una sola espada los diversos pueblos del orbe; el paganismo entero se hallaba bajo las bóvedas del Panteon romano; el mundo entero, personificado en una sola ciudad, en Roma, se habia refundido en misteriosa unidad, cual si un poder invisible preparára sorprendente y transcendental acontecimiento. Y con efecto, la unidad del imperio fué un designio de la Providencia, preparando en él la conciencia de la humanidad para recibir una doctrina sublime. La espada, dando al universo la unidad de la fuerza, preparó la predicacion del Evangelio que habia de dar á los pueblos otra unidad superior: la unidad de sentimientos y de creencias. Movidos por no sé qué secreto instinto los romanos, vencedores del mundo, nunca se atrevieron á hacer la conquista moral de un solo pueblo, nunca se atrevieron á destruir las divinidades de sus vencidos. Cuando sus legiones en-

traban en territorio enemigo ó ponian sitio á alguna ciudad, un fecial, cubierto el rostro con negro velo, arrojaba con furor un dardo ensangrentado, diciendo: «El pueblo romano y yo declaramos y hacemos la guerra á esta nacion y á los hombres de esta nacion; si hay en ella algun dios ó alguna diosa que sea su protector, le suplicamos que venga á Roma y reciba allí mejor culto en nuestros altares.» Roma impuso sus leyes á todos los pueblos del universo; pero en cambio todos los pueblos del universo impusieron su culto á Roma. Comprendian los romanos que á ellos les estaba encomendado el destruir los imperios y el dar unidad al mundo por medio de la fuerza; pero tenian al mismo tiempo el secreto presentimiento de que á otro poder, áun desconcido, le estaba reservado el derribar los altares de los innumerables dioses de las naciones, y el dar al universo la unidad moral de un mismo culto. Por eso las conquistas de Roma fueron siempre incompletas: venció á los pueblos en los campos de batalla, sus guerreros mil veces subieron triunfantes al Capitolio victoriosos de todas las naciones; pero en su carro de triunfo, al lado del general victorioso, venian siempre las divinidades del pueblo vencido, que con grave majestad iban á tomar su puesto en el Panteon y clamar allí por los derechos de sus antiguos adoradores oprimidos. Apareció el cristianismo, y entónces las conquistas romanas produjeron todos sus frutos: la humanidad, unida por la fuerza, se vió tambien unida por las ideas y las creencias. En cuanto el Dios uno, infinito y omnipotente ocupó el Panteon

romano, ante su inmensidad cayeron pulverizadas las innumerables divinidades paganas; y el mundo entero fué cristiano, porque la cabeza del universo habia abierto los ojos á la luz de la verdad. Del mismo modo que una vez formado el cuerpo, segun las leyes de la fuerza y de la materia, en él viene á residir el alma, así tambien el mundo, unido por la fuerza de las armas romanas, recibió á su vez su alma, el cristianismo.

El genio romano lo habia centralizado todo, habia puesto entre Roma y los últimos confines de la tierra la estrecha relacion que existe entre el corazon y los miembros del cuerpo humano, y al aparecer la doctrina de Cristo, no tenia más que penetrar en el corazon para infiltrarse al instante por la sangre del imperio y extenderse por todo el orbe. Así es que el cristianismo, al buscar como el árbol secular de las selvas el suelo fecundo por donde han de penetrar primero sus raíces en el seno de la tierra, escoge las catacumbas romanas, y la sangre de los mártires vertida en la arena del circo de Roma es para él el vivificador rocío de su primera aurora; crece primero en la ciudad de los Césares, y cuando más tarde empiece á mugir el viento tempestuoso de la invasion, las correrías de los bárbaros vendrán á completar su obra, esparciéndola más aún por el globo, como esparce el aire por el espacio el gérmen fecundante de la palmera.

Al espirar la República, el Oriente y el Occidente, fatigados de su lucha eterna, y Roma, cansada de vencer, hastiada de dominio, habian entregado el cetro al des-

potismo de un César y yacian postrados contentos en torpe servidumbre. La corrupcion más espantosa roia las entrañas de la sociedad, los vicios más monstruosos, los crímenes más horrendos cubrian de infamia á los pueblos esclavos de los sanguinarios instintos de un emperador demente. El mundo veia con terror y espanto el abismo insondable abierto á sus piés, y los unos buscaban su salvacion en la indiferencia y en el suicidio del estoico, y los otros intentaban olvidar su amargura rodeándose de los inmundos placeres del epicúreo. Semejante al cuerpo de un moribundo, roido por los gusanos de la sepultura ántes que la muerte le haya arrancado su postrer suspiro, el mundo antiguo, sobrecogido de instintivo terror, se sentia envuelto poco á poco en las tinieblas de la tumba, y no sabiendo dónde dirigir sus miradas, se agitaba inquieto y acongojado sin esperanza y sin consuelo. Si volvia los ojos hácia el trono de los emperadores, se horrorizaba con el espectáculo de sus crímenes; si penetraba en el Senado, veia á los padres de la patria postrados servilmente á los piés de la infamia; si pedia consuelos á la filosofía, aumentaban sus pesares, viendo á los filósofos clavarse impasibles en el pecho el puñal de la desesperacion ó embrutecerse en el deleite para disminuir sus tristezas; el plebeyo, sin sentimientos, sin virtudes y sin dignidad, se cubria él mismo de oprobio con tal que le dieran pan y gladiadores; los patricios, rodeados de meretrices, no se acordaban más que de la orgía, y pasaban su existencia tumbados voluptuosamente en el opulento triclinio y contemplan-

do ceñidos de coronas de nardo y amaranto, entre los vapores del Quio y del Falerno, las desnudas bellezas de las bayaderas que mueven su talle flexible en cadencioso compas, embriagando los sentidos de armonía y de placer, y adormeciendo á los señores del universo, miéntras en el Oriente y en el lejano Septentríon se conjuran pueblos extraños para preparar su inevitable ruina; si dirigia por fin, sus miradas al santuario de los templos, si al pié de los altares buscaba sû último refugio y su postrer amparo, allí tambien veia desvanecerse toda esperanza, porque la religion no era más que una fórmula oficial, la impiedad y la negra desesperacion de Lucrecio alentaban en el fondo de todos los corazones.

El hombre no sabía á qué principio, en qué asilo acogerse. Despojada el alma humana de sus creencias, sin una idea, sin un principio fijo, fluctuaba al acaso en el proceloso Océano, en el mar sin riberas de la incertidumbre y de la duda. Ya no habia ni religion, ni dogmas, ni filosofía; la doctrina del escepticismo y de la duda dominaba todas las conciencias. Discutian los filósofos sobre la naturaleza y el carácter y los atributos de los dioses; y su palabra final era siempre la negacion de su existencia. Disertaban sobre los deberes y las obligaciones del hombre, escribian sobre ellos profundos y admirables tratados; mas todos sus esfuerzos tendian á buscar un medio de eludirlos en la vida; el suicidio del estoico tenía por principal objeto evitar los pesares y las tristezas de la existencia, precipitándose en el cáos y en los abismos de la nada. Y miéntras tanto los vicios más

infames, la disolucion más repugnante, el más vergonzoso envilecimiento devoraban aquella sociedad sin freno moral para contener sus pasiones; una fuerza irresistible, misteriosa, arrastraba por vertiginosa pendiente á insondables abismos las sociedades, las instituciones, el órden social, el imperio en ruina; el universo, presenciando la agonía terrible del coloso que le oprimia, vacilaba en sus cimientos, y las edades pasadas, las tradiciones de Grecia, Roma y el Oriente, caian con pavoroso estruendo sepultadas entre los escombros de los ídolos, entre las ruinas del paganismo.

Los auspicios y los libros sibilinos anuncian que el imperio está amenazado de una revolucion profunda, completa. Un ruido siniestro y aciago ha estremecido el suelo del Lacio; las legiones de las fronteras vienen á anunciar, con espanto, que han visto huestes innumerables de pueblos extraños, gigantes y hermosos como leones los unos, los otros enanos deformes y sedientos de sangre, blandiendo todos monstruosas espadas, gigantescos arcos, terribles mazas y mortíferas hachas, lanzando grito de guerra aterrador que penetra el alma del más valiente guerrero y le llena de pavor indecible. De todas partes se exhala el grito de la agonía y de la muerte; del seno de los placeres y de la alegría surge la melancólica tristeza del moribundo; los cantos voluptuosos y las melodiosas cuerdas de las liras de los banquetes vibran á un tiempo notas de alegría y notas de dolor, y el presentimiento cruel de la próxima inevitable ruina es el fondo de la vida de aquella sociedad que intenta

apartar de su presencia, con el suicidio del estoico ó el sensual deleite del epicúreo, la imágen repugnante y terrible de su ignominiosa decadencia.

¿De dónde vendrá el amparo para la humanidad? ¿Cómo las sociedades se librarán del inminente naufragio? El socorro no podia esperarse sino del cielo, y tan sólo en el seno de la Providencia podian ampararse los hombres.

Y en efecto, allá en el Oriente, á orillas del Jordan y en los alrededores de Jerusalen, se ha oido una voz dulce, suave, armoniosa, llena de amor y de caridad; dice que va á regenerar al mundo, y predica la paz eterna; se rodea de pobres, de niños, de humildes, de desvalidos y de necesitados; nos manda amar á nuestros enemigos, hacer el bien á los que nos aborrecen y rogar al Padre nuestro del cielo por los que nos persiguen y calumnian. El predicador de tan sublime doctrina espira luégo clavado en el árbol de una cruz. Espira, pero por su último suspiro lanza tambien el mundo antiguo el postrer estertor de su agonía, y de la sangre derramada en el Gólgota brotan las sociedades modernas. Empieza una nueva era de triunfo y de gloria para la humanidad; el astro bienhechor del cristianismo aparece en el horizonte, y doce humildes apóstoles, mensajeros de esperanza y de amor, se esparcen entre los pueblos y entonan entre las ruinas de los imperios y los escombros de lo pasado el canto inmortal de la vida.

Claros, sencillos, incomparables, sublimes, los principios del cristianismo realizan una revolucion radical

en la constitucion de la familia; establecen la igualdad entre el varon y su compañera, dan á la mujer su dignidad y al hombre el sentimiento de su personalidad, declaran el matrimonio indisoluble y establecen las verdaderas relaciones entre esposos y entre padres é hijos.

El cristianismo, proclamando la unidad de Dios, borra al mismo tiempo todas las desigualdades sociales; declara á los hombres todos miembros de una misma familia, hijos de un mismo padre; declara la unidad de orígen y de destino, establece la fraternidad universal y hace arrodillarse á los piés de sus altares, sobre una misma grada, al señor y al esclavo, al varon y á su compañera. El politeismo, creando desigualdades entre las diferentes divinidades de su Olimpo; creando entre los mismos dioses otros seres inferiores, siervos de superiores deidades, consagraba el dogma de la esclavitud; y la desdichada condicion del esclavo era para él una ley de la naturaleza, ley eterna, invariable, indestructible, indispensable de todo punto para la existencia de la sociedad. Así es que el edificio social descansa en el mundo antiguo sobre los hombros encorvados de un sér desgraciado y oprimido, sér envilecido y degradado, siervo de los siervos, en quien no reconoce la sociedad ni nombre, ni parientes, ni amigos, ni derechos, y le obliga á vivir en eterno desprecio, trabajando siempre para sus opresores, y labrando él mismo las cadenas de su propia servidumbre. Sea cual sea la sociedad del mundo antiguo que estudiemos, ora alguno de los pueblos del fantástico Oriente, ora alguna de las ciudades de Grecia, ó bien

cualquiera otra de las suntuosísimas que se elevan misteriosas ó imponentes á orillas del Nilo, allí encontrarémos siempre al esclavo sirviendo de escabel á los despóticos imperios orientales, á las democracias de Occidente, y á la hierática sociedad de Egipto. Cual si fuera uno de esos mudos colosos de piedra que con grave y silenciosa majestad sustentan la mole inmensa del templo edificado por el sacerdote egipcio, en todas partes le hallamos de rodillas en la tierra, haciendo mil increibles esfuerzos para sostener con sus manos el peso terrible que, agobiándole sin cesar, le obliga á inclinar la cabeza y á dirigir sus miradas hácia el suelo. Su cuerpo tiene la forma humana; pero una ficcion infame, privándole de la libertad, ha igualado su condicion á la del bruto, y le ha excluido de todo derecho civil y político y de todo culto religioso, como indicándole que su existencia nada vale, ni ante Dios, ni ante los hombres. Vive sin religion, sin leyes, sin artes, sin ciencias, sin lenguaje, ni áun siquiera brota de sus labios la lánguida y melancólica poesía de la opresion; sufre sin quejarse, trabaja sin buscar un consuelo en el canto plañidero de la elegía, y consume su existencia rodeado del silencio eterno del sér irracional. Despreciado, oprimido, no es nada de por sí; no forma parte de la familia humana; gime en el fondo de la sociedad, sin pertenecer á ninguna clase social; y, sin embargo, el mundo antiguo caerá en ruinas el dia que él desaparezca.

¿Cuál fué la causa de la esclavitud entre los pueblos de la antigüedad? ¿Cuál fué el orígen de aquella iniqui-

dad horrible que privaba de la libertad á todo sér débil, y apoyando su tiranía en la fuerza, le oprimia y degradaba hasta el punto de hacer su condicion igual á la del bruto? Yo veo el orígen primero de la esclavitud más aún en los erróneos sistemas religiosos que en las guerras y en las conquistas. Lo que decia en anteriores capítulos al querer explicar las castas de Oriente, lo repito aquí de nuevo para demostrar el orígen de la opresion de los esclavos. Nunca apreciarémos de una manera exacta los derechos de la personalidad humana, si no tenemos una idea clara y verdadera de los atributos de la Divinidad. El hombre, para apreciarse á sí mismo, necesita conocer primero á su Hacedor Supremo; á Dios. Los errores religiosos, los falsos dogmas de las teogonías producirán siempre en la sociedad monstruosas iniquidades, desigualdades horribles y odiosas. El panteismo oriental produjo las castas y los esclavos, y el Olimpo del politeismo helénico engendró tambien en Grecia la esclavitud. El esclavo, en las sociedades helénicas, es lo mismo que Prometeo en la Mitología: un sér desdichado, condenado á dolor eterno, y encadenado á escabrosa peña para que allí aves rapaces vengan impunemente á despedazar sus carnes y á chupar su sangre; es para la sociedad lo que los Cíclopes y los Titanes para los dioses del Olimpo: una criatura infortunada que no tiene ni áun derecho á la vida, y que trabaja sin descanso noche y dia para forjar las flechas que el Sol le ha de disparar, los rayos con que Júpiter ha de eternizar su servidumbre, y el tridente con que Neptuno ejercerá sobre él dura y absoluta

soberanía. La desigualdad entre los dioses consagra y eterniza la desigualdad entre los hombres. Que se proclame la existencia de un solo Dios, fin único y orígen supremo de todo lo creado; y al instante surgirá la fraternal igualdad entre los hombres, hijos de un mismo padre, y criaturas destinadas á un mismo fin. Que conozcan los legisladores el dogma grandioso de la unidad de Dios; y el hombre, por donde quiera, será igual al hombre, habrán terminado las castas, habrá desaparecido la esclavitud.

Pues bien: el cristianismo proclamó la unidad de Dios, y al instante surgió la fraternal igualdad entre los hombres, todos fueron hermanos, todos fueron iguales [1] en

[1] «Yo os conjuro, dice San Pablo, que os porteis de una manera que sea propia de la dignidad á que habeis sido llamados, soportándoos en el seno de la caridad unos á otros con humildad, mansedumbre y paciencia; solícitos siempre en conservar la unidad de espíritu con el vínculo de paz; siendo un solo cuerpo y un solo espíritu, así como fuisteis llamados á una misma esperanza. Uno es el Señor, una la fe, uno el bautismo. Uno es Dios, y es Padre de todos, y está sobre todos y en todas las cosas, y habita en todos nosotros.» «Por esta causa doblo mi rodilla ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, el cual es el principio y la cabeza de esta gran familia, que está en el cielo y en la tierra.»— «Obsecro itaque vos ego vinctus in Domino, ut digne ambuletis vocatione, qua vocati estis, cum omni humilitate et mansuetudine, cum patientia, supportantes invicem in charitate, soliciti servare unitatem Spiritus in vinculo pacis. Unum corpus, et unus Spiritus, sicut vocati estis in una spe vocationis vestrae. Unus Dominus, una fides, unum baptisma. Unus Deus et Pater omnium, qui est super omnes, et per omnia et in omnibus nobis.» SAN PABLO, *ep. ad Ephes.* cap. IV. «Hujus rei gratia flecto genua mea ad

el santuario del templo; y el nuevo dogma no tardó en salir del estrecho recinto de las basílicas y de la oscuridad de las catacumbas, para extenderse por toda la vida social y producir sus frutos bienhechores.

Al espirar el paganismo, cuando habia ya caido en profundo descrédito el culto de los ídolos, empiezan á brotar en la mente de los filósofos ideas de igualdad y de fraternidad universal. Sin tener conciencia de ellos, sin comprender todavía su trascendencia, proclaman los principios del cristianismo, que quizás recogieron de los labios del esclavo en su propio hogar ó los oyeron repetir á algun cliente ó á algun humilde plebeyo en las reuniones populares. El emperador Marco Aurelio y el esclavo Epicteto profesan las mismas doctrinas contrarias á la esclavitud; Séneca, de cuyas relaciones con San Pablo he de hablar más adelante, exclama en sus epístolas á Lucilio: «Les llamas esclavos, dales mejor el título de hombres que les pertenece. Les llamas esclavos y son tus iguales. Esclavos, y su alma es tal vez más libre que la tuya. Ese que con desprecio designas con el nombre de esclavo nació del mismo modo que tú y tiene la misma naturaleza que la tuya, disfruta del mismo cielo, respira el mismo ambiente, vive y muere como tú. Trátalos como

Patrem Domini nostri Jesu Christi, ex quo omnibus paternitas id coelis, et in terra nominatur», *ep. ad. Ephes.*, cap., III.—Véase la epístola de San Pablo á Filemon, en que da el nombre de hermano á Onésimo, el esclavo fugitivo; y las epístolas *ad Ephes.*, cap. VI, 9; *ad Coloss.*, IV, 1.

quisieras que á tí mismo te tratáran» [1]. Los dogmas del Evangelio, los principios de la unidad divina, de la fraternidad universal entre los hombres, hijos de un mismo padre que está en el cielo, ejercian en aquella sociedad depravada su irresistible y misterioso influjo; y miéntras los patricios en los banquetes obligaban á los esclavos á cometer las más obscenas iniquidades; miéntras impunemente les daban algunos muerte por el solo placer de verles morir y recrearse en su agonía; miéntras los arrojaban otros á sus estanques para que sirvieran de pasto á las murenas de sus festines, las palabras del apóstol Pablo empezaban á estremecer la sociedad, á tener eco en todas las clases sociales, y el más sanguinario y cruel entre los emperadores, el infame Neron, obedeciendo á no sé qué secreto impulso, prohibia á los patricios hacer luchar á sus esclavos con las fieras; luégo el derecho de vida y muerte sobre ellos necesitó para ejercerse la sancion del magistrado; el derecho de castigarlos quedó más tarde reducido á estrechos límites, y el prefecto de la ciudad fué el encargado de velar sobre el trato que reciben los esclavos de sus amos, y Constantino mul-

[1] ¿Quid est eques romanus, aut libertinus, aut servus? nomina ex ambitione, aut ea injuria nata: subsilire in coelum ex angulo licet (*epist.* 31). Servi sunt, imo homines... Ex iisdem seminibus ortum... ¡Servus est! fortuse liber animo... In servos superbisimi, crudelisimi, contumeliosisimi sumus. Sic cum inferiore vivas, quemadmodum tecum superiorem velles vivere (*epist.* 47). Eadem omnibus principia, eadem omnibus origo. Corpora obnoxia sunt et adscripta dominis: mens quiden sui juris. (*Beneficiis*. III. 28 y 20.)

tiplica y facilita por fin las manumisiones, y quedan derogadas las leyes Ælia Sentia y Fusia Caninia, y desaparecen para siempre los dediticios y los latinos junianos.

Destruida la esclavitud, quedaba destruida una de las causas de opresion que tenía la mujer entre los pueblos antiguos; porque si la esclavitud era justa y legítima, si era natural la opresion del débil por el fuerte, justa, natural y legítima debia parecer la opresion de la mujer por el hombre; las mismas causas que habia para encadenar al esclavo, existian tambien para oprimir á nuestra compañera. Si se conocian desigualdades entre los hombres, áun con mayor motivo debian existir entre el varon y la mujer. Y, por el contrario, anatematizadas las desigualdades sociales, necesariamente debia anatematizarse á su vez la inícua desigualdad que entónces existió entre el padre y la madre, entre el marido y la esposa. El mismo principio sublime que rompió las cadenas del esclavo, tendió tambien la mano á la mujer injustamente envilecida, y la sacó del abismo del desprecio y de la humillante inferioridad en que yacia degradada, para elevarla á las regiones de la vida y de la igualdad social. La igualdad entre los hombres, proviniendo de la igualdad de la criatura ante su Hacedor, el varon y su compañera fueron tambien iguales entre sí, y con profunda sabiduría exclamó San Pablo: « *Ya no hay ni judío ni griego, ni libre ni esclavo, ni hombre ni mujer: sois todos iguales, sois todos hermanos en Cristo* [1].»

---

1 SAN PABLO, *epist. ad Galat.*, III, 28.

El cristianismo es la religion del oprimido y del afligido, y cumpliendo su divina providencial mision resucitó el esclavo á la vida de la libertad y elevó á la mujer á las alturas de su dignidad augusta y sagrada.

Ademas, el cristianismo es tambien la religion del amor; es la religion que acerca por vez primera á los labios del hombre la copa llena del néctar divino del amor puro y verdadero. Ama, le dice al hombre, ama á tu Dios, ama á tus semejantes; sobre todo, que no aliente en tí un amor egoista, porque te convertirá en planta estéril; salga, por el contrario, lleno de fuego el amor de tu pecho, derrámese por el mundo, busque con delirio la santa éxtasis de la contemplacion divina, y vaya á perderse en el seno infinito del divino amor. Todo es amor en el Evangelio; la fe es el amor á Dios, la esperanza es la confianza en el amor de Dios, la caridad es el amor del hombre. Aunque hablára el hombre lenguas de ángeles,—si no tuviera amor sería como metal que suena y campana que tañe. Aunque tuviera el dón de profecía y conociera todos los misterios y supiera cuanto puede saberse; aunque su ciega fe traspasára los montes, —si no tuviera amor nada sería. Aunque distribuyese todos sus bienes en dar de comer á los pobres, aunque destrozára su cuerpo el martirio,—si no tuviera amor, si no tuviera caridad, el martirio, la desnudez y la pobreza de nada le servirian. Nunca perecerá el amor, nunca perecerá la caridad, aunque hayan de acabarse las profecías, aunque se olviden las lenguas y se destruyan las ciencias. Por el amor divino, por el amor sublime á sus se-

mejantes es por lo que se distingue el hombre de todos los demas seres. Sin el amor, la vida es triste y amarga, la virtud infecunda y estéril; el amor es el alimento del alma, el calor de la vida, el consuelo de la criatura y el prodigio de la creacion [1].

Tal es la doctrina de Cristo; descubre al corazon humano los inefables encantos del amor verdadero, hasta entónces desconocido en la tierra, y personificando en él todo su culto, da á la mujer cierta ideal superioridad sobre el hombre, porque su corazon tierno, delicado, inocente y puro por naturaleza, comprende mejor que el del hombre los sentimientos indefinibles de la pasion del cariño; y porque, así como el sér humano es el reflejo de la Divinidad, la mujer representa en el mundo el destello ideal del amor infinito, incomprensible, eterno, que llena la inmensidad del tiempo y del espacio y es el más bello y sublime de los atributos divinos.

El amor no existió entre los hombres ántes de la venida del Mesías; la mujer vivió sin él en aquellas sociedades infortunadas, cual mísera flor de la naturaleza, que, falta de ambiente, apénas descubre en sus pálidos pétalos los vivos reflejos con que la adornó el Hacedor Supremo. ¿Qué fué, en efecto, el amor ántes del cristianismo? No descubramos lo que fué en Oriente, porque aquél es antro de grosera sensualidad y de brutales pasiones de los sentidos. En Grecia y en Roma es un insulto á la naturaleza, ó un torpe deleite. Los amores

1 San Pablo, *epist.* I *ad Corinth.*, XIII.

impúdicos de Córidon y Aléxis cantados por Virgilio imperan allí casi como instituciones sociales. El espartano, ántes de escoger esposa, empieza embruteciéndose con un vicio infame que degrada al amante y al amado; Arístides y Temístocles se disputan con furor las caricias de Estesíleo de Ceos; Fídias graba el nombre de su favorito en el dedo del Júpiter Olímpico que ha de recibir las adoraciones de toda la Grecia; la legion tebana está más unida aún por los lazos de repugnante depravacion que por el espíritu de cuerpo y por la gloria de las armas. Alejandro avergüenza á sus soldados con sus escandalosas familiaridades con el eunuco Bágoas. Y anualmente sobre la tumba de Diócles, la Grecia ciñe con una corona las sienes del jóven más disoluto [1]. Los romanos superan aún á los griegos en las torpezas de sus vicios; amor significa entre ellos libertinaje: «*Sine Cerere et Bacho friget Venus*» es un proverbio á cada instante repetido; y cierto grave historiador [2] al querer pintar los desórdenes de Neron, dice que «daba banquetes, se embriagaba y amaba.» ¿Quién ignora las *spintrae* de Tiberio y los incestos de Calígula? ¿Quién no ha oido hablar de las liviandades de Neron y de sus infamias con Esporo [3]? ¿Quién no se ha estremecido de horror al leer las abominaciones con que Eliogábalo manchaba su

---

[1] THEOC., *Idyl.*, XII.
[2] DION., lib. LXI, 4.
[3] DION., lib. LXII, pág. 715.

tálamo é infamaba la sangrienta púrpura de los emperadores [1]? La naturaleza humana nunca se vió tan ultrajada como en los tiempos del Imperio; y las obscenidades que consentia la sociedad romana debe ocultarlas eternamente la historia por deber de moralidad. La antigüedad sensual y liviana amó el cuerpo, la materia, y olvidó el alma, el espíritu; no dirigió á la mujer sino torpes miradas de sensualidad, vió tan sólo en ella el instrumento del mayor deleite de los sentidos, y la encerró esclava en un serrallo ó bien la prostituyó en el templo y en la plaza pública. Si alguna vez le tributó culto, dirigió sus adoraciones á la hermosura del rostro, á las formas bellísimas de su cuerpo. La contempló con idea impura, y despreció otra belleza mayor que se refleja en la tersa frente, pero que no es la de los sentidos: belleza divina, incomparable, que como el pensamiento vive sin formas, sin colores, no está sujeta á las imperfecciones de la materia y es la flor del mundo moral; belleza ideal, celeste, cuyo embriagador aroma es el consuelo, la esperanza y la vida de la vida humana, é iguala en esplendor la hermosura del cielo claro, sereno, tranquilo,

---

1 AELII LAMPRID., *Hist. Aug.*, *Vita Eliogabalis.*— Para formarse una idea del espantoso desenfreno de la antigüedad, véase ademas ATHEN. lib. XIII, cap. V; y el diálogo de Calicrátidas y Carícles, en el libro de los *Amores* atribuido á Luciano.— LUCIANO, *Dialogi meretricii Clonarium et Leaena;—In Proteptico.—In Paedagog.*, lib. II, cap. X. — HORACIO, *Satyr.*, lib. I.—OVIDIO, *Ars amandi.* — SÉNECA, cap. XCV.— TACITO... *etc.* —CHATEAUBRIAND, *Estudios históricos*, *Discurso*, V, *Costumbres de los paganos.*

lleno de la majestad del Dios creador y omnipotente.

Cuando la mujer ha cimentado su condicion social tan sólo en la belleza del cuerpo, su emancipacion será incompleta y su reinado efímero: durará lo que dure su hermosura; adorada hoy, mañana será despreciada, y despues no tardará en pudrirse en la tumba al escabel de su fortuna; durará su culto lo que dure la belleza de su rostro, belleza de un dia que pasa como el pájaro por los aires sin dejar huella alguna de su vuelo fugaz, belleza efímera que como suave aroma se desvanece como impalpable sombra en cuanto se eclipsa el sol de la juventud.

El cristianismo corrigió desde el primer dia de su existencia el error fatal de la antigüedad [1]. El pudor, hasta entónces ultrajado en el harem, en los templos, en el teatro, en las reuniones y en las asambleas populares, en el ágora y en el foro; burlado y escarnecido en los altares; eliminado de entre los atributos de la Divinidad, se convierte en el adorno más bello de la mujer, ennoblece á la compañera del hombre y le da la dignidad de la virtud y el encanto de la inocencia. A los tipos de corrupcion y de infamia, á los símbolos obscenos del paganismo, sustituye el ideal sublime de una mujer incomparable, vírgen y madre á un mismo tiempo, sin mancha en su blanco hábito virginal, y que con una celestial mirada purifica el corazon del hombre y le convierte pa-

[1] SAN PABLO, *epist.* I *ad Corinth.*, VI, 9-20;—*epist. ad Ephes.*, V; — *epist.* I *ad Thesalon.*, IV, 3, 4, 5.

ra siempre á la virtud. La mujer, tal como la presenta la doctrina de Cristo, es la obra más bella, es el diamante del Evangelio. Virtuosa y pura en su cariño cuando con el amor vibran las fibras de su corazon, es una armonía viva, una imágen viva del cielo. Impotentes son los esfuerzos que contra ella dirige el vicio; impotentes los bramidos de las pasiones; erguida la frente lucha impasible contra los apetitos groseros y los torpes instintos de la naturaleza humana, y vierte con profusion sobre la tierra los santos placeres y los puros goces de los afectos de familia. El Evangelio descubrió á los hombres el carácter verdadero del amor [1]: la virtud y no el deleite fué la base de toda union matrimonial; se unieron los cuerpos porque se amaron las almas, y la mujer recobró al instante por medio del pudor su legítima autoridad y su hasta entónces despreciada dignidad.

Hasta ahora hemos visto la emancipacion y la dignidad de la mujer llevada á cabo por algunos principios generales del cristianismo, principios sublimes dignos de la eterna sabiduría de un Dios. Pero la ley del Crucificado miró con especial cariño la condicion social de nuestra compañera; y, en este punto, el mismo Redentor sacó las consecuencias de sus doctrinas. El mismo aplicó á la mujer sus principios regeneradores. Y el medio principal de que se valió para conseguir su objeto, fué dar todo el realce y toda la santidad posible á la institucion sacrosanta, por la cual se unen las dos mitades del gé-

---

1 San Pablo, *epist. ad Ephes.*, v, 25-33.

nero humano para no formàr más que un solo y mismo sér [1]. La augusta majestad del sacramento fué desde entónces divina ceremonia religiosa, que rodeó de celestial pureza el instante solemne en que una criatura entrega á otra la propiedad de su cuerpo y el cariño de su alma: los cónyuges se unieron en el seno de Dios; el matrimonio se celebró en el cielo y se consumó en la tierra. El cielo fué invocado como testigo y depositario del compromiso más solemne que contrae el hombre en la vida; y á los piés del santuario, en el misterio de la Divinidad con la bendicion del sacerdote, entre admirables plegarias invocando la gracia divina, se realizó el acto que mejor simboliza en la tierra el prodigio de la creacion: prodigio él tambien, incomprensible, inexplicable, que como en los dias de la formacion de los mundos saca del cáos de la nada nuevos seres inteligentes y libres, nuevas imágenes vivas del Supremo Hacedor, nuevas criaturas que en alas de la razon podrán elevarse á la contemplacion divina, y en alas de la espiritualidad de su alma irán á perderse en el seno del Altísimo y vivirán allí vida inmortal en el transcurso infinito de los siglos.

---

1 Admirablemente expresa Tertuliano el carácter augusto que el cristianismo comunicó al matrimonio declarándole sacramento. «¡Qué union, exclama, hay comparable con el matrimonio cristiano! La Iglesia extiende el contrato..... etc.» «Ecclesia conciliat, et confirmat oblatio. Obsignatum angeli renuntiant, Pater rato habet..... Duo in carne una, ubi et una caro, unus et espíritus. Simul orant, simul jejunia transigunt. In ecclesia Dei pariter, in connubio Dei pariter, in angustiis, in refrigeriis.....» TERTUL., *Ad uxorem*, II, 9. Parisiis, 1657, tom. I, pág. 592.

¡Qué diferencia entre el sacramento cristiano y el matrimonio *per coemptio* y *per usus* del paganismo! ¡Qué diferencia tan profunda entre esta augusta majestad del matrimonio sacramento y las mismas solemnidades religiosas de la antigua *confarreatio.* En adelante, ni áun como mera ficcion legal podrán ya aplicarse al matrimonio las doctrinas de la prescripcion y de la compraventa; en vano pretenderá el hombre fundar en ellas sus derechos de esposo; si otras solemnidades más augustas no vienen á santificar sus afectos, la compañera de su vergonzoso extravío merecerá cuando más el nombre de concubina, jamás el título de esposa. Desaparecen las ceremonias simbólicas del rapto, los simbólicos recuerdos de la tiranía marital que encontrábamos en el antiguo matrimonio religioso de los pueblos paganos. Ahora el sacerdote bendiciendo á los nuevos esposos, dice al marido que le entrega en su mujer una compañera y no una sierva, y recuerda á la mujer que es el marido su protector y su amparo, les repite á ambos que Dios ha unido sus destinos en la eternidad y quedan en adelante unidos por los vínculos más fuertes y poderosos que pueden estrecharlos en la tierra.

El principio de la igualdad universal es el primero que el Evagelio aplica á la institucion del matrimonio [1]. Al

[1] La igualdad de los cónyuges se deduce tambien de haber sido declarado el matrimonio sacramento; porque en la union conyugal, celebrada en presencia del Padre Eterno del género humano, nada importan las desigualdades sociales; ante el tribunal

proclamar la igualdad del siervo y del señor, del pobre y del magnate, del esclavo y del tirano, del oprimido y del opresor, proclamó tambien la igualdad del marido y de la mujer. La esposa, ántes sometida en su persona y en sus bienes á la arbitrariedad al despotismo del marido que sobre ella tenía derecho de vida y muerte, se convierte en la compañera inseparable del hombre que le consagró sus destinos. El Evangelio les ha dado distinta mision en la familia, pero iguales derechos, idénticos deberes. Así es que ántes la mujer abandonaba su familia para entrar en la del marido, y ahora el varon abandonará á su padre y á su madre para unirse á su esposa, y ambos formarán una nueva familia, un nuevo hogar [1]. «Lo que la ley divina prohibe á uno de los cónyuges, dice San Jerónimo, es obligatorio para ambos. Distintas de las leyes de los Césares son las leyes de Cristo, distintos los preceptos del Papiniano y los del apóstol Pablo. Los paganos dan rienda suelta á las impúdicas pasiones del hombre, le permiten el adulterio con tal que no lo perpetre con mujer casada, le dejan violar el pudor de las esclavas, y consienten que se cubra de infamia en las casas de meretrices. Entre nosotros, por el contrario, lo que no puede hacer la mujer tampoco puede hacerlo el

---

de Dios no hay ni esclavo, ni libre, ni hombre, ni mujer, ni judío, ni griego. Esta misma idea se desprende tambien de las palabras de Tertuliano que he citado en la nota anterior.

[1] SAN MATEO, XIX, 5; — SAN MARCOS, X, 7.

hombre: idénticos son los deberes de ambos esposos» [1]. Los pueblos de la antigüedad únicamente castigaban el adulterio de la mujer; aparece el Evangelio, y tambien se castiga el adulterio del marido. «*Que aquel de vosotros que esté sin pecado tire la primera piedra*», dice la ley de Cristo; y así el varon y la mujer se ven igualados en la perversidad del delito, del mismo modo que en los merecimientos de la virtud. Iguales entre sí el padre y la madre, ejercen con igual autoridad los deberes de la patria potestad [2]; los hijos les deben igualmente respeto, obediencia, cariño y veneracion.

La mística é indestructible union de Jesucristo con su Iglesia es el ideal del matrimonio cristiano [3]; y de aquí nace como consecuencia primera la indisolubilidad del vínculo matrimonial. Hasta la venida del Redentor, la procreacion fué el fin primero del matrimonio; y con tan erróneo y funesto principio se hallaba legitimada la poligamia en sus mil formas divesas, ora bajo la forma de

---

1 «Aliae sunt leges Caesarum, aliae Christi; aliud Papinianus, aliud Paulus noster praecepit. Apud illos, viris impudicitiae frena laxantur, et solo stupro atque adulterio condemnato, passim per lupanaria et ancillulas libido permititur, quasi culpam dignitas faciat, non voluntas. Apud nos, quod non licet foeminis, aeque non licet viris, et eadem servitus pari conditione censetur.» SAN JERÓNIMO, *ep. ad Oceanum* (Parisiis, 1623, tom. I, pág. 198). SAN PABLO, *ep.* I *ad Corinth.*, VI, 16.

2 «Puellae, fortassis quae nunc apparet, apparebit et mater, cujus voluntatem in tradenda filia, OMNIBUS, ut opinor, natura praeponit.» SAN AGUSTIN, *ep.* 233, *ad Benenatum.*

3 SAN PABLO, *ep. ad Ephes.*, V, 25.

los serrallos orientales, ora bajo la del concubinato, del repudio, del divorcio, ó bien bajo la del adulterio legal; se hallaba tambien legitimado el infanticidio y justificada la exposicion de los hijos contrahechos, pues siempre se vió confirmada en la historia aquella terrible y profunda sentencia de Mme. Staël: «Multiplicar los nacimientos sin ennoblecer los destinos del hombre, no es sino preparar mayor banquete á la muerte» [1].

Pero en el Evangelio, el mutuo auxilio, el mutuo amparo, el recíproco cariño y el irresistible impulso de un amor verdadero constituyen la base de la union conyugal. Se pone en práctica la monogamia con todo el rigor de un principio absoluto, porque sin ella no puede existir el amor verdadero, y porque tan sólo en ella pueden igualarse en el cariño el corazon del hombre y de la mujer, tan sólo con ella puede ser eterno el afecto entre esposos, y perpétua y duradera la felicidad del hogar doméstico. Cristo amó con sin igual cariño á su Iglesia, y por ella vertió hasta la última gota de su sangre; y el marido cristiano debe tambien amar con sin igual cariño á su esposa y estar siempre dispuesto á sacrificar por ella su felicidad, su fortuna, sus aspiraciones, su existencia.

La union del matrimonio cristiano es eterna, porque el sello del sacramento es indeleble, eterno, y porque uniéndose los cónyuges en Dios se han unido en la eternidad. El Eterno fué el sacerdote supremo que presenció

---

[1] MME. STAEL, *L'Allemagne*, pág. 73.

su enlace; fué el que estrechó sus manos y los unió con el ósculo de paz y amor, y lo que hizo Dios no pueden deshacerlo los hombres [1]. Así quedaba sancionada la indisolubilidad del matrimonio y anatematizada la institucion del divorcio; y principiaba la lucha terrible que sobre este punto iban á empeñar las ideas cristianas con las ideas paganas, lucha que sólo debia cesar con el triunfo del principio de la indisolubilidad, consignado al fin, despues de largos siglos, en los códigos romanos. Antes hemos descrito el deplorable estado de la familia romana en los tiempos del imperio; devorada por todas las pasiones, por los vicios más ignominiosos, sin virtudes, sin afectos, el divorcio hacía cada dia en ella incesantes y pavorosos estragos. Sus males parecian no tener remedio; en vano promulgaban los emperadores decretos contra el adulterio, decretos contra el cónyuge que diera lugar al divorcio, decretos contra el lujo y la depravacion

---

[1] San Mateo, xix, 6.

El principio de la ley natural del matrimonio, que sobre todo se consagra declarando al matrimonio sacramento, es el principio de la indisolubilidad. De este modo se ven las pasiones humanas encadenadas por el freno más poderoso que puede contenerlas. Así lo comprendió la Iglesia. «Conviene, dice San Ignacio, que intervenga el obispo en la celebracion del matrimonio, para que se celebren cumpliendo las leyes de Dios, y no siguiendo los apetitos de la carne.» (Πρέπει δὲ τοῖς γαμοῦσι καὶ ταῖς γαμουμέναις μετὰ γνώμης τοῦ ἐπισκόπου τὴν ἕνωσιν, ποιεῖσθαι, ἵνα ὁ γαμος ἡ κατὰ θεὸν, και μη κατ᾽ επιθυμιαν.— *Ep.* v, *ad Policarpum.*) «Ideo, añade Tertuliano, penes nos ocultae quoque conjunctiones, id est non prius apud Ecclesiam professae, juxta moechiam et fornicacionem judicari periclitantur.» *De pudic.*, tom. i, pág. 447.

de las matronas, contra las escandalosas liviandades de los patricios, decretos contra los célibes desposados con la infamia. En vano contra ellos dirigian sus acres invectivas los poetas satíricos; en vano sobre ellos fulminaba Tácito sus terribles censuras, en vano los filósofos ideaban y proponian remedios; el torrente impetuoso de todas las pasiones desencadenadas arrastraba en su curso furioso estos frágiles obstáculos con los cuales intentaban evitar sus estragos, y desde el trono de los césares, hasta la choza del más humilde plebeyo, todo era disolucion, inmoralidad, anarquía, cáos, repugnante desenfreno, infame prostitucion. En esto, entre los los alaridos de aquellas orgías, cuando el imperio caia inerte y sin vida en el lecho de sus festines, resonó de de repente en el Areópago de Aténas y en el foro de Roma la voz del Apóstol de las gentes; y dijo á las sociedades envilecidas, á las matronas sin pudor, á los patricios sin decoro, que no hay modo mejor de enfrenar las pasiones que hacer eterna la union conyugal; que los afectos del corazon son perpétuos, indestructibles; que el matrimonio tiene por sello primero el de la indisolubilidad, y que es adúltero, por más que digan lo contrario las leyes civiles, aquel que contrae segundo enlace, cuando sólo por medio del divorcio, injusta ficcion legal, se rompieron los lazos que le unian al primero [1]. Con

[1] Repudium, quod aliquando permissum, jam prohibet.—Tum quia quos Deus conjunxit, homo non separabit; scilicet, ne contra Deus faciat. Solus en ira ille separabit qui et conjunxit. Sepa-

estupor oyó primero el paganismo esta doctrina, para él inaudita, este anatema lanzado contra sus instituciones. Acostumbrado á considerar el matrimonio como simple contrato, como el ménos solemne entre los contratos, puesto que quedaba perfecto por el simple consentimiento [1]; acostumbrado á considerarlo, sobre todo durante los tiempos del imperio, como un medio de satisfacer depravados apetitos de los sentidos, mas no los afectos del alma; acostumbrado, en fin, á ver en él un instrumento de especulacion y de tráfico, un medio de adquirir herencias más bien que herederos [2], la idea del divorcio le parecia natural y necesaria, inherente á la misma institucion del matrimonio; y por más que la definiera el jurisconsulto *consortium omnis vitae*, su definicion, en contradiccion evidente con las leyes del Código, fué siempre impropia del matrimonio pagano, union accidental y pasajera, frágil consorcio á cada instante deshecho por el divorcio. Así es que no comprendieron al pronto las sociedades la trascendencia inmensa del principio proclamado; no comprendieron que significaba que con el Evangelio estaba el hombre llamado á conocer la vida y los afectos del hogar, llamado á cumplir más elevados destinos en la tierra, no comprendieron

---

rabit autem non perducitiam repudii quam reprobat et compercit, sed per debitum mortis. In totum enim, sive per nuptias, sive vulgo, alterius viri admisio adulterium pronuntietur.» (TERTULIANO, *De monogamia*, c. IX.)

1 ULPIANO, I, 30. *Digest.*, *de reg.* juris.

2 JUVENAL, *Sat.* IX, verso 86.

que sobre la familia, cimentada en sus leyes verdaderas, iba á organizarse la sociedad.

Admirable sencillez, incomparable sabiduría de los preceptos del cristianismo; con esos principios tan claros, tan sencillos, de tan poca influencia al parecer en la vida de las naciones, realizó la revolucion más grandiosa que recuerda la historia. Los anatemas lanzados contra el divorcio, la proclamacion de la indisolubilidad del matrimonio, el sello indeleble del sacramento, sirviendo de base á la constitucion de la familia, los dulces é incomparables ejemplos de la madre y de la esposa cristiana, bastaron para sustituir á las costumbres abominables de aquellos siglos la severidad de la moral cristiana; y la humanidad envilecida, cubierta de nefandas iniquidades, resucitó á la vida de la inteligencia, á la vida del derecho y de la justicia.

El Evangelio reveló á la humanidad el ideal más puro y sublime del matrimonio; y las sociedades, dirigidas por sus legisladores, deben tender constantemente hácia ese fin supremo, hácia ese ideal deseado que brotó como enseñanza divina de los labios de un Dios, y que el Redentor del mundo legó á los hombres como fundamento indestructible de nuestra felicidad verdadera.

Historiadores y filósofos imbuidos en preocupaciones de escuela, arrastrados por afan tan vehemente como inexplicable de negar á nuestra religion sus timbres más bellos, sus más altos títulos de gloria, pretendieron en su locura sostener que sólo á las doctrinas estoicas es debida la regeneracion portentosa del mundo antiguo.

Juzguen, sin embargo, con imparcialidad, y en lo que al matrimonio y á la familia se refiere, me remito al fallo de su propia conciencia.

Quien no quiera ver en el cristianismo más que la última transformacion de la filosofía pagana, considere los abismos profundos que median entre aquella sociedad antigua, moribunda, y la naciente sociedad de las catacumbas; entre la familia pagana y la familia cristiana, entre el matrimonio del mundo antiguo y el matrimonio consagrado por el Evangelio; entre la mujer prostituida y degradada á los piés de los altares de los ídolos, y la mujer regenerada á los piés de la cruz del Gólgota, y comprenderá que la antigüedad, que ordenaba á las hermosuras de Babilonia, de Biblis y de Corinto que se prostituyeran en los templos de Milita, de Adónis y de Vénus; la antigüedad, que aplaudia frenética al ver á las doncellas de la isla de Chipre correr delirantes por las playas del mar, dias ántes de su boda, cubriéndose de oprobio y de infamia, para que pusiera el extranjero en su mano la dote adquirida con el precio de su deshonra [1]; la antigüedad, que escuchaba atenta los consejos de la meretriz y de la heteria para dirigir y gobernar á los pueblos [2]; la antigüedad, que convertia en culto la depravacion más abyecta; que adoraba á Júpiter, convertido en lluvia de oro para seducir á una doncella; que

1 Dotalem pecunia quaesituras..... pro reliqua pudicitia libamenta Veneri soluturas. JUST., lib. XVIII.

2 ANTENEO, lib. XIII.

ponia los tiernos sentimientos del amor conyugal bajo la proteccion de Vénus, protectora del adulterio de Helena; que despreciaba á la mujer si no se convertia en prostituta; que arrojaba del tálamo nupcial á la esposa estéril, y difamaba á la madre que no abandonára en el foro ó despeñára por el Taigeto á su hijo contrahecho; la antigüedad, en fin, cubierta de tantas iniquidades y de tantas abominaciones,—era incapaz de elevarse hasta el ideal de la mujer cristiana, incapaz de regenerarse por la única fuerza de sus depravados instintos.

En anteriores capítulos he dicho que el Occidente progresó sin cesar desde que se separó del Oriente; pero, como sucede en todo progreso que no descansa en cimientos verdaderos, llegó un dia en que no pudo ya proseguir en la vía de sus adelantos, dia aciago en que se encontró sumido en espantosa disolucion social y precipitado en pavorosos abismos; de su pecho se exhaló entónces un grito de desesperacion y de muerte, creyó su ruina segura y quiso ahogar sus fúnebres presentimientos con los livianos desórdenes de repugnante orgía. Pero en aquella hora el cristianismo tendió su mano á las sociedades, y las sociedades se salvaron: sacó á la humanidad del profundo abismo, donde creyó que iba á perecer, y la elevó hasta las regiones de la Justicia y del Derecho. En una palabra, cuando el mundo y la filosofía habian perdido toda fe y toda esperaza, surgió el cristianismo, y anatematizando los principios que hasta entónces habian creido verdaderos, le devolvió la fe y la esperanza. Platon se horrorizó, sí, de la corrupcion de

los tiempos en que vivia, y su genio portentoso suspiró en pos de su ideal más puro; pero sus labios no fueron los que esparcieron por la tierra los gérmenes primeros del cristianismo. ¿Cuál no hubiera sido, por el contrario, su alegría si hubiera podido contemplar á la humanidad en los brazos del Evangelio? ¿Cuántos más sublimes pensamientos que las palabras de la extranjera de Mantinea hubiera inspirado en su mente la contemplacion de la Vírgen María? Las vírtudes de Sócrates, las sentencias de Platon, las doctrinas de Aristóteles podrán ser alguna vez, no lo dudo, presentimientos del cristianismo; creo que son tambien, en el seno del paganismo, providencial preparacion de los dogmas cristianos; pero de ningun modo el orígen del Evangelio: porque la ley de Cristo, léjos de ser la última palabra de las escuelas filosóficas del paganismo, fué, por el contrario, su negacion absoluta y completa. Si el cristianismo fuera, como algunos pretenden, el último desenvolvimiento de las ideas de Sócrates y de Platon, debió de haber nacido en Aténas, en Alejandría, en Roma, y no en Belen y en el Calvario. Para que resonára entre los hombres la voz del Verbo, la voz del Evangelio, el mundo no aguardaba que aparecieran primero los genios filosóficos de Grecia, esperaba tan sólo que llegára el momento solmne anunciado por los profetas; esperaba que el Justo espirára en el Calvario, y que la sangre del Redentor cayera sobre la frente de la humanidad oprimida.

En cuanto á la mujer, ¿cómo puede afirmarse que la

ennobleció la filosofía pagana, cuando los filósofos del paganismo no supieron más que reemplazar los serrallos en las casas de meretrices, y los horrores de la poligamia con las iniquidades de torpes comunismos y de repugnantes orgías? La emancipacion de la mujer se operó tambien en las cumbres sagradas del Gólgota: apareció el Redentor, y Eva, la madre pecadora, y la triste esclava de los serrallos de Oriente, y la adúltera Semíramis, la ebria bacante, la meretriz de Grecia, Helena, Safo, Frine, Aspacia, la disoluta matrona, la sibila de Delfos y la de Cumas, la de Erítrea y la de Libia, trayendo en sus libros sagrados las profecías y las esperanzas de redencion que habian recogido en las playas del mar Tirreno y del Egeo, al pié de las encinas de Dodona, en los golfos del Corinto, en las grutas de Pausílipo, se reunieron en coro junto á la cruz salvadora, y personificadas en Magdalena, deploraron sus culpas, se arrepintieron de sus crímenes, lloraron junto á la Vírgen María, y Cristo contestó á cada una de ellas, como á la mujer adúltera: «Véte, te perdono; y no peques en adelante.» Y la mujer pagana se cubrió con el velo de la vírgen cristiana, derramó por el mundo tesoros de castidad y de virtud, amó á su esposo con amor eterno, amó á sus hijos con amor de madre, huyó llena de horror de los escándalos del divorcio, de la infamia del adulterio; consagró la indisolubilidad del matrimonio, cubriendo, cuando viuda, de lágrimas y suspiros la tumba de su esposo, y anhelando como felicidad suprema en la tierra los abrazos de un solo amor casto y puro; y así,

abrazándose, como á su áncora de salvacion, á las leyes sublimes del matrimonio cristiano, dió á conocer al mundo los tiernos encantos del corazon de esposa y de madre.

Los principios del cristianismo, recogidos por pobres é ignorantes pescadores de Galilea, luchaban á la entrada del templo de Jerusalen contra las intrigas de los fariseos ; allí la intriga, la persecucion y el tormento amenazaban ahogar los gérmenes de luz que brotaban de las cumbres del Gólgota. Cegados por los sofismas de los fariseos, algunos judíos recien convertidos á la nueva doctrina creian que, á semejanza de la ley antigua, la palabra de Cristo debia de encerrarse en el santuario de Jehová ; la religion del Crucificado iba á perecer, porque querian hacer de ella la religion de un solo pueblo, miéntras que sus dogmas abrazaban toda la humanidad y necesitaban para vivir extenderse por todo el universo y penetrar libremente en todas las naciones. Al dia siguiente de haber nacido iba á desaparecer la ley de Cristo, despues de haber brillado con el instantáneo fulgor de un relámpago; cuando de repente surgió un hombre extraordinario, enviado de Dios, que dominando con la mirada del genio el estado del mundo, al ver los templos egipcios con sus ídolos en ruinas, perdidos, sin un adorador, allá en medio de desiertos de candentes arenas, y destruida por la fuerza de una idea divina y de un genio invisible la mole inmensa del santuario, que en vano intentaron destruir los siglos ; al ver al paganismo

moribundo, agitándose convulsivo en la congoja súprema de la muerte; al oir la voz que rápida se extiende por las azules plácidas ondas del Mediterráneo y anuncia á los pueblos que «Pan, el dios Pan, ha muerto»; al escuchar las lecciones de las escuelas filosóficas de Grecia, cuyas doctrinas todas se resumen en la duda y en la ansiedad del que espera, en el escepticismo indiferente del que nada niega y del que nada afirma, escepticismo profético que desconfia en lo presente y espera en lo porvenir; al ver á la sociedad entera personificada en Roma, revolviéndose inquieta en el horror del vacío y buscando por todo el orbe una nueva divinidad, un culto nuevo que venga á saciar su sed ardiente de verdad religiosa; al ver á las treinta mil divinidades del Panteon despreciadas, porque, á pesar de su número, no llenan la conciencia de la humanidad con la idea de lo infinito,—comprende que la religion del Mesías ha de ser una religion universal que se dilate por todos los ámbitos de la creacion y venga á satisfacer una nueva necesidad de todos los pueblos del universo, y á dar un mismo consuelo á todas las naciones de la tierra; y entónces, ese hombre extraordinario, lleno del espíritu de Dios, guiado por la mano de la Providencia, se presenta como un gigante entre el mundo antiguo y el mundo moderno, personifica en sí la ley de Cristo, coge el báculo y las sandalias del apóstol peregrino y se lanza á estremecer al mundo con el fuego irresistible de su palabra, con la fe ardiente de su corazon y con la insaciable actividad de su espíritu.

En Damasco predica primero la fraternidad universal

de los hombres, hijos de un mismo Dios. Acude luégo á la region de los árabes, y allí, en frente de la desnuda inmensidad del desierto, predica á las caravanas la existencia de un solo Dios, la venida de un Redentor divino y la aparicion de una religion de amor : su poderosa voz se confunde con los torbellinos del Simoun huracanado, levanta montes de arena, y con cada nueva abrasadora tormenta penetra más y más en el corazon de aquellos desiertos arenales. Vuelve á su patria, y el que ántes, ebrio de sangriento delirio, veia contento correr la sangre de los discípulos de Cristo, anuncia ahora á los habitantes de Jerusalen que ha terminado la religion del terrible Jehová, religion de la amenaza y del castigo, porque ha aparecido entre los hombres la religion del perdon, del amor y de la misericordia. Recorre las comarcas del Asia Menor y las plácidas riberas de Chipre, y á los pueblos que entre los desórdenes de la orgía buscaban con antorchas encendidas, en la cumbre de los montes, en los valles, en las orillas de los rios y en las playas de los mares el eterno principio femenino de la creacion, á los adoradores de Cibéles, de Citerea y de Diana, les muestra la Vírgen Inmaculada del cristianismo, que, atravesando las etéreas regiones del cielo claro y sereno de la Siria, ha ido á confundirse en el seno del Eterno; y al oir los inspirados acentos del Apóstol, aquellos pueblos dejan de buscar entre el mundo de la materia el amor eterno representado por el hinchado seno de la fecunda Cibéles, y realizan su ideal en el amor divino que existe en el universo invisible de a inmortalidad, amor

puro, sublime, que vive de abnegacion y de heroismo, y no de impura sensualidad y de voluptuosas orgías. El Apóstol de las naciones se hace luégo abrir las puertas del Areópago de Aténas; y allí, enfrente de aquella reunion de ancianos decrépitos, imágen del mundo pagano, proclámase mensajero del Dios desconocido, Dios uno y eterno, que entrevió pero no pudo comprender el genio de Pitágoras y de Platon el divino; Dios infinito, que no cabe ni en el tiempo ni en el espacio, y que allí donde se presente ha de derrumbar con su sola presencia los ídolos de falsas divinidades; Dios uno, incomprensible, inexplicable, cuya palabra es la verdad universal, la verdad divina; Dios padre y esencia del Verbo, orígen y fin supremo de todo lo creado. Al escuchar los ecos de su palabra, al recibir el fuego de su pensamiento, la opulenta y disoluta Corinto derriba los palacios de sus meretrices para elevar templos al Dios verdadero; y Roma, la ciudad del Derecho, retumba con los acentos de su voz, escucha atenta sus doctrinas, recoge inconscientemente sus principios como tesoro sagrado, y modificando su derecho hace de su legislacion la legislacion del universo, así como ántes, transformando sus leyes con el genio de la filosofía helénica, convirtió las doctrinas de sus jurisconsultos en la legislacion universal del mundo pagano.

San Pablo es uno de esos hombres prodigiosos que tan sólo aparecen en la tierra al surgir alguna gran idea vivificadora para extenderla con su ardiente celo por los dispersos corazones de los hombres. Sin darse tregua ni

descanso, sin detenerse siquiera para recobrar el aliento perdido, para sacudir el polvo del camino y secar el sudor de su frente, va de un lado á otro del mundo, dejándose arrastrar ciegamente por el soplo de la voluntad divina. Cuando llega la noche se sienta á la entrada de alguna cabaña, y escribe una carta admirable á esta Iglesia querida ó á este amigo que le pide consejos. Si se halla léjos de amadas ovejas de sus rebaños, les manda una epístola llena de indecible cariño, de divina sabiduría, que escribe, ora sentado al pié de robusta palmera, durante las horas del dia en que con más fuerza manda el sol sus ardores á la tierra, ora descansando de sus trabajos, solitario en medio de los campos, á la caida de la noche, ó bien encerrado cautivo en las prisiones de Roma.

En sus incomparables epístolas el Apóstol de las gentes se acuerda siempre de la mujer, dirige un consejo ó una palabra de consuelo á la viuda, recuerda al marido el respeto sagrado que debe tributar á su esposa, recuerda á los padres que es el más santo de sus deberes paternos el velar cuidadosos por el pudor de sus hijas. «Vosotros, maridos, exclama, amad á vuestras mujeres como Jesucristo amó á su Iglesia, y se sacrificó por ella. Amad á vuestras mujeres como á vuestros propios cuerpos, pues quien ama á su mujer, á sí mismo se ama. Amad á vuestras mujeres como á vosotros mismos. Por este amor sagrado abandonará el hombre á su padre y á su madre, unirá su vida á la vida de su compañera, y formarán los dos una misma carne. Mujeres, respetad á vuestros ma-

ridos»[1]. San Pablo recomienda sobre todo á la mujer los deberes de la caridad; le da á entender que si al hombre pertenece el desempeño de los sacrosantos ministerios del altar, el difundir por el mundo con el fuego de su palabra la ley divina de Cristo, en cambio al corazon tierno y amante de la mujer pertenece sobre todo el realizar en la tierra las leyes de la caridad y del amor cristiano; á ella le toca distribuir las limosnas en el templo, aliviar los dolores del infortunio, prodigar sus cuidados á los enfermos, restañar las heridas de la humanidad doliente, inculcar la resignacion en el pecho del esclavo, y con la conmovedora enseñanza de los principios de la caridad universal, preparar para recibir las aguas del bautismo el corazon de sus hermanas áun neófitas[2].

San Pablo, propagando por el orbe los dogmas del cristianismo, era tambien ardiente apóstol de la emancipacion y de la dignidad de la mujer; pero ademas en sus epístolas completó la obra de Cristo, haciendo en ellas la pintura exacta de los verdaderos afectos de familia y de los sacrosantos deberes conyugales. Une á los cónyuges hasta la tumba[3], proclama su absoluta

---

1 SAN PABLO, *epist. ad Ephes.*, VI; — *epist. ad Colossen.*, IV.

2 SAN PABLO, *ep.* I *ad Timoth.*, V. 9 y sig.

3 «Mulier alligata est legi quanto tempore vir ejus vivit: quod si dormierit vir ejus, liberata est: cui vult nubat, tantum in Domino. BEATIOR AUTEM ERIT SI SIC PERMANSERIT, secundum meum consilium: puto autem quod et ego Spiritum Dei habeam.» *Epist.* I *ad Corinth.*, c. VII, 39-40. — Para el servicio de la Iglesia, dice

igualdad en el seno del amor, los nombra siempre juntos, les da á uno y otro los mismos derechos, los mismos deberes [1], condena el divorcio [2] que expone la honra de la mujer á la peligrosa inconstancia y al furor de las pasiones del varon, inflama sus corazones con el fuego de un amor puro y divino, y lleva á su más alto grado de delicadeza el noble sentimiento del pudor, rodeándole de los celestiales velos de la virtud y del misterioso atractivo del heroismo. Hablaba San Pablo á las naciones de la belleza incomparable de un corazon puro, hablaba de la virginidad, trazaba ante ellas el asombroso cuadro de las virtudes de la esposa cristiana, inundaba las almas con la divina armonía del amor cristiano que alentaba en su pecho, y al oirle las mujeres abandonaban el orgullo y los placeres impuros de las matronas; como Fabiola, distribuian sus bienes á los pobres, consagraban su existencia al consuelo del infortunio; y sin intimidarse por los insultos de los hombres y por los dolores del tormen-

---

que se ha de elegir « Vidua non minus sexaginta annorum, quae fuerit UNIUS VIRI UXOR.» *Epist.* I *ad Timoth.*, V, 9.— Comprende, sin embargo, que hay ciertos casos en que son necesarias las segundas nupcias para la mujer desamparada, y añade: « Volo ergo juniores nubere, filios procreare, matres familias esse, nullam occasionem dare adversario maledicti gratia.» *Epist.* I *ad Timoth.* V, 14.

1 SAN PABLO, *epist.* I *ad Corinth.*, VII, 2, 3, 4, 5, 10, 11;—*epist. ad Ephes.* V, 25,—29 y 33.

2 « Iis autem, qui matrimonio juncti sunt, praecipio non ego, sed Dominus, uxorem á viro non discederet: quod si discesserit, manere innuptam, aut viro suo reconciliari. Et vir uxorem non dimittat.» SAN PABLO, *epist.* I *ad Corinth.*, VII, 10, 11.

to, buscaban con frenético anhelo la perfeccion de la virginidad. Las matronas, hasta entónces criadas en el adulterio, eran fieles á sus maridos hasta despues de viudas, y llorando noche y dia sobre la tumba del que fué su compañero de la vida, esperaban con afan, sumidas en melancólica tristeza, la hora en que la muerte volviera á unirlos de nuevo en el mundo de la eternidad. En lugar de la pasion de la lascivia, surgió entónces la pasion de la virginidad; y hubo doncellas, aún no convertidas al cristianismo, pero llenas del ardiente deseo de ser heroicas en la castidad, que se dieron muerte por descansar en el sepulcro junto á una palma de vírgen.

En el Evangelio y en las epístolas de San Pablo se halla el tipo más ideal que de su compañera han conocido los hombres: la mujer, tal como allí se presenta, es un sér sobrenatural adornado de todas las virtudes, lleno de amor celestial y de virginal pureza; sér admirable, enviado del cielo para hacer olvidar las tristezas y las amarguras de la tierra; sér divino, creado para amar y que únicamente en el amor puede cumplir su providencial mision; sér puro, inocente, vaso de bendicion, espejo del alma, arco íris de salvacion que enjuga nuestras lágrimas y calma nuestras penas; ángel de hermosura, que con su presencia desvanece de nuestro pensamiento todo sentimiento impuro y todo instinto liviano, y nos llena de dulces y mágicas ilusiones de felicidad inefable. La sublime inspiracion del poeta, y la elevada intuicion del filósofo nunca pudieron crear un ideal que se igualara á la mujer cristiana.

¡La mujer cristiana!..... ¡quién la hallára! Su precio es inmenso, como el de las joyas traidas de los últimos confines de los mares; llena de belleza y de virtud, de dulzura y de energía, de ternura y de valor, es fortaleza en el combate, áncora de salvacion en medio del horror de la tormenta, fe en la incertidumbre, consuelo en la adversidad; con un beso de su cariño templa las iras del malvado; con una mirada de sus ojos claros, castos, serenos, pone un freno al furor de las pasiones; ángel tutelar del hogar doméstico, en los amorosos latidos de su corazon recoge la familia el calor de su cariño y la eternidad de sus afectos; sus deleitables acentos son la primera armonía que resuena en torno de nuestra cuna; sus blancas y purísimas manos son las que desde los dias de la infancia nos indican el camino de los cielos, y las que siempre encontramos velando cuidadosas junto al lecho del dolor; y despues de la muerte, en su corazon es donde por más tiempo se perpetúa el recuerdo de nuestra existencia; y sus lágrimas son el rocío celeste con que viven las lánguidas flores que crecen sobre nuestra sepultura. Dichoso, mil veces dichoso, aquel que una vez en su vida encontró á la mujer cristiana: al contemplar el sello divino que sobre su tersa frente y su dulce sonrisa ha impreso el Evangelio, al recibir el fuego misterioso de su mirada, creerá contemplar una encarnacion viva de la virtud, y sentirá en su pecho no sé que inexplicable sacudimiento que hará brotar de su alma en delirio el vehemente deseo de reposar eternamente ebrio de felicidad en el seno de otra alma idolatrada.

¿Y quién al entrar en el templo, con la fe en el alma y la oracion en los labios, no ha encontrado á la vírgen cristiana arrodillada al pié de los altares, arrobados los ojos en el cielo, plegadas las manos sobre el pecho fortificando su corazon contra las tentaciones del vicio? Y al mirar, entre nubes de incienso, entre las melancólicas armonías de la plegaria, en su blanco y sonrosado rostro los vivos matices de la inocencia, y la sublime é indefinible expresion del pudor y de la castidad, ¿no ha creido ver ante sus ojos en la vírgen incomparable del cristianismo un vivo destello de la belleza inmaculada de la Vírgen María, y no se ha prosternado á un mismo tiempo delante del altar y delante de aquella criatura divina, ideal, celeste, imágen viva de la reina de los cielos? ¿Qué discípulo verdadero de Cristo no ha contemplado extático á la madre cristiana distribuyendo cariñosa á sus hijos, en el templo doméstico ó junto al santuario, el pan del espíritu, el amor y la vida del alma, los consuelos y las esperanzas eternas de su religion? ¡Cómo se ensancha el corazon al ver la sonrisa, el candor, la inocencia y la virtud de la vírgen cristiana; cómo se llena el pecho de amor, de dulces é inefables sentimientos, al contemplar el cariño, los sacrificios, la abnegacion, las heroicas virtudes de la esposa y de la madre regeneradas por la ley del cristianismo!

Sí, la obra más bella y más admirable del Evangelio, es á no dudarlo la emancipacion y la dignidad de la mujer. Nunca apreciarán bastante las sociedades el beneficio inmenso que les hizo el cristianismo al enseñarles el

ideal sublime de la mujer como vírgen, como esposa y como madre.

Cuando apareció la mujer cristiana en la tierra, el mundo quedó sorprendido; surgió de repente en medio de las sociedades como un genio bienhechor, y en presencia de sus virtudes los hombres creyeron por un momento entrever una de esas sombras ideales que tan sólo viven en el mundo de los ensueños; no comprendieron los prodigios de su heroica abnegacion y de sus admirables virtudes. « ¡ *Dioses inmortales* (exclamaban los paganos, llenos de asombro al ver pasar por la vía pública á una matrona cristiana, grave y majestuosa, serena y erguida la frente, vestida de blanco lino y dando la mano á sus hijos), *Dioses inmortales, ¡qué esposas y qué madres las de los cristianos!* » Admiraban la virtud, pero no tenian valor para practicarla.

El medio de que se valió el cristianismo para dar tanto realce á la compañera del hombre, fué principalmente el de establecer en los libros de los Evangelistas y en las epístolas de San Pablo los fundamentos verdaderos de la institucion del matrimonio. Declaró que la procreacion no es el fin primero del matrimonio, y así anatematizó todas las leyes inicuas que tenian su orígen en error tan monstruoso. Dijo que el amor, y no el deleite, debe ser el fundamento de la union conyugal del hombre y de la mujer; dijo que ambos cónyuges son iguales, que ambos son padres, que idéntica es su importancia en la familia, aunque distinta su mision, y fulminó tambien el rayo de sus anatemas contra la tiranía marital, esta-

blecida en todas las naciones del mundo antiguo. Dijo á los padres que á ellos les tocaba trabajar por sus hijos [1], y lanzó tambien sus anatemas contra los abusos de la patria potestad; cubrió de infamia el infanticidio [2]; tem-

---

1 San Pablo, *epist.* II *ad Corinth.*, XI, 14.

2 El cristianismo fué el que desterró este crímen nefando, general en toda la antigüedad. Si era gravoso al padre educar á sus hijos, si la madre no queria menoscabar su prolongada juventud, si los adivinos (al observar las estrellas) pronunciaban algun funesto presagio, perecia el hijo en el seno de su madre, ó bien en el momento de su nacimiento el padre se negaba á levantarlo del suelo, dando así á entender que no lo reconocia. Entónces se le abandonaba en medio de la vía pública, donde moria de hambre y frio, si no le recogian ciertos especuladores que le mutilaban horriblemente y se servian luégo de él para excitar la compasion de los transeuntes. En aquellos tiempos el aborto era una ciencia puesta en práctica por todas las matronas; la sociedad recogia en la plaza pública los expositos para ultrajar su cuerpo y convertirlos en eunucos ó en enanos contrahechos; las leyes ordenaban la muerte del hijo deforme ó enfermizo. Los jurisconsultos clásicos hablan de la venta de los hijos como de una ficcion legal, establecida para obtener la emancipacion de la patria potestad. Pero, segun Paulo, el padre pobre podia vender al hijo recien nacido; y Papiniano declara que el hijo, ántes de ser dado á luz, no debia considerarse como criatura humana. La exposicion y la venta de los hijos por sus padres se conocia aún en los tiempos de Constantino y de Teodosio el Grande; y San Jerónimo nos describe el dolor de una madre cuyos tres hijos habian sido vendidos por su esposo para pagar al fisco. El cristianismo fué el primero que levantó la voz en favor de aquellas infortunadas víctimas de la tiranía paterna; los cristianos los recogieron para salvar su existencia y darles el agua del bautismo; y Constantino, inspirado en las máximas del Evangelio, decretó que se socorriera al padre que presentase los hijos que no podia alimentar.—César Cantú, *Historia universal,* época VIII, cap. IV. — Pablo, *Sent.*, lib V.—Bynckershoek, *De jure occid. liberos.*—

pló la severidad de la patria potestad del padre con la dulzura de la patria potestad de la madre; y una vez el matrimonio establecido en sus principios verdaderos, la mujer se vió respetada y venerada, el hombre conoció el encanto inefable de los puros afectos de familia, y las sociedades probaron por vez primera la felicidad que descansa en la paz, en la union y en el cariño del hogar doméstico [1].

Por fin, réstame terminar este capítulo examinando las consecuencias benéficas que resultaron para la mujer de los medios de que se valió el cristianismo para conseguir su triunfo.

Jesucristo al decir que su reino no era de este mundo, que al César se diera lo que es del César, expresaba que no venía á regenerar las sociedades por medio de sangrientas revoluciones, ni habia de presentar el cambio político de una reforma de gobierno como el medio seguro de dar á los hombres la felicidad. Vió las desigualdades sociales, la esclavitud, la tiranía, la iniquidad, el

---

ATHENAGHOR., *Apolog.*, trad. de Fleury, *Histoire ecclesiastique*, lib. III, tom. I, pág. 389.)

1 Véase en el tratado *Ad uxorem* la pintura que hace Tertuliano de la mujer cristiana. En ese cuadro verdadero de la familia cristiana de aquellos tiempos, ¡qué mision tan sublime y tan admirable desempeña la mujer en medio de los suyos! ¡Qué superioridad tan grande le dan los principios del Evangelio sobre todas las mujeres de la antigüedad! — TERTUL. *Ad uxorem*, lib. II, c. IV. — *De cultu foeminarum*, lib. II. Parisiis, 1568. Dignas de estudio son tambien las otras dos obras de Tertuliano intituladas *De velandis virginibus* y *De monogamia*.

egoismo y la disolucion; y no aconsejó al esclavo y al oprimido que con las armas reivindicasen sus derechos, sino que les mandó la resignacion y la obediencia, y desarmó al mismo tiempo el brazo de sus opresores. No quitó sus padecimientos, sino que los convirtió en actos meritorios de heroica virtud: porque, aunque proclamaba la igualdad entre los hombres, hijos de un mismo padre, aunque reemplazaba el egoismo con el amor universal, la impiedad con la fe, la tiranía con la caridad, únicamente esperaba el triunfo de sus principios de la fuerza irresistible de la verdad, y no de la fuerza de las armas ó de los tumultos populares. La religion de Jesucristo se dirige al convencimiento, rasga ante la conciencia los velos que cubren la verdad; y como verdad incomparable penetra irresistible en la conciencia humana, admira y asombra por la sencillez y la sublimidad de sus nuevas ideas, y engendra á los mártires que sufren con resignacion el tormento, se dejan matar con heroismo, pero declaran ser su persecucion injusta.

El cristianismo se lanza con los apóstoles en medio del mundo; proclama los principios de vida; predica la idea salvadora de la humanidad y se ve primero escarnecido, tratado de sueño y de locura, martirizado y perseguido; y permite que le persigan, que le martiricen; pero en medio del tormento sigue proclamando sus doctrinas, y sus verdugos son los primeros que convierte á su fe. Los emperadores, los procónsules y los jurisconsultos decretan la muerte de los *galileos*: primero por satisfacer los deseos de un pueblo estúpido y san-

guinario que pide espectáculos en el circo; y luégo entra en sus persecuciones el deliberado propósito de exterminar á la nueva secta que, contra la voluntad imperial, sostiene la independencia de los propios convencimientos.

Pero despues de haber contemplado el heroismo de los mártires en la arena del circo, los Césares se sienten envueltos en una aura más pura; y, en medio de sus monstruosos crímenes, de su delirio de sangre, Calígula, Claudio, Neron, Domiciano y otros tiránicos emperadores, impulsados por una fuerza mayor irresistible, ennoblecen á la mujer y le dan mayor dignidad en el seno de la familia; reconocen en cierto modo la personalidad del menor y del esclavo; borran más y más las desigualdades sociales [1], y tienden á crear una ley universal y humanitaria. Neron quiere hacer gratuita la administracion de justicia [2]; Claudio declara la vida del esclavo tan inviolable como la del hombre libre [3]; Adriano, Cómodo y Alejandro Severo protegen al esclavo contra la prostitucion y cualquiera otra clase de injurias; Caracalla manda que una vez recobrada la libertad por el siervo no pueda éste perderla de nuevo, y ordena que sean iguales entre sí en derechos civiles y políticos todos los súbditos

---

1 Gaio, *Instituta*, pág. 76.

2 «Ut litigatores pro patrociniis certam justamque mercedem pro subsellis nullam omnino darent; praebente aerario gratuita.» Suetonio, *Nero*, 17.

3 Suetonio, *Claudio*, 25.

del imperio [1]. Los jurisconsultos, meditando sobre la oscuridad de las leyes, se sienten tambien inspirados por el nuevo espíritu; condenan primero con timidez los antiguos principios; no se atreven á atacarlos cara á cara; no tienen valor para decir con frente erguida lo que les dicta su conciencia, y ahogan entre prolijos comentarios una palabra de censura. Ulpiano, al hablar de una mujer que ha sido sucesivamente concubina de su patrono y del hijo y áun del nieto de su patrono, se contenta con decir que no obra bien á su entender [2]. Pero poco á poco los nuevos dogmas sociales invaden las doctrinas de los jurisconsultos, modifican y transforman sus ideas sobre el derecho, y las decisiones de los maestros de la ciencia del derecho contribuyen, á su vez, á emancipar al hombre de la tiranía de las antiguas leyes.

En una palabra, el nuevo dogma penetra insensiblemente en la vida de la sociedad, en las constituciones de los Emperadores, en las respuestas de los jurisconsultos y en todas las instituciones sociales; los monstruos y los tiranos que ocupan el trono imperial le obedecen ciegamente, y áun pretendiendo destruirlo y ahogarlo con los tormentos del martirio y de la persecucion, se convierten en instrumentos dóciles, de los cuales se sirve la Providencia para extender el cristianismo por la conciencia del mundo. Los instintos de aquellos déspotas

---

1 ULPIANO, *Digest.*, tít. V, 17.

2 «*Non puto eam recte facere.*» ULP., *Digest.*, 1, 3, *De concubinis.*

que oprimen á la tierra desde las alturas del Capitolio son perversos, sanguinarios, crueles, respiran ferocidad en todos sus actos, no se horrorizan de los crímenes más execrables; y, sin embargo, una fuerza superior que desconocen les obliga á ser humanitarios en sus leyes.

Esta mezcla singular de ferocidad y de dulzura, de crueldad y de humanitarios sentimientos, no es más que la natural consecuencia de la lucha terrible que en el corazon de los Césares han empeñado el paganismo moribundo y el cristianismo en los albores. Allá, en el fondo de las catacumbas, fermenta una idea grandiosa, sublime, que ha de regenerar al mundo: en la oscuridad de aquellos subterráneos el genio de lo porvenir echa lentamente sus raíces entre las tumbas misteriosas de los mártires; alumbrados por la vacilante luz de las lámparas funerarias, los cristianos se reunen allí en silencio, y escondidos en el seno de la tierra dirigen sus plegarias al cielo; las vírgenes, cubiertas del místico velo del pudor y de la oracion, entonan celestiales armonías, curan las heridas de los perseguidos, socorren al pobre y al necesitado, alivian todos los males, consuelan todos los infortunios con el ósculo ardiente de su caridad; el sacerdote, de pié junto al altar, reparte á los fieles el pan del alma que les da el valor heroico para sufrir sin quejarse los dolores del tormento; con santa uncion les anuncia que todos son hermanos, que todos tienen un mismo Padre en el cielo; les aconseja que se amen con efusion unos á otros, que rueguen por sus perseguidores; man-

da al marido que respete y venere á su esposa; á la esposa que ame y obedezca á su marido; les dice á ambos que el matrimonio unió para siempre su carne y su espíritu, y consuela, en fin, á todos los afligidos con esperanzas infinitas. Y los asistentes recogen con devocion sus palabras; ántes de separarse estrechan sus corazones en tierno abrazo de amor, y entonan los cantos de los profetas, los salmos del Antiguo Testamento, las máximas del Evangelio. Y los himnos sagrados repetidos cien veces por el eco poderoso de aquellas bóvedas sombrías, como si fuera la voz de los que descansan en los sepulcros uniéndose á las adoraciones de los creyentes, ruegan por los espacios de las catacumbas y se exhalan luégo como misteriosas emanaciones entre los cimientos de la Ciudad Eterna, y conmueven á los Emperadores sumidos en la prostitucion del despotismo, estremecen al patricio en medio de sus orgías, al pueblo en medio de su embrutecimiento, y sorprenden al filósofo abstraido en sus meditaciones y divagando entre monstruosos errores; y los emperadores, los patricios, el pueblo, los filósofos, continúan en su degradacion y en su envilecimiento, pero la nueva idea obra insensiblemente en sus corazones, y de cuando en cuando brotan de sus labios principios ignorados por toda la antigüedad y realizan actos de virtud hasta entónces desconocidos por las sociedades. Poco á poco crece la sociedad de las catacumbas; los cristianos ocupan los más altos puestos del Senado, de la magistratura y del ejército; L. Anneo Séneca el ministro, dueño entónces de la voluntad de Ne-

ron, ha conversado con San Pablo [1]; la nodriza de Caracalla y la mujer de Cómodo son cristianas; los cristianos se multiplican de dia en dia; ya no pueden contenerlos las catacumbas, y saliendo de los subterráneos, donde va á sepultarse el paganismo, edifican sus templos en medio de Roma, clavan la cruz sobre la cima del Capitolio.

El Evangelio habia ya avasallado al mundo, sus perseguidores abrazaban sus doctrinas; el César adoraba la cruz del esclavo, se daban la mano el tirano y el oprimido; el lábaro sagrado de Constantino ondeaba en medio de las legiones; la Roma antigua espiraba y de sus cenizas, como el fénix, brotaba la nueva Roma; las sociedades prostituidas abandonaban el vértigo de la embriaguez, y llena la mente de vergonzosos recuerdos y el pecho de eternos desencantos, se amparaban en el hogar doméstico constituido por el cristianismo y se envolvian en las virtudes, en los dulces sentimientos y en los la-

[1] La tradicion de las relaciones que mediaron entre San Pablo y Séneca fué cosa tan averiguada entre los antiguos, que pudo autorizar la ficcion de una correspondencia epistolar que ha llegado á nosotros, entre el Apóstol de las gentes y el filósofo cordobés. Pero un descubrimiento de hace muy pocos años ha venido á confirmar la tradicion de los vínculos que mediaron entre Séneca y los príncipes de los apóstoles. En las obras hechas por S. S. Pío IX en el puerto de Ostia ha aparecido la lápida sepulcral de un liberto de Séneca llamado ANNEO PETRO PAOLO, que en estos tres nombres pone fuera de toda duda un hecho que nos habia sido trasmitido únicamente bajo la forma de una leyenda.

zos de amor de la familia cristiana. Entónces se oyó en todo el universo espantoso estruendo, se entreabrieron pavorosos abismos; era el estruendo del paganismo que se derrumbaba, minado en su base por las ideas cristianas; en los abismos se sepultaron los mutilados cadáveres de los dioses. Los ídolos, sin embargo, áun dejaron en el mundo algunos recuerdos, áun tuvieron algunos adoradores; pero éstos fueron á ocultar su vergonzoso culto en la oscuridad de las tinieblas y en las entrañas de la tierra. Hoy, entre las capillas y los sepulcros de los primeros cristianos, se hallan en las catacumbas los altares y las divinidades de los últimos idólatras.

Así como el hombre somete á su imperio las fuerzas de la naturaleza y las doblega á ser esclavas inconscientes de su voluntad, así tambien, valiéndose de la fuerza irresistible de la conciencia humana, el cristianismo convierte á los Emperadores y á los más despóticos poderes sociales en sumisos esclavos de sus designios, y les hace labrar con sus propias manos el triunfo de la causa que odian y persiguen. Los Emperadores más insensatos, los que con más furia martirizan á los cristianos, son los que mejor sirven á la causa de Cristo, los que con más celo dirigen sus cuidados á proteger al desvalido, al humilde, al necesitado, al esclavo. Claudio ordena que la ingenua que tuviere tres hijos, ó la liberta que contáre cuatro, queden libres de la tutela del agnado. Adriano y Marco Aurelio señalan á la madre una porcion legítima é igual á la del padre en la herencia de sus hijos, lo mismo que á éstos en la herencia mater-

na [1]. La misma tutela del padre llegó luégo á circunscribirse, para los hijos, á los años de la menor edad. Diocleciano promulga su constitucion en favor de los pobres, y en ella se muestra tan conforme con las doctrinas del Evangelio, como Constantino en la constitucion que más tarde dictó en favor de las viudas y de los huérfanos [2]. Ambos se encaminan á un mismo fin; no hay,

---

[1] Senado consulto, *Tertuliano* y *Orficiano*.

[2] Las leyes de Constantino restituyeron la libertad á los que yacian contra su derecho en la esclavitud (*a*), permitiendo la manumision en las iglesias delante del pueblo con el solo testimonio de un obispo (*b*). Los clérigos mismos tuvieron el poder de dar libertad á sus esclavos, por testamento ó por concesion verbal: disposicion que hubiera bastado, sin los desórdenes de los tiempos, para manumitir de un golpe una parte considerable de la especie humana. Otras leyes prohiben las concubinas á los casados (*c*), ordenan la salubridad de las cárceles, vedan los calabozos (*d*), exceptúan de la confiscacion de los bienes la parte dada á las mujeres y á los hijos ántes de los delitos de los maridos y de los padres, y proscriben los actos infames y los combates de gladiadores (*e*). Estos diversos reglamentos no surtieron en el acto un pleno efecto; pero marcan los primeros instantes del establecimiento del Cristianismo, por la condenacion de la esclavitud, de la prostitucion y del asesinato (*f*). Las leyes que aparecen en los códigos romanos con el triunfo del cristianismo son la prueba más elocuente del principio que he sentado más arriba diciendo que el cristianismo es la religion del afligido y del oprimido, y que, cumpliendo su divina y providencial mision, resucitó el esclavo á la vida de la libertad, y elevó á la mujer á las alturas de su dignidad augusta y sagrada.

(*a*) *Códig. Teod.*, tom. I, pág. 441.
(*b*) *Códig. Justin.*, tom. XIII, lib. I. — *Códig. Teod.*, tom. I, pág. 354. — SÓZIMO, lib. I, cap. IV.
(*c*) *Códig. Justin.*, tom. XXVI, pág. 464.
(*d*) *Códig. Teod.*, III, pág 53.
(*e*) *Códig. Teod.*, tom V, pág. 397. — EUSEB., *Vita Constant.*, lib. IV, cap. XXV.
(*f*) CHATEAUBRIAND, *Études historiques*, part. prim., Discurso II.

entre el Emperador pagano y el primer Emperador cristiano más diferencia que la de tener el uno conciencia de sus actos, miéntras el otro obedece ciegamente á misterioso impulso. Diocleciano es instrumento inconsciente del triunfo del Evangelio; y Constantino, por el contrario, ha comprendido cuál es la fuerza superior y divina que obra en las sociedades, reconoce su sublimidad y su providencial é inevitable influjo, le da entrada en su conciencia, y se pone al frente de la mayor revolucion que ha conocido la historia. En ser el primer Emperador romano que tuvo conciencia de sus actos, como legislador, y el primero que desde las alturas del trono, comprendió la marcha de la humanidad, estriba toda su grandeza.

Sube, al fin, el cristianismo al trono de los Césares; y Constantino suprime la tutela perpétua de la mujer, reconoce en ella iguales derechos que en el hombre y aplica al infanticidio la pena del homicidio. Entónces las causas de divorcio se especifican [1]; Teodosio el jóven de-

---

[1] Cuando Constantino abrazó los dogmas y los principios del cristianismo, cuando lo reconoció como religion del imperio, no suprimió, sin embargo, desde luégo en los códigos la institucion del divorcio; lo único que hizo, lo único que pudo hacer para luchar contra vicios tan arraigados en la sociedad y en las leyes, fué especificar las causas del divorcio, ponerle todo género de dificultades para hacerlo casi impracticable. Obró en esto siguiendo el mismo sistema político, las mismas profundas miras sociales que tuvo presentes para la abolicion gradual de la esclavitud y para la emancipacion de la mujer. Y es que, como bien lo habia comprendido el cristianismo desde el primer dia de su exis-

roga las injustas leyes contra los célibes, y Justiniano establece la igualdad entre los cónyuges y concede á la madre ó á la abuela la tutela de su descendiente, con derecho pleno [1]. Las máximas del Evangelio y los preceptos del apóstol Pablo se inscriben al frente de los códigos romanos; y en esos monumentos inmortales de la razon escrita, legados por el pueblo rey á las naciones venideras, aparece tambien la Roma pagana, espirando en los brazos de la Roma cristiana.

Rodeado de escollos, de insuperables obstáculos, de intrigas, de persecuciones, odiado por todos los poderes de la tierra, el cristianismo hizo frente al judaismo y al paganismo: avasalló el imperio romano, personificado en

tencia, jamas tendrán éxito las revoluciones radicales improvisadas, ni serán estables las reformas realizadas precipitadamente y sin lenta y gradual preparacion. Así como en vez de suprimir de repente la esclavitud antigua se encaminó á ese fin, proclamando doctrinas de igualdad y fraternidad universal, y multiplicando en los códigos los medios de manumision, así como en vez de emancipar de repente á la mujer y darle los derechos de igualdad marital y patria potestad que sólo habia de alcanzar mucho tiempo despues, empezó realzando gradualmente su dignidad, concediéndole los derechos de tutela y curatela que ántes no disfrutaba si no en casos especialísimos como privilegio extraordinario; así tambien con respecto al divorcio, miéntras la Iglesia conservaba en el órden espiritual la inmaculada pureza de sus doctrinas, el primer Emperador cristiano no prohibia de repente el divorcio por medio de un simple decreto ó de una ley á los pueblos y á las razas sometidos á su poder, se contentó con ponerle dificultades y obstáculos de todo género, preparando en los códigos el momento de su completa abolicion.

1 *Novela*, 118, cap. v.

los Césares, y vencedor de todos los poderes del mundo, subió al Capitolio con más gloria que ningun otro triunfador, porque su triunfo era el más completo y glorioso de cuantos conoció la ciudad de los triunfadores: era el triunfo de la idea sobre la fuerza, el triunfo de la Justicia, de la Libertad, de la Moral, del Derecho y de la conciencia, sobre la tiranía, la opresion, la desigualdad y el desprecio del hombre. Roma entónces, en vez de celebrar sus triunfos sobre la humanidad, celebraba el triunfo de la humanidad sobre ella; en vez de aumentar la alegría del pueblo con espectáculos de gladiadores, cerraba los circos, porque un deleite más puro que el de la sangre vertida inundaba el corazon del hombre; en vez de reyes cautivos y de naciones esclavas, que ántes seguian el carro del triunfador, ahora le acompañaban todos los pueblos del universo, llevando en sus brazos las divinidades del Panteon para despeñarlas por la roca Tarpeya, al mismo tiempo que las cadenas que los esclavizaron en los siglos de la antigüedad. En medio de este triunfo insigne, aparecia graciosa y bella la mujer cristiana; hácia ella se dirigian las miradas de las gentes, y todos contemplaban con asombro su frente pura y serena, su grave majestad, su heroismo, su abnegacion y su virtud; era la joya de más valor que brillaba en aquel dia de victoria; presentábase á un mismo tiempo cubierta del blanco hábito virginal, símbolo de su pureza, y llena del amor inefable de esposa siempre fiel, ó de los tiernos cuidados y del celoso cariño de una madre sin rival en el cariño de su esposo.

El cristianismo habia triunfado tan sólo por la pujante fuerza de su propia idea. Para conquistar y regenerar al universo se habia dirigido únicamente, por medio de la persuasion, á la conciencia y á la razon del hombre; y así, áun en medio del triunfo, completaba su obra en favor de la mujer, enseñándole que, aunque débil por naturaleza, tenía en su pecho una fuerza más irresistible que todas las fuerzas de la tierra, la fuerza del amor y de la virtud. Con su propio ejemplo animábala á que, de la sangre de la persecucion y de los dolores del tormento, esperase con confianza la victoria; y le presentaba como axioma incontestable el principio de que cuando la verdad y la virtud empiezan á luchar contra la fuerza, cuando empiezan á luchar contra el despotismo y la tiranía, su triunfo es seguro: porque la autoridad de los potentados se estrella contra el grito de la conciencia y contra los sentimientos del corazon; porque en esa lucha las armas se enmohecen, la espada pierde su valor en la balanza de la victoria, se derrumban todas las instituciones sociales, á cuya sombra se perpetraba el crímen, y de entre los escombros de su ruina surge la verdad en todo su esplendor, despues de haber echado en el convencimiento de los hombres raíces tanto más profundas cuanto más prolongada fué la resistencia que encontró en su progresiva marcha por el mundo. La mujer, por consiguiente, al sentirse débil y oprimida, no debe desconfiar de la virtud: en vez de echarse en los brazos de la desesperacion, como la esclava de los serrallos orientales; en vez de encenagarse en los desórdenes de espan-

tosas orgías, como la heteria griega y la matrona romana,—que se eche en los brazos de la virtud; y cuando se vea atormentada y envilecida, que cada suspiro de dolor que arranque de su pecho el tormento, sea para ella signo de triunfo, presagio de victoria, pues la virtud y la inocencia han de triunfar, al fin, de la opresion y de la tiranía. Y en cuanto el tirano que la oprime aprecie lo que vale su amante corazon de esposa y su tierno cariño de madre; cuando conozca lo que es la perpétua fidelidad en el amor conyugal; cuando estime lo que son los cuidadosos afanes de la mujer en el seno de la familia, y pruebe la felicidad divina que las virtudes de su compañera difunden por el hogar, él mismo se indignará contra una tiranía que causa su propia desdicha, y maldiciendo sus crímenes se despojará del cruel despotismo que ántes se oponia á su felicidad y le privaba del tierno consuelo y de la incomparable alegría de los verdaderos afectos del corazon.

Bien supo la mujer aprovecharse de este ejemplo. Y miéntras los bárbaros invasores del imperio la arrastraban esclava tras de su carro, ella padecia con resignacion las duras penas del cautiverio, sufria sin quejarse, y con el ejemplo de su pureza, de su inocencia y de sus inapreciables virtudes, convertia cariñosa á los pueblos opresores, infiltraba en los rudos corazones de aquellos guerreros la religion que inspiraba tales prodigios de heroismo, y una vez convertidos sus verdugos á la ley verdadera del Evangelio, la mujer, ántes oprimida, no era ya una esclava, sino un mensajero de amor y de virtud,

consuelo del hombre en la tierra, amparo del afligido y elemento primero de toda felicidad verdadera.

En medio del estruendo de la caida del coloso romano que se desploma; en medio de los vapores de sangre de aquella edad, de los densos torbellinos de humo que despiden las ciudades incendiadas por las hordas invasoras; en medio de aquel cáos profundo y de aquellos terribles dolores que desgarran las entrañas del antiguo mundo, en la hora suprema del nacimiento de las sociedades modernas, vaga por el suelo de Europa un genio invisible, que llama ó detiene á las razas del Norte, calma sus iras y suaviza sus feroces instintos, sigue en el espacio la estela de sangre y fuego que aquellos dejan en su paso; y luégo, cuando los ve establecidos en las hermosas comarcas meridionales, abre ante ellos los libros de los Evangelistas, y vertiendo sobre su frente el agua del bautismo, y en su corazon la ley de Cristo, los convierte y transforma en las nacionalidades modernas. Este genio es la mujer cristiana. Prodigio del cristianismo, bella como la inocencia, iluminada por los resplandores del amor eterno, se inclina sobre la cuna de nuestras sociedades y murmura cariñosa la dulce cantilena de la vida. En las Galias se llama Genoveva, Clotilde, Radegunda, y extiende sobre los horizontes de Lutecia gasas de nieblas y vapores, para ocultar la ciudad al furor de los hunos; se encarna en la reina Clotilde, y da su ósculo nupcial á Clodoveo, y con sus virtudes convierte á los francos, en medio del sangriento tumulto de una batalla. Entre los longobardos tiene por nombre Teodolinda; y dulcifica

los instintos sanguinarios de aquellos fieros escandinavos. En España es Teodosia, esposa de Leovigildo y madre de Hermenegildo y de Recaredo; es tambien Ingunde, hija de la célebre reina Bruniquilde y esposa del santo mártir Hermenegildo. Entre los anglo-sajones es Berta, la tierna virtuosa mujer del rey Eterbelto. En todas partes, con su mirada casta y serena, detiene las iras inhumanas de los invasores, y sentada sobre las ruinas, con el Evangelio en la mano, llama á los pueblos y á los reyes, les enseña su corazon, sus virtudes, sus encantos, y los pueblos y los reyes se postran á sus plantas, la adoran como esposa y como madre, y, siguiendo sus consejos, empiezan siendo virtuosos en el hogar, para ser luégo grandes y prepotentes en la vida social.

---

## CAPÍTULO VIII.

### Emancipacion y ennoblecimiento de la mujer debido únicamente al cristianismo.

I.—La mujer entre los bárbaros.—El culto de la mujer no tiene su orígen en las costumbres de los germanos.— Causas por las cuales el testimonio de Tácito no puede servir de apoyo para sostener la opinion contraria.—Monstruosos vicios que, áun en medio de su contínuo panegírico de las costumbres germanas, descubre este historiador en la vida de aquellos pueblos.— Tres modos de formarse una idea verdadera de las costumbres de los bárbaros. — Qué era entre ellos el aprecio de la mujer.—Léjos de deber su dignidad á los bárbaros, la mujer cristiana fué quien los civilizó.— Cuál fué la verdadera influencia que tuvieron los bárbaros en los destinos de nuestra sociedad.

II.—La mujer en la Edad Media.—El culto de la mujer no debe tampoco su orígen á la institucion de la caballería.—La caballería no es más que el genio del cristianismo, alentando en el corazon de los campeones que surgen en todas las edades heroicas de la vida de los pueblos.— Diferencias entre los caballeros cristianos y los héroes legendarios de otras sociedades.— Locuras de los caballeros en la época de la decadencia de esta institucion. — La emancipacion y ennoblecimiento de la mujer no nació tampoco de la vida feudal.— La mujer en los tiempos del feudalismo. — Corrupcion de la Edad Media.—Esfuerzos de la Iglesia para combatir la inmoralidad y dar realce á la mujer.—Multiplica las solemnidades del matrimonio.— Mantiene con energía el principio de la monogamia y de la indisolubilidad.— Lucha entre la corrupcion que degrada y envilece á la mujer, y los principios del cristianismo que la ennoblecen, reflejada en la epopeya de Dante.

### I.

### LA MUJER ENTRE LOS BÁRBAROS.

Despues de lo expuesto en el capítulo anterior, inútil parece tratar de lo infundadas que son las doctrinas que, negando al cristianismo uno de sus más bellos timbres

de gloria, pretenden atribuir á las costumbres de los germanos y á las galantes proezas de los tiempos caballerescos, á la vida de la Edad Media ó bien al feudalismo, el ennoblecimiento y dignidad de la mujer entre las sociedades europeas. Pero como son doctrinas que corren en el dia muy válidas, creo necesario insistir sobre ello.

Desde las predicaciones de San Pablo hasta Teodosio el Grande habian trascurrido cuatro siglos de cristianismo; cuatro siglos durante los cuales las verdades del Evangelio, proclamadas por los apóstoles, por los padres de la Iglesia, llevadas por la fe ardiente de los nuevos prosélitos á los confines del mundo conocido, alcanzaron el imperio de las conciencias, y empezaban á dominar las instituciones, y se habian asentado en el trono de los Césares. Dos siglos despues del misterio del Gólgotha decia Tertuliano al paganismo: «Somos de ayer y llenamos ya, sin embargo, vuestras ciudades, vuestros municipios, vuestras asambleas, vuestras legiones y vuestros campamentos, vuestros palacios, el senado, el foro.» Al siglo siguiente, con Constantino los discípulos de Cristo se cubrian con la púrpura de los emperadores; y en la época de Teodosio, despues de haber intentado un esfuerzo supremo con Juliano el Apóstata, vencido al fin del paganismo aunque no destruido todavía, se convertia en culto misterioso y secreto cuyos ritos avergonzaban á sus mismos creyentes. A fines del siglo IV y principios del V quedaban por lo tanto realizadas estas portentosas empresas del cristianismo, conseguidos por él de una manera tan rápida como admirable estos prime-

ros triunfos. Entónces el imperio, invadido en todas sus fronteras por innumerables pueblos extraños; sin legiones, sin recursos para combatir el inmenso é irresistible empuje de las razas invasoras; desquiciado su poderoso sistema administrativo; sin más cohesion entre todas sus infinitas provincias, entre los mil pueblos diversos sometidos á su dominacion, que la unidad administrativa, cuando los sentimientos, las aspiraciones de todos clamaban por la separacion y la independencia recíproca, —el imperio coloso que necesitaba dos cabezas, una en Oriente y otra en Occidente, para poder subsistir, vaciló sobre el insondable abismo que tantos siglos de desórdenes habian abierto á sus piés, y cayó derrumbado con espantoso estruendo, dejando la sociedad entregada á los estragos de las hordas bárbaras, que como botin del guerrero habian de repartirse entre sí las provincias, y tremolar en la punta de sus lanzas los jirones del manto de púrpura de los emperadores y arrojar á los piés de sus caballos de guerra el cetro de los Césares.

A un mismo tiempo, como obedeciendo á secreto impulso, los pueblos que vagaban por las márgenes del Volga, del Vístula, del Rhin, del Danubio, por las playas del Báltico, las tribus hasta entónces perdidas y ocultas entre las nieblas del Norte se ponen en movimiento; y formando innumerables ejércitos, acompañados de sus mujeres, de sus hijos, cruzando los inmensos desiertos, las selvas impenetrables, las inexploradas lagunas de su patria, destruyendo é incendiando á su paso ciudades, monumentos; destrozando el sistema munici-

pal del imperio, ahuyentando las legiones despavoridas, se dirigen todos al Capitolio, como si en aquella hora los hubiera allí convocado el destino para escarmentar los crímenes del mundo pagano en su agonía. Y entónces se operó en las sociedades un fenómeno único tal vez en la historia. Los pueblos dominadores de la antigüedad, aquellos que habian sabido engrandecerse hasta el punto de absorber otras nacionalidades y constituir grandes imperios, despues de perfeccionadas sus instituciones en largos años de desenvolvimiento, habian extendido su dominio y sus conquistas, imponiendo á los pueblos vencidos su culto, sus leyes, su lenguaje, sus costumbres. Cuando á pesar de esfuerzos de todo género, no podia operarse la fusion entre vencedores y vencidos, entónces quedaba la nacion dividida en castas que habian de durar indefinidamente, regidas cada una por leyes propias, como sucedió en la India, en Egipto, en Esparta. Otra cosa muy distinta acontece con la dominacion de los bárbaros: invaden el imperio, y superiores por su energía, por su carácter, por su indomable valor á las razas meridionales enervadas en luengos siglos de despotismo, cuando empiezan sin embargo á conocer las instituciones, la civilizacion romana, se sienten como vencidos, como subyugados; y en vez de someter, de destruir, de anonadar por completo las razas vencidas, lo que hacen en realidad es confundirse poco á poco con ellas. Aparece la ley personal, la ley de castas, indicio seguro de una dominacion incompleta; pero desaparece muy luégo, reedificándose los códigos sobre la base de los recuerdos roma-

nos y del ideal cristiano, sin que apénas se note en ellos el elemento bárbaro, á no ser por la imperfeccion misma, por el desórden de su exposicion [1]. Y como consecuencia

[1] Bien se comprenderá desde luégo que aquí me refiero á las leyes formadas en los países donde más arraigada estuvo la dominacion romana y donde mayor fuerza alcanzaron los principios del Cristianismo, como son nuestra España, las Galias y la misma Italia. Innecesario me parece tambien advertir que, al hablar de la invasion de las tribus bárbaras, en manera alguna he querido dar á entender que la invasion se operó de una manera violenta, rápida, precipitada, instantánea, causando sus estragos, á la manera de un torrente que en momento dado siembra por donde quiera la desolacion y la muerte y vuelve luego á su curso habitual y tranquilo. Las invasiones eran, en efecto, en aquellos siglos apariciones breves, instantáneas de partidas guerreras; invasiones limitadas, no muy terribles en sí, pero que sin cesar se repetian uno y otro dia, y mantenian en alarma constante todas las partes del territorio, é imposibilitaban la accion administrativa, las relaciones entre las provincias y la capital del imperio, entre los municipios y las prefecturas de las provincias, las relaciones de los hombres entre sí, y hacian desaparecer la seguridad personal. Invadiendo un dia un punto, mañana otro, incendiando aquí una ciudad, talando allí los campos, cortando las comunicaciones, imposibilitando en todos lados el cultivo de las tierras, el comercio, socavando por sus cimientos la organizacion social, introduciendo constantemente nuevos trastornos y perturbaciones en la actividad gubernativa, paralizaban de dia en dia las fuerzas del imperio romano, lo desmembraban y precipitaban en pavorosa disolucion, impidiendo al César el dar unidad y cohesion á las provincias: «Los bárbaros, dice Guizot, destrozaron la sociedad romana, no como destroza el torrente impetuoso el valle por donde pasa, sino como se desorganiza el cuerpo más sólido por la contínua infiltracion de una sustancia heterogénea.» No puede ser más exacta la comparacion. Por todos los intersticios de la civilizacion romana, entre la cabeza y los miembros del Estado, entre los municipios y las

de aquel sacudimiento, de aquella general perturbacion, de aquel cáos originado por pueblos que no saben vencer sino en el terreno de la fuerza, no quedan de los bárbaros vencedores más que los estragos causados [1]; la misma sociedad invasora resulta destruida por la invasion y desorganizada como la romana, aparece el mundo di-

---

prefecturas, se interponian los bárbaros, y todos aquellos vínculos tan poderosos, aquellos tan sabios resortes administrativos, que Roma habia sabido idear y extender por el universo para dominarlo é identificarlo á su propia existencia, quedaban desquiciados é inútiles: Roma tenía que renunciar á su imperio y entregar sus provincias á las tribus invasoras.

[1] En cuanto á las instituciones que se dicen originarias de los bárbaros y á las cuales dan hoy tanta importancia los escritores alemanes, áun admitiendo por cierto ese orígen, son todas ellas más bien que instituciones de derecho civil, instituciones políticas. Ademas, preciso es de todos modos confesar que los bárbaros en los dias de la invasion no traian en su seno institucion alguna, ni áun siquiera política, que pudiera merecer tal nombre. Regidos únicamente por la costumbre traerian á lo sumo el gérmen, el embrion, el principio originario de instituciones futuras, pero no la institucion en sí desarrollada y perfecta. Por eso todos los esfuerzos de los bárbaros tienden entónces á heredar la organizacion de la administracion romana, á no cambiar en ella sino la voluntad que ha de presidir á su desenvolvimiento, á conservar los mismos funcionarios, las mismas dignidades, las mismas magistraturas, con idénticas atribuciones, con idénticos nombres, á copiar en fin, ó por mejor decir á apropiarse la estructura del imperio, y extender y consolidar su dominio aprovechándose de los medios de que se habia valido Roma. Cierto que no pudieron conseguirlo sino á medias, cierto que los reyes bárbaros no supieron manejar los poderes que con sus espadas habian arrancado de las manos de los Césares, pero nadie podrá ver en esto una prueba de que tuvieran ellos instituciones propias perfectas.

vidido en infinitas unidades independientes, un mundo nuevo por crear, y la Iglesia sola en pié en medio de la ruina universal, y las naciones bárbaras abrazadas á ella, como el niño, amparándose en el regazo de su madre, y á sus piés el imperio caido, inerte, cubriendo el mundo con sus gigantescas ruinas y extendiendo sus recuerdos por toda la vida social, como si fuera el genio de lo pasado velando sobre la cuna de lo porvenir.

Dicho esto, veamos qué fundamento puede tener la doctrina hoy tan en boga que atribuye á los bárbaros el orígen del verdadero culto de veneracion y respeto que recibe la mujer entre las sociedades cristianas.

Fundándose en las palabras de Tácito que, con el cuadro ideal de la vida patriarcal de los pueblos germanos, procuraba hacer la crítica de la depravada sociedad romana, muchos han querido encontrar el orígen del culto hermoso de veneracion y respeto que tributamos á nuestra compañera en las costumbres de las tribus salvajes que moraban en el fondo de las umbrosas selvas de la Germania.

Tácito no es un historiador imparcial: ciégale el deseo de sacar á su patria de la decadencia en que se encuentra; pretende avergonzarla de sus propios vicios, y para conseguir su objeto no teme elogiar sobremanera la moralidad de las costumbres de los bárbaros. Ved si no qué situacion la suya. Tiene que pintar los horrores de la Roma imperial pasando, de las manos de un Tiberio, fango mezclado con sangre, á los brazos de un jóven loco furibundo; de la Roma imperial, juguete de los san-

guinarios instintos de un imbécil enfurecido por intrigas de libertos, de prostitutas, de eunucos, de histriones; de un monstruo incendiario de la ciudad, asesino de su propia madre, verdugo de su esposa, de su maestro, de su amante, que aumenta la disolucion y las atrocidades de sus predecesores y perpetra á la vista de todos en el sólio imperial las infamias que Tiberio ocultaba entre las rocas solitarias de Caprea. Tiene que hacer el cuadro de una sociedad que espera, sumida en espantosa orgía, una invitacion del César para prostituirse ó matarse; de una sociedad que vive en la obscenidad de la prostitucion y del adulterio, embruteciéndose con las caricias de Danae y Ariadna. Tiene que pintar una aristocracia sin decoro, un Senado envilecido, un pueblo sin virtudes, hordas de soldados ávidos de matanza y botin, sin disciplina y sin freno; tiene que pintar, en fin, la ferocidad del déspota y la degradacion del oprimido, los desórdenes de los patricios, la liviandad de las matronas, y la sanguinaria estupidez de la plebe aullando frenética en el circo y tendiendo la espórtula al paso del poderoso. Y en presencia de tales abominaciones, él mismo se estremece de horror y de espanto. Exhala unas veces su indignacion en páginas meditadas largamente, pronuncia otras con indefinible y melancólica tristeza una sentencia breve, concisa, grave, profunda; describe la historia de aquellos dias funestos sin expresiones floridas, sin imágenes, sin cadencia, sin períodos, no empleando nunca más palabras que las precisas, cual si fuera escultor que graba un epitafio sobre

la losa de un sepulcro. Y hastiado de tan sangriento cuadro, queriendo consolarse él mismo de las desgracias de su patria, extiende luego su vista á los nuevos mundos del Norte y del Oriente, y ávido de hallar la libertad y la independencia que gozaba el ciudadano romano en los tiempos de la república, anheloso de hallar en el pueblo patrióticas virtudes, en la familia tiernos y cariñosos afectos, en los hombres nobles y generosos sentimientos, se figura á cada instante descubrir su ideal en la vida y costumbres de los pueblos extraños, y combate la depravacion romana, poniendo en frente de ella, como modelo envidiable de virtud y moralidad, la imágen de una sociedad bárbara idealizada. El mismo fin, la misma tendencia, la misma infinita tristeza que se presenta en los cantos de Horacio, cuando despues de haber pintado la alegría de un festin, los placeres de sensual amor, el ancho cráter rebosando Quio y Falerno, exclama con sombrío dolor: «*Vámonos á habitar en las islas Afortunadas*», aparece tambien en las páginas donde Tácito describe las costumbres de los germanos. Tácito, como un siglo ántes Horacio, quiere evocar la antigua libertad, resucitar el heroismo patrio, las históricas virtudes romanas; y para realizar su fin, fantasea, idealiza las costumbres de las tribus germanas, oculta sus vicios, sus defectos, y las presenta así, como envidiables instituciones, á su patria corrompida. No puede, por lo tanto, fundarse con acierto en su testimonio ninguna teoría que, como la que ahora nos ocupa, pretenda explicar el orígen de uno de los tim-

bres más bellos de la civilizacion de las sociedades modernas.

Pero Tácito, áun en medio de su contínuo panegírico de las costumbres germanas, descubre, sin embargo, vicios monstruosos, que ellos solos bastarian para hacer entrever los gérmenes funestos de una corrupcion que tal vez hubiera llegado á ser mayor que la romana. Háblanos el grave historiador latino de las penas crueles que entre aquellos pueblos tiene el adulterio, de lo rara que es la infidelidad conyugal; hace una pintura enérgica de la santidad del matrimonio y del profundo respeto que allí rodea á la mujer; y poco despues nos dice que la poligamia es lujo de los poderosos, y que causas de indigencia y de pobreza son las únicas que obligan al cumplimiento de la ley de la monogamia : pues el rico puede á su antojo multiplicar el número de sus esposas legítimas, y no por eso se cree ofendida la moralidad de las costumbres, porque la poligamia se considera como privilegio del poderoso y como ambicionada señal de riqueza [1]. Inexplicable se nos haria la contradiccion en

---

[1] Por más que digan lo contrario los modernos historiadores alemanes, los germanos, como casi todos los demas bárbaros, no encerraron á la mujer en serrallo como en Oriente, pero sí practicaron la poligamia. Así nos lo revela el mismo Tácito en el panegírico que hace de las costumbres de aquellos pueblos (TÁCITO, *De mor. Germ*, c. 18), y así nos lo prueban tambien los antiguos sagas escandinavos (ADAN DE BREMEN, *Gesta Hammab. eccl.* IV. 21.— PERTZ, tom. IX, pág. 377). Luengos años despues del triunfo del Cristianismo, y cuando se habian ya establecido en nuevas tierras, seguian practicando todavía esta bárbara ins-

que Tácito incurre en este punto, si no supiéramos que el fin primero de su historia es hacer la crítica de la corrupcion romana más aún que la descripcion de la vida y costumbres de los germanos.

Los demas historiadores griegos y latinos que en sus obras nos han referido las costumbres de los bárbaros invasores del imperio, fueron más imparciales que Tácito. Pero asustados casi siempre de la ferocidad de aquellas hordas guerreras, llenos de terror y de espanto en presencia de la devastacion que sembraban á su paso, más se ocuparon en hacer la historia de los estragos que causaron sus sangrientas correrías, que la historia de sus costumbres domésticas : pintaron á los bárbaros invasores, y no supieron pintar á los bárbaros en las selvas de su patria. En cuanto á los modernos historiadores alemanes, los ciega siempre el amor patrio, y se complacen en hacer de las costumbres de sus antepasados una pintura ideal y perfecta, pero donde únicamente falta el colorido de la verdad : segun ellos, todas las instituciones sociales que hoy nos rigen estaban ya en gérmen entre los germanos, y la mujer nunca fué tan virtuosa y respetada como entre las tribus de aquellas selvas [1].

titucion ; la historia nos enseña á los reyes francos Cariberto, Dagoberto y Pepino viviendo rodeados de várias mujeres, que llevaban todas á un tiempo el título de esposas legítimas.

[1] Meiners, *Geschichte des weiblichen Geschlechts*, tom. I, página 198, y siguientes.

Difícil, muy difícil, se hace por lo mismo el conocer con exactitud las costumbres de aquellos pueblos: porque faltos de monumentos históricos, de historiadores imparciales y de tradiciones bien puntualizadas de su vida, imposible resulta el asentar nada fijo sobre su modo de ser en las pantanosas selvas de la Germania. Creo, sin embargo, que por tres medios diversos podríamos llegar á un conocimiento más perfecto de la vida de los bárbaros; considerado aisladamente cada uno de estos medios, es imperfecto, pero reunidos uno con otro, mutuamente se completan. Son estos tres sistemas:

1.º El estudio comparativo de las costumbres de su vida nómada y vagabunda, con la costumbres de los demas pueblos que, en otros países y en épocas diversas, se han encontrado y se encuentran en el mismo grado de cultura.

2.º El estudio de las primitivas leyendas y tradiciones de la Escandinavia, conservadas en los Sagas, en los cantos de los escaldas y en el Edda.

3.º El estudio de los códigos promulgados por los bárbaros despues de la invasion, códigos donde aparece convertido en leyes escritas su derecho consuetudinario.

No hay modo mejor de formarse idea clara, precisa y verdadera del estado social y moral de las tribus germánicas, que el compararlas con los demas pueblos que, como ellas, se encuentran aún en estado de barbarie y llevan en el dia el mismo género de vida que los bárbaros invasores del imperio romano. Mr. Guizot, en su

*Historia de la civilizacion en Francia* [1], ha hecho el cuadro comparativo de las costumbres de los distintos pueblos bárbaros; y de él se deduce que las morales virtudes que Tácito tanto admiraba entre los germanos, son costumbres de todo pueblo en estado de barbarie: el respeto á la mujer, los tiernos afectos de familia que el historiador romano describe entre las tribus germánicas, del mismo modo y sirviéndose casi de las mismas palabras los describen tambien los misioneros al hacer la pintura de las costumbres de los iroqueses, de los groenlandeses, de los hurones y de los gálatas, como si fueran rasgos característicos que aparecen en la infancia de la civilizacion de todos los pueblos. Y, en efecto, las tribus bárbaras tienen idénticos vicios, idénticas virtudes bajo todas las latitudes del globo y en todas las épocas de la historia; el mismo respeto á la mujer aparece en el *Rama-yana*, en el *Maha-bárata*, en la *Ilíada*, en los *Niebelúnguen* y en todas las tradiciones de las salvajes tribus de América. El respeto á la mujer tambien lo conocieron, en cierto modo, los habitantes del Lacio, miéntras fueron sus costumbres patriarcales, y lo practicaron de una manera más marcada quizás que los germanos. Pero los nobles sentimientos de su infancia no pudieron perpetuarse entre éstos, así como tampoco se hubieran perpetuado entre los habitantes de la Germania,

---

1 GUIZOT, *Histoire de la civilization en France*, tom. I, lec. 7, pág. 179. París, 1862.

si no hubieran recibido el amparo de las luces del Cristianismo.

Otro modo hay tambien de conocer la verdadera condicion social de la mujer en las costumbres germánicas: consiste en el estudio de las instituciones y de las leyendas de la primitiva Escandinavia. Miéntras las costumbres de los demas pueblos invasores se modificaron con el contacto de las instituciones romanas, y sobre todo con el contacto de la civilizacion cristiana; miéntras en las regiones del Mediodía se derrumbaba el mundo antiguo, se desplomaba el coloso romano; miéntras los bárbaros formaban las nuevas nacionalidades y difundia el Cristianismo por los demas pueblos sus doctrinas bienhechoras,—los piratas escandinavos, perdidos allá en el Norte entre los hielos y las nieblas eternas del polo, alejados del roce de las tradiciones europeas, surcaban en sus bajeles los mares sombríos que bañan las playas de Alting y las costas de la Groenlandia y de la Islandia; vivian solitarios entre el mugir de los vientos y el estruendo de los huracanes, empeñados en lucha incesante y terrible contra los elementos; y ajenos así á las tempestades sociales que renovaban la faz de las naciones meridionales, conservaban intactas sus antiguas tradiciones y sus costumbres primitivas. Nunca quedaban allí olvidadas la vida y las gloriosas hazañas de los reyes del mar y de los compañeros de sus expediciones marítimas; los escaldas y los populares cantores de los sagas, las trasmitian de siglo en siglo; el pueblo escuchaba atento sus cantares, los guardaba religiosamente

en su memoria, y se esforzaba en imitar las proezas de los heroicos campeones. De este modo, el tipo original del Norte se trasmitia inalterable á traves de las edades, para ser objeto de estudio y de asombro en los tiempos modernos.

Pues bien; en los cantos de los escaldas y en los sagas, vemos con frecuencia á un marido insultar, vender y hasta asesinar á su esposa con ferocidad increible; la mujer desconoce en ellos las pasiones y los sentimientos de un corazon nacido únicamente para el amor y el cariño, reviste casi siempre la fiereza espartana, se convierte en audaz é intrépido guerrero, cubre sus pechos con la coraza, y empuñando la espada, se engrie al ver correr la sangre y supera en valor y ferocidad al más terrible de los piratas. Los vagabundos cantores de aquellos pueblos encuentran rara vez un rasgo de ternura al pintar los delirios de una jóven en la época de sus amores; rara vez saben hermosear el amor de la mujer con el sacrificio de la resignacion y los profundos sufrimientos de taciturna melancolía; rara vez saben fantasear una figura poética y conmovedora como la de Ingelburga. A cada instante, por el contrario, nos refieren sus leyendas ora la historia de una jóven que, en lo más oscuro de la noche, va á clavar el puñal de su venganza en el pecho del amante que le es infiel, ora la trágica aventura de una esposa que envenena á la mujer que en su corazon engendró la pasion de los celos, ó bien el sangriento episódío de dos hermanas que, para vengar la muerte de su padre, toman vestidos de hombre, se apoderan del ase-

sino y le tajan en menudos pedazos: empresas todas que llenarian, no lo dudo, de asombro y exaltarian el valor de aquellos pueblos indomables; pero que al mismo tiempo nos revelan que entre ellos la mujer carecia de esas virtudes de mansedumbre y de modestia, de dulzura y de pudor con que supo darle tanto realce el Evangelio, y que apreciamos en el corazon de nuestra compañera mucho más que los bríos del valor guerrero. El escandinavo, como lo demuestran los sagas, apreció á la mujer como objeto de deleite; no supo dirigirle esas miradas castas é inmaculadas que á nosotros nos llenan de indefinibles ilusiones y de esperanzas infinitas. El hijo de Odin, cifrando, como el sectario de Mahoma, su felicidad suprema en el placer de un abrazo impuro, consideraba los abrazos de muchas walkyrias como la recompensa mayor que podian tener sus hazañas; y al igual del creyente del Koran, moria gozoso en medio de pavorosos sufrimientos, porque creia entrever el Whalalla y las hermosas vírgenes que allí le prodigarán sus caricias, y le servirán hidromiel y cerveza.

Nadie se imagine, sin embargo, que entra en mi ánimo igualar la condicion social de la mujer entre los bárbaros á su esclavitud en los países de Oriente. Entre los escandinavos fué feroz, sanguinaria, cruel, desconoció todos aquellos sentimientos ideales que son la prenda más bella de su hermosura; pero puede, no obstante, afirmarse desde luégo que fué más dichosa que en los serrallos. La revolucion que vimos operarse en Grecia por medio del culto del paganismo en favor de la emancipacion de

nuestra compañera, se operó tambien en la Escandinavia. En los mares del paganismo, la sirena distraia con sus cantos la tristeza del navegante, y las pléyades recamadas con los fosforescentes resplandores de las olas venian á recorrer alegres en las horas del crepúsculo las playas del Tirreno y del Egeo; la ninfa corria delirante por los campos, las musas entonaban sus coros en las alturas, coronadas de mirtos y laureles; la mujer, en fin, ocupaba en los templos los altares, sus encantos servian de ideal al poeta, de recompensa al guerrero, de inspiracion al artista, el paganismo entero tributaba culto poético á la hermosura de su cuerpo. Y tambien entre los escandinavos, la ondina con su dorado angelical semblante, hace olvidar las eternas tristezas de aquellos desiertos de hielo, llama por su nombre desde el fondo de las aguas al atrevido pirata que surca los mares procelosos, y entona melancólicas elegías en los desiertos arenales donde yacen los héroes que perecieron entre el estruendo de las olas. El mágico influjo que en su corazon ejercen los encantos femeniles, los representó tambien aquel pueblo con la ideal creacion de misteriosas hadas que vagan fantásticas por los aéreos espacios, habitan los montes, los valles, los bosques, las playas, y acompañan invisibles al guerrero hasta recoger su último suspiro [1]. Allí el campesino, en ciertas noches del otoño, ve con la tenue claridad de la luna dibujarse por los aires va-

1 *Snor. Edda.*, fáb. XXIX.—WORM., *Litter. Runic.*—MALLET, *Hist. de Danemark.*—XAX. MARMIER, *Chants du Nord.*

garosas y fugaces las formas fantásticas de una bandada de walkyrias, que cabalgando se elevan sobre los campos y las ciudades, y tejen en las cumbres heladas de los montes con lanzas, arcos y flechas, con craneos y palpitantes miembros humanos, la coraza y el sudario del heroico guerrero [1]. Pero todo este ideal poético, todas estas mágicas y sorprendentes creaciones de la fantasía, con las cuales quiere representar el hombre el ideal de la mujer, nos revelan, sí, que en la Escandinavia como en Grecia tuvo nuestra compañera un culto mayor que en el degradado Oriente, pero que, sin embargo, se hallaba todavía allí muy léjos de la emancipacion y de la dignidad que recibió del Evangelio.

En cuanto á las antiguas leyes escandinavas que regularon la condicion social de la mujer, fueron las mismas leyes que aparecen en todo pueblo regido por costumbres casi patriarcales; hállase la mujer en tutela perpétua [2], depende de la voluntad de su marido, quien puede repudiarla, aunque ella á su vez tiene tambien derecho á pedir el divorcio por malos tratamientos [3]; no puede presentarse en justicia; un tribunal compuesto de sus más próximos parientes y de sus tutores es el que debe oir sus quejas.

Inútil me parece añadir que los escandinavos fueron

1 Véase el canto de las walkyrias tejedoras en el Edda.

2 OESTGŒTHALAGEN, *Ræfsta-balk.*, 12, tom. II.—ANDR., *Sunonis lex Scaniae* pág. 105.

3 GRAGÁS, *Festa-tháttr*, 14-19, tom. I, pág. 325-333.

entre los bárbaros los que más supieron respetar á la mujer [1] (si cabe dar el nombre de respeto al modo que tuvieron de apreciarla), porque los escandinavos, como los germanos y los demas bárbaros, respetaron á la mujer como todo hombre rudo respeta á su compañera : viendo en ella un sér necesario para su hogar, al mismo tiempo que un instrumento de deleite. Pero ese respeto aparente es harto distinto de la veneracion hácia ella, inculcada por el Cristianismo en las costumbres de los pueblos que abrazaron sus doctrinas; es harto distinto del culto creado por la doctrina de Cristo para dar realce á nuestra compañera, apreciar el valor incomparable de sus virtudes y hacer descansar en su dignidad la admirable organizacion de la familia.

En toda sociedad en que el derecho descanse en la fuerza de las armas, en que tan sólo gocen de la plenitud de sus derechos civiles y políticos aquellos que pueden manejar la espada, la mujer, por naturaleza más débil que el hombre, gemirá siempre en injusta desigualdad; será siempre inferior al varon en todos los actos de la vida. Tal fué su suerte entre los germanos; tal será siempre su condicion en todo pueblo que aprecie la sanguinaria ferocidad del guerrero como la más alta virtud.

---

1 Gothorum gens perfida, sed pudica est; alamanorum impudica, sed minus perfida; franci mendaces, sed hospitales; sajones crudelitate efferi, *sed castite mirandi.* SALVIANO, *De Gubern. Dei*, lib. VII, pág. 256. París, 1680. Los godos y los sajones son dos ramas distintas de la raza escandinava.

de sus hijos. Apreciada únicamente porque ejecuta con sus manos las faenas impropias del soldado, y porque da vida y alimenta en su seno á los guerreros de la tribu y á los defensores de la patria, el hombre tan sólo convertirá hácia ella sus miradas cuando, cansado de la pelea, hastiado de matanza, ébrio de sangre, desee olvidar los horrores del combate, y acallar los feroces instintos de su corazon con las seductoras emociones de voluptuosas caricias y con los halagos de la ternura y del cariño, dibujándose en la dulce sonrisa y en la mirada de fuego de su compañera.

Y esto se halla palpablemente confirmado en las diferentes leyes de los bárbaros. Cuando las tribus invasoras se hubieron establecido en un territorio fijo conquistado por sus esfuerzos, promulgaron en leyes escritas su derecho consuetudinario; imprimieron en sus códigos el reflejo verdadero de sus anteriores costumbres. Ahora bien : en ninguna de sus legislaciones se encuentra el tan decantado respeto á la mujer; todas ellas aprecian su vida, segun es ó no apta para la generacion; la estiman por el número de hijos que ha tenido ó puede tener, y no por sus propias virtudes; no es para ellos más que una planta cuyo valor varía con la abundancia de sus frutos. La ley de los longobardos fija el precio de la vida de una mujer en seiscientos sueldos, si era apta para la generacion, y en doscientos, si habia sido muerta ántes ó despues de la edad nubil. Entre los francos, el que mataba á una que habia ya tenido hijos pagaba veinticuatro mil dineros, veintiocho mil si estaba encin-

ta, y ocho mil si era ya estéril [1]. ¡Y sin embargo, se promulgaban estas disposiciones cuando el Cristianismo habia empezado á templar con su benéfica influencia la sal-

[1] La *ley de los longobardos* establece tambien diferencias en las composiciones entre la muerte de un hombre y una mujer. V. Rot., 33, 130, 131, 200, 201, 202, 203, 204, etc.—No admite diferencia alguna entre el aborto causado á una sierva y á una yegua, y dispone que la composicion de ambos delitos sea de tres sueldos. Rot., 338, 339.—Para formarse una idea exacta de lo que fueron las costumbres de aquellos pueblos, debe tambien tenerse presente que la ley de los longobardos tuvo que dictar severas disposiciones contra los maridos que vendian á sus mujeres. Liutpr., vi, 68, 76, v. 1.—Por la misma ley, áun cuando el marido tuviese relaciones ilícitas con otras mujeres, la mujer no podia demandarlo; pero si ella era la que faltaba á la fidelidad conyugal, quedaba abandonada á la venganza de su esposo.

La misma injusta desigualdad entre el varon y la mujer, el mismo desprecio, la misma opresion de nuestra compañera aparece en las demas leyes bárbaras. El art. 6, tit. xii de la *Ley Sálica* ordena que la tierra sálica no pueda ser trasmitida á mujeres, y que la herencia pase entera á los varones.—En la *Ley Gombeta* la mujer abandonada por su marido era condenada á ser ahogada en fango. Título xxxiv, párrafo 1. La misma ley en el tít. xxxiv, parrafo 2, permite el divorcio con tal que se pague una multa; y, contradiciendo el espíritu y la letra del párrafo anterior, declara luégo en los párrafos 3 y 4 que el divorcio no podrá tener lugar sino en los casos de adulterio, envenenamiento y violacion de sepulturas. Y nada quiero decir sobre el sistema de las compensaciones aplicado por todos los códigos bárbaros á los delitos de adulterio y á los crímenes contra la honestidad.

Pero si áun á pesar de esto se encuentran en los códigos bárbaros algunas disposiciones encaminadas á proteger á la mujer y á emanciparla, debe tenerse presente que las leyes bárbaras, tal como están escritas, no representan tampoco con entera exactitud el estado de la civilizacion de los germanos cuando vivian en las

vaje ferocidad de aquellos guerreros! Por aquí se vé cuáles no debieron ser los tormentos, cuál la opresion y el envilecimiento de la mujer en los tiempos en que aquellas hordas, ávidas de motin, sin freno en la victoria, vivian salvajes en el fondo de sus soledades, sin haber chocado todavía con las legiones romanas, y desconociendo aún los civilizadores principios de la ley del Evangelio.

Quien quiera saber lo que era el aprecio de la mujer entre los bárbaros; quien desee conocer lo que era entre ellos el matrimonio, considere su vida y costumbres en los tiempos de la invasion. Todos los reyes de las dinastías merovingia y carlovingia tienen en su córte verdaderos serrallos, á semejanza de los monarcas de Oriente. Gontran, rey de Orleans y de Borgoña, repudia infinitas veces á sus esposas legítimas, y tiene al mismo tiempo innumerables concubinas. Chilperico I es todavía más depravado y disoluto en sus costumbres que todos sus antecesores. Clotario I, el hijo del rey Franco Clodoveo, ha conservado en el trono toda la ferocidad y los groseros apetitos de su raza. Comparte su tálamo á

---

selvas de su patria, porque las instituciones propias de su estado ántes de emigrar se mezclaron con otras muchas enteramente nuevas, donde el elemento romano, y sobre todo el elemento cristiano, introdujeron profundas alteraciones. Ademas, cuando los bárbaros hubieron constituido sus nacionalidades diversas, debieron crearse multitud de leyes hijas de su nuevo estado social, hijas de su nueva condicion de propietarios, de agricultores y de dominadores.

un mismo tiempo con cinco barraganas, á quien da título sagrado de esposas. Una de éstas, llamada Ingonda, estrechándole en abrazo impuro, le manifiesta una noche que desea casar á su hermana Aregonda con algun magnate de la córte; el rey, afanoso de complacerla, salió á la mañana siguiente de su estancia, y encontró á Aregonda apacentando sus rebaños en medio de una pradera; quedó el monarca prendado de su hermosura, y conduciéndola al palacio dijo á Ingonda: «Me encargaste de buscar un marido para tu hermana; no he encontrado ninguno más á propósito que yo, y desde ahora la declaro mi esposa.» Poco tiempo despues murió un nieto de Clotario, Teodobaldo; y el bárbaro monarca no se horrorizó tampoco de unir el incesto al adulterio, declarando tambien su esposa á la viuda de su descendiente. Este rey franco es el retrato fiel del hombre bárbaro que no sabe enfrenar sus feroces apetitos y sus instintos brutales. ¿Deseais ver ahora qué efecto produjo sobre él el Cristianismo? Pues bien, la historia nos lo pinta en los últimos años de su reinado, vagando silencioso por los campos y ciudades atormentado de crueles remordimientos y buscando por todas partes un consuelo, sin poder aliviar sus dolores: le entristece eternamente el recuerdo de sus infamias; y los espantosos alaridos que se exhalan de su pecho en la hora de la muerte, revelan el profundo terror que infunde en su ánimo el tribunal severo de la justicia divina, ante el cual, segun le enseñó el Cristianismo, tendrá que rendir cuenta de las crueldades y de las abominaciones con que

tiranizó á la que debiera haber sido reina y compañera de su hogar [1].

Léjos de ser los bárbaros los que ennoblecieron y emanciparon á la mujer, fué la mujer cristiana la que civilizó á los bárbaros y enfrenó sus pasiones, con el inmenso poder que ejerce la belleza virtuosa sobre la imaginacion de hombres rudos. La mujer convirtió con sus virtudes á los pueblos y á los reyes; y la historia asociará eternamente grandes y nobles recuerdos á los nombres de Clotilde, de Radegunda, de Berta y de Teodolinda, de Teodosia y de Ingunde.

El monje Wilfrido, el apóstol de la Germania, abandona un dia las playas de Albion, para civilizar á los adoradores de las encinas, con las máximas del Evangelio; recorre la Frisia, el Hesse, la Turingia; é impulsado por su infatigable celo religioso, por su ardiente amor á sus hermanos, levanta en Orhdruff, en el condado de Gleichen, un monasterio, donde han de instruirse los misioneros que deben difundir las doctrinas de Cristo por aquellas salvajes regiones. Ha menester operarios para su noble empresa; y á su voz acuden en tropel multitud de vírgenes y viudas cristianas, que, como madres cariñosas, vienen á entonar, junto á la cuna de aquellas nacientes sociedades las alabanzas del Evangelio. Y los feroces germanos, poco ántes ebrios de batallas y de sangre, ávidos de botin, se arrodillan á los piés de esas

[1] ANQUETIL, *Histoire de France, depuis les temps les plus reculés jusqu'a la revolucion de* 1789, tom. I, pág. 156. París, 1852.

santas mujeres que, envueltas en el silencio y en la soledad de la virtud, echan los primeros cimientos de la civilizacion germánica [1]. Al ver estos testimonios de la historia, no pretendamos ya atribuir á los germanos el culto que tributamos á nuestra compañera; admiremos más bien los profundos designios de la Providencia, que quiso fuera la mujer cristiana la madre incomparable que meciera la cuna de todos los pueblos modernos.

Acostumbrados los bárbaros á destrozarlo todo con sus espadas, con sus férreas mazas; acostumbrados á pasear en triunfo sus ensangrentados carros de guerra sobre las ruinas del imperio romano, mal podian ser domados por la fuerza, ni civilizados por una sociedad decrépita, cubierta de la lepra de la corrupcion, ni regenerados por las ideas de una literatura que despreciaban y no comprendian. Entónces el Cristianismo les presentó su ideal más bello: la mujer cristiana, llena de amor y de virtud, se lanzó hácia ellos con los brazos abiertos; insensibles en un principio, las hordas invasoras despreciaron su belleza y sus virtudes, la ataron á sus carros ó á la cola de sus caballos, é impasibles continuaron su marcha por el mundo. Pero á poco tiempo llegaba á Roma la noticia de que la nacion de los godos, de los francos ó de los longobardos se habia establecido en alguna hermosa comarca de Occidente, y que, renunciando á los

[1] Véase la vida de San Bonifacio por WILLIBAL, su discípulo, y por el monje OTHLON, *ap.* MABILLON. *Acta ss. o. s. Benediciti.*— Véase tambien WERNER, *Der Dom von Maintz.*

ídolos ó bien al arrianismo, habia abrazado el Cristianismo en toda su pureza, habia abrazado el catolicismo; habia mitigado su ferocidad primera, envainando sus terribles armas, y vivia con leyes escritas, respetando á las vírgenes refugiadas al pié de los altares, anhelando la paz y la tranquilidad del hogar, olvidando el estruendo de las batallas para cultivar los campos desiertos, y con los tesoros inmensos de su botin levantando templos y monasterios, para reparar los infortunios y las miserias que habia causado; como el hombre que, desengañado de las grandezas mundanas, arrepentido de sus crímenes, se retira á la soledad del claustro é invoca la misericordia divina, sumido, durante los dias que le quedan de vida, en la severa meditacion de las tumbas. El secreto misterioso de esta prodigiosa transformacion no era otro que el influjo bienhechor de las virtudes de la mujer cristiana, que, con el ejemplo de su amor, de su dulzura, de sus encantos, arrojaba á la esposa de un lecho manchado de incestos y adulterios para colocarla sobre el sagrado tálamo nupcial del matrimonio cristiano, y á un mismo tiempo enseñaba á aquellos poderosos conquistadores, que en vano buscarian el cariño y el afecto en la bárbara costumbre que les permitia como honor y título de grandeza el encenagarse en la poligamia; y descubria tambien el sacrosanto asilo de la virtud á las esposas burladas ó rechazadas, y á las viudas que habian perdido con sus maridos el amparo de su dignidad.

La mujer cristiana amó á su marido con el amor del Evangelio; y el bárbaro, asombrado de tan singular ca-

riño, que en vano pretendia encontrar en el corazon de las mujeres de su raza, se convertia á la religion que inspiraba tantas y tan heroicas virtudes. Y la mujer del Evangelio vertia entónces el agua del bautismo sobre la corona de los reyes, y las hordas salvajes de los bosques se convertian en sociedades cristianas, se transformaban en las nacionalidades modernas.

Durante aquellos siglos de invasion, el hecho que más sobresale es la lucha incesante entre la barbarie nativa de los invasores y el elemento civilizador de la Iglesia. Por eso al lado de la más desenfrenada lascivia y de los desórdenes más espantosos, al lado de los increibles excesos de lujuria, vemos actos de heroica virtud, y nos sorprenden austeras penitencias. La Iglesia trabaja con ahinco para sacar á la mujer de la opresion en que se encuentra: la vé postrada en injusta desigualdad, y para ampararla idea conmovedoras ceremonias, en las cuales, al tiempo de la celebracion del matrimonio, recuerda al bárbaro que la mujer es su compañera y no su esclava; la vé privada del derecho hereditario, en favor de sus hermanos, y clama contra tan inicua injusticia y con frecuencia consigue repararla; proclama la igualdad del cariño del padre para con todos sus hijos, y así, á nombre del verdadero cariño paterno, establece la igualdad entre el hermano y la hermana[1]. Sus sacerdotes acuden

---

1 Entre las fórmulas de Marculfo se encuentra la siguiente: «Dulcisimae filiae N. N. *Diuturna sed impia* inter nos consuetudo tenetur ut de terra paterna sorores cum fratribus non habeant.

allí donde sufre y padece la mujer, toman bajo su proteccion el honor de la mujer libre y la virtud de la esclava, se atribuyen el derecho exclusivo de entender en las causas matrimoniales; y así consiguen extirpar los vicios del repudio y del divorcio, restos de la corrupcion pagana que exponen todavía la dignidad de la mujer á la inconstancia de las pasiones.

Allí donde más influencia tienen los principios del Cristianismo, es donde se encuentra la mujer rodeada de un culto mayor de veneracion y respeto. En ningun pueblo aparece tan grande como en nuestra España la preponderancia del elemento cristiano, y en ningun código es tan grande como en el Fuero Juzgo el profundo respeto que se tributa á la santidad del matrimonio, en ningun código es tan grande la dignidad que se da á la mujer. En él se declara el matrimonio indisoluble; se reconoce la patria potestad de la madre, del mismo modo que la del padre; el varon y la hembra heredan en partes iguales, y las leyes eternas de la naturaleza sustitu-

---

Sed ego, perpendens hanc impietatem, sicut mihi á Domino aequaliter donati estis filii, ita et á me sitis aequaliter diligendi, et de rebus meis post meum decesum aequaliter gratulemini. Ideoque per hanc epistolam te, dulcisima filia mea, contra germanos tuos, filios meos N., in omni hereditate mea aequalem et legitiman esse constituo heredem, ut tam de alode paterna quam de comparato, vel mancipiis, vel praesidio nostro, vel quodcumque morientes reliquerimus, aequa lancae cum filiis meis, germanis tuis dividere vel exaequare debeas, et in nullo poenitus portionem minorem quam ipsi non accipias; sed omnia inter vos dividere vel exaequare aequaliter debeatis...» etc.

yen á las injustas ficciones de los antiguos legisladores[1]. Si el Fuero Juzgo es tan superior á los demas códigos bárbaros, si en él se da á la mujer un realce que no se encuentra en otra ninguna legislacion, su superioridad es debida á la mayor preponderancia que entre nosotros tuvieron las civilizadoras doctrinas del Cristianismo: elevó á nuestra compañera á una altura que nunca le habia dado ningun legislador humano, porque sus leyes se elaboraban en el santuario de santos concilios cuyos actos todos se inspiraban en la ley de Cristo, en las máximas del Evangelio.

No: el culto de la mujer no nace de las costumbres de los germanos, entre los cuales era la poligamia un lujo deseado; no nace, no, de las costumbres de los germanos, hermanos de aquellos pueblos que, segun nos refiere César, vivian en el seno del más repugnante comunismo; no nace de los salvajes hábitos de bárbaras tribus, que viven errantes en medio de las selvas; nace del Cristianismo, brota de los labios de Dios, y se extiende por la tierra, llevado á todas las naciones por el celo ardiente de los apóstoles de Cristo.

Donde no ha penetrado la ley del Evangelio, donde no ha echado raíces la religion cristiana, tampoco existe allí el culto de la mujer: la compañera de nuestra vida gime en profundo envilecimiento, oprimida como esclava ó degradada como cortesana. Tan sólo entre los pueblos

---

[1] *Fuero Juzgo*, lib. 4, t. 2, I, 9. — Lib. 3, tít. 1, I, 7 y título 5, I, 5-7.

cristianos la mujer es considerada como compañera del hombre, porque únicamente en el Cristianismo están las semillas de su emancipacion y de su dignidad, y porque fuera de la ley de Cristo no hay para ella sino ignominia, opresion y desprecio.

Y al decir que el ennoblecimiento de la mujer no es debido á los bárbaros, no pretendo de ningun modo menguar la importancia que tuvieron en la formacion de la civilizacion europea. Grandes servicios prestaron á la causa del progreso ; pero fué de un modo muy distinto del que suponen los que quieren atribuirles el orígen de la mayor parte de nuestras instituciones sociales. El Cristianismo, vencedor del imperio, no podia darle nueva vida, porque el coloso romano era ya un anciano decrépito que habia perdido todas sus fuerzas en los placeres de sus orgías ; era un cuerpo inerte que, roidas sus carnes por el vicio, yacia sin movimiento y casi sin vida en el borde de la tumba. La ley del Evangelio habia rejuvenecido el alma de la humanidad ; y las sociedades necesitaban que tambien se rejuveneciese su cuerpo, necesitaban que se purificase su sangre, así como se habia purificado su espíritu. Y entónces surgieron esos pueblos extraños, hijos del lejano Oriente y criados entre los hielos del Septentrion ; pueblos innumerables, divididos en infinitas tribus, que, sin morada fija, sin hogar, sin leyes, sin hábitos domésticos, recorrian los pantanosos desiertos, las oscuras selvas y los helados campos, arrastrados los unos en carros, llevados los otros en sus caballos, que no abandonaban ni de dia, ni de noche, im-

pulsados todos por el secreto instinto de su destino, y vagando como bandadas de aves de rapiña que buscan voraces por la tierra algun sangriento despojo en que saciar su hambre inextinguible.

En cuanto empezaron á ceder las legiones, estos bárbaros se precipitaron, como torrente impetuoso que ningun obstáculo detiene, sobre las más hermosas provincias del imperio; penetraron en Roma, y en los muros de la ciudad eterna dieron muerte al mundo antiguo, clavando sus espadas en el corazon de la sociedad pagana. Así completaban la obra del Cristianismo.

Acumuladas, durante el largo trascurso de los siglos, entre los Alpes, el Danubio y los hielos del polo, entre el Océano y las estepas de Siberia, las tribus que, como el torbellino del desierto, se movian ciegamente de un lado á otro en las inmensas regiones del Norte, eran en los providenciales designios del Eterno la materia con que habia de formarse el mundo moderno, así como el Evangelio era el alma de las nuevas sociedades; gravitaban en el mundo romano, como gravitan en los espacios celestes las masas informes de las nebulosas, ántes de formar nuevas constelaciones, nuevos planetas, nuevos mundos. Por eso, en cuanto suena la hora marcada por la Providencia, todos los pueblos del Norte se estremecen á un tiempo; todos ellos sienten en sí algo de extraordinario, conocen que les mueve una fuerza interior, y avanzan sin saber adónde dirigen sus pasos, entregados ciegamente al impulso de su destino. Pueblos y jefes llenan una mision que ellos mismos no

pueden explicar; acuden de todos lados, los unos á pié, los otros á caballo ó en carros, abordan en playas desconocidas, llegan á las risueñas comarcas del Mediodía, y todos confiesan que no saben qué fuerza les mueve [1]. Genserico, el terrible vándalo, va á embarcarse para una de sus expediciones marítimas, y todavía ignora adónde ha de dirigir su rumbo. «Señor, le dice el piloto, ¿á qué pueblos quereis hacer la guerra»? — «Á aquellos, responde el viejo vándalo, contra quienes Dios nos empuje» [2]. — Furioso se dirige Alarico sobre Roma, y un pobre anacoreta se presenta ante él en medio del camino y le ruega que no cometa tan grandes destrozos y perdone á la ciudad. — «Así lo quisiera yo, exclama entónces el rey visigodo, pero no puedo detenerme: siento que algo me aguijonea y me excita á la destruccion de Roma» [3]. — Atila cruza la laguna Meótis, guiado por un ciervo [4] que luégo desaparece; destruye, saquea, y se intitula *el azote de Dios;* y poseido de su mision providencial, exclama en medio del estruendo de las batallas: «El cielo cae, la tierra tiembla, soy el martillo del universo.»

Sin la invasion de los bárbaros, y sin que sus huestes

---

[1] Ipsi fatebantur non suum esse quod facerent, agi enim se divino jussu ac perurgeri. SALVIAN, *De Gubernat. Dei*, lib. VII, página 250.

[2] ZOSIM., *De bello Vandalico*, lib. I, pág. 188.—PROCOP., *Hist. Vand.*, lib. I.

[3] SOZOM., lib. IX, cap. VI.

[4] JORNANDES, *De rebus Get.*, cap. XXXIV.

hubieran completado la obra de regeneracion del Cristianismo, destruyendo tambien el imperio, el mundo romano hubiera quedado reducido á la triste condicion del imperio de Bizancio. En lucha constante con los pueblos invasores, humillado á cada paso por ellos, hubiera prolongado su existencia, rodeándose de sutilezas en las escuelas, de lujo, de vana pompa y de interminables intrigas en la córte de los reyes, agitando contínuamente las pasiones religiosas con innumerables herejías, y ofreciendo el triste espectáculo de un cadáver vestido de púrpura, y de un Estado moribundo, que vive únicamente por el recuerdo de glorias pasadas, y que, á pesar de conocer los dogmas del progreso, se mantiene inmóvil entre lo pasado y lo porvenir: porque, si son nuevas sus ideas, en cambio le falta el aliento y las fuerzas de las nuevas nacionalidades, formadas á un mismo tiempo con el espíritu del Evangelio y con la sangre de nuevas razas.

El Cristianismo venía á regenerar la humanidad, venía á dar á las sociedades los nuevos cimientos de su doctrina de amor y caridad, y le era mucho más fácil realizar su obra, inculcando sus dogmas en la naturaleza vírgen de las tribus del Norte, que transformar la raquítica vejez del imperio en la lozana juventud de las nuevas sociedades cristianas; le era mucho más fácil infiltrar sus creencias y sus doctrinas vivificadoras en la vida de unos pueblos en su infancia, que el renovar la sangre viciada de una sociedad corrompida; le era, en fin, mucho más fácil modelar y reformar las costumbres de los germanos,

que corregir los vicios inveterados y congénitos de la sociedad romana; porque en la vida de las naciones pasa lo mismo que en la vida del individuo: durante los dias de la infancia, pueden extirparse de nuestro corazon los perversos instintos y las malas inclinaciones; pero en edad ya madura, los más heroicos esfuerzos se estrellan impotentes contra vicios inveterados que han formado ya en nosotros una segunda naturaleza.

Y volviendo al punto de la emancipacion y del ennoblecimiento de la mujer, ¿cuánto más fácil no era al Evangelio el adornar con las virtudes de la mujer cristiana el corazon de aquellas mujeres que tan profundo horror profesaban al adulterio, y que por su valor y su castidad obtenian el aprecio de sus maridos? ¿Cuánto más fácil, digo, no era para el Cristianismo transformar á la mujer germana en madre ó en esposa cristiana, que el convertir á la disoluta matrona en esposa amante y fiel, y en madre cariñosa?

Muy mal se ha comprendido en general la verdadera influencia de los bárbaros en nuestra civilizacion; quién ha exagerado sobre manera la importancia de su invasion en los destinos de nuestras sociedades, y atribuido á sus costumbres en medio de las selvas el orígen de casi todas nuestras instituciones sociales, y quién no ha querido ver en ellos más que hordas invasoras que con los estragos de su ferocidad sumieron á Europa en profundo atraso y detuvieron á la humanidad en la vía del progreso. Ambas opiniones son exageradas. Con la venida del Cristianismo se operó en el universo un verdadero

génesis moral, se fundaron nuevas sociedades, se creó un mundo nuevo, una nueva civilizacion : el Evangelio fué el alma de esta creacion; los bárbaros fueron la materia, el cuerpo en que vino á morar el alma. El imperio romano habia sido la última transformacion de la humanidad ántes de la creacion de la nueva sociedad del Evangelio, del mismo modo que la tierra, tal como ahora la habitamos, fué la última transformacion de la materia ántes de la creacion del hombre. Los bárbaros no fueron los que ennoblecieron á la mujer; no fueron los que proclamaron la dignidad y el respeto del hombre como hombre; no fueron los que declararon á los hombres iguales entre sí, miembros de una misma familia, hijos de un mismo padre. Pero en cambio ellos fueron los que lanzaron á los Césares del trono, miéntras el Cristianismo los lanzaba de los altares; por ellos la Iglesia se afirmó en el órden social, como autoridad pública; con sus armas cayeron despedazadas las instituciones que áun se oponian al triunfo completo de la nueva ley. Completaron la revolucion moral del mundo con la revolucion política; y al subir al Capitolio, impulsados por un genio invisible, hicieron pedazos la corona y el cetro de los Emperadores y crearon las nacionalidades de los pueblos modernos. Crueles y dolorosas tenian que ser las violencias de su invasion; pero cuando cesó el estruendo de las armas, cuando se desvanecieron los negros torbellinos de humo que despedian tantas ciudades por ellos incendiadas, apareció la Europa moderna, surgieron las naciones cristianas. Las tribus del Norte habian roto la

unidad de la fuerza que avasallaba al mundo; y en su lugar el Cristianismo habia introducido el dogma de la fraternidad universal y la unidad de sentimientos y de creencias.

Tal fué la mision verdadera de los bárbaros en la formacion de la civilizacion europea. No legaron á nuestras sociedades el culto de veneracion y de respeto que tributamos á la mujer, ni el tan decantado individualismo, ni otras muchas instituciones sociales que infundadamente se les atribuyen; su invasion tuvo otros resultados, grandiosos y admirables por cierto, pero muy distintos de los que generalmente suelen decirse.

## II.

### LA MUJER EN LA EDAD MEDIA.

Veamos ahora si de las nobles virtudes de los caballeros, de las heroicas hazañas de aquellos generosos campeones que vertian su sangre en defensa del débil y del oprimido, nació el respeto y la dignidad de la mujer; ó bien, si fué únicamente de los principios del Cristianismo.

Hubo un momento solemne en la historia europea, en que los diversos elementos que luchaban confundidos en horrible cáos, ántes de armonizarse entre sí, se presentaron á las sociedades libertados ya de su confusion primera y llenos de fecundos gérmenes de vida, que cada cual traia en su seno; época memorable, en que el elemen-

to cristiano, el elemento bárbaro y el elemento romano aparecieron distintos uno de otro, con vida propia y aspiraciones diversas; en que los bárbaros del Norte y los árabes detuvieron á un mismo tiempo la marcha de sus ejércitos invasores y se establecieron ya en las tierras conquistadas por sus guerreros. La Europa moderna salia entónces de aquel primer período de su civilizacion, que podriamos llamar de los orígenes, para entrar en la segunda época, en que los elementos diversos, separados ya unos de otros, tienden á combinar entre sí, tienden á armonizarse, y procuran entre mil ensayos diversos unirse con estrecho lazo ántes de producir la tercera época de la civilizacion europea, que empieza en el siglo XVI y alcanza hasta nuestros dias.

Entre los dos primeros períodos trascurrieron unos tiempos que se presentan en la vida de todos los pueblos y de todas las naciones, y que la historia suele llamar heróicos: tiempos en que instintivamente los pueblos ejecutan hechos grandiosos, y aparecen en las sociedades hombres en cierto modo sobrenaturales, héroes vagabundos, paladines andantes, que se imponen el deber de socorrer al débil y al oprimido, cuando la proteccion y seguridad personal no están aún afianzadas por buena administracion y por leyes estables. En Grecia, despues de las correrías y de las invasiones de los helenos, de los eolios, de los jonios, de los aqueos y de los dorios; despues que cada cual de estas razas se establece en su territorio propio y descubre en sus costumbres, en sus leyes y en sus instituciones los diferentes elementos de

vida, aparece la época heróica: Hércules y Teseo pasean la tierra, librándola de monstruos; los argonautas guian el rumbo de sus naves hácia Euxino; Tébas presencia los horrores de la lucha fratricida, y, por fin, todas aquellas razas que hasta entónces nunca se habian dado la mano para realizar una misma empresa, júntanse ante los muros de Troya, y unidas en expedicion tan lejana, revelan al Oriente que ya existe la Grecia. Pues bien; en la historia de la Europa moderna, despues de las correría de los invasores, cuando cada pueblo se ha establecido en el territorio que le ha indicado la Providencia; cuando el elemento romano ha dominado por último en las ciudades, y el elemento bárbaro en los campos, y el elemento cristiano en todo el cuerpo social,—aparecen los Hércules y los Teseos de nuestra sociedad: Carlomagno, Roldan, Arturo de Inglaterra y tantos grandiosos campeones de aquella edad heróica. Y, por fin, en todas las sociedades que hasta allí se habian agitado en confuso desórden, y que, sin unidad alguna aparente, habian luchado sin cesar unas con otras, se opera espontáneamente un sacudimiento inmenso, una crísis general: todos obedecen á la misma idea, se enentregan al mismo ardiente entusiasmo, y las cruzadas revelan al mundo que ya existe la Europa cristiana.

Dicho esto, no creo sorprender á nadie si afirmo que la caballería, no es más que el genio del Cristianismo alentado en el corazon de esos campeones que surgen en todas las edades heróicas.

Entre los héroes caballerescos de los tiempos heróicos

de la Europa moderna, y los héroes de las edades heróicas de otras sociedades, existen, en efecto, singulares analogías. Hércules y Teseo vagan por el mundo para matar gigantes y monstruos, ni más ni ménos que nuestros caballeros andantes; ambos bajan á los infiernos, como Guerrin Mesquino y Astolfo: Aquiles y Patroclo, Teseo y Piritoo se quieren como Brandimante y Roldan; Vulcano fabrica armaduras impenetrables, como el mágico Atlante. En el *Rama-yana* (la grandiosa epopeya de los tiempos heróicos de la India), Rama, por sus proezas y por su amor á Sita, es casi un paladin de la Edad Media. En el *Maha-barata*, Crisna, como Roldan, hace resonar la trompa que llama á la pelea; Aryuna agita en sus manos su terrible arco *Ganvid*, que tiene un nombre especial, como la *Durindana* de Roldan y la *Tizona* del Cid. En el *Scha-nameh* se ven sangrientas lides entre guerreros cubiertos de hierro; los golpes de las espadas despedazan las férreas armaduras de los campeones y de sus corceles; las hazañas de Rustan, la conmovedora muerte de Zorab son verdaderos episodios de nuestros romances caballerescos. Tambien en los tiempos heróicos de las tribus del desierto, en los dias de los *Mohallakas*, Antar declara que se muere de amor por la hermosa Ibla, que por ella está dispuesto á sacrificar su existencia, y se erige en campeon de todas las mujeres de su tribu. En los *Niebelúnguen*, Sigfrido no cree merecer el amor de su dama sino por medio de portentosas hazañas. En el *Edda* los reyes del mar, al alejarse de su patria, se comprometen á no combatir más que con

cortas espadas. El héroe Hágbar prefiere morir á cortar las ligaduras con que le ató una mano pérfida, pues son los cabellos de su amada Sigmilda. Hágen, atacado de improviso, resbaló sobre húmedas pieles que al intento habia puesto Grimilda para hacerle caer. «¿Te acuerdas, exclama entónces Grimilda, que juraste que si llegáras á caer delante de un enemigo no te volverias á levantar para combatir con él?» «Es verdad», responde el héroe, y sigue combatiendo, y áun así mata á tres enemigos. Aquí un caballero, debiendo combatir con el gigante de Berna, va á pedir la célebre espada *Birtinga* á su difunto padre, que yace sepultado debajo de una montaña; y con tal fuerza la golpea, que crujen las peñas, se despedazan las rocas, y despierta á su padre del sueño eterno de la tumba. Allí es un combate de piratas, que de sangre tiñen el anchuroso mar; aparecen espadas, como la *Tirivanza*, cuyo templado filo parte corazas de acero cual si fueran tejidas de seda, y hienden los montes como la *Durindana* de Rolando. Si dos personas de distinto sexo se encuentran en un viaje y tienen que dormir bajo un mismo techo, entre los dos coloca el hombre su desnuda espada; y contra su afilado tajo se estrellará impotente la furia de las pasiones. Nunca acabaria, en fin, de citar todos los hechos caballerescos que se encuentran en aquellos poemas, y que parecian por su singular analogía querer interpretar todos ellos una misma idea.

Pero si tan grandes son las analogías, grandes resultan tambien las diferencias entre los caballeros cristia-

nos y los campeones de los tiempos heróicos de los demas pueblos. El Cristianismo fué quien transformó el sentimiento de honor y de caballerosidad de aquellos héroes en una exaltacion de nobles y generosas aspiraciones, que les hacía venerar á la mujer con un amor puro, ideal, con el amor que inspira la belleza del alma reflejada en los encantos del rostro, con el amor heróico y compasivo que palpita en nosotros cuando vemos á nuestra compañera ultrajada y escarnecida. Y aquí es donde se vé bien marcada la superioridad del caballero cristiano.—La antigüedad consideraba el amor como una maldicion divina, como un castigo de Vénus irritada, como un tormento del corazon que se oponia á todo lo grande y á todo lo heróico. Y los caballeros cristianos, por el contrario, miran el amor como una religion, como un culto en donde tiene necesariamente que inspirarse el hombre, si quiere acometer heróicas empresas y realizar portentosas hazañas.

¿Cuál puede ser la causa de este modo tan distinto de apreciar el sentimiento misterioso que nos hace aspirar eternamente al cariño de la mujer, y tributarle verdaderas adoraciones de respeto y veneracion?—No puede ser otra que el Cristianismo.—Tan sólo la religion del amor verdadero, la religion de la mujer, la religion que emancipó y ennobleció á nuestra compañera podia sugerir tan nobles ideas é infiltrar tan heróicos sentimientos en el corazon del hombre. Así es que la religion es la condicion primera de todo buen caballero: del amor á Dios, del amor al Cristianismo, nace el amor y el respeto á la

dama. Octoy, el verdugo de San Luis cautivo, queria que su prisionero le armase caballero; y el rey de Francia se negó á profanar con aquel acto infame la órden de caballería. Entónces el musulman, ardiendo en ira, levantó contra él su espada, diciéndole con salvaje furor: «¿No sabes que soy dueño de tu vida?» — «Lo sé, contestó San Luis; pero hazte cristiano, y te armaré caballero.» Sin el Cristianismo era imposible que fuera buen caballero. En la armadura de aquellos paladines aparece á cada instante el emblema de la religion del crucificado; y cuando alguno de ellos ha sucumbido en defensa de su dama, se duerme tranquilo y contento en los brazos de la muerte, oprimiendo contra sus labios moribundos la cruz que forma la empuñadura de su espada [1].

Á los que no quieren ver en la caballería más que el fruto de las costumbres de los germanos, les citaré un hecho, á cada instante repetido en las leyendas de los tiempos medios. Un señor, cruel, despótico, descendiente de aquellos jefes que dirigian las hordas guerreras en los dias de la invasion, tiene prisionera y oprimida en su feudal castillo á una sin par hermosura, triste esclava de brutales pasiones, atormentada noche y dia por los caprichos del bárbaro castellano. El Cristianismo acude á proteger á la belleza ultrajada, y manda á uno de sus paladines al pié de aquellas almenas feudales, que aseguran la impunidad á la tiranía y al bárbaro des-

1 Véase Lacurne de Saint Pelaye, *Memoires sur la chevalerie.*

enfreno de las pasiones. El caballero cristiano se acerca al castillo, arroja su guante al señor descortés, y si ve que no le acepta el desafío, lanza sobre el villano, entre mil denuestos y baldones, amenazas terribles, palabras de desprecio y escarnio, y profiere una maldicion que le estremece de espanto en el fondo de su fortaleza. La ferocidad del bárbaro alentaba en el pecho del despótico castellano; los sentimientos del cristiano latian en el corazon del generoso caballero.

La influencia que el elemento bárbaro ejerció sobre la caballería, no fué más que accidental; le dió más realce con la solemnidad de la investidura; hizo parecer á sus héroes más grandes, cubriéndolos de férreas é impenetrables armaduras; enalteció sus hazañas, haciéndoles luchar contra las almenas de sus castillos, y les impulsó á emplear con denuedo la fuerza para expresar sus sentimientos. Pero en cambio el Cristianismo dió á esta institucion su alma y su espíritu verdadero, inspiró á los caballeros su amor noble y heróico, su respeto y veneracion á la mujer, su generosa compasion, su lealtad, su galantería, su nobleza, su devocion, su grandeza, su magnanimidad, su hidalguía.

Se encuentran en el *Sha-nameh* aventuras heróicas, portentosas hazañas, desafíos, torneos; se ve tambien luchar allí por el amor de una dama á campeones cubiertos de hierro. Y, sin embargo, en medio de tanta proeza, se echa de ménos la nobleza é hidalguía de nuestros paladines; las damas arrojan sin resistencia su honor á los piés de sus defensores, y el caballero prefie-

re con frecuencia su brioso corcel á los hechizos de una bella. ¿Qué es lo que les falta á los héroes de Firdusi? —Les falta la inspiracion del amor verdadero, del amor del Cristianismo; les falta para ser grandes y heróicos en todas sus empresas, les falta para ser caballeros el culto y la veneracion de la mujer. Entre las hazañas de Rustan y las de nuestros paladines, media exactamente la misma diferencia que entre el Evangelio y el Koran en el modo de apreciar las virtudes de nuestra compañera.

Concluyeron los tiempos heróicos de nuestra historia, y con ellos desaparecieron nuestros caballeros. Pero de estos héroes se habia servido el Cristianismo, para enseñar que con el amor verdadero de la mujer se ennoblece el hombre, y que sin él, en vano intentará ser preciado en las sociedades por cumplido caballero.

La exaltacion del sentimiento guerrero introdujo muy luégo en el amor las extravagancias de los caballeros andantes, y las sutilezas y los distingos de las escuelas y de las entónces nacientes universidades produjeron tambien las *córtes de amor* y las leyes de la *gaya ciencia*. Se quiso estudiar á fondo la naturaleza del sentimiento que habia inspirado tan insignes proezas, y la sociedad entera divagó amorosa, extraviada en un laberinto de románticos silogismos, de soñadas é increibles hazañas, ejecutadas por caballeros enamorados de sus damas sin conocerlas; y no se oyeron más que femeninas y ridículas intrigas de cortesía en los torneos y en los juegos, querellas amorosas y extravagantes, proce-

sos de galantería, fallados por muy nobles y muy elegantes princesas, pero al mismo tiempo muy faltas de juicio. Las canciones del trovador y las coplas obscenas del juglar derramaron á porfía el escándalo; el amor se consideró como un delirio, como un extravío del corazon, que en vano intentará dominar el hombre, si en él es verdadero; se justificaron así las infidelidades y los adulterios; y tuvo valor legal un código de caballerescas galanterías, hallado, al decir de la leyenda, en la tumba del célebre rey Artus. Código sin igual, lleno de groseras y extravagantes inmoralidades y de ridículos desvaríos, en donde se declaraba: «Que el matrimonio no es excusa legítima contra el amor.—Que nada impide que un hombre sea amado por dos mujeres, y una mujer por dos hombres.—Y que son insípidos los placeres robados contra las inclinaciones del corazon [1].»

Despues de haberse profundamente conmovido con las grandes y generosas pasiones de los caballeros, la sociedad habia perdido el juicio y deliraba en una mezcla horrenda de locura, de irreligion, de pedantería, de libertinaje y de ridículas frivolidades, viviendo exaltada en un mundo fantástico de exagerados y fingidos sentimientos. Con grave formalidad se discute entónces «cuál es el amor mejor, si el que se enciende ó el que se re-

---

1 JEAN NOSTREDAME, *Vie des pöetes provenzaux.*—ARETIN, *Ansprüche de Minnegerichte aus alten Hands-chriften herausgegeben*, etc., Munich, 1803.— RAYNOUARD, *Choix des poesies originales des Troubadours*, tom. II.

anima.» Una dama acusa á su amante, porque con anillos y otros regalos procura introducir la simonía en el amor. Un escudero cita á su dama á juicio por haberle herido con un beso, y el tribunal condena á la dama culpable á curar todos los dias aquella herida con sus labios. La amorosa cofradía de los *galeses*[1] se propone demostrar que en cuanto el amor penetra en el hombre le hace insensible á todas las emociones, á todos los dolores; no siente ni la intemperie, ni tienen sobre él accion los elementos ni el rigor de las estaciones; y para probarlo encienden en verano grandes hogueras, y en invierno apénas cubren su desnudez. Las heladas de un invierno disolvieron aquella singular cofradía, haciendo espirar á los locos cofrades, llenos de amor, pero transidos de frío, á los piés de sus damas.

Estado verdaderamente extraordinario el de la sociedad en aquellos tiempos: todo es allí falso y fingido; héroes sin entusiasmo, sin valor, cubiertos de impenetrables armaduras, blandiendo lanzas y espadas, se figuran ejecutar todos los dias hazañas portentosas, como las de los campeones de las leyendas caballerescas; héroes visionarios, que, en el extravío de su imaginacion en delirio, creen ver á nobles damas implorando cautivas desde lo alto de feudales almenas el amparo de su valor y la proteccion de su hidalguía, y vagan dementes por la tierra, rompiendo lanzas, sembrando por donde

1 SAINTE PALAYE, *Memoires sur l'ancienne chevalerie*, tom. II, página 64.

quiera tuertos y agravios, y buscando por montes y valles los castillos imaginarios donde les esperan gimiendo desgraciadas princesas. En los tiempos de los verdaderos caballeros, el amor habia sido un tierno sentimiento manantial de heróicas proezas y de nobles y magnánimos pensamientos. Ahora es, por el contrario, causa de extravagancia y locura; y los paladines, en vez de grabar en sus escudos piadosas invocaciones, ó grandes máximas de valor, ó bien un recuerdo de sus sacrosantos deberes, se presentan con frecuencia en los torneos llevando por emblema un adagio que cubre de escarnio la noble pasion que ántes inspiraba á los héroes, pero que refleja al mismo tiempo admirablemente el estado de aquella sociedad: «*Quien navega por el amor pierde el seso.*»

Si el respeto y la dignidad de la mujer no ha nacido de las costumbres de los bárbaros, ni de la caballería, tampoco nació del feudalismo. Los principios eternos que ennoblecieron á la compañera de nuestra vida se proclamaron ántes de iniciarse la Edad Media. Tratando de la poligamia he tenido ocasion de examinar cómo sin el auxilio del Evangelio no hubiera podido subsistir en Europa el principio de la monogamia durante la época del régimen feudal; dejaré de repetir lo que entónces dije. El feudalismo pudo dar más fuerza á los vínculos de familia con la intimidad de la vida en comun en el hogar doméstico, pero á él no es debido el ennoblecimiento de la mujer. Bien al contrario, con la

ley feudal la mujer se veia colocada en la justa condicion de un sér inferior: en la celebracion del matrimonio para nada se atendia á su voluntad; era siempre casada por el padre, por el señor ó por el rey, y hasta podia obligarla su señor á casarse con el hombre que él quisiera [1]. La ley feudal creó ademas ciertos derechos de señorío que atentaban contra el pudor de la doncella, se burlaban de la santidad del matrimonio y manchaban con infame adulterio la pureza del tálamo nupcial. Derecho bárbaro y feroz, abominable escarnio de los afectos más sagrados del corazon, nefanda institucion que entregaba á las pasiones brutales del señor el honor de la recien casada áun doncella, y convertia el adulterio en un derecho señorial, en la servidumbre más terrible del vasallo. La época del feudalismo, fué una época de retroceso para los principios proclamados por el Cristianismo como base indestructible del matrimonio y de la familia; el concubinato y la barraganía se convirtieron en instituciones legales, desapareció para el marido el deber de fidelidad conyugal, y cundió por todas partes la inmoralidad más grosera.

Con el feudalismo es la mujer esclava; su esposo, convierte el hogar doméstico en fortaleza y prision; el señor no confia en la virtud, y para asegurarse de la fidelidad, ciñe bárbaramente el cuerpo tierno y delicado de su compañera con un cinturon de hierro. Tormento

---

[1] V. Las *Asisias de Jerusalen* en la parte referente á los matrimonios de las vasallas.

igual no lo conocieron ni áun las esclavas de los serrallos de Oriente. Y miéntras deja así á su esposa encadenada, él va á ultrajar á sus vasallos en el pudor de sus hijas y en la castidad de sus mujeres, ó bien desde lo alto de las almenas hace resonar la trompa guerrera para que acudan en tropel los villanos y le ayuden á perpetrar el rapto de la dama del castillo vecino. Guillermo, conde de Poitiers, se enamora de Engelburga, y para satisfacer sus lúbricos furores la arranca del tálamo de su esposo; la Iglesia le excomulga, pero él se rie del anatema y levanta en Nort el castillo de Ivers, donde establece una verdadera mancebía de mujeres consagradas al deleite. Engelburga es la reina de este serrallo feudal. —«¿Cuándo te corregirás?» le dice á Guillermo el obispo de Poitiers, horrorizado de tanto desenfreno.— «Cuando te peines», contesta el feroz castellano señalando sarcásticamente con el dedo la calva del prelado. En esa época en que las leyes carecian de fuerza, en que los litigios se decidian por medio del duelo, en que imperaba á su antojo el capricho del que ceñia espada,— las pasiones brutales, feroces, insaciables, dominaban sin freno. Juan V, conde de Armagnac, se casó públicamente con su hermana. Tan repugnantes fueron los desórdenes del mariscal de Retz, que es imposible pueda referirlos la historia sin faltar á la moralidad. Los señores de la Edad Media no conocieron el pudor; dominados por el lúbrico desenfreno de pasiones insaciables, fueron incorregibles.

Y ¡desdichada la mujer si alguna vez descubre el ma-

rido que burló su vigilancia! Allá en el fondo de oscuro y lóbrego subterráneo, perdido en el seno de las tinieblas y escondido en las entrañas de la tierra, se halla un lugar horrendo, donde están hacinados mil instrumentos de bárbaro suplicio; allí encierra el señor á la esposa infiel: la crueldad del tormento depende de las iras del tirano. Más de una vez el fúnebre tañido de la campana anunció á los vasallos la muerte de su castellana bienhechora: todos creyeron que habia espirado rodeada del cariño de sus hijos y de la viva afliccion de su marido; pero los habitantes del castillo la vieron desaparecer un dia, y desde entónces nada supieron de ella; corria, sin embargo, muy válido entre ellos el vago rumor de que la habian asesinado los sicarios del señor. Y preocupada la mente con la idea de tales crímenes, el centinela, en las altas horas de la noche, cuando reinaba por donde quiera profunda oscuridad y sepulcral silencio, creia oir lánguidos y prolongados gemidos que parecian exhalarse del seno de la tierra: eran los lamentos y los gemidos de su desgraciada señora. Y al dar la campanada de las doce, veia con miedo vagar por los alrededores fantasmas y espectros con forma humana, que, bañándose en la pálida claridad de los rayos de la luna, proyectaban en los altos muros sus espantables y gigantescas sombras. Lleno de terror daba la señal de alarma, y con el ruido de las gentes se desvanecian las sombras. Pero la justicia del pueblo conservaba la leyenda; y desde aquel dia todos miraban con horror el castillo, porque veian por las noches la sombra de la antigua castellana, que venia

envuelta en blanco sudario á maldecir á su esposo. Si quereis saber si el señor feudal abusó con frecuencia de su poder absoluto y tiranizó á su compañera, ved al rededor de cuántos castillos no brotaron estas leyendas populares, único medio de castigar el vasallo los crímenes del señor.

Y más tarde, cuando con el mayor poder de los reyes y con las libertades y las franquicias de los municipios empezaron á desplomarse las torres feudales; cuando las costumbres se hicieron más suaves, más frecuentes las comunicaciones; cuando los señores, en lugar de asolar las campiñas, de incendiar los indefensos tugurios del villano, de merodear en las encrucijadas de los caminos, se presentaron á luchar en los torneos luciendo brillantes armaduras, deslumbradoras galas; cuando las damas empezaron á dictar sus leyes de galantería y amor, —la mujer del feudalismo, libre ya de la opresion de su señor, no supo ni áun conservar su dignidad; y basta para convencerse de ello, el leer las sentencias que en las *Córtes de amor* se atrevieron á pronunciar Hermengarda, vizcondesa de Narbona, Eleonor de Poitou, Eleonor de Guiena, las condesas de Flándes y de Champaña, y otras mil elegantes princesas, esposas de reyes y de poderosos magnates. Inútil será recordar cuántas de ellas cedieron, sin pena, á los arrullos de un trovador, seductor vagabundo de románticas bellezas.

Léjos de ser provechoso el feudalismo, fué, por el contrario, funesto para la emancipacion y dignidad de la mujer; y aunque emitida por un pensador profundo la

opinion que en él pretende hallar los orígenes del culto que entre nosotros disfruta nuestra compañera, no ha encontrado eco, porque no tiene en su apoyo ni la razon, ni la historia, ni el sentido comun. Ocioso es, por lo tanto, insistir sobre ella [1].

Por aquellos tiempos se extendió por todas partes espantosa corrupcion: la mujer mancilló su pudor en el adulterio, se cubrió de vicios y de obscenas inmoralidades; el escándalo penetró en la choza del vasallo, en el castillo del señor y hasta en el sagrado de los templos. Se resucitaron con aplauso leyes y costumbres paganas: las pasiones se desencadenaron con furia; la mujer iba á encenagarse de nuevo en el fango del vicio; la inmoralidad de las costumbres habia empañado ya el esplendor de la brillante aureola con que el Cristianismo le habia adornado sus sienes. Pero, al instante, la Iglesia aumentó cuidadosa las solemnidades del matrimonio, creó las proclamas, redobló su vigilancia sobre tan santa institucion; y miéntras el amor caballeresco se convertia en infidelidad conyugal; miéntras los degenerados caballeros

---

[1] Con sólo leer las últimas páginas de la leccion v, tom. III, de la *Historia de la Civilizacion en Francia* de Mr. Guizot, se persuadirá el lector que en ningun fundamento sólido y verdadero descansan las doctrinas que emite. El mismo ejemplo que cita para afianzar su teoría demuestra, por el contrario, la influencia sin límites de la idea cristiana en la emancipacion y ennoblecimiento de la mujer, en la buena organizacion del hogar doméstico. La madre de Guiberto de Nogent, tal como la caracteriza su hijo, personifica más bien el tipo de la mujer, de la madre cristiana, que el de la madre y señora del castillo feudal.

doblaban la rodilla ante una dama adúltera; miéntras los señores celebraban sus casamientos con verdaderas orgías; y los juglares, los trovadores y los menesingers congregados rivalizaban entre sí con impúdicos cantares y lividinosas parodias; miéntras el pueblo anunciaba con estrepitosas y obscenas cencerradas las nuevas nupcias de un viudo y de una viuda,—la Iglesia celebraba con pompa en los altares el culto sublime de la Vírgen y de la Madre del Cristianismo; colocaba la imágen sagrada de la Madoma en la vía pública, en las plazas, en los pórticos; y la sociedad entera prosternada á los piés de María bajaba el rostro, permanecia cubierta de vergüenza, y deploraba sus desórdenes, se arrepentia de sus crímenes y de sus escándalos, y tributaba un culto de verdadero amor caballeresco á la inmaculada Reina de todas las virtudes. Así, en medio de una extremada licencia; en medio de los brutales abusos de la fuerza; en medio de la simonía, de la avaricia, de los desórdenes y del libertinaje del clero; en medio de los repugnantes vicios producidos por la falta del pudor,—las virtudes de la Vírgen cristiana impedian que se perdiera toda esperanza de salvacion en las sociedades; y los pueblos multiplicaban sus místicos votos á la Madona, como pacto con el cielo, para evitar los peligros, y pronunciaba junto á sus altares oraciones llenas de ferviente ardor, para que la proteccion y el cariño de su Dama incomparable los apartára de nuevos delitos y de nuevos desórdenes de las pasiones.

En aquella época de oprobiosa degradacion en las cos-

tumbres aparece la lucha incesante y grandiosa de las puras máximas del Cristianismo contra las lúbricas liviandades del paganismo, transmitidas de siglo en siglo y arraigadas todavía en el seno de la sociedad. Los reyes, los magnates quieren arrojar del tálamo nupcial á su esposa legítima, para colocar en lugar suyo á una concubina; pero del seno de la cristiandad sale una voz inflexible que recuerda la indisolubilidad del matrimonio, y ante ella retroceden asustadas las pasiones insaciables de los soberbios señores. Si el poderoso, confiando en la impunidad, se entregaba, en las alturas del trono, á la furia de desbordadas pasiones, la Iglesia fulminaba sobre él sus anatemas con solemnidades imponentes, terribles. Se interrumpia el culto; y entre fúnebres imprecaciones, pidiendo al cielo el castigo del malvado, se arrojaban al pié de los altares antorchas encendidas. Desde aquel dia el sacerdote no consagraba la sangre y el cuerpo de nuestro Señor, y las almas se veian privadas de su alimento espiritual; las notas melancólicas del órgano no llenaban ya de armonía las bóvedas sagradas; enmudecian los coros de las vírgenes consagradas á la oracion, y los himnos, las melodiosas plegarias de los fieles, que tantas veces habian serenado el alma contristada del creyente, se apagaban al mismo tiempo que las lámparas del santuario. Un velo de luto ocultaba la efigie del Redentor y las imágenes de los mártires y de los confesores. La religion dejaba de intervenir en los actos más solemnes de la vida, como si ya no hubiese mediador entre el pecador y la justicia divina. Los bautizos se

celebraban sin solemnidad y alegría; los matrimonios se bendecian sobre las losas de los sepulcros, en vez de bendecirse en las gradas del altar; el viático, consagrado en medio del profundo silencio y de la soledad de la noche, se llevaba en secreto al moribundo, pero se le negaban la extremauncion y la sepultura en lugar sagrado, á ménos que fuera un sacerdote, un mendigo, un cruzado ó un peregrino. Permanecian cerradas las puertas de la iglesia y del monasterio; el ministro de Dios, de pié á la entrada del templo, cubierto con la estola negra, exhortaba al pueblo al arrepentimiento, y las fiestas se celebraban con los salmos y los gemidos de la penitencia y con las privaciones del ayuno. Los fieles quedaban privados de todas aquellas solemnidados religiosas, de todos aquellos místicos consuelos que dirigen el alma en medio de las tempestades del mundo, y la sostienen en las luchas incesantes de la vida. Y quedaba prohibido todo trato con las personas declaradas indignas de la comunion; y nadie pronunciaba su nombre sino para maldecirlo; y todos los desastres, todas las calamidades, se consideraban como consecuencias de la maldicion que pesaba sobre la frente del malvado; y cesaba el tráfico, el comercio, la industria. Al fin, en presencia de esta desolacion universal, los magnates tenian que doblegar su fiero orgullo ante el clamor unánime de las gentes; la esposa legítima volvia á ocupar el puesto que habia intentado quitarle una concubina, y su esposo reconciliado así con la Iglesia reparaba con profundo y sincero arrepentimiento la falta cometida ante el

tribunal de Dios y ante el tribunal de los hombres.

La Iglesia, en medio de aquella corrupcion desenfrenada, inculca poco á poco é insensiblemente sus dogmas y sus principios en las instituciones sociales; el divorcio y el repudio, que se habia visto precisada á consentir en la ley civil durante los primeros tiempos de su triunfo, ahora, sintiéndose ya dueña de la sociedad civil, lo condena y anatematiza sin remedio, y cuidadosa vela sobre este principio de la ley natural del matrimonio, que entónces con más fuerza se oponia á la furia de las pasiones; vela principalmente por el principio sagrado de la indisolubilidad. En vano se revuelven contra él insaciables las pasiones de los poderosos; en vano, escudándose tras de las innexpugnables almenas de sus castillos, pretenden infringirlo los señores; en vano intentan los reyes satisfacer su desenfreno con los escándalos de la poligamia oculta bajo el manto del divorcio: la Iglesia ha acogido en su seno la ley de la indisolubilidad de los afectos conyugales; ha proclamado que es la base del verdadero amor entre esposos, de la verdadera felicidad en la familia, y para negar é infringir esta ley eterna, sería preciso destruir todo el órden cristiano. Sus preceptos obligan al rey y al vasallo, al noble y al villano, y la Iglesia fulmina igualmente su anatema sobre cualquiera que sea la clase social que pretenda infringirlos.

Esta fijeza y admirable constancia de la Iglesia en mantener incólumes los principios proclamados por el Evangelio, en ningun lado aparece tan sorprendente como en el ejemplo del leproso. La sociedad de la Edad

Media desecha con repugnancia de su seno al leproso, como si pesára sobre su frente el anatema de la maldicion divina : rompe para él todos los lazos que le unen al mundo ; el sacerdote entona en su presencia el oficio de difuntos ; cubre su lecho con tierra del cementerio ; le ordena que no se acerque ya á las habitaciones de los vivos, que no se lave en las fuentes, ni en los arroyos, ni en los rios, que no toque las sogas de los pozos si la sed consume sus entrañas, que no ande por veredas angostas, y que de léjos anuncie siempre su venida con el ruido triste y monótono de la carraca ; le ordena, en fin, que no ponga sus manos sobre la frente de sus hijos y que no ponga sus miradas en la mujer y en el niño. Delante de su solitaria y miserable cabaña hay plantada una cruz de madera, como si fuera el indicio de que es aquella miserable choza una tumba entreabierta. Todo revela que para el infortunado leproso han desaparecido las alegrías de la vida, y no queda ya otra realidad que el silencio y la soledad horrenda de la tumba. Pero la Iglesia se acuerda que en el momento solemne de significarle la sentencia terrible de su aislamiento, le anunció que si habia muerto para el mundo, vivia todavía á los ojos de Dios ; y miéntras se han roto para él todos los demas vínculos de la vida, no consiente que se consideren disueltos los vínculos matrimoniales que le unen con su legítima esposa. Así, en medio de sus pavorosas desdichas, le quedan todavía al infortunado leproso los consuelos inefables del amor y de la familia, y la esperanza consoladora de poder recibir aún el postrer abrazo de su

esposa. Y si algun dia la Providencia se apiada de su infortunio, cura sus heridas, purifica sus carnes, el leproso volverá á estrechar contra su pecho á la compañera querida de su vida; y la fidelidad que le conservó en medio de las adversidades, será para él una nueva fuente de cariño y la recompensa mayor de todos sus crueles sufrimientos. ¡Qué amarga hubiera sido, por el contrario, su suerte si al volver á las regiones de la vida, hubiera encontrado á la madre de sus hijos prostituida en nuevo tálamo nupcial, y encenagada en un adulterio consentido y legitimado por los legisladores!

Para comprender cuáles fueron los esfuerzos constantes de la Iglesia en aquella época, queriendo combatir la depravacion de las costumbres, nos bastaria recordar algunas de las solemnidades con que entónces se celebraban los matrimonios al pié de los altares, y las augustas ceremonias con que se consagraba una vírgen á Dios. Pero, ¿quién, al vagar por las naves inmensas de aquellos templos góticos de la Edad Media, no se ha detenido viendo entre la tenue claridad del santuario y la mística soledad de las capillas, tendidos sobre la losa de un sepulcro, á dos esposos cristianos, que reposan juntos en el sueño de la muerte y entrelazan sus manos sobre la tumba, en señal de perpétuo cariño, de eterno é indisoluble amor? Se amaron en vida con tierno afecto, y la Iglesia los acogió en su seno, y colocó su sepulcro allá en el templo, en la mansion de la eternidad, entre los mausoleos de príncipes, de guerreros, de caballeros, de doctores, de monjes, de obispos, quienes, sumergidos en el

sueño de la muerte, plegadas las manos sobre el pecho, envueltos en la esperanza de su resurreccion futura, reposan tranquilos bajo aquellas altas bóvedas, bajo aquellas innumerables góticas agujas, que se elevan majestuosas al cielo, como representando el clamor de millares de creyentes que dirigen unánimes sus votos al Altísimo: y todos ellos, sumidos en profundo silencio, ven tan sólo interrumpida su meditacion de la tumba por los cantos de los fieles, por las plegarias de las vírgenes, por el llanto del penitente que llora sus culpas oculto tras de una enorme pilastra; por las modulaciones del órgano, por las armonías de la eternidad. Y miéntras junto al tabernáculo se celebran los misterios de redencion y de vida, exhalándose en derredor por todas partes el temor, la esperanza, la alegría, el arrepentimiento, la vida y la muerte: miéntras el eco poderoso de las bóvedas repite cien veces los himnos de los fieles, y el resplandor de las antorchas y de las lámparas del santuario ilumina allí el mundo invisible de la eternidad; en tanto que las nubes de incienso se extienden por el espacio y envuelven el sagrado recinto en la atmósfera fantástica del místico arrobamiento y en el misterio sacrosanto de la Divinidad; miéntras la criatura, en fin, entona las melodías dulces, suaves, melancólicas y apasionadas de la oracion y se eleva extática á la contemplacion de lo infinito, de lo absoluto, de lo eterno,—cada uno de los héroes que descansan en sus tumbas, sigue agitando en su pensamiento las aspiraciones de toda su vida. El guerrero victorioso empuña todavía el acero, lle-

va el casco del combate en la cabeza, la cota de armas en el pecho, y el leon que descansa vivo á sus piés, simboliza su valor y su indomable fiereza; el guerrero vencido reposa, por el contrario, en la tumba, sin espuelas, sin casco, sin coraza, sin espada; el monarca ciñe aún sus sienes con la diadema, estrecha todavía el cetro entre sus manos; la esposa de Cristo conserva atados á la cintura los cabellos que se cortó el dia que vino á consagrar al Señor los años de su vida y la intacta flor de su belleza; el prelado y el monje, los ojos cerrados por el sueño de la muerte, siguen sumidos en sus místicas meditaciones; el niño, que llevó en pos de sí las esperanzas de sus padres, duerme aún el sueño de la inocencia bajo las coronas que siembra en torno suyo el ángel de la muerte; y los cónyuges que se habian profesado entrañable afecto, que habian sufrido en la tierra los mismos infortunios, las mismas desdichas, que habian alentado con iguales esperanzas, con las mismas alegrías, que en el tálamo nupcial habian unido para siempre sus destinos y sus lágrimas, reposan allí tambien al lado uno de otro, dándose ósculo eterno de amor, y aguardando, llenos de fe, que suene la hora solemne de la resurreccion para presentarse unidos ante el tribunal de la Justicia suprema y perpetuar su mutuo cariño en las regiones de la inmortalidad.

Durante aquellos siglos de fe y de profundas creencias, que rodeaban al hombre en el sepulcro con los recuerdos de todas las virtudes que más habia practicado en su vida, y que mejor podrian hacerle acreedor á la di-

vina misericordia; durante aquellos siglos de arraigados sentimientos religiosos, ¡qué lecciones tan grandes y profundas daba la Iglesia á las sociedades, consagrando primero el amor conyugal al pié del altar, simbolizando luégo su perpetuidad sobre la losa de la tumba, y presentando á los fieles, en la hora de la oracion, en la apartada soledad del templo, la imágen conmovedora de dos cónyuges, durmiendo abrazados, tranquilos, el mismo sueño de la muerte, y juntando sus destinos en la eternidad, porque habian juntado sus destinos en la tierra!

Sin esta intervencion benéfica de la Iglesia en la emancipacion y ennoblecimiento de la mujer, durante los tiempos de barbarie y de exaltadas pasiones de la Edad Media, se nos harian inexplicables todas aquellas poéticas leyendas en que, á cada instante, se nos presenta la historia tierna, conmovedora, poética de los puros é inmaculados amores de una jóven fiel y constante en sus afectos, en medio de las adversidades: fijas tiene siempre las miradas en el lejano horizonte por donde vió desaparecer á su prometido, y pronuncia noche y dia, á los piés de la Vírgen Madre del Cristianismo, palabras de inocencia, de candor y de ternura, de apasionado cariño; é implora la proteccion de la Reina de los cielos, á fin de que pueda volver á estrechar en sus brazos al valiente caballero que partió á Tierra Santa, para arrancar del poder de los infieles el sepulcro de Cristo.

La Iglesia, para moralizar á las sociedades, tendia sobre todo á realzar y ennoblecer á la mujer. Cuando en el interior de los castillos, en la plaza pública, en todas

las clases sociales se desencadena espantosa bacanal; en tanto que se prostituyen los torneos y las córtes de amor, y se exaltan las pasiones de la mujer con las locuras de la gaya ciencia,—la Religion ofrece á la enardecida fantasía y al corazon apasionado de nuestra compañera inspiraciones severas, meditaciones graves y profundas. Le enseña el encanto mayor de su hermosura, en la virtud incomparable del pudor; le propone como modelo la figura ideal y sublime de la Vírgen María; le abre la puerta de los monasterios, para que se entregue á la vida de contemplacion y austeridad, para que desde aquellas sacrosantas moradas de la virginidad derrame por el mundo santos pensamientos, castas inspiraciones, y con el ejemplo de los prodigios de su continencia aparte del ánimo de sus hermanas toda idea impura, toda inclinacion liviana. Y en aquel silencioso alberge se retira la doncella, para elevar al cielo puro é inmaculado el corazon, y ofrecer en holocausto á su divino Amante los encantos de la juventud y de la hermosura; allí va á buscar un consuelo la viuda del cruzado; allí va á llorar sus culpas la pecadora arrepentida. Y la mujer del mundo, imita el ejemplo de su hermana de los monasterios; va á recoger en el templo ejemplos de castidad y de virtud; se inspira tambien á los piés de la Madona, y luégo con su presencia templa las iras y el desenfreno del hombre, y le acostumbra á tributarle un culto de verdadero amor caballeresco. Así, cuando el guerrero va á entregarse sin freno á sus instintos bélicos, á sus apetitos groseros, la mirada dulce y casta de la dama cristiana le detiene en

sus violentos arrebatos, inculca en su pecho afectuosos y delicados sentimientos, le enseña á tener la virtud y la honestidad de la mujer en más alto precio y en mayor estima, que el nombre ilustre y la elevada jerarquía. Por eso vemos con frecuencia, en las lides de honor de aquellos tiempos, que el caballero, despreciando á las altas damas cuya vida era objeto de escándalo, tiende la mano á humilde doncella de intachable fama, la coloca en lugar de preferencia, y dice públicamente á la dama agraviada: « No os parezca mal, señora, que esta dama ó doncella vaya delante: pues, aunque no sea tan noble y rica como vos, nadie ha podido censurar su conducta, y se la cuenta en el número de las buenas: lo cual no puede decirse de vos, y lo siento; pero se honrará á quien lo merece, y no os quejeis de ello » [1].

De este modo la Iglesia católica, con su firmeza inquebrantable en establecer y conservar por todos los medios posibles la monogamia y la indisolubilidad del matrimonio, con su constancia en dar todo el realce posible al noble sentimiento del pudor, consiguió ennoblecer á la mujer y puso un freno á los caprichos del varon, concentrando sus sentimientos hácia su consorte única é inseparable. Poco aprecian ahora las sociedades modernas este lento y contínuo trabajo de la Iglesia en la Edad Media; pero en fuerza de él, la mujer fué elevándose poco á poco, de su primera condicion de esclava en

1 SAINTE PALAYE, *Memoires sur l'ancienne chevalerie.*

los siglos de la antigüedad, al puesto de compañera del hombre; por medio de él se convirtió, de difamado instrumento de placer, en virtuosa y respetada madre de familia; por medio de él se contuvieron las pasiones formidables que del fondo de sus selvas traian los bárbaros; y con el verdadero amor conyugal se cimentó en el hogar doméstico esa admirable intimidad en que se hermanan en los lazos del cariño y del afecto marido y mujer, padres é hijos, sin que la unidad de la familia necesite descansar sobre la antigua tiranía marital, ni sobre el antiguo despotismo paterno, sino en la santidad del matrimonio, en el amor de la esposa y de la madre, en las virtudes del padre, en el cariño de los hijos.

Pero la Edad Media entraba ya en la hora de su agonía. Dante, presenciando el estertor de aquellas sociedades, de pié en medio de las ruinas de su época, entonaba el canto lúgubre de la muerte, y la melancólica elegía de un creyente, que, en los últimos dias de la vida, dirige sus miradas más allá de la tumba y se pierde en el mundo de la justicia absoluta entre tristes gemidos, terribles, pero justos tormentos y dulces é inefables esperanzas. Dante, arrobado en las visiones de la eternidad, recoge en su grandiosa epopeya los suspiros de la Edad Media moribunda, rompe con la fuerza de su genio los lazos que sujetan á las sociedades en la realidad de lo presente para lanzarlas en los misterios de lo porvenir; y fantasea allí, en la escena inmensa del tiempo sin límites, y de la inmortalidad, entre los círculos horrendos del infierno, entre los tormentos del purgatorio

y la celestial bienaventuranza del paraíso; fantasea, digo, la vida y las costumbres de sus contemporáneos, y su propia existencia, y la historia fiel de sus tiempos. Describiendo la inmensidad y la omnipotencia divina, pintando el cielo y la tierra, lo inmenso, lo infinito, lo eterno, el infierno y el purgatorio, el ángel caido y el hombre, reproduce con sin igual atrevimiento en el seno mismo de la muerte la vida social de su tiempo, en su más bella y total universalidad; no hace más que recorrer el velo impenetrable que cubre los siglos venideros, y se rodea, en los misterios de la vida futura, de todas las realidades de la vida presente. Pues bien : si la epopeya es el vivo reflejo, el retrato perfecto de una sociedad en su grado más elevado y sublime; si la epopeya de Dante es la imágen viva de los tiempos medios,—en ella ha de aparecer necesariamente el Cristianismo, personificado en la Iglesia, luchando contra la inmoralidad de las costumbres, y purificando á la mujer de los vicios y de las iniquidades que mancillan su castidad y prostituyen su dignidad sagrada.

Y en efecto, esta benéfica influencia del Cristianismo en el ennoblecimiento de la mujer, aparece admirable en la epopeya grandiosa de la Edad Media.

Apénas contaba Dante nueve años, cuando sus ojos contemplaron, llenos de extático asombro, una criatura angelical, rodeada aún de la aureola de la inocencia primera; tierna y bondadosa en sus miradas, noble y graciosa en sus modales, amable y candorosa en su trato; en su rostro divino, ideal, se reflejaba la indefinible be-

lleza que hiere el alma sin pasar por los sentidos; su ténue leve cuerpo, apénas dibujado al traves de los pliegues del blanco hábito virginal de la infancia, parecia sombra celeste, alma sin cuerpo, mágica é impalpable ilusion; dulce, afable, cariñosa, se expresaba con más gravedad de la que su edad requeria. El vate florentino quedó extasiado en presencia de aquella encantadora imágen; y en su corazon privilegiado empezaron á vibrar con fuerza las fibras del sentimiento. No supo contener la explosion de su afecto; y como acontece á todas las almas sensibles, verdaderamente apasionadas, empezó á componer versos en loor de la amada niña, para exponer así su pasion ante los ojos de su Beatriz adorada. Pocos años despues Beatriz se casó con el hijo de una noble familia florentina; y Dante, contristado por cruel amargura, murmuró en la soledad lánguidas y melancólicas elegías, y expresó en sentidos lamentos todas las recónditas tribulaciones de su alma, toda la efusion de su infortunado cariño; mas no por eso renunció á su amor, y amó en el pecado. Pero muy pronto el Señor llamó á Beatriz al seno de su gloria y entónces creció la tristeza y la melancolía del poeta; acompañó el fúnebre ataud hasta su última morada, y cuando se hubo quedado solo entre los silenciosos sepulcros, acercándose á la tumba, áun entreabierta, se postró de hinojos en el suelo, y tendiendo la mano sobre ella, juró decir de su amada lo que nadie habia dicho de una mujer. Empezaba en aquel instante á meditar la grandiosa epopeya, donde habia de pintar con seductor

artificio los arrebatos de su pasion ardiente por Beatriz y la misteriosa influencia que ejerció en su vida el amor de su amada.

Cuando Beatriz se unió en conyugal consorcio, Dante siguió amándola, le profesó entónces amor punible, la amó con el mismo amor de Paolo á Francesca de Rímini. Por eso, cuando contempla las sombras de Paolo y Francesca arrebatadas por huracan sin término y sin freno en los sombríos espacios de los círculos infernales; cuando los estridentes torbellinos de aquella tormenta eterna traen á sus oidos la conmovedora historia de los adúlteros amantes, Dante inclina la frente, dirige los ojos al suelo y permanece triste y pensativo. «¿En qué piensas? le dice Virgilio, su guía; ¿por qué diriges al suelo la mirada?» Pensaba el poeta que él tambien habia sido adúltero allá en su amoroso pensamiento; pensaba que la suerte infortunada de aquellas sombras debió haber sido tambien su propia suerte. Sigue luégo escuchando entre las ráfagas del huracan sombrío el desgraciado fin de Paolo y Francesca; y vencido por la emocion, vencido por el remordimiento, cae en tierra, como cuerpo muerto cae[1].

Pero Beatriz, ajena á toda pasion impura, invocaba en sus constantes oraciones el nombre sagrado de María, como lo dice el mismo Dante, y se propuso por modelo las virtudes de la Vírgen inmaculada, y fué virtuo-

---

1 *El Infierno*, cant. V.

sa y pura, y Dios la llamó á su seno. El Cristianismo le dió virtud, dignidad, nobleza, la separó del adulterio. Y Dante, al ver á su amada en el empíreo, arrojó de su corazon todo liviano pensamiento, todo deseo nefando; la adoró con amor casto, puro; y Beatriz le tendió la mano á la entrada del Paraíso, y con ella penetró por las regiones de la inmortal bienaventuranza. La Iglesia habia conservado el pudor y la castidad de la mujer; y Beatriz, la mujer cristiana, digna, noble y virtuosa, extendia en medio de la corrupcion de aquellos tiempos la poderosa égida de sus encantos sobre los verdaderos sentimientos del corazon, sobre los verdaderos afectos del alma; convertia á sus libertinos amantes en virtuosos adoradores, en padres cariñosos, en esposos fieles, y les tendia luégo cariñosa la mano para que su amor inmaculado y honesto se perpetuára en la vida sin fin de la eternidad.

# CAPÍTULO IX.

## Emancipacion y ennoblecimiento de la mujer debido únicamente al Cristianismo.

(*Continuacion.*)

III. LA MUJER EN LOS TIEMPOS MODERNOS. — El protestantismo. — Sus consecuencias en el matrimonio y la familia, en la condicion social de la mujer.
Diversas escuelas modernas.—Las escuelas filosóficas modernas que pretenden emancipar á la mujer y darle mayor dignidad, no conseguirán su objeto si no se apoyan en las máximas del Evangelio, en las leyes del matrimonio cristiano.

Empezaban los albores del siglo XVI, espiraba la Edad Media, caian en ruinas el feudalismo y las antiguas ideas y los antiguos principios que habian imperado en las sociedades; los nuevos descubrimientos, la aparicion de mundos desconocidos, el renacimiento de las ciencias y de las artes, el nuevo ideal, las nuevas aspiraciones, presagiaban una era nueva. El poder se reconcentraba en manos de los reyes, se formaban las grandes nacionalidades, el estandarte de Pelayo ondeaba en los muros de Granada y se derrumbaba para siempre en Occidente el poder musulman, miéntras por el extremo opuesto sucumbia al fin el decrépito imperio Bizantino y el imperio de la media luna planteaba en Constantinopla sus bárba-

ras instituciones; surgia, en fin, de aquella misteriosa Edad Media la Europa moderna con su fisonomía propia. Se agitaban entónces en todos sentidos con desconocida furia las pasiones religiosas; la Reforma preparaba su protesta desde el fondo de los monasterios del Norte; en lugar del melancólico murmullo de la oracion, de la paz y de la tranquilidad del austero recogimiento, resonaban los claustros de la penitencia con el estruendo de acaloradas contiendas, y un movimiento de inquietud y mortal ansiedad, precursor seguro de grandes y extraordinarios acontecimientos estremecia á todas las sociedades europeas.

Miéntras tanto, por los horizontes de la cristiandad se habian acumulado signos precursores de formidable tormenta. La simonía, la depravacion del clero y de la córte romana, la relajacion de la disciplina, el abuso de las indulgencias, el espíritu de reaccion y de reforma, entónces general en Europa, tenian exaltados los ánimos y dispuesto el espíritu de infinidad de creyentes á seguir cualquier cambio, cualquier innovacion, cualquier delirio ó cualquier utopia, por vano é inmotivado que fuera.

Entónces apareció un hombre de impetuosas pasiones, de falso y exaltado misticismo, de increible audacia, de fiero orgullo; sagaz, astuto, temerario, calumniador, atrevido; mezcla extraña y sorprendente de tiernos sentimientos y de sarcástica burla, de bondad y de altivez, de impetuosidad y sutileza; dulce, tierno, acre, grosero é injurioso al mismo tiempo en su lenguaje; lleno de imaginacion y fantasía; ardiente y exaltado; dejándose

siempre arrastrar en sus discursos por la destemplanza de la ira y por los violentos arrebatos del furor; rodeándose siempre de paradojas y sofismas; destruyendo constantemente los argumentos de sus adversarios con torbellinos de injuriosos epítetos, de acres y mordaces adjetivos; heróico en sus resoluciones, audaz y á veces hipócrita y rastrero en el modo de cumplirlas. Escritor, poeta, músico, fogoso tribuno; conocedor profundo de su época y de los hombres de su época; adulador de los magnates, y cortesano del pueblo; monje fanático, perjuro, incrédulo y creyente; combatiendo con tenacidad el vicio y sembrando por la sociedad pavorosas ruinas; enemigo irreconciliable de la córte de Roma, enemigo de toda decision dogmática, y defensor sanguinario y cruel de la suya; vociferador de la libertad, y amante del despotismo; cariñoso padre de familia, y destructor de los lazos más sagrados del hogar doméstico. Creíase unas veces poseido por el demonio, y otras inspirado por el espíritu de Dios; profeta y guerrero, envuelto con el manto del apóstol, Mahoma del Cristianismo; envanecido con su ciencia, mediana en el fondo, pero grande para su época, colocándose él mismo con pasmosa arrogancia por encima de todos los hombres, no sólo de su siglo, sino de los más ilustres que le habian precedido. Dotado de voz clara y armoniosa, eran sus ojos brillantes y llenos de fuego, majestuoso el semblante, las facciones llenas de expresion y de vida; noble en sus ademanes, rebuscado en la limpieza y compostura del cuerpo; de complexion fuerte y robusta, capaz de resistir al

trabajo sin detrimento de su salud; de aire fiero, intrépido, orgulloso, le sabía dulcificar siempre que queria; imponiéndose con facilidad asombrosa á las masas, revelaba poseer, en fin, todas aquellas dotes características del reformador revolucionario, que no teme nunca precipitar á las sociedades en el cáos horrendo de terribles convulsiones sociales, con tal que se realicen sus personales miras y el pueblo le tenga por inspirado, por santo y por profeta, y los reyes y los príncipes le teman y consideren.

Este hombre era Lutero : pensador taciturno y melancólico en los primeros años de su juventud, variable y voluble en sus impresiones, vió caer muerto al lado suyo á un amigo herido por el rayo, y se consagró á la austeridad del claustro; vió vender las indulgencias, y arrojó para siempre la cogulla del monje; rompió todos sus votos solemnes, insultó al pontífice, á los cardenales, á los obispos, á los abades, á los soberanos; reformó el credo; blasfemó de la Iglesia y de los concilios, é inauguró la serie no interrumpida de las terribles revoluciones modernas, con el siniestro fulgor de las bulas y de las decretales del Papa quemadas, en medio de impíos anatemas, en la plaza pública de Wittenberg.

No puedo detenerme en hacer un exámen minucioso del protestantismo. En nuestro siglo, á nuestra patria le ha cabido la gloria insigne de producir la refutacion más brillante y profunda que han tenido sus doctrinas : el nombre de Bálmes brilla inmortal entre nosotros, y su obra admirable pesará eternamente, como terrible y justo

anatema, sobre la frente de la funesta Reforma, y allí hemos podido todos apreciar los terribles estragos de la revolucion de Lutero. Renunciando, por lo tanto, al vano intento de completar aquellas páginas acabadas y perfectas, tan sólo me permitiré añadir brevísimas reflexiones sobre las consecuencias del protestantismo en la condicion social de la mujer y en la constitucion de la familia.

La Reforma surgió, al parecer, para combatir la inmoralidad, el desenfreno, el desórden, la depravacion, la licencia, la relajacion escandalosa de la disciplina; pero los turbulentos reformadores demostraron con su conducta que nunca fué tal su propósito. Miéntras los padres del Concilio de Trento realizaban esta reforma de la disciplina, con la prudencia y serena majestad que resplandece en las sesiones de aquel santo Concilio, Lutero y sus secuaces lanzaban contra los dogmas y contra la autoridad de la Iglesia injuriosas invectivas, violentos insultos, abrian ancho campo á las pasiones, destruian la familia con el divorcio, aplaudian y santificaban el perjurio del sacerdote y de la vírgen consagrada al Señor [1]; llevando hasta tal extremo sus liviandades, que

---

1 Civitates aliquot Germaniae implentur erroribus, desertoribus monasteriorum, sacerdotibus conyugatis, plerisque famelicis ac nudis. Nec aliud quam saltatur, editur, bibitur, ac cubatur, nec docent, nec discunt; nulla vitae sobrietas, nulla sinceritas. Ubicumque sunt, ibi jacent omnes bonae disciplinae cum pietate. (ERASMO, *ep.*, 902, 1.527.) Satis jam diu audivimus Evangelium, Evangelium, Evangelium; mores evangelicos desideramus

los pensadores profundos, que en un principio habian aplaudido los primeros pasos de sus reformas, pronto se desengañaron y los condenaron con merecido desprecio. «Me habia engañado (dice Erasmo): admiraba al hombre que venía, con frente altiva, criticando los vicios de su siglo y á los obispos cubiertos de púrpura; admiraba al hombre que no se inclinaba ante ninguna majestad, ni áun ante el supremo Prelado; que con mano santamente libertina descubria hasta la desnudez de su padre..... Pero, segun parece, la Reforma viene á parar en la secularizacion de algunos frailes y en el casamiento de algunos sacerdotes; y esa gran tragedia termina al fin por un suceso muy cómico, pues que todo se desenlaza, como en las comedias, por un casamiento» [1]. Lutero levantó su protesta á nombre de la independencia del pensamiento; y á nombre de la independencia del pensamiento sostuvo la autoridad de sus propios asertos con violencias é insultos, con soeces dicterios; de tal modo, que hacian temblar á sus discípulos, los cuales no osaban contradecirle ni en las más insignificantes afirmaciones. Á nombre de la independencia del pensamiento realizó Enrique VIII el cisma de Inglaterra, y á nombre

(*ep.*, 946). Duo tantum quaerunt: censum, et uxorem; caetera praestat illis Evangelium, hoc est potestatem vivendi ut volunt (*ep.*, 1.006). Tales vidi mores, ut etiamsi minus displicuissent dogmata, non placuisset tamen cum hujusmodi foedus inire (*ep.*, 1.066).

[1] ERASMO, *epist.*, pág. 736.—¡Cómo se confirman áun en nuestros dias estas últimas palabras del filósofo de Rotterdam!

de la independencia de la conciencia envió al cadalso á cuantos no pensaban como él. Á nombre de la libertad del pensamiento fundó Calvino su secta, y á nombre de la libertad del pensamiento hizo condenar á Miguel Servet á ser quemado vivo en Ginebra. Á nombre de la libertad de conciencia plantearon, en fin, todas las sectas reformadas su terrible intolerancia.

Jesucristo, conociendo que para mantener la santidad del matrimonio no son bastantes las leyes civiles y que há menester motivos que arranquen de más alto orígen y ejerzan más eficaz influencia en el corazon del hombre; conociendo que si el matrimonio ha de ser una union pura, inmaculada, perpétua é indisoluble, ha de contraerse ante el tribunal de la Justicia divina y en presencia del Eterno, lo habia declarado sacramento; y consagrándolo así en los altares de la Eternidad, lo colocó fuera de la inconstancia y de la turbulenta atmósfera de las pasiones; envolvió el tálamo nupcial en los misterios de la Divinidad, y desde entónces la Religion con ademan severo guardó los umbrales de la mansion de los cónyuges. Pero Lutero secularizó el matrimonio, privó del amparo de los puros celestiales velos de la Religion á ese sentimiento indefinible, encanto primero del corazon de la mujer, que tiene por nombre el pudor, y que se empaña con el levísimo aliento del aura más apacible, se aja con un solo pensamiento liviano y se marchita con una sola mirada impura.— Lutero destruyó la santidad del matrimonio, envileció y degradó á la mujer.

La Iglesia habia velado cuidadosamente por el prin-

cipio de la monogamia y de la indisolubilidad del matrimonio; pero Lutero admitió el divorcio, consintió la poligamia, concedió dos mujeres al Landgrave de Hesse; y Enrique VIII separó del catolicismo á Inglaterra, para poder llamar esposas legítimas á sus concubinas, para poder prostituir á la mujer en su tálamo real, sin temer los anatemas del Pontífice, ni la excomunion de la Iglesia.— La Reforma entregó el tálamo nupcial al furor de las pasiones, envileció y degradó á la mujer.

La Iglesia habia realzado la dignidad de la mujer en la tierra, cubriendo su rostro con el místico velo de la vírgen cristiana, inspirándole, junto al santuario, el sacrificio heróico de su hermosura y de su existencia en aras de la más grande y sublime de las virtudes: en aras de la virginidad. La habia convertido en un sér ideal, celeste, que pisa la tierra, pero vive en el cielo; la habia convertido en ángel inmaculado, que encuentra el amor terreno demasiado fugaz, demasiado breve, y dirige sus aspiraciones hácia el Amor infinito, hácia el Amor eterno, y tiene por únicos ensueños de la vida el anhelar los abrazos del divino é inmortal Amante, y consagrada á la oracion y á la castidad, se ofrece en holocausto en los altares, para que los hombres no miren á sus hermanas como instrumento de placer, y no las conviertan hoy en víctimas del desenfreno y del libertinaje, desechándolas mañana con repugnancia y desprecio. Pero Lutero profanó la mansion de las vírgenes, desgarró el místico velo que cubria su pudor y su inocencia, las entregó al mundo para que satisfaciera en ellas sus pasiones, las incitó

al perjurio y á la lascivia, prostituyó sus sentimientos, anatematizó su heroismo y sus sacrosantas virtudes. — Lutero envileció y degradó á la mujer.

Cuando Lutero destruia la santidad del matrimonio; cuando con el divorcio establecia para la mujer la esclavitud del deleite; cuando introducia en Europa la poligamia; cuando profanaba á las vírgenes, — los obispos de la cristiandad, reunidos en Trento, protestaban en masa, á nombre de toda la sociedad cristiana, y proclamaban, con frente erguida, las leyes eternas del matrimonio y de la familia. Y allí, en medio de aquella reunion venerable de ancianos, de prelados, de doctores, de príncipes de la Iglesia, el legado del Pontífice, leyendo en voz alta las deliberaciones del Concilio, exclamaba:

«Si álguien pretende que el matrimonio no es sacramento, — maldito sea.» Y los padres del Concilio, levantándose como un solo hombre, extendian las manos hácia el representante del sacerdote supremo, y repetian á un tiempo con grave y majestuoso acento: «¡Maldito, maldito sea!»

«Si álguien pretende que á los cristianos les es permitida la poligamia, —maldito sea.» Y los padres del Concilio volvian á extender las manos y repetian: «¡Maldito sea!»

«Si álguien pretende que el matrimonio no es indisoluble, — maldito sea.» Y el Concilio en masa repetia: «¡Maldito sea!»

«Si álguien pretende que el adulterio, la herejía, la

ausencia, la separacion de los cónyuges, disuelve el vínculo conyugal; si álguien pretende que la Iglesia no puede proteger á la mujer, separar á los cónyuges, dictar impedimentos; si álguien pretende que los sacerdotes pueden ser perjuros, y las vírgenes romper su voto solemne de castidad — maldito sea.» Y los prelados de la cristiandad repetian unánimes: «Maldito, maldito sea!» [1].

Comparad las reformas del Concilio de Trento con las reformas de Lutero, y veréis lo que significa el protestantismo.

El protestantismo no ha producido todos los estragos que debiera haber causado en la constitucion de la familia, porque, ántes que proclamára sus doctrinas, las ideas cristianas habian echado ya hondas y profundas raíces en Europa. Así es que vemos pueblos enteros que, obedeciendo á las ideas del Reformador, han dado cabida en sus códigos á la institucion del divorcio, y siguen, sin embargo, considerando en sus costumbres indisoluble el matrimonio, y lanzan miradas de desprecio hácia todo aquel que hace uso de institucion tan nefanda. Pero grandes y terribles son, sin embargo, los males que ha causado: nadie puede negar que en él tienen su orígen las actuales leyes secularizadoras del matrimonio, y que en él tienen tambien su orígen la mayor parte de los principios funestos que socavan en el dia los cimientos

1 Concilio de Trento, sess. XXIV.

de la familia. Hoy no pueden comprender con exactitud las sociedades lo que significa el protestantismo en el seno de la civilizacion; pero un dia vendrá en que los pueblos, consternados en el borde del precipicio, ó sobrecogidos de terror en medio de las ruinas, unirán sus anatemas á los anatemas de los padres del Concilio de Trento, y reprobarán eternamente aquella fatal protesta que desvió á la humanidad de la vía de sus adelantos, y le obligó á progresar entre los escombros y ruinas de violentos y estériles sacudimientos sociales.

Limitándome al exámen de las consecuencias de la Reforma en cuanto á la institucion de la familia; sin entrar en el estudio de su influencia funesta ó benéfica en otros ramos de la vida social, forzoso nos será confesar que los principios del protestantismo han sido fatales y funestísimos para la santidad del matrimonio, para la emancipacion y ennoblecimiento de la mujer y su dignidad y respeto en la sociedad y en la familia. No puede negarse que á pesar de algunos abusos, de no pocos desórdenes irremediables siempre, la familia iba constituyéndose en Europa sobre los sabios y admirables principios que reveló el Cristianismo á la humanidad. El repudio, el divorcio, la tiranía marital, la antigua oprobiosa desigualdad en la familia habian desaparecido primero de las costumbres, estaban ya casi por completo borradas de todas las leyes civiles, y la conciencia pública los perseguia y anatematizaba unánime con su sancion severa. Pero la reforma vino de repente á detenernos en este camino de adelanto y verdadero

progreso, y extravió en cambio nuestras ideas, alteró las reglas de nuestra moralidad, y nos precipitó para luengos siglos en un abismo de desórdenes. Tan fatal trastorno no tuvo otro orígen que un cambio absoluto y completo de doctrinas. Al principio de la indisolubilidad del matrimonio, principio fundamental, base indispensable para la existencia de la familia, se sustituyó el principio del divorcio y de la inestabilidad en los afectos; es decir, la pasion brutal y obscena, el incierto y variable apetito de los sentidos fué protegido y sancionado por la ley; vino á ocupar el lugar del verdadero amor. Al principio saludable y benéfico de la consagracion religiosa del vínculo matrimonial, se sustituyó el simple contrato civil, se secularizó el matrimonio, es decir, rebajándole en lo posible se le privó de aquel sello indeleble y augusto del sacramento; sello religioso que es el cimiento inquebrantable, la garantía más eficaz de su perpetuidad. En una palabra, el matrimonio de sacramento se convirtió en contrato; como contrato pudo disolverse por el mutuo consentimiento de las partes, y como inevitable consecuencia de este triste principio surgió con irresistible lógica la doctrina del divorcio; el matrimonio quedó regulado por las leyes de la pasion y de la inconstancia. Tan cierto es que cuando el hombre se obstina á negar á Dios en las instituciones, se obstina en no ver en Él el orígen primero de las leyes, fatalmente tiene que dar á éstas por cimiento la arbitrariedad de la pasion, la tiranía de oprobiosos caprichos.

Todo el mundo conoce las consecuencias terribles de

inmoralidad que produjo el principio del divorcio en las sociedades. Desórden, ruina y escándalo en la familia, extravío en los afectos, repugnante degradacion de la mujer, tales fueron sus frutos. Como ejemplar escarmiento, religiosamente nos ha conservado la historia todos aquellos recuerdos; de ellos hemos hablado ya anteriormente, por eso únicamente debemos hacer aquí presente que por aquella época apareció en los países protestantes una institucion que no es en definitiva para la mujer sino elemento de envilecimiento y oprobio; me refiero al matrimonio morganático, institucion que recuerda en todos sus extremos el concubinato del derecho romano, pues en ella no puede aspirar la mujer al título y á los honores de esposa y de madre: entre ella y su esposo media todo un abismo; con él divide el tálamo nupcial, vive en el mismo hogar, participa de las mismas penas, de iguales alegrías, y, sin embargo, ni puede decirse esposa, ni puede llevar el nombre ni los títulos del esposo, ni participar de sus honores. En el momento de la celebracion del matrimonio, su marido, en señal de superioridad y desprecio, le dió la mano izquierda, y desde aquella hora, por su situacion anormal y vergonzosa en la familia, no merece de su esposo otro título que el de *amica*, *convictrix*. Alguna vez la llaman esposa, pero esposa morganática, y este título, depresivo en el fondo, no es sino como jiron de púrpura que sarcásticamente echa sobre sus hombros la sociedad, cómplice de las pasiones del hombre.

Madres, que velais cuidadosas por el fruto querido de

vuestro amor y de vuestra vida, la Reforma ha ultrajado el honor de vuestras hijas, ha despreciado los misterios del santuario que cubrian su pudor y protegian su inocencia. Madres, á nombre del honor y de la dignidad de vuestras hijas, maldecid á la Reforma, protestad contra Lutero.

Mujeres, el Cristianismo os habia elevado al lugar que se os debe como compañeras del hombre; y la Reforma os ha convertido en instrumento de deleite, en esclava de las pasiones. El Cristianismo os llamaba al pié de los altares, para que en presencia del Eterno entregárais al hombre vuestro cuerpo y vuestra alma; para que, entre los misterios de la eternidad y las armonías de la oracion recibierais el primer ósculo nupcial, para que oyerais y prestarais el juramento de amor eterno junto al tabernáculo del amor infinito. Pero la Reforma os ha alejado del santuario; ha declarado que para entregar vuestro amor al hombre eran bastantes las solemnidades del contrato: la Reforma os ha vendido á las pasiones, dándoos el ósculo de Júdas. La Reforma, con el divorcio, ha cortado el vuelo de las aspiraciones de vuestro corazon, nacido para dilatarse en las regiones del amor del alma, en las regiones del amor de esposa y de madre, y que sin contentarse nunca con el amor terreno, breve y fugaz, suspira siempre por perpetuar su cariño y su afecto en la vida de la inmortalidad. La Reforma os ha privado de la eterna reciprocidad del cariño, os ha privado tambien del tipo ideal de vuestras más heróicas virtudes. Mujeres, á nombre de vuestro honor y de vues-

tra dignidad social, maldecid á la Reforma, protestad contra Lutero.

Esposos, que en vuestro mutuo cariño buscais el mayor amparo contra las adversidades, que con un abrazo de amor veis serenadas todas las tempestades de la vida, la Reforma ha hecho pedazos el augusto sello religioso de vuestro tálamo nupcial. La Reforma ha convertido vuestra union eterna en accidental y pasajera; ha sacrificado los inefables encantos del amor puro y eterno á la inconstancia de la pasion; ha sacrificado el amor de la esposa legítima á los halagos impuros de la concubina; ha sancionado el adulterio, satisfaciendo los deseos de la pasion del adúltero. Esposos, á nombre de vuestro amor y de vuestra felicidad, maldecid á la Reforma, protestad contra Lutero.

Vírgenes del Señor, que elevais al trono del Altísimo el corazon puro é inmaculado, que levantais vuestras manos virginales al cielo, para atraer sobre la tierra el celestial rocío de la virtud y de la inocencia, la Reforma ha desgarrado los velos que os envolvian en el seno del amor infinito, y protegian vuestro pudor, y guardaban vuestra inocencia: la Reforma os ha expulsado de la augusta soledad del santuario; la Reforma os ha arrancado de los brazos de vuestro divino Amante, ha despreciado vuestro heroismo, y os ha entregado á las pasiones del mundo. Vírgenes del Señor, maldecid á la Reforma, protestad contra Lutero.

Legisladores, oid la voz y los anatemas de la mujer; oid la voz de la madre, de la esposa y de la vírgen: tie-

nen el dón profético del presentimiento, tienen el instinto de su propia dignidad y de la felicidad de las sociedades. Si anatematizan la Reforma, anatematizadla tambien vosotros; no dad cabida en vuestros códigos á ninguna de sus innovaciones funestas: así tendréis virtud y moralidad en vuestro pueblo, paz y amor en vuestro hogar.

En la época presente han surgido ciertas escuelas que, encontrando incompleta la emancipacion de la mujer, pretenden realizarla por medio de teorías, á cual más estupendas. No há mucho tiempo que Bazard y Enfantin dirigian un mensaje al presidente de la Cámara francesa, anunciándole que la religion de los sansimonianos venía á emancipar completamente á la mujer, declarándola igual al hombre en el triple ejercicio de los cargos del templo, del Estado y de la familia. Fourrier declaraba tambien que, dando libertad completa á las pasiones de ambos sexos, se estableceria entre ellos la igualdad absoluta. Para llegar al mismo fin, John Stuart Mill pedia á su vez que á la mujer se le concedieran tambien los derechos civiles y políticos que tiene el varon; pues sólo así, segun él, sería una realidad la igualdad entre ambos sexos. Pero ¡qué mostruosas consecuencias brotan de los funestos errores de todas estas escuelas! Los sansimonianos pretenden hacer absoluta la igualdad entre el varon y la mujer: los derechos que el uno posee, el otro tambien, segun sus doctrinas, debe tenerlos; las cualidades del uno deben tambien hallarse en la perso-

na del otro; y para realizar su pensamiento, dan por base á la institucion del matrimonio delirios y utopias, con los cuales se hace imposible la existencia de la familia. Dividen á los individuos en *móviles* é *inmóviles;* y para los móviles establecen el divorcio, y para los inmóviles, la indisolubilidad del vínculo matrimonial. Pero, como no pueden saberse cuáles son los indiduos inmóviles, la indisolubilidad del matrimonio resulta para ellos un ideal irrealizable, y declaran legítimo el divorcio, tan contrario á la dignidad de la mujer y á su respeto en el seno de la sociedad, porque viene á curar un desórden en el interior de la familia y en la misma sociedad, repara una falta de armonía en las relaciones de los cónyuges, y satisface las necesidades morales de dos individuos móviles, caracterizados por la inconstancia en su amor y en sus afectos. Fourrier dice tambien que quiere la emancipacion de la mujer, que aspira á la igualdad de derechos entre ella y el varon, y ofrece, como ideal risueño, un comunismo horrendo, donde el varon y su compañera se han hecho iguales en los desórdenes del vicio y en el desenfreno de pasiones impuras. Renuncio á exponer las doctrinas de Augusto Comte, Proudhon y de los demas reformadores: todos ellos, soñando la felicidad en una utopia, destruyen el órden en el matrimonio, y la paz y los tiernos afectos en la familia. Los unos declaran abiertamente que creen en la inferioridad social de la mujer, y aprueban la tiranía del hombre. Los otros quieren borrar con absurdos sistemas las diferencias que la naturaleza ha puesto entre el varon y su

compañera, diferencias sin las cuales no podrian existir los distintos sexos; y de aberracion en aberracion, incurren en inexplicables absurdos, propios tan sólo de una inteligencia en delirio. El hombre y la mujer, segun ellos afirman, son iguales moral y jurídicamente: luego ambos deben tener iguales derechos, idénticos deberes; y para llegar á este último resultado, despojan igualmente á uno y á otro de sus derechos más sagrados. Dicen que el varon y su compañera deben ser iguales en dignidad, iguales en derechos, porque entre ellos hay igualdad de orígen, igualdad de facultades, igualdad de destinos; y para plantear su ideal, ¡envilecen al hombre, prostituyen á la mujer y los igualan en la degradacion! Divorcio, libertinaje en los afectos, amor libre, escarnio de los deberes de fidelidad conyugal, comunismo horrendo en los sentimientos más sagrados del corazon, esto es lo que llaman los corifeos de tales escuelas emancipacion de la mujer.

Otros, al parecer con ménos delirantes principios, sostienen que el varon y su compañera, identificados por la naturaleza, desempeñan una misma mision en la familia y en la sociedad, y deben, por lo tanto, ejercer indistintamente los derechos y los deberes del padre y de la madre, los deberes y los derechos del ciudadano. «Si existe igualdad, identidad perfecta entre la mujer y el varon, exclama Stuart Mill en su ingeniosa utopia sobre la sujecion de la mujer; si no hay entre ellos, dice, otra diferencia, si no tiene el hombre otra superioridad que la mayor robustez de las fuerzas físicas, superioridad que

áun ella misma á su vez no es quizás más que artificial y ficticia, puesto que desapareceria tal vez con una educacion adecuada; si las facultades, la mision, los destinos de ambos son idénticos, ¿en qué se funda esa monstruosa desigualdad de derechos que entre uno y otro habeis establecido en el órden político y en el órden civil? ¿Por qué teneis sentado el principio de la inferioridad de la mujer? Dad á la mujer voto en los sufragios, voz en las asambleas; abridle los horizontes de las ciencias, de las artes, que pueda aspirar á todas las glorias de los trabajos del hombre, y veréis como es vuestra compañera, tal vez vuestro guía en el camino del progreso.» Y exaltadas por las predicaciones de los pretendidos apóstoles de su emancipacion, creyendo á veces que realmente se trata de su dignidad social, las mujeres á su vez abrazan con furia tales desvaríos, y frenéticas emprenden la defensa de lo que llaman sus sagrados é inviolables derechos; y con extraordinario ardimiento y admirable sangre fria, abandonando al marido y á los hijos los trabajos y las preocupaciones del hogar, aspiran á todos los empleos, á todos los honores. La una se presenta como candidato á una diputacion en las Cámaras de la Pensilvania[1]; la otra, despues de haber presidido por algun tiempo la sociedad del amor libre, consigue el apoyo del club radical de Nueva-York y aspira nada ménos que á la presidencia de la República de los Estados-

1 Miss Elisabeth Stanton.

Unidos[1]. Tal otra, más humilde, pero no ménos enérgica en sus aspiraciones, pide la plaza de coronel del regimiento 9.º de milicianos [2].

Inconcebibles doctrinas, desvaríos increibles de la razon. Rota la armonía moral entre el padre y la madre, ya no queda en la familia sino el más espantoso desórden. Entregada la mujer á las turbulentas agitaciones de la vida pública, arroja su pudor al fango de las pasiones y se marchitan para siempre sus mayores encantos. Podrá, si quiere, ostentar sus títulos de ciudadana, de mujer libre, de sacerdotisa, de cortesana; podrá, si quiere, sin rubor en el rostro, llamarse simplemente *genitrix;* pero todos esos títulos no son para ella sino baldon de vergüenza y oprobio; la negacion misma de su título más sagrado, de aquel título que únicamente sabrá inspirar hácia ella cariño, veneracion, sacrosanto respeto; la negacion del título augusto de esposa y esposa cristiana.

El carácter dulce, tímido, tierno y amable de la mujer, sus deberes maternos, sus cualidades todas, dicen que fué destinada al hogar, no á la vida pública, y que sólo bajo el techo doméstico será feliz y honrada. Dios la creó para ser el alma de la familia, así como hizo al hombre para ser el alma de la sociedad. Y si se ve respetada como madre, como esposa y como hija; si tiene libertad para dar ancho campo á los puros afectos de su

---

1 Miss Victoria Woodhall.

2 Miss Tennia.

corazon, rechazará con profundo desprecio derechos políticos que de nada le sirven, y leyes para ella vanas é inútiles, puesto que no realzan su dignidad y no dan más libertad á sus actos y más virtud á sus sentimientos. La emancipacion y la dignidad de la mujer estriba (como bien lo enseñó el Cristianismo) en la perfeccion de las leyes sobre el matrimonio y la familia, en el reconocimiento de los sagrados derechos de la mujer como esposa y como madre, y no en derechos políticos y libertades sociales que no reclama, porque tiene el instinto de su verdadera felicidad.

Al lado de las escuelas que se dicen emancipadoras de la mujer, confundiendo é identificando las facultades y la mision de las dos mitades del género humano, hoy tambien proclamándose á su vez protectoras de nuestra compañera infortunada, han estallado con inaudito furor las doctrinas comunistas, presentándose ante los ojos de la sociedad sin disfraz de ningun género en todo su asqueroso y repugnante aspecto. El comunismo es mal que ha existido siempre: cuando no estaba arraigado en las instituciones y en la vida de los pueblos, se trasmitian sus doctrinas y se perpetuaban de época en época como simples principios especulativos de la ciencia social. Pero si siempre han existido los principios de escuela, preciso se hace, sin embargo, distinguir entre ellos. Dos clases hay de comunismo: el uno que podríamos llamar comunismo en la posesion de los bienes y de la fortuna, y el otro el comunismo en los afectos y en la familia, el amor libre que hoy se entiende. El primero

será, si se quiere, un error económico; será arbitrario, inicuo, injusto en cuanto en él se haga entrar al hombre sin su prévio consentimiento; pero no puede en manera alguna considerarse como atentatorio á las leyes de la moral y de la justicia, si el hombre voluntariamente se presta á entrar con sus semejantes en completa comunidad de bienes, si convencionalmente presenta su fortuna para el reparto en comun; con este prévio requisito, léjos de ser atentatorio á la moral, no sin razon lo han presentado algunos como supremo ideal en el sistema de la organizacion social; en este sentido es en el que puede decirse que la primitiva sociedad cristiana era una sociedad comunista.

El segundo género de comunismo, por el contrario, es y será siempre un anatema lanzado contra los principios más sagrados de la moral; es y será siempre el error más temible en el seno de las sociedades y el que ocasione más espantosos estragos en cuanto alcance el menor triunfo.

La antigüedad conoció y practicó estos dos géneros de comunismo. Careciendo de una idea justa, de un principio verdadero sobre el derecho de propiedad; desconociendo el carácter y la esencia de este derecho inherente á la naturaleza humana, repartia y dividia á su antojo la riqueza, disponia libremente de la propiedad privada, segun los intereses del Estado. Y si el legislador de la sociedad política creia tambien provechosa para el Estado la destruccion de la familia, el comunismo en los afectos, sin reparo lo proclamaba tambien en las institu-

ciones. Así sucedió en la constitucion de Creta, así sucedió en la constitucion de Licurgo.

Debo, sin embargo, advertir que las ideas comunistas no produjeron en las sociedades helénicas tan funestos frutos como los que producirian entre nosotros las doctrinas comunistas modernas, porque partian de un principio distinto del que sirve de base á los sistemas socialistas del dia. Hoy la idea dominante de las escuelas comunistas, su fin primordial es desencadenar las pasiones, dar al vicio absoluto desenfreno. Ven que el matrimonio se opone á la lubricidad de sus deseos, y para satisfacer sus apetitos groseros proclaman la abolicion del matrimonio, el amor libre, la vaga vénus del hombre. Las constituciones de Grecia, Licurgo, Platon, Aristóteles parten, al contrario, de otro principio, tienden á otro fin. Les preocupa sobre todo la idea de dar á la sociedad política, al Estado, la organizacion más perfecta posible; y para realizar su ideal sacrifican sin reparo los más sagrados derechos de la personalidad humana; sacrifican hasta la dignidad de la mujer y la santidad del matrimonio. Para ellos la mision principal de la mujer es la de dar al Estado numerosos ciudadanos. Por eso el fruto que concibieron en sus entrañas ya no les pertenece desde el momento del nacimiento; le dieron el sér á nombre del Estado y el Estado es su verdadero padre, su único y verdadero dueño; la madre prodiga indistintamente sus cuidados á cualquiera de los recien nacidos; desempeña indiferentemente con unos ó con otros las funciones públicas de la maternidad. Sistema torpe y

monstruoso si se quiere, pero que léjos de tener su orígen en la fiebre del desenfreno, no proviene sino de un error filosófico y del fanatismo político. Prueba de ello es que el amor está allí minuciosamente reglamentado, las pasiones se ven encadenadas por disposiciones arbitrarias del legislador. Muy distinto es como se ve el principio que hoy inspira al comunismo moderno; ya no es el interes del Estado, sino otra idea más disolvente, otro propósito más infame: el libertinaje, el desenfreno absoluto de la pasion. Quiere que libremente puedan desencadenarse en el hombre los apetitos y los instintos brutales, y por eso reclaman la abolicion del matrimonio, la abolicion de todo vínculo individual de parentesco, la promiscuidad horrenda de los sexos.

La atrocidad misma de tales doctrinas, haciendo imposible su triunfo, las convierte en ménos temibles. Siempre, en todas las edades, y sobre todo en épocas de agitacion, de inquietud y de transicion, como la nuestra, han surgido de la mente del filósofo y de los ensueños del reformador teorías extrañas sobre la condicion social de la mujer, que no merecen otro nombre que el de locuras y desvaríos del entendimiento. Pero por grandes que hayan sido los delirios del hombre, la ley natural, que quiere que la mujer pase su existencia dedicada exclusivamente á los trabajos del hogar, nunca ha podido desaparecer. Muy al contrario, aunque sin réplica hayan quedado tal vez los sofismas, al parecer incontestables, que querian hacer su mision igual á la del varon en los destinos de la sociedad política, — el ins-

tinto de los pueblos ha comprendido siempre que la mujer, en saliendo del silencio y de la paz de la familia, para exponerse al tumulto y á la agitacion de la plaza pública, perderia mucho de los encantos que su timidez é inocencia tienen para el hombre; perdería una de sus mayores causas de respeto y veneracion, su verdadero elemento de dominio; y, siempre, la tranquilidad de los cariñosos cuidados del hogar doméstico ha sido como el velo primero de su pudor y como la atmósfera sagrada que la preserva del contagio de la inmoralidad.

La obra del Cristianismo en cuanto á la emancipacion y al ennoblecimiento de la mujer es una obra acabada y perfecta. La Filosofía podrá proponer reformas, pero en este punto ya nada nuevo tiene que enseñar, porque el Cristianismo reveló á un mismo tiempo en sus dogmas la verdad religiosa y la verdad filosófica; y desde el dia de su aparicion, la Religion y la Filosofía no fueron ya más que expresiones distintas de una misma verdad. Y si todavía vemos á nuestra compañera sin todo el realce y respeto que le es debido, consiste en que todavía los pueblos no han sabido empaparse bastante en los principios que sobre este punto ha proclamado el Evangelio; consiste en que diez y nueve siglos de trabajos, de sacrificios, de dolores, diez y nueve siglos de civilizacion cristiana no han bastado aún para inculcar los principios del Cristianismo en el fondo de todas las conciencias, en el espíritu de todas las leyes y de todas las instituciones sociales; consiste, sobre todo, en que con frecuencia se han apartado de ellos los legisladores, y co-

nociéndolos los han despreciado, ó bien los han rechazado como funestos, en vez de apoyar en ellos como sobre ejes de diamante el edificio social de la familia y del Estado.

Hoy que á nombre de la libertad y del progreso, que á nombre de la emancipacion y de la dignidad humana se blasfema del Cristianismo, se maldicen sus doctrinas; hoy que con las máximas del Evangelio se quiere ungir la tiranía, es preciso decir en voz alta, y erguida la frente, á las sociedades, que si cayeron pulverizados como heridos por el rayo los antiguos dioses de la naturaleza, que consagraban la esclavitud; si se rompieron las cadenas del esclavo; si desaparecieron las antiguas desigualdades sociales y se precipitó en el polvo la antigua bárbara casta oriental, que se levantaba inhumana sobre los gemidos, los dolores y el tormento de otra casta desgraciada; si se proclamó la libertad y la igualdad del hombre, la santa fraternidad de todos los pueblos y de todas las razas en los brazos de un solo Dios; si la mujer digna y virtuosa, fulminando terribles anatemas contra las monstruosas abominaciones de la sensualidad y del desenfreno, surgió en medio del hogar con el carácter sagrado de madre y el título augusto de esposa; si en el seno de la sociedad doméstica y de la sociedad política el amor sustituyó al despotismo, la virtud al deleite y á los nefandos desórdenes de las pasiones, el aprecio de la dignidad humana á la odiosa opresion; si se declaró crímen el infanticidio, execrable iniquidad la tiranía marital; si se condenó para siempre el divorcio, que

destruye la familia y los puros afectos, y mancilla la dignidad de la mujer burlándose de su honestidad ; si el hombre halló en el regazo de su esposa la castidad y la virtud, en lugar de livianos deleites y de repugnantes desórdenes ; si descubrió la humanidad en el fondo de su corazon las leyes sacrosantas y eternas del amor conyugal, del cariño paterno y de la piedad filial ; si, por fin, se conoció en el mundo la familia, el amor, la caridad, el pudor, la virtud,—lo debemos todo al Cristianismo, á las doctrinas salvadoras, sublimes, divinas del Evangelio. El Cristianismo es el amor, la libertad, la igualdad, la fraternidad, la justicia: cumplid el Evangelio y respiraréis amor en el hogar doméstico; cumplid el Evangelio y seréis libres é iguales en la vida social; cumplid el Evangelio y seréis todos hermanos, seréis todos hijos de un mismo Padre; cumplid con el Evan- y se realizará en la tierra el reinado de la Justicia.

Apareció la religion de Jesucristo, y al instante se difundió entre los pueblos no sé qué ideal de justicia y amor, ignorado por la antigüedad y desconocido por los mismos filósofos antiguos ; instintivamente la humanidad empezó á realizarlo, caminando á traves de las edades hácia su destino de perfeccion indefinida: desde aquel dia avanzó sin cesar, y sin cesar vió tambien ante ella los horizontes sin fin del Cristianismo.

Los dogmas de nuestra Religion divina son para el hombre y para las sociedades la fórmula invariable del progreso indefinido; y si quieren caminar hácia su destino, los pueblos y el hombre deben apoyarse constante-

mente en el Evangelio. Cuantas reformas introduzcan, cuantas revoluciones operen, si son justas y legítimas, si son un paso más hácia la perfeccion, las verán aprobadas por el Cristianismo; si son, por el contrario, un retroceso, pesará eternamente sobre la sociedad el anatema y la reprobacion de la ley de Cristo.

Antes de la venida de Jesucristo, las sociedades apoyaban su existencia en la opresion, en la tiranía, en el odioso privilegio, en la negacion de todos los derechos del hombre, en la vida de los sentidos, en los ultrajes horrendos á la naturaleza: tenía por mision el sacerdote oprimir y amedrentar á los pueblos, ofrecer en holocausto á la Divinidad los gemidos que su despotismo arrancaba del corazon de la humanidad envilecida, y manchar de sangre con sacrificios inhumanos el ara cruenta de los dioses; el déspota veia en su súbdito un esclavo; el patricio, en el plebeyo un sér condenado á eterno oprobio; el señor, en el esclavo una entidad con forma humana, pero sin razon, sin conciencia, sin derechos; el padre, en su hijo un fruto del deleite, engendrado por las entrañas de su sierva, de cuya vida podia disponer como de las crías de sus rebaños. Y del fondo de los serrallos, del apartado asilo del gineceo y del atrio, de los insondables abismos del Taigeto, de los valles del Nilo y del Gánjes, de las orillas del Tíber y del Eurótas, de la arena del circo, de las entrañas de los triremes se exhalaba el grito desgarrador de la eterna servidumbre, y el profundo y conmovedor gemido de la madre, de la esposa, del hijo y de la casta, que sentian triturados sus huesos en los do-

lores del tormento. Aquellas sociedades cultivaban las ciencias y las artes, vivian en el seno de la opulencia; edificaban templos, ciudades, suntuosos palacios, portentosos monumentos; conocian todas las comodidades de la vida, y sin embargo, sentian en su conciencia angustia indecible, vivian infortunadas sin saber á qué atribuir su desdicha. Les faltaba la familia, les faltaban los sentimientos del alma, el amor y las virtudes del hogar. Necesitaban regenerarse. Entónces surgió el Cristianismo ; y para regenerar á la humanidad, dijo á los hombres que no pueden ser felices si no existe la familia, y que no puede existir la familia si no se respeta y venera á la mujer, y que la mujer no será nunca venerada y respetada si no se cumplen las sacrosantas leyes del matrimonio verdadero. Y la mujer, regenerada por el Evangelio, querida en el hogar como madre, venerada como esposa, derramó de su seno los sentimientos vivificadores que necesitaban las sociedades para ser afortunadas; y en todas partes el Amor sustituyó á la Tiranía; la Virtud, la Caridad, el Derecho, la Justicia, á las antiguas abominaciones, á las iniquidades del paganismo, á los monstruosos desvaríos de los adoradores de la naturaleza.

Cuando en vuestro corazon brote un impulso generoso ; cuando os apiadeis de la desgracia y del infortunio; cuando sintais en vuestra alma el fuego del amor de vuestros hijos, la dulzura del amor de vuestra esposa; cuando, sentados tranquilos en el hogar, os contempleis rodeados de amor, de abnegacion y de virtud, de incom-

parables alegrías y de esperanzas infinitas,—preguntaos de quién teneis esa felicidad, quién encendió en vuestro pecho el fuego sagrado del amor puro, quién inculcó en vuestra alma tan nobles sentimientos, quién os enseñó á amar, quién á ser virtuosos, y veréis que fué la mujer, convertida en madre y en esposa cristiana: veréis que fueron las máximas del Evangelio, desprendiéndose como armonía celeste, de los labios venerados de vuestra madre, de la sonrisa angelical de vuestra hijà, y encarnadas en el ósculo de amor de vuestra compañera.

Hora es que ponga fin á este ya sobrado largo estudio histórico sobre el matrimonio ; pero ántes de terminar el presente capítulo me permitiré deducir todavía una última consecuencia.

Si el Cristianismo fué quien constituyó la familia sobre su base verdadera, quien emancipó á la mujer y le dió amor, virtud y dignidad, debemos seguir ciegamente sus doctrinas. Si convirtió al matrimonio en sacramento, como sacramento debemos tambien considerarle nosotros : si declaró iguales á los cónyuges, iguales tambien debemos considerarlos nosotros; si reprobó la antigua tiranía marital y el antiguo despotismo paterno, tambien nosotros debemos reprobarlos ; si anatematizó el divorcio, debemos tambien lanzar sobre él nuestros anatemas ; si, por último, fulminó los rayos de su maldicion divina sobre la poligamia, sobre el adulterio y demas crímenes horrendos que mancillan la castidad y la pureza del tálamo nupcial, debemos tambien maldecirlos para siempre y destruir los serrallos allí donde los

encontremos, enjugar las lágrimas de nuestra compañera y socorrerla allí donde la veamos desgraciada y oprimida, y con el Evangelio en la mano convertirnos en los campeones de su honor y de su dignidad, que sólo así podrémos aspirar á su cariño; sólo así serémos dignos de su amor.

---

# EPÍLOGO

He concluido este estudio sobre el matrimonio: recorrí primero todos los principios de su ley natural, y luégo busqué su confirmacion en la historia. Cuando vuelvo ahora hácia atras la mirada, quedo asombrado y confundido por la serie de árduos y trascendentales problemas que se han presentado ante mis ojos. ¿El matrimonio es un contrato, ó bien una institucion divina que no puede compararse con ninguna otra institucion social?—Y si no es un simple contrato, ¿qué hallamos en él que pueda parecerse á un convenio entre partes?—¿cuáles deben ser las relaciones de los cónyuges entre sí, cuáles sus derechos y sus deberes en el hogar doméstico?—¿á quien pertenece la patria potestad?—¿es legítimo el divorcio?—¿pueden los legisladores permitir la poligamia y la poliandria y dejar impune el adulterio?—¿qué estragos terribles produce el comunismo en los afectos conyugales?—¿qué intervencion le corresponde en el matrimonio á la sociedad religiosa y á la sociedad política?—¿cuál es la importancia de los sistemas nupciales, y cuál su significacion en la sociedad conyugal? Tales

son, entre otras, algunas de las importantes cuestiones sociales que he procurado resolver, tal vez no siempre con acierto, pero animado constantemente de vivo amor á la verdad, lleno del vehemente deseo de encontrarme siempre conforme con ella, y libre el ánimo de toda idea sistemática y de toda pasion de escuela, que pudiera alucinarme hasta el extremo de descubrir en el error los signos de una verdad inconcusa.

Antes de empezar el estudio de la ley natural del matrimonio, dirigí un instante mis miradas hácia la pasion misteriosa que sirve de base á esta institucion, y de ella deduje alguno de los caractéres que ha de reunir la union conyugal del varon y de su compañera. ¿Qué es lo que motiva, me preguntaba entónces, esta fusion á primera vista incompresible, de dos cuerpos en un solo cuerpo, de dos almas en un alma, de dos distintas personalidades en una sola entidad moral? ¿Cuál es la causa en cuya virtud dos seres unen su vida, sus sentimientos, sus destinos, sus alegrías y sus penas? ¿Cuál es el lazo de union, cuál la emanacion misteriosa, la voz providencial y celeste que nos hace suspirar tras del amor de otros seres y nos designa la compañera de nuestra vida? Esta voz celeste y providencial, este lazo de union, este sentimiento indefinible, todos lo conocemos, todos le tenemos en nuestro pecho, todos hemos sentido acelerarse con él los latidos de nuestro corazon; es el amor, que nos llena de ilusiones, de esperanzas, de alegrías, de aspiraciones, de inmortalidad, y calma nuestros dolores, y consuela nuestros infortunios, y hermosea nuestra

existencia, y perpetúa en el mundo nuestra memoria y nuestro nombre. Sin el amor, la vida se convierte en dolor y amargura; la felicidad, en llanto y tristeza. Sin el amor, nos parecemos á esas palmeras que miéntras el ambiente no esparce por el espacio sus emanaciones de amor y de vida viven solitarias en el desierto, contemplándose con indiferencia unas á otras, y dejando caer y esterilizarse el gérmen de su fecundidad. Pero en cuanto el aura viene á acariciar sus copas, las palmeras se envian mútuamente el fruto de su vida y el ósculo de su cariño; y alegran su soledad, dando existencia á nuevos seres y rodeándose de su descendencia. El amor es para el hombre lo que la brisa y el aura para la palmera: miéntras no siente en su pecho amor, vive triste y solitario en la tierra, consumido por sentimientos egoistas, devorado por depravadas inclinaciones, embrutecido por torpes placeres, por sensaciones groseras. El amor, por el contrario, inculca en su pecho nobles y generosos sentimientos, idealiza sus aspiraciones, hace su dolor ménos amargo y su alegría más pura.

Libre y espontáneo en sus afectos, el amor nace unas veces en nosotros con una palabra de cariño, con una sonrisa, con una mirada, y otras es el producto de larga intimidad; crece y se aumenta con la contemplacion de la persona amada; se convierte en culto de veneracion y respeto hácia ella, se apodera de todas nuestras facultades, conmueve todo nuestro sér, nos exalta, nos eleva, nos extasía en presencia del objeto querido. Y rodeándonos de ensueños, de esperanzas, de mágicas é indeci-

bles felicidades, nos hace olvidar la tristeza de la realidad presente, nos arrastra hácia otro mundo mas ideal, más puro, dilata nuestra alma en la vida grandiosa de lo bello y del amor á lo bello. Así, delirantes entre los torbellinos de la pasion, suspiramos en pos de un amor insaciable, infinito, eterno, dispuestos á sacrificar por él nuestra existencia, nuestras amistades, los lazos todos terrenos, con tal que en el seno dèl sacrificio y del heroismo podamos expresar el fuego del sentimiento que abrasa nuestro pecho y consume nuestra vida [1].

El hombre es el único sér de la tierra que conoce tan misteriosa pasion, que sufre y padece tan crueles dolores, que siente y goza tan indefinibles alegrías; es el único que conoce lo que es el cariño, el único que sabe lo que es amar: luego la union conyugal del hombre ha de ser distinta de la union de los sexos entre los demas seres. Por lo tanto, si el bruto satisface los instintos de la carne, el hombre debe satisfacer los deseos y las aspiraciones del alma. Si, guiado por su instinto, el bruto perpetúa su existencia y olvida luégo á su compañera, el hombre, guiado por el amor, perpetuará su nombre y su existencia, y no olvidará en todos los dias de su vida á la mujer que le entregó su cariño, y á su fidelidad confió sus destinos; y unido á ella en la etenidad, será su protector en el hogar doméstico, el amparo de su honor y de su dignidad en la vida social, y velará cuidadoso

---

1 Véase la PARTE PRIMERA, capítulo II, y la PARTE SEGUNDA, capítulo V.

sobre la inocencia y sobre el alma de sus hijos, y cumplirá para ser feliz y venturoso en el mundo los principios indestructibles del matrimonio, las leyes eternas del amor.

Nunca he dejado de buscar la confirmacion de mis asertos en los principios eternos de la Moral y de la Filosofía y en las tradiciones de la Historia. De este modo, he reconocido que para que la union del varon y de la mujer se nos presente con toda la majestad que debe rodear á la institucion incomparable, sublime, base del órden social, por la cual un sér humano entrega á otro su cuerpo y su alma,—es preciso que intervenga la Religion, cubriendo de sus místicos velos el pudor de la mujer, purificando y embelleciendo el amor del hombre y siendo la mediadora celeste de la union eterna de la dos mitades del género humano. Si del matrimonio se ha de borrar toda idea impura, es preciso, decia, que se celebre en presencia de la Divinidad; si se quiere que sus vínculos sean eternos, es preciso que se celebre en presencia del Eterno. Si á la mujer se quiere dar una verdadera fianza de que en ese acto, el más solemne de de su vida, no se la toma por juguete de las pasiones del hombre, preciso es que el juramento de perpétua fidelidad se preste al pié de los altares, y que se invoque, como primer testigo del mayor compromiso que contrae el hombre en los dias de su existencia, al Dios de la justicia absoluta, ante cuyos ojos no se ocultan ni los delitos de la conciencia. Si se quiere, por fin, dar á la sociedad la seguridad de que comprende el legislador lo sublime

de la augusta union matrimonial, preciso es que su ministro sea el sacerdote que, á ley de representante directo de la Divinidad en la tierra, es el único cuyo sagrado ministerio está á la altura de tan santa institucion social.

Ninguna sociedad puede vivir sin la idea del Deber y la idea del Derecho, y la Religion no es sino la sancion más elevada de estas ideas, no es en sus preceptos sino la expresion más pura y sublime de la Moral, no es en sus dogmas sino el conjunto de verdades eternas que sirven de base indestructible al Deber y al Derecho. Suprimid la idea religiosa en el mundo, y habréis destruido la idea del Derecho. La Religion y el Derecho son inseparables, porque son tambien inseparables la ley religiosa y la ley moral, y en los principios de la ley moral tienen su orígen los mandatos de la ley escrita. Son inseparables la ley religiosa y la ley moral, porque el bien y el mal moral, el deber y la obligacion moral, la recompensa y el castigo moral están íntima y necesariamente unidos á los principios y á los dogmas religiosos. Borrad, si no, de la conciencia humana la idea de Dios, legislador supremo de la ley moral y juez absoluto y eterno de la infraccion ó del cumplimiento de los preceptos morales, y al mismo tiempo habréis borrado de vuestra conciencia la base de la ley moral. La ley moral tiene una sancion divina y otra sancion humana: la Religion representa la sancion divina; el Derecho representa la sancion humana. La Religion, la Moral y el Derecho son, por lo tanto, inseparables; abrazan tres círculos diver-

sos de la vida humana. Pero en ciertos casos sobre todo aparece necesaria á la vez la intervencion de estos tres elementos de la vida de las sociedades, para hacer más sagrados los compromisos del hombre y asentar una institucion social sobre cimientos más indestructibles que los de la autoridad de la ley escrita. Cierto es que pueden estudiarse el hecho moral, el hecho religioso y el hecho jurídico, mirando y considerando cada uno de ellos aislado y distinto de los demas. Pero en el fondo pertenecen los tres á una misma unidad y no pueden considerarse independientes uno de otro; así como en el cuerpo humano el corazon y el cerebro, aunque constituyendo dos órganos distintos, no son independientes uno de otro, sino que mútuamente se necesitan y se son indispensables para la unidad del sér humano.

La independencia absoluta entre la Religion, la Moral y el Derecho, que hoy quieren realizar los legisladores, es á no dudar un yerro profundo, un error funesto, que ha de ocasionar hondas y muy lamentables perturbaciones en el seno y en la suerte de la sociedad.

Dios es la ley eterna de lo justo; y por medio de la Religion vive en nuestra conciencia la idea de la Justicia suprema, del bien y de la equidad absoluta: la idea de Dios; divorciar, por consiguiente, la Religion de las instituciones es divorciar las leyes humanas de la ley eterna de lo justo, y dar por base primera á los preceptos de los legisladores la arbitrariedad, el fatalismo, la fuerza. La intervencion de la Religion en las principales instituciones sociales representa en ellas la interven-

cion solemne del principio supremo de la Justicia absoluta; representa la invocacion de lo justo por excelencia, la invocacion de la idea de Dios para sancionar los actos de la Justicia humana. Esto es lo que significa la intervencion de la Iglesia en el matrimonio; esto lo que significa tambien la efigie de Cristo, colocada en el santuario donde los hombres aplican las leyes y declaran lo justo ó lo injusto. Colocar las instituciones fuera de la Religion, equivale á colocarlas fuera de la idea suprema del Deber y del Derecho, fuera de la idea de la Justicia absoluta. Hoy impera el afan de secularizar el Derecho y las instituciones; muchos aplauden esta innovacion, pocos comprenden lo que significa: crueles serán los desengaños [1].

Despues de haber meditado sobre la necesidad de las solemnidades religiosas en el matrimonio, examiné uno tras otro los principios de la ley natural que le sirven de fundamento, y los hallé claros, sencillos; pero al mismo tiempo indispensables todos ellos para la existencia de la sociedad y de la familia, y para que puedan conocer los hombres el inefable gozo de pura felicidad en la tierra.

El primer principio de la ley natural nos enseñaba que el hombre ha de ser libre en sus puros afectos, que libremente ha de poder entregarse al cariño del abrazo

[1] En la fórmula de la Filosofía de la historia, que se halla en la nota de la pág. 281, está explicada esta tendencia de las sociedades modernas. — La cuestion del matrimonio religioso está tratada en la PARTE PRIMERA, cap. III, y en la PARTE SEGUNDA, *Confarreacion* en Roma, cap. VI, pág. 226, el matrimonio sacramento, capítulos VII y IX.

nupcial, y que, antes de prestar el juramento solemne, ha de ser potestativo en él renunciar á las dulzuras del amor de una esposa. Guiado por la pasion misteriosa que Dios ha puesto en el corazon humano, él mismo ha de buscarse la compañera de su vida; y si sus ojos no encontraron en el mundo á la criatura que entrevió su alma, embriagada en venturosos ensueños; si la muerte le arrebató cruel la mujer ideal que habia creido destinada á ser el templo de su felicidad, y desea hacer de su corazon el verdadero sepulcro de su prometida, y esperar resignado la hora en que ha de juntarse á ella en otras regiones más serenas; si fué desgraciado en sus primeros amores, y lleno el pecho de mortales desengaños, ambiciona llorar en la soledad su infortunio; si sus instintos le impelen á esparcir solitario su amor y sus pensamientos por los espacios de lo infinito; si quiere sacrificar sus afectos de familia para socorrer los dolores y los sufrimientos de sus hermanos; si quiere, por fin, desprenderse de todos los lazos terrenos, para dejar este mundo de la triste realidad, y alzando su vuelo al traves de la inmensidad de los cielos perderse en la contemplacion divina, murmurar tranquilo las eternas armonías de la oracion, y buscar desde la tierra su destino supremo allá en la vida de la inmortalidad, — sería incalificable tiranía oponerse á su heróico sacrificio, odiosa crueldad ahogar la voz de sus sentimientos [1].

---

[1] PARTE PRIMERA, cap. II. PARTE SEGUNDA, cap. V, págs. 157 y 204.

Con el ejemplo de la familia espartana, degradada y envilecida, y con la desolacion de los campos de Lacedemonia, la historia nos ha demostrado cuáles son las consecuencias terribles de la negacion de esta natural libertad del hombre para contraer ó no matrimonio. Alguna vez habrán podido los pueblos negar este sagrado principio ; pero nunca ha dejado de existir como sentimiento ingénito en nosotros : y la virginidad , respetada y venerada, convertida en culto, surgió siempre como solemne protesta del corazon humano ultrajado en sus más nobles aspiraciones. La antigüedad convirtió el matrimonio en ley obligatoria para todos , cubrió de infamia á los célibes ; pero en medio de aquellas sociedades aparece tambien grandiosa la protesta de la virginidad. Platon, solo en el mundo, sin hogar, sin familia, contemplando silencioso, sentado en un promontorio del mar de Salamina, la inmensidad del Criador reflejándose en la inmensidad de los mares ; entreviendo los mundos y las almas desprendiéndose, como grandioso torrente de vida, del seno de Dios ; Platon, envolviéndose solitario en la meditacion de las ideas puras, de lo ideal, de lo absoluto, y vagando como astro errante allá en los límites extremos de la creacion y de los misterios de lo infinito, tiene algo de sobrenatural y de divino, que se refleja admirablemente en su casta soledad. La Grecia, que excitaba las iras de furiosas ménades para que escupieran en la frente del célibe, no puede ménos de admirarle; al lado suyo, Diotimia convoca los coros de las hierofantas, de las vestales y de las sibilas ; y en torno

de aquel genio portentoso las vírgenes del paganismo entonan sus himnos sagrados, exhalan el grito vehemente del corazon, anatematizando las leyes inicuas que le privan de vivir puro en la tierra, desposado con la virtud y en el regazo de su ideal.

El genio necesita meditar solitario sus grandes concepciones. Penetrad en el hogar doméstico de Miguel Angel; y en lugar del amor de una esposa, de las caricias y del cariño de los hijos, hallaréis legiones de sibilas, de profetas, de titanes, envueltos en majestuoso ropaje y moviéndose al soplo de la inspeccion del artista; y Miguel Angel, solo en medio de aquellas gigantescas sombras, de aquellas moles de mármol que ha de labrar su cincel, inclinada la frente, con tristeza eterna próxima á la desesperacion, sumido en la extática contemplacion de su idea, meditará sobre el modo de dar una forma á sus sentimientos y de doblegar la materia á expresar los sueños de su fantasía. Si en vez de las alternativas de exaltacion y de abatimiento que sintió en su hogar desierto hubiera conocido la alegría de los afectos conyugales; si cuando penetraba en su alma el desaliento y la desconfianza de sí mismo y del arte, en lugar de buscar su consuelo en la Biblia y en la epopeya de Dante lo hubiera buscado en la sonrisa y en la mirada de su esposa, — tal vez habria desconocido aquella melancolía y aquella veneracion indefinibles que imprimió en el semblante inmortal del legislador de los hebreos, y aquella tristeza de la *Noche*, extendida sobre el sepulcro de los Médicis; la *Divina Comedia*, su único

consuelo en las adversidades, no le hubiera quizás inspirado las sublimes bellezas con que representó, en las bóvedas de la capilla Sixtina, la humanidad en el dia supremo de la Justicia absoluta. Newton necesitó hallarse tambien solo en el mundo, para descubrir el compás de la grandiosa armonía de los cielos; necesitó vivir solitario para concebir el cálculo de lo infinito.

Pero si el genio busca á veces la soledad para lanzarse en las regiones ilimitadas del pensamiento, tambien el heroismo y la abnegacion adquieren con la virginidad su grado más elevado y sublime. ¿Quién no ve en esas vírgenes del Señor, que consagran su existencia á consolar los dolores del hombre, un prodigio que sólo puede realizar el corazon humano sacrificándose al Señor Infinito? La virginidad es la virtud más heróica de la tierra; y no hay, no, mayor tiranía que aquella que se empeña en desterrarla del seno de las sociedades; no hay despotismo más cruel que aquel que se complace en atormentar nuestro corazon y en violentar nuestros sentimientos, pretendiendo producir en nuestro pecho con los dolores de la opresion el fuego sagrado del amor, que sólo se enciende al calor de la mirada de la mujer ideal que, como aparicion divina, se nos presenta en medio del camino de la vida convidándonos á unir nuestros destinos á los suyos.

Nadie se imagine por esto que pretendo menguar la santidad del matrimonio. La vida del hogar tiene tambien sus virtudes de abnegacion y sus heróicos sacrificios. El celibato es un derecho del hombre, pero un de-

recho cuyo empleo puede únicamente legitimarse con vida honesta, castidad del alma y del cuerpo, con la mortificacion de las pasiones, con la práctica constante de todas las virtudes. El celibato sin la virginidad es la más repugnante prostitucion de los afectos del alma humana. El célibe que consume los dias de su existencia en el desenfreno, llevará siempre impresó en la frente el anatema de las sociedades; los hombres verán siempre en él una encarnacion viva del vicio, un sér degradado, indigno del amor de la mujer, porque se desposó con la infamia. Le considerarán solo en el mundo, entregado sin amparo á los torbellinos de las pasiones, lanzando agudo gemido despues de cada emocion de placer, y en vez de compadecerle le mirarán con desprecio.

Muy pocas son las criaturas privilegiadas que pueden vivir solitarias en la tierra, reposando eternamente en el regazo de la virtud y abstraidas en la contemplacion de las puras ideas que cruzan por su mente. A casi todos nosotros nos sonrie como felicidad suprema el amar y ser amados en el templo doméstico: desde los años de la temprana edad buscamos con delirante anhelo una compañera querida á quien confiar nuestras penas, un corazon amante donde depositar nuestras lágrimas y nuestros sentimientos, una mirada de cariño donde refugiarnos en la hora de las adversidades. Y cuando todavía no ha llegado para nosotros el dia de las pasiones profundas, se complace ya nuestra mente en unir sus ensueños á los ensueños de la jóven que vimos pasar junto á nosotros, moviendo sus ojos allá en horizontes

desconocidos, como abstraida en la contemplacion del mundo invisible de su corazon, y revelando en su pálido y angelical semblante, en su frente pura y serena, en su dulce y bondadosa mirada las ilusiones y los melancólicos pensamientos que vagan por su alma. Siempre que la encontramos se dibuja en nuestros labios involuntaria y placentera sonrisa; y siempre que de ella hemos de separarnos, sentimos en nuestro pecho angustia dolorosa y cruel, como la de una esperanza que se desvanece. Entónces, si sus miradas se cruzan cariñosas con las nuestras; si de sus labios se desprende anhelada expresion de afectuoso cariño, evocan al instante en nosotros el cuadro ideal de nuestro porvenir viviendo unidos en la eternidad al lado de la mujer amada; y en los ensueños áun matizados por los resplandores de la aurora de nuestra vida, contemplamos siempre la imágen de la que creemos será nuestra compañera. Estas dulces y castas visiones de la juventud conservan intacta nuestra inocencia, nos preservan del vicio, y revelan que fuimos destinados por la Providencia á vivir felices en el hogar, rodeados del amor de nuestra esposa y del cariño de nuestros hijos. Un impulso misterioso del alma nos impele irresistible hácia el matrimonio, y rogamos al cielo que nos mande cuanto ántes nuestra compañera.

Tales consecuencias resultaban del primer principio de la ley natural del matrimonio. Pero no son éstas las únicas; pues de este primer principio se deduce tambien la igualdad de los cónyuges en el seno del hogar.

El marido y la mujer deben ser iguales en la sociedad conyugal: los derechos y los deberes de la patria potestad les pertenecen igualmente, porque uno y otro son padres, porque idéntico es su amor para con sus hijos y porque, aunque distinta su mision en la familia, es igualmente necesaria su autoridad en el interior del templo doméstico. Si el hombre esclaviza á su compañera, se priva él mismo de las alegrías y de los afectos de familia: déspota y tirano en el hogar, su alma destila el mortal veneno de los sentimientos egoistas; esclavo de sus apetitos, no se atreve á comunicar á otro corazon las crueles emociones que hieren y destrozan el suyo; en medio de su mujer y de sus hijos, tiene que encerrarse en la taciturna y sombría soledad de su pensamiento; si mira en torno suyo, ve el terror impreso en el rostro de su esposa y la indiferencia en la mirada de las criaturas que le deben el sér. La aversion y el espanto son el único cariño que inspira el despotismo.

Despues veiamos que el matrimonio ha de ser indisoluble, porque el amor verdadero es tambien perpétuo, indestructible, eterno; y porque, si eternos son los lazos de cariño entre padres é hijos, eternos tienen que ser tambien los vínculos de amor que engendraron el cariño paterno y la piedad filial y dieron la existencia á nuestros hijos. Si no fuera el matrimonio indisoluble, cada soplo tempestuoso de la pasion cubriria de oprobio en el tálamo nupcial á una víctima desgraciada; las leyes se harian cómplices del malvado, y los apetitos groseros de los sentidos sustituirian al amor puro y verdadero. La

mujer se veria á cada instante ultrajada en su pudor; envilecida en su dignidad; despreciada en su cariño y en su honra, y arrojada torpemente del sagrado tálamo de sus castos amores por una rival impura, que con caricias obscenas y torpes habria cerrado el corazon de su esposo á la voz del honor y de los nobles sentimientos. Y haciendo desgraciada á su compañera, tambien sería infeliz el hombre, pues habria reemplazado el cariño conyugal con los abrazos del deleite, abrazos funestos que exaltarian un momento sus sentidos y al instante se desvanecerian, dejando en el corazon la amargura y profunda tristeza en el alma y pavoroso remordimiento [1].

Los apetitos desenfrenados de los sentidos son inconstantes, variables, volubles; desprecian hoy lo que ayer adoraron; cubren, tarde ó temprano, de oprobio la víctima infortunada de su lascivia, porque rinden culto únicamente al cuerpo. Cada dia que pasa desgarra las carnes del ídolo de la iniquidad y las arroja, desapiadado, al estercolero de la tumba, y el cuerpo queda pronto convertido en esqueleto deforme, las arrugas de la decrepitud y de la muerte surcan la tersa frente, marchitan las sonrosadas mejillas, y los sentidos se extremecen de repugnancia y horror, se avergüenzan de sus infamias, desprecian á su ídolo, concluyen por odiar. ¿No veis con frecuencia, acaso á vuestro mismo lado, cómo

---

[1] Véase la PARTE PRIMERA, capítulos II, V, VI, y la PARTE SEGUNDA, capítulos V, VI, VII, VIII, páginas 154 y 260.

se avergüenzan y huyen de encontrarse frente á frente dos seres que mancillaron su honor y su dignidad en las abominaciones de la carne? El verdadero amor, por el contrario, el amor puro del alma al alma, tiene por carácter primero la constancia en su cariño, la perpetuidad en sus afectos; no se contenta con el amor de un dia, no se satisface con la duracion de la vida terrena, pues cree que en este mundo nunca podrán realizarse sus infinitas esperanzas. Por eso dirige siempre su vuelo hácia las regiones de la eternidad: porque rinde culto á la belleza del cuerpo, viendo en ella un reflejo de la belleza del alma. Y por eso es insaciable, inextinguible, y los años se deslizan para él venturosos en el seno del cariño, y con los dias que pasan crece su afecto, y cuando con la muerte se desvanece, como sueño é ilusion, el mundo presente, el hombre que sintió en sí el fuego del amor puro se eleva con su compañera al mundo de la inmortalidad. ¿Quién, al ver las lágrimas y afliccion de una viuda, junto á la tumba de su consorte amado, no ha comprendido que el amor y la sacrosanta institucion que en él se funda son, por naturaleza, perpétuos é indisolubles?

Por lo tanto, si el matrimonio tuviera como base la satisfaccion de un deleite, se comprenderia que sus vínculos fueran accidentales y pasajeros, se justificaria el divorcio; pero teniendo por base la pasion sagrada del amor, ha de ser en virtud de su naturaleza perpétuo, eterno, indisoluble.

Cuando clamais por el divorcio y olvidais á vuestra

compañera, lo que en realidad revelais al mundo es que jurasteis eterna fidelidad con intencion de ser perjuros; revelais que, para satisfacer liviano deseo, engañasteis á la mujer con las apariencias del cariño; revelais al mundo que alientan en vuestro pecho los torpes instintos del bruto, mas no los nobles sentimientos del hombre. Si supierais lo que es amar, nunca olvidaríais á vuestra compañera, nunca clamaríais contra la indisolubilidad del vínculo matrimonial; porque el amor verdadero es insaciable, inextinguible, siempre crece, siempre se aumenta y junto á él nunca podrá nacer el olvido; el desprecio y el hastío son, por el contrario, el indicio seguro de la pasion impura y de la torpe degradacion de los sentimientos del alma.

Por fin, la union de un solo hombre con una sola mujer era el último principio de la ley natural del matrimonio. Y efectivamente, la unidad en el afecto conyugal es tan necesaria como la perpetuidad para la existencia de la familia. Fuera de la monogamia y de la monoandria no puede existir la verdadera union conyugal, porque fuera de ellas no hay igualdad de derechos y de deberes entre ambos cónyuges. La poligamia es la esclavitud de la mujer y el adulterio del varon consentido por los legisladores; y la poliandria es la degradacion suprema del hombre y la prostitucion de la mujer. Igualmente monstruosos ambos vicios sociales, destierran del mundo la dignidad del padre, el amor de la madre y la virtud de la esposa. Uno y otro destruyen la familia y entronizan, en lugar del amor santo del alma,

el sensual deleite del cuerpo, que busca la satisfaccion de sus deseos en el más ignominioso despotismo ó en la más desenfrenada lascivia [1].

Sin contentarme con estas razones, puramente morales y filosóficas, acudí luégo á la historia y en ella encontré, al instante, nuevas y evidentes pruebas de la verdad de mis doctrinas. Con cada principio de la naturaleza infringido, desaparecia la familia; porque la mujer al instante resultaba degradada y envilecida, y la familia no puede existir sin la dignidad de la mujer, que es su apoyo y su alma.

En Oriente domina por todas partes la poligamia, y en lugar de estar unidos por los afectos de familia, los padres, los hijos y los hermanos tienen entre sí la union que les da el más horrendo despotismo ejercido por el padre: los hijos son esclavos, porque es esclava su madre; están sometidos á un tirano y no á un padre, porque son hijos del deleite impuro y no del amor verdadero. Les dió el sér un hombre embrutecido, que por satisfacer sus sensuales instintos deshonró á su compañera y la encerró esclava en su harem: por eso no existen entre ellos y sus progenitores los sentimientos de cariño, de veneracion y de respeto, de amor paterno y de piedad filial. Sobre aquellos pueblos embrutecidos pesa el anatema de la Justicia divina. El bárbaro despotismo del serrallo se ha infiltrado en la sangre de la so-

1 Véase la PARTE PRIMERA, capítulos II, VII, y la PARTE SEGUNDA, capítulos I, II, IV.

ciedad política: si el padre es un déspota, si el marido es un tirano en el hogar, tambien lo es el monarca en el Estado; y los que se rodean de eunucos para atormentar á su compañera, se ven tambien oprimidos en la vida social por los eunucos del monarca. Los poderes políticos se han vaciado en el molde de los poderes domésticos, y gime allí el hombre en ignominioso envilecimiento, porque en ignominioso envilecimiento precipitó tambien á su esposa y á sus hijos; la tiranía del señor tan sólo le consiente una libertad, y es la de oprimir á las esclavas de su harem y la de entregarse, sin freno, á las torpes liviandades de sus sentidos. De este modo con la opresion y la esclavitud doméstica se eterniza la opresion y la esclavitud política.

En Grecia y en Roma ha desaparecido el cinismo del serrallo oriental. Pero, bajo otra forma distinta, subsiste todavía la poligamia; pues el repudio y el divorcio, declarando que no es el matrimonio indisoluble, producen cierta poligamia sucesiva que se opone á los lazos verdaderos de ternura y afecto entre los miembros de una familia. Allí la mujer virtuosa es esclava en el hogar, la mujer libre una prostituta en la ciudad. Y la esclavitud de la esposa y de la madre en el gineceo priva al templo doméstico y le despoja de los frutos de la benéfica influencia de las virtudes; así como la prostitucion de las doncellas en las casas de meretrices, en los templos, en los pórticos, en la plaza pública, hace y acostumbra al hombre á no ver en su compañera más que un instrumento de placer, un objeto de deleite y á

despreciar los encantos del puro amor de la esposa siempre fiel, por el abrazo de la heteria y por el trato escandaloso de las cortesanas.

El divorcio es la causa primera de inmoralidad en Roma: introduce espantosa corrupcion en el antiguo atrio, pobre, modesto, sencillo, pero virtuoso, donde la mujer pasaba su existencia sentada entre los lares; y en el desprecio que inspira á la perpetuidad de todo vínculo de amor y de cariño, tienen su orígen los monstruosos crímenes de las matronas y las repugnantes orgías de los patricios romanos.

¡Qué cuadro tan pavoroso el de la decadencia romana! Los patricios arrojan á las llamas de sus pasiones, exaltadas por incesante orgía, el amor de su mujer, el cariño de sus hijos y todos los más nobles instintos de su alma; viven arrebatados por los torbellinos de un huracan sin freno que destruye la felicidad del hogar, las virtudes del corazon, la paz de la conciencia; el Senado, de rodillas á los piés de Emperadores sanguinarios y dementes, hunde esclavo la frente en el polvo; los bárbaros incendian las ciudades, siembran los campos de horrenda desolacion y de humeantes ruinas; la podredumbre asquerosa de los insepultos cadáveres extiende por el imperio el hálito ponzoñoso de la peste, como si todos los poderes de la tierra se unieran para castigar los crímenes del mundo antiguo. Y miéntras tanto, Roma, tendida sin fuerzas en el lecho de sus festines, ceñidas las sienes con coronas de flores, extraviados los ojos por la embriaguez, delirantes los sentidos por li-

vianos desórdenes, devorada por la sensualidad, colma á un tiempo de veneno y de hirviente licor el ancho cráter de sus comensales; perpetra adulterios, incestos, abominaciones nefandas; y aletargada en el placer, incapaz de tener en su mano la espada del legionario, procura ahogar las tristezas de su alma y sus siniestros presentimientos de muerte con el canto voluptuoso de las bayaderas y con la infamia de la prostitucion. Pero en el fondo del Septentrion y en el lejano Oriente, pueblos extraños se ponen en movimiento; guiados por una voz misteriosa, ellos mismos ignoran dónde dirigen su camino; se dejan arrastrar ciegamente por los elementos y por los secretos designios de la Providencia. Los vientos empujan las naves de Genserico á las playas de Italia; el destino de Alarico le lleva á la ciudad eterna; Odoacro se cubre de púrpura sobre el trono de los Césares, y en las alturas del Capitolio, los bárbaros, cumpliendo la venganza de Dios, imponen terrible castigo á aquella sociedad depravada, incendian los palacios, destrozan hasta las piedras de sus muros, saquean los hogares, lavan sus iniquidades en torrentes de sangre, esparcen por los aires las cenizas de la degradada opresora de las naciones; y á sus carros de guerra atan á las meretrices y disolutas matronas, para entregarlas á los furores de las hordas salvajes y abandonarlas luégo en medio de su marcha exánimes y cubiertas de deshonra y de oprobio.

El mundo parecia entónces hundirse para siempre en espantosa barbarie. Pero en medio de aquella desola-

cion universal, cuando habia desaparecido la familia en el profundo abismo de la degradacion más abyecta; cuando la mujer, desposeida de todos sus encantos, ocultando su desesperacion en la voluptuosidad, se retorcia llena de angustia en su tálamo prostituido, surge el Cristianismo, que predica la monogamia y califica de adulterio el divorcio, y reemplaza para los cónyuges con el puro amor de las almas el deleite de los sentidos, y establece la igualdad del varon y de la mujer, y les da á uno y otro los derechos y deberes de la patria potestad, y proclamando los principios de la ley natural del matrimonio, reconstruye el edificio de la familia sobre los cimientos eternos é indestructibles del amor conyugal. De esta suerte la humanidad se regeneró, ennobleciendo á nuestra compañera por medio de la santidad del matrimonio y enseñando á los hombres que la felicidad del santuario doméstico sólo puede existir con la recíproca y eterna fidelidad del amor entre esposos, de donde han de brotar inevitablemente la dignidad de la mujer, el cariño de la madre y las virtudes todas que tanto nos deleitan en el seno de la familia.

Examinando la vida de las sociedades orientales, de las ciudades de Grecia y del pueblo romano, nos hemos convencido de que la más leve infraccion de un principio cualquiera de la ley eterna que rige la institucion del matrimonio, ocasiona profundas perturbaciones en la vida de las sociedades, acelera su ruina y las precipita en decadencia espantosa. Los serrallos embrutecieron al Oriente. El adulterio legal del divorcio encenagó á la

sociedad romana en su horrenda degradacion. La prosperidad y el bienestar de los pueblos depende ante todo del cumplimiento de las leyes sagradas del matrimonio, y de la práctica de las virtudes domésticas: porque las naciones no perecen en los campos de batalla; perecen, más bien, corrompidas por sus propios vicios. Los bárbaros clavaron, es cierto, sus espadas en el seno de Roma; pero si la reina de las naciones vió holladas sus ruinas por los ejércitos invasores, fué porque la espada de Mario se enmoheció en los desórdenes de la orgía, y porque las lúbricas liviandades de los festines enervaron el valor de los legionarios, y porque los inmundos placeres corrompieron la sangre de los vencedores del universo.

El matrimonio es la institucion á que han de atender siempre con mayor cuidado los legisladores, porque es la más importante y sagrada de las instituciones sociales. Otras instituciones, como la de la propiedad por ejemplo, podrán ser reflejo de lo que es la sociedad; pero la sociedad será siempre reflejo de lo que es la familia. Y si tan trascedental es su importancia, jamas se pierda de vista que sólo tiene un modo de ser. Fuera de la constitucion eterna é invariable que le dió el Hacedor Supremo, es imposible que produzca en la sociedad resultados bienhechores, imposible que sirva de base á la familia y á todo el órden social, imposible de todo punto que conozcan los pueblos la felicidad de los puros afectos del alma.

Gravísima, terrible es la responsabilidad de todo legislador que intente cualquier reforma en esta divina y sacrosanta institucion. De su acierto ó de su temeraria

imprudencia depende la prosperidad ó la ruina de la sociedad que le confió su destino. Pero si procede en sus disposiciones de una manera injusta é impremeditada, eterna será la maldicion que pese sobre su frente, porque cuando los hombres se vean privados del consuelo inefable de los verdaderos afectos, cuando el divorcio, soltando el freno de la pasion, les arrebate la perpetuidad del cariño de la compañera natural de su vida y difunda por el hogar doméstico la más grosera inmoralidad; cuando envilecida y degradada, la mujer se presente ante ellos como monstruo de iniquidad, movido únicamente por brutales instintos y capaz de los más horrendos crímenes; cuando los padres se vean mirados con aversion por los hijos que engendraron en el deleite y no en el tierno amor conyugal; cuando sin familia, sin honra, sin virtud, sin dignidad, los pueblos se miren sumidos en precipitada y espantosa ruina,—entónces dirigirán sus imprecaciones contra el reformador funesto de las leyes naturales que dan al hombre la felicidad en el templo doméstico; las madres le reclamarán el pudor de sus hijas, los hijos la honra y la virtud de sus madres; y los gritos de anatema y de desesperacion que aquellas generaciones embrutecidas lancen en su hora postrimera, cubrirán de infamia la memoria del legislador inicuo, sobre cuyo nombre ha de pesar la maldicion eterna de Dios y de los hombres.

Para hacer la historia del matrimonio me ha bastado examinar la historia de la condicion social de la mujer en el trascurso de la vida de la humanidad; porque el

respeto y la dignidad de nuestra compañera son el alma de esta institucion, así como su amor es el alma de la familia. Oculta siempre en el hogar, la mujer ha sido constantemente el ángel tutelar de las sociedades. Su corazon tierno y amante, de esposa y de madre, adivina mejor que el del hombre los destinos de la humanidad; exaltado por el fuego del amor, por la vehemencia de sus sentimientos, tiene el dón misterioso de presentir, columbra lo venidero, y anatematiza por instinto las instituciones y las reformas que la envilecen, así como favorece y aplaude los principios que realzan su dignidad. Por eso en el fondo de todas las grandes revoluciones sociales resuena siempre la voz de la esposa, de la madre y de la vírgen, clamando por su dignidad, por la libertad de sus sentimientos, por el cariño de su esposo, por el amor de sus hijos, por la felicidad del santuario doméstico.

En Oriente vivia oprimida y esclava en los serrallos, sin esperanzas de redencion. Pero el Occidente operó noble reaccion contra el Oriente; y al instante la mujer entonó sobre las colinas de Grecia los cantos de libertad de la desenfrenada bacante, se hizo adorar en los altares, y oculta en el gineceo impelió á los pueblos hácia la ley sagrada de la monogamia.

El divorcio la prostituia en Roma, la convertia en instrumento infame de deleite. Pero el Cristianismo lanzó sus anatemas sobre la antigüedad, regeneró al mundo y al instante la mujer se adornó de todas las virtudes de esposa y de madre y se envolvió en los velos de pudor y de castidad de la vírgen cristiana.

Durante la Edad Media, cuando los magnates querian arrojarla del tálamo nupcial para satisfacer los caprichos de infame concubina; cuando la inmoralidad y el escándalo intentaban precipitarla en la degradacion y envilecimiento de los siglos paganos; cuando rugian con furia las pasiones del bárbaro, — la mujer se amparaba en el seno de la Iglesia, invocando las máximas del Evangelio, se refugiaba al pié de los altares, se inspiraba en las virtudes de la Vírgen inmaculada. Y las pasiones quedaban al fin vencidas, los magnates retrocedian asustados al oir la condenacion del Sacerdote supremo. Y la ley eterna del matrimonio se conservaba incólume; triunfaba por fin la mujer, conservaba su dignidad augusta de esposa y de madre, y los pueblos conocian el amor y la felicidad de la familia cristiana.

No debe sorprendernos esta poderosa y benéfica influencia de la mujer en las sociedades y en las instituciones: en su regazo hemos pasado los dias primeros de la vida, y nunca se borran de nuestra mente las ideas que entónces inculcó en nosotros su cariño materno. En medio de las adversidades, hácia la mujer convertimos nuestras miradas, como náufragos que entreven playas hospitalarias; admiramos sus virtudes en el hogar doméstico, sus dulces encantos en la sociedad; la mujer nos inspira siempre nobles y generosos sentimientos, heróicos sacrificios; domina en nuestro corazon, impera sobre nosotros con la fuerza irresistible del cariño y de la virtud, y es al fin, aunque no siempre lo creamos, la causa primera de todos nuestros actos, la fuente primera

de todas nuestras inspiraciones. Por eso nada pueden los legisladores cuando la mujer anatematiza sus reformas; sus esfuerzos son vanos en cuanto la mujer no les ayuda á dirigir á los pueblos.

Cuando contemplais á la mujer, ¿no sentis vuestro corazon más alegre y vuestra alma más serena y tranquila? Cuando amais á la mujer, ¿no sentis que vuestras aspiraciones se elevan hácia lo infinito y se dilatan en las regiones de la felicidad suprema? La mujer consuela todas nuestras amarguras, alivia todos nuestros dolores, purifica todas nuestras pasiones, hermosea nuestros sentimientos, inspira nuestras mayores alegrías; nos descubre en este mundo los misterios del amor de madre, del cariño de esposo, y los encantos y las virtudes del pudor y de la inocencia. ¿Qué haríamos solos en la tierra si desconociéramos el amor y el cariño de nuestra compañera? Entónces no existiria para nosotros felicidad ni en el hogar doméstico ni en la vida social; viviríamos sin esperanzas, sin afectos, sin consuelo, desgarrados por eterna tristeza, sumidos en sombría soledad. La mujer es nuestra alegría, nuestra esperanza, nuestro consuelo, nuestro amparo, nuestra vida.

Vosotros, los que os sentis afligidos, contad á la mujer vuestros infortunios: y la mujer secará vuestras lágrimas, consolará vuestra afliccion; con una de sus miradas castas, serenas, disipará de vuestra frente las tempestades de las pasiones, las amarguras de la vida.

Vosotros, los que os veis tiranizados y oprimidos, dirigid á la mujer vuestras miradas, y la mujer os

hará olvidar vuestra opresion y vuestros sufrimientos.

Vosotros, los que vivis solitarios en la tierra, sin hogar, sin familia, sin amigos, amad á la mujer, y la mujer os librará de vuestro sombrío aislamiento, os dará hogar, familia y amor.

Vosotros, desterrados, que gemis en tierra extranjera, si amais á la mujer, la mujer recogerá vuestros lamentos ; y serán ménos tristes las horas pasadas léjos de vuestros hogares, y en el cariño de vuestra compañera hallaréis una segunda patria.

A veces encontramos por el mundo hombres que maldicen á su compañera y blasfeman de su cariño y de sus virtudes ; si queremos ser felices, huyamos siempre con horror de su presencia, porque de sus labios se desprenden emanaciones de muerte, y sus escándalos destruyen los afectos, y sus blasfemias matan las alegrías del alma.

A veces el genio del mal siembra por las sociedades doctrinas funestas que intentan destruir el templo doméstico despedazando el vínculo conyugal. Si queremos ser felices, desechémoslas tambien con repugnancia, porque envilecen y degradan á nuestra compañera y envenenan nuestra felicidad.

A veces tambien los legisladores desoyen la voz de la mujer, profanan los sentimientos del alma, niegan la santidad del matrimonio, destruyen los vínculos eternos del amor, alejan á los cónyuges del santuario, favorecen las iniquidades del cónyuge perjuro é infiel, admiten el divorcio, llaman esposa á una concubina, y cubren de

infamia y oprobio á la esposa legítima. Si quereis ser felices, lanzad tambien vuestros anatemas sobre sus siniestras reformas, guardad intacta en vuestro pecho la ley eterna de la monogamia y de la perpetuidad del cariño; acordaos de los consejos de vuestra madre, de las virtudes de vuestra esposa, del porvenir de vuestras hijas, y protestad unánimes, á nombre del honor y de la dignidad de la mujer, contra esas innovaciones funestas. Pues combatiendo así por vuestros hogares, conquistaréis el amor de vuestra compañera: os haréis dignos de los encantos, de las virtudes y del aprecio de la mujer; conoceréis el respeto y la veneracion de vuestras hijas, la paz y la felicidad en el santuario doméstico, y embriagados en los ensueños del amor, en las alegrías del alma, se desvanecerán, con la sonrisa de la mujer, con los santos placeres de la familia, las amarguras y los dolores de la existencia.

Aquí doy fin á mi trabajo. Reconozco haber sido quizá difuso alguna vez: en otras demasiado incompleto: árido y monótono no pocas. Pero constantemente me ví impulsado por vivo amor á la verdad, y por vehemente deseo de emplear mis fuerzas contribuyendo al triunfo de la Libertad y de la Justicia, del respeto y de la dignidad de la mujer.

Confieso que fué en mí temeraria imprudencia el escoger por objeto de estudio un tema tan elevado y superior á los tristes recursos de mi pobre entendimiento: no ha faltado ocasion en que casi me ví desmayar en mi propósito: mas entónces iba á escuchar atento los consejos

queridos de la amistad, y con ellos recobraba nuevo valor y proseguia mi camino. Loco intento parecia tambien el pretender resolver con el aturdimimiénto de los pocos años problemas sociales tan arduos y difíciles ; y sobre todo, querer interpretar aquellas indefinibles emociones que sentimos en nuestro pecho cuando nuestra alma se abraza á otra alma y se une á ella para la eternidad. Pero la experiencia que me negaban los pocos años, procuré adquirirla asistiendo en largas horas de soledad al engrandecimiento y la ruina de los pueblos, y estudiando atento en la historia las severas lecciones de lo pasado. Así, en vez de inspirarme en la experiencia acumulada por los dias breves y fugaces de la vida humana, preferí rodearme de la secular experiencia de la vida de la humanidad ; y viendo en lo pasado la cuna de lo presente y el gérmen de lo porvenir, procuré adquirir en ella el íntimo convencimiento de las verdades que habia entrevisto primero por simple intuicion.

Creo ademas deber sagrado de la juventud entrar en el abierto palenque, y en él combatir, con todo el ardor de la sangre llena de vida, las doctrinas funestas que pretenden enturbiar los horizontes de su porvenir, y trabajan por alejar de su mente los dorados ensueños, y se afanan por ahogar en su pecho todo noble y generoso impulso. En la juventud han de hallar sus más ardientes partidarios los dulces afectos de familia ; á la edad madura corresponde ponerlos en práctica en el hogar.

Con otro escollo tropecé á mi paso : para combatir doctrinas funestas érame forzoso interpretar pasiones y

sentimientos, comunes ciertamente á la humanidad entera, pero que cada uno interpreta á su modo; érame forzoso hablar de pasiones y sentimientos que agitan y conmueven todo corazon emocionado y toda alma apasionada, pero que nunca pudo interpretar el lenguaje con el vivo fuego de su verdad y con el avasallador empuje que los desencadena. ¿Quién podrá expresar en toda su conmovedora realidad los mil diversos afectos que agitan el corazon de un padre ó de una madre? ¿Quién ha podido interpretar los heróicos impulsos de la piedad filial? ¿Quién pudo hacer jamas del lenguaje un espejo clarísimo donde se refleje, como en el cristal de las aguas el firmamento, esa emocion indefinible del corazon, cuando los ojos, heridos por los rayos de la luz del amor en su aurora, contemplan un instante por vez primera la criatura destinada á ser su consorte, y luégo, inclinándose turbados y confusos al suelo, siguen hablando en misterioso silencio? Si tantos se estrellaron contra ese escollo, no es de extrañar que yo tambien en él naufrague. Olvidad por lo tanto mis imperfecciones; tened presente sólo mi buen deseo; y ved, ante todo, que fué mi único intento presentar la verdad á las conciencias extraviadas y descubrir el orígen profundo de muchos males que aquejan á la sociedad y de las crueles amarguras que ahuyentan de nuestro hogar doméstico la paz, la tranquilidad y las alegrías inefables del amor.

FIN.

# ÍNDICE Y SUMARIO

DEL

## TOMO SEGUNDO

---

## PARTE SEGUNDA

# EL MATRIMONIO

## SU LEY NATURAL

### CAPÍTULO PRIMERO.

### Introduccion al estudio histórico sobre la condicion social de la mujer.



### CAPÍTULO II.

### La mujer en Oriente.

Págs.

Págs.

## CAPÍTULO IV.

### Nueva condicion social que adquiere la mujer al pasar de Oriente á Occidente.



## CAPÍTULO V.

### La mujer en Grecia.

CAPÍTULO VI.

## La mujer en Roma.

CAPÍTULO IX.

Emancipacion y ennoblecimiento de la mujer debido únicamente al Cristianismo.

(*Continuacion.*)



FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO II.